

**AIRE
SAGRADO
Y
TERRIBLE** **ROBERT
KURVITZ**



PREFACIO

La presente obra fue escrita para que el lector se adentre a un mundo desconocido, pero, gracias a la fama cosechada por Disco Elysium, ya no resulta ser así mayoritariamente. Muy probablemente vengas por haber jugado la obra de ZA/UM —eso dice mi tirada de LÓGICA [Normal: Éxito].

La presente traducción no busca obtener ninguna remuneración, tampoco deseo lucrar con ella. Los dueños de los derechos de la novela se encuentran lejos; en otra isola. Esta traducción nace de una necesidad por traer la obra a la comunidad hispanohablante, y que el inglés no sea una barrera. Además de la traducción de la obra original, anexamos el epílogo que Kurvitz publica posterior al lanzamiento de la novela, además de una escena que complementa el final de uno de los capítulos. Debemos agradecer a la traducción del grupo Ibex, que es a causa de ellos que se desprende esta traducción al español. Además de todo esto, decidimos agregar la traducción del relato *Full Core State Nihilist* —La primera obra ambientada en el universo del Elysium que se publicó. Su autor, Martin Luiga, es otro de los miembros de lo que alguna vez fue la Asociación Cultural ZA/UM.

La novela cuenta con notas al pie de página, pues hay algunos elementos que son necesarios de explicar para un mejor disfrute de la lectura, algunas traducciones de ciertas frases que dentro del texto mantendremos en su forma original, para no modificar (tanto) la esencia original de la obra. La novela cuenta con algunas visiones con las que pudiera o no simpatizar. Es necesario tomar en cuenta el contexto en el que se escribió la obra originalmente para poder comprender la intención del autor, así como su mensaje y el discurso de ciertos personajes dentro del mundo de Elysium.

Esta traducción NO es oficial. En el momento en que salga una versión oficial de la obra en español, si es conveniente, te aconsejo adquirirla. Me gustaría que esta permaneciera disponible, a menos que esto traiga problemas legales.

A la fecha en que termino de realizar esta extensa labor, se ha anunciado Zero Parades, nueva IP de ZA/UM. Pero, lo que alguna vez fue, ya no existe. Todo apunta a que el conflicto por los derechos de Disco Elysium está muy lejos de ser resuelto. No queda más que esperar a ver lo que depara el futuro, por el momento es importante seguir adelante. Sin tregua para las furias.

**AIRE
SAGRADO
Y
TERRIBLE** **ROBERT
KURVITZ**

PRÓLOGO PARA UN CICLO DE NOVELAS

AIRE SAGRADO Y TERRIBLE

© Robert Kurvitz

ISBN 978-9949-33-063-8

Publicado por ZA/UM

Tallinn, 2013

www.zaum.ee

Impreso originalmente por Pakett

TRADUCCIÓN NO OFICIAL

REIMPRESIÓN HECHA POR FANS

Traducción al español por Omar Garrido

Basado en la traducción al inglés del Grupo Ibex (v4)

“Mi corazón no descansará hasta que descanse en ti.”

San Agustín

- 1. CHARLOTTE SJÄL**
- 2. REUNIÓN ESCOLAR**
- 3. NO ENTIDAD**
- 4. VIDKUN HIRD**
- 5. ZA/UM**
- 6. FRANTIČEK EL VALIENTE**
- 7. EL MUNDO ANDA MAL,
EL TIEMPO ESTÁ
DESFASADO**
- 8. VENDEDOR DE LINÓLEO**
- 9. AIRE SAGRADO Y
TERRIBLE**
- 10. BUENAS NOCHES, ANNI**
- 11. AUTORREGULADOR**
- 12. ZIGI**
- 13. MATERIMONIO**
- 14. LISTA DE AUSENTES**
- 15. MOHO**

- 16. ENTROPONAUTA**
- 17. HARNANKUR**
- 18. TRES PIROSHKIS DE CARNE**
- 19. NO SOY UN CHISTE**
- 20. EPÍLOGO — LA LUZ BRILLA A TRAVÉS DE TODO**
- 21. ESCENA ELIMINADA — LA MADRE DE KHAN**
- 22. BONUS — NIHILISTA RADICAL DEL ESTADO**
- 23. GLOSARIO**
- 24. PORTADAS DEL LIBRO**

1. CHARLOTTESJÄL

Fue una popular zona vacacional justo en las afueras de Vaasa la que engulló a las cuatro hijas de Lund. Junto con sus pequeños huesos y pieles bronceadas, toda una era se desvaneció. Seis kilómetros de una costa tortuosa, un sitio popular para nadar en los ‘50s; filas de vestidos, el carrizo susurrando con el viento. Visítalo y te encontrarás con los conservadores que tanto añoran aquella época. Cuando los padres podían mandar a sus hijos sin supervisión con dos reáles en los bolsillos de sus bermudas de verano para comprar un helado y pagar la tarifa del autobús. Negando con sus cabezas preocupadamente y ocultando las noticias sobre Messina, Graad, y Gottwald, donde —así les parecía— cada semana se encontraban pequeños esqueletos sepultados dentro **de la chimenea**. Allí, cada semana, la hija de alguien escapaba a la calle tras treinta años de estar cautiva y gritaba pidiendo ayuda.

Pero no aquí.

Aquí hay socialdemocracia. Y los delicados pétalos de la socialdemocracia, con sus tiernos programas sociales, a partir de estos temas progresistas el alma rota de un hombre comienza a sentirse bien. Esta extraña necesidad técnica de construir una habitación subterránea secreta nunca llegará a estos suburbios; aquí contamos con sistemas de ventilación, cuyas aberturas en el césped del jardín se disfrazan de molinos de arcilla.

Aquellos sombríos y febriles ataques a la mente, se enfrían en la fresca brisa suburbana; el aliento de los lejanos glaciares azules calma aquellos pensamientos enfermizos en la cabeza de un hombre. Vaasa. Deberías vivir allí.

Y entonces, un martes por la mañana cuando hay nubes blancas en el cielo azul, cuatro hermanas —Maj (5), Anni-Elin (12), Målin (13), y Charlotte Lund (14)— van a la playa para nadar juntas. Toman dos reáles en efectivo, cuatro pares de trajes de baño, comida, bebidas, y dos toallas grandes dentro de dos bolsos de playa. A las 9:30 a.m. abordan un tranvía arrastrado por caballos desde Lovisa, un suburbio de Vaasa. El conductor del tranvía las recuerda bien. Actualmente, veinte años después, este es el mejor momento de aquel día para Roland, quien vive en un asilo, cuando puede hablar acerca de ello: “La mayor compró boletos para todas. A Charlottesjäl. Cuarenta centavos. Diez centavos por boleto. Si hubieran viajado una parada más adelante, hubieran sido veinte centavos por boleto. Lo recuerdo bastante bien. Allí es donde inician los suburbios y la tarifa se duplica. ¡Pero Dios mío, qué chica tan hermosa! ¡Tan educada, también! ¡La mayor, Char-lot-te!” el anciano pronuncia rítmicamente. “No lo sabía aún,

lo leería después en el periódico. Entonces fui directo a la estación de policías, sin contratiempos, cada segundo contaba.”

A las 10:25 a.m. las chicas bajan en la playa de Charlottesjäl. Una por una le agradecen al conductor, ya que son educadas. Hacía calor en la playa aquella mañana, y había poca gente.

Después, las chicas llegan con Agnetha, la vendedora de la tienda de helados. Agnetha aún era una estudiante hace veinte años y atiende la heladería como trabajo de verano. Målin y Anni-Elin compran cuatro helados: dos de vainilla, uno de limón y uno de chocolate. El resto de chicas no son vistas en la heladería. Las persianas son bajadas para cubrir el sol, y la única ventana descubierta se encuentra junto al mostrador, con productos exhibidos. Como es un día hábil la clientela es escasa; la joven Agnetha conoce a las chicas y los sabores de sus preferencias. Menta, el favorito de Målin, no hay más, lo cual les causa algo de confusión. Además de los helados, curiosamente, las chicas también compran tres piroshkis¹ de carne. Esto da una cuenta de un real y cincuenta centavos. Las chicas salen de la tienda, y desde la ventana descubierta junto al mostrador, Agnetha observa a un hombre que las acompaña. Agnetha es incapaz de recordar algo más de aquel Hombre. Edad, estatura, vestimenta, si había más de un Hombre —o, como Agnetha se lo preguntaría más tarde— si siquiera había un Hombre.

Esta sería la última vez que alguien vería a las chicas.

Las cuatro hijas de Ann-Margaret Lund, que dos días antes había tomado protesta como Ministra de Educación, y del magnate de la industria papelera Karl Lund, han desaparecido. La prensa inicia un romance con este caso que durará años. Cada mínimo detalle es publicado en las columnas del periódico, por lo que las hijas de Lund quedarían marcadas en lo profundo de la memoria cultural. La desaparición se convierte en uno de los casos sin resolver más prestigiosos dentro del Cinturón Real.

Aproximadamente a las 12:40 —cinco horas y veinte minutos antes de las seis en punto, la hora en que se espera a las niñas de vuelta en casa, y unos treinta minutos antes de llegar a la heladería, hay tres chicos que están sentados en una sala. La habitación se tiñe de franjas doradas a causa del sol atravesando las cortinas de tiras, y los chicos son compañeros de clases de dos de las hermanas. El chico alto y con pecas sostiene un teléfono cerca de su oreja.

“Vamos, llama de una vez”, presiona el chico rubio.

“Bueno, no sería muy galante de mi parte llamar tres horas antes de lo acordado.”

¹ Los piroshkis son una clase de empanadas típicas de la región del este de Europa.

El inmigrante gordo de Iilmara jala la manga del chico alto: “En serio, Tereesz, llama. ¡Algo anda mal!”

“Lo sé, lo sé,” dice Tereesz, y el disco de acero suena bajo su dedo.

El terrible sonido del tiempo se aproxima ahora, el sonido más violento en el mundo. Ya no es aquella luz dorada que entra a la habitación, sino una profunda Palidez. Toda distancia ahí es insufrible, y entre cada objeto existe un *horror vacui*.

2. REUNIÓN ESCOLAR

Inayat Khan se sirve un poco de mors. Parte del líquido rosa gotea de su mentón a la corbata. El traje no le queda nada bien y los botones le aprietan. Parece un idiota.

"Un gordo idiota con una corbata celeste", piensa. "No debí haber venido".

"¡Ve de todos modos, verás a tus amigos! ¿A quiénes tenías? Ese von Fersen, era un buen chico, y..."

"No era mi amigo, era un psicoterrorista. Lo aborrecía, ¡asqueroso engreído!"

"... se ha convertido en un hombre muy respetable..."

"... un arribista es en lo que se ha convertido, un tipo repulsivo, y racista también. Oh, recuerdo como me llamaba, ¿quieres que te diga, mamá, cómo me llamaba?"

"... ¡y Tereez y Jesper! Escucha, Jesper ahora también es famoso..."

"Mierda de camello. Mamá, me llamaba mierda de camello".

Khan mira la cinta magnética deslizarse por el lector. Los discos de plástico giran hipnóticamente en la máquina, el imán se vuelve música, una canción lenta, y por un momento le parece como si aquellas manchas de luz emergen nuevamente, en las paredes y el suelo del auditorio. Como estrellas en el cielo, o un enjambre de medusas en las profundidades del agua. Manchas deslizándose sobre el vestido blanco de Målin Lund, su mano sudando en su cintura. ¿Qué decir? El tiempo se detiene, la música se desvanece y los lentes diamaterialistas² con armazón grueso de Khan reflejan los ojos verde oscuro de Målin Lund.

*Hålla mig här...*³

"Ah..." Una mujer, probablemente de otra clase de su generación, se detiene a su lado. Comienza a decir algo, pero luego finge tomar un bocadillo. Ninguno de ellos vino. Khan está solo. La mujer está allí vestida con su traje pantalón. No puedes quedarte de brazos cruzados, tienes que arreglártelas de alguna forma.

² El editor, Martin Luiga, ha descrito los lentes diamaterialistas como la clase de lentes que un materialista dialéctico usaría. Gafas con armazón y cristales prominentes, haciendo referencia a una fotografía de principios de los 90 del político estonio Edgar Savisaar.

"*Diamat*" en español se traduce a "materialismo dialéctico". Sin embargo, en la versión al español de Disco Elysium se sigue utilizando el término "diamat".

³ Sujétame de aquí", en sueco.

Saca un bolígrafo mágico del bolsillo. Allí, bajo el cristal, Sapormat Knezhinisky, el presidente del presidium⁴ de la República Popular de Samara, sonríe con su sincera e histórica sonrisa en blanco y negro, directo a la cámara. A su izquierda, apoyado en el pasamanos del barco, un hombre con cara de rata y abrigo de cuero negro de la policía secreta. "¡Mira, mira, el comisario que desaparece!", dice Khan, girando el bolígrafo. El hombre con cara de rata se desvanece bajo el cristal. Sólo el presidente del Presidium, el mismísimo Sapormat Knezhinisky, permanece en la cubierta —junto a Ukhotomsky, una persona servicial, excepcionalmente hábil a la hora de hacer críticas vergonzosas. Donde antes había un comisario, ahora hay un pasamanos vacío. También se puede ver la parte del puente que antes ocultaba el comisario.

"Muy interesante", dice la mujer de traje con pantalón y mira por encima del hombro. Khan se aparta un mechón de pelo pegado a la frente. En la otra mano aún sostiene el bolígrafo, que ahora mira con una sonrisa soñadora, murmurando para sí mismo: "Comisario, no hay comisario".

La sonrisa destella un instante y luego desaparece de la cara del hombre con la barbilla partida en dos. Los ojos grandes y entristecidos de Khan contemplan el bullicio de los adultos en el piso del vestíbulo. Allí, la generación del '56 se saluda mutuamente llamándose por sus nombres. Se intercambian apretones de manos, se muestran las fotos de sus hijos que portan dentro de sus billeteras.

Hay comisario, no hay comisario

Un hombre de unos treinta años se sienta en el parquet de una habitación muy amplia. El parquet está recién barnizado; el flequillo rubio cae sobre la frente del diseñador de interiores. Está sentado con las piernas cruzadas y sus delgadas manos blancas sobre el regazo. Cuando levanta la vista, el diseño interior de la habitación se refleja en las ventanas que van desde el suelo hasta el techo. En la penumbra detrás de él aparecen los restos minimalistas de unos muebles de diseñador, una pequeña cocina con barra de piedra y un sistema de altavoces analógicos que parecen dos obeliscos mudos. Un espíritu solitario se cierne sobre la habitación. Un abrigo peacoat de color beige de Perseus Black cuelga en el perchero, y en el zapatero hay unos zapatos de gamuza blanca con un valor de tres mil reales.

Su mano está en el regulador de intensidad, y la luz se apaga. El reflejo de la habitación desaparece, y en su lugar hay un mar de helechos fuera de la ventana que va desde el suelo hasta el techo. La extensión verde oscura se disipa en la oscuridad bajo los abetos. Suele escuchar música aquí sentado,

⁴ Un presidente del presidium es un jefe de Estado. Se refieren a él como un presidente en Disco Elysium.

pero esta noche hay tanto silencio que se oye el repiqueteo de la lluvia al caer sobre los helechos.

A sus veinte años, mientras desarrollaba con sus socios el mundialmente famoso lenguaje de diseño Illdad minimal, Jesper de la Guardie también estaba consumiendo demasiadas golosinas para la nariz. Por aquel entonces, iban de un lado a otro entre los baños de la cafetería del Colegio de Arquitectos y los de la prestigiosa oficina de diseño de interiores, felicitándose mutuamente por inventar el futuro y bebiendo a sorbos agua embotellada: "Este proyecto que estamos haciendo, es *lo máximo*, a través de este lenguaje de figuras estamos definiendo la percepción visual humana del próximo siglo" y "¡Un día escribiré un *libro* sobre esto! La gente insulsa es gente cruel, la maldad es insulsa. ¿Es realmente tan impensable, entonces, que un diseño de interiores sencillo y pulcro hará del mundo un lugar mejor?".

Las golosinas para la nariz pasaron de moda, pero el agua embotellada permaneció. Jesper da un sorbo y se levanta, se ajusta el nudo de su corbata en el cuello V de su suéter, toma el teléfono y pide un taxi.

El cubo de concreto debajo de los abetos se oscurece mientras la máquina se aleja zumbando hacia la umbría arboleda con Jesper dentro. Una humareda de combustible se queda en el patio. En la casa vacía, entre los muros de cristal, suena el teléfono —un aparato blanco sobre una mesa de madera con una veta de extraordinaria belleza.

Está oscuro.

El agente de la Colaboración Policial Internacional Tereesz Machejek baja de la enorme escalera del vagón de tren y entra en la estación flotante. La lluvia repunta incesantemente, haciendo brillar los monolíticos vagones de acero. Se elevan sobre un andén suspendido en el cielo por un conjunto de cables. El vapor sale de los imanes situados bajo los vagones, caliente debido a la corriente, y se desplaza como humo que recorre el pavimento del andén. Machejek agarra su equipaje del conserje y avanza con la multitud hacia el edificio de la estación.



Figura 1. Vaksal: estación de trenes sobre Vaasa (por Aleksander Rostov)

Una moneda entra en la ranura metálica de un teléfono público. Suena el tono de llamada y el agente de la CPI practica diciendo "hola" en el auricular de forma normal y relajada. Las pecas de sus mejillas y el puente de su nariz han desaparecido por completo con el transcurso del tiempo; la línea de su boca está permanentemente ansiosa. Nadie responde. El hombre saca la guía con el domicilio de su maletín y opta por tomar el tranvía.

La oscura figura de la estación de tren flotante se eleva sobre la ciudad. De sus entrañas descienden relucientes cabinas de elevadores hacia Vaasa como las semillas de un diente de león. En uno de ellos, el agente Machejek observa cómo la única metrópolis de los países nórdicos brilla bajo sus pies. La ventana del elevador está goteando a causa de la lluvia. A lo lejos, en el Mar del Norte, una ciudad baja y llana se desintegra en un archipiélago de luz. El delgado mástil del Telefunken se alza solitario sobre la masa verde saturnina de los edificios. Las autopistas serpentean por allí, resplandeciendo en color áureo, y el tráfico que circula por ellas es tan fluido como el sopor. Allí está Königsmalm —el centro comercial— y Saalem, justo debajo, con las luces de colores del barrio de inmigrantes fluyendo sobre el asfalto. Los carruajes aparecen bajo el toldo del picadero, suben con dificultad por las pendientes y desaparecen dando tumbos bajo los brillantes castaños verdes. Los caminos se dispersan entre las decenas y

centenares de parques de Lovisa, que conducen a las islas universitarias y a los barrios de viviendas sociales, donde la ciudad da paso discretamente a los bosques de coníferas. Lejos, en los suburbios ajardinados, se apagan las luces y Machejek siente temblar bajo la lluvia las áreas vacacionales, las playas vacías y los pinares. Aquí es donde comienza la verdadera Katla. A pesar de que aún estamos a finales de septiembre, ya se aproxima un gran frío desde el otro lado de la órbita invernal⁵—recorriendo sus negras extensiones boscosas, sus claros y sus valles.

Las hojas de los castaños vuelan bajo el toldo de la mansión y llegan al pabellón de espera, donde una chica con voz de gatita anuncia por los altavoces los números de las rutas y los retrasos. La estructura del edificio le devuelve el eco. Las hojas se pegan al cristal del pabellón y a las ventanas de los carruajes; el aire está lleno de su olor a humedad.

El agente de la CPI entra en un vagón abarrotado, con su portafolio en la mano. Encima del portafolio, los contornos de las islas del Cinturón Real forman un ave rapaz que emprende el vuelo —el escudo de armas de la CPI.

"Investigador privado", miente Khan. No es un investigador privado. El investigador privado es una amalgama fantástica. Toma prestada la obesidad y el pelo grasiento de su propia carrera como coleccionista de memorabilia de desapariciones en el sótano de la casa de sus padres, y la mezcla con la carrera de su compañero de clase con mayor éxito, Tereesz Machejek, que trabaja en el Departamento de Personas Desaparecidas de la Colaboración Policial Internacional. La fantástica amalgama le ha servido fielmente a Khan en muchas ocasiones. Ésta no es una de ellas.

"¿Disculpe, no he entendido bien?". La mujer en traje pantalón está distraída.

"Investigador privado. Más específicamente, busco personas desaparecidas. Cuando la policía y las estructuras de poder se han rendido, entonces acuden a mí amigos o familiares, sobre todo familiares. Y entonces yo... hago mi mejor esfuerzo". Al fondo, Sven von Fersen presenta a su antiguo profesor de clase con su colección de ingeniosos artículos de administración, portando un rostro bastante cosmopolita. Nunca adivinarás que, en su léxico, a las personas de piel amarillenta y nombres exóticos se les decía "mierda de camello".

"A-ja..." se gira hacia Khan. "Así que sigues buscándolas. Incluso ahora".

⁵ "La órbita invernal" es una región que podría asemejarse al Círculo Polar Ártico de nuestro mundo.

"Sí, muy bien, así era al principio, cierto. Pero lo he estudiado, también, y... una cosa llevaba a la otra". El hombre de la corbata azul celeste está sudando. Empieza a perder la paciencia.

"Y además —¡y qué! ¡Mira a tu alrededor! La mitad de las conversaciones aquí son sobre lo mismo. Así que repíteme que no te importa".

"En primer lugar, la mitad de las conversaciones aquí *no* son sobre *esto*. Crees que lo son, pero no es así. Y segundo, claro que estoy interesado. Pero creo que todo esto es, bueno, triste".

"¿Qué es triste?"

"Este tema. La gente sigue sacándolo a flote. La gente que sigue escribiendo al periódico que vio a una mujer en algún sitio que se parecía a cómo serían ahora Målin o Anni, etcétera."

"¡Vete a la mierda!" La gente que se encuentra en las inmediaciones de la mesa del buffet se queda callada y miran en dirección a Khan y von Fersen. La mujer del traje pantalón se incomoda. Desvía la mirada. El hombre sudoroso con lentes diamaterialistas se mete la mitad restante de un pretzel en la mejilla y se pone en marcha hacia el guardarropa.

Los castaños frente a la preparatoria se mecen con el viento. Las hojas caen sobre los escalones de la entrada principal, por las banquetas y los charcos. La superficie del agua se agita; las ruedas de una maquinaria bruscamente frenada rompen los conos de luz que proyectan las farolas. La puerta del taxi se cierra de golpe y un par de zapatos de gamuza blanca de tres mil réales pisan un charco. El diseñador de interiores maldice y da tres pasos largos. Indignado, desiste de sacudirse el lodo, se pone la carpeta bajo el brazo y sube los escalones para llegar a la entrada principal.

Adentro está cálido y huele a pegamento. Jesper atraviesa el vestíbulo, el piso de madera desgastada cruje bajo sus zapatos. Toma una etiqueta de identificación del sonriente voluntario y se la mete en el bolsillo trasero del pantalón.

"¡Arriba, en su pecho! Para eso son, para que todo el mundo pueda reconocerse".

"Claro", dice Jesper, y se deja la etiqueta en el bolsillo.

Los retratos del anuario y las fotos de clase están alineados en un expositor. VIII B. Hay un chico delgado y rubio con una cabeza demasiado grande para sus hombros y el flequillo peinado para atrás y por detrás de las orejas. A su izquierda, hay un niño inmigrante de Iilmaraa con sobrepeso y una horrible corbata. El pequeño Khan mira más allá de la cámara con una mirada nebulosa. El kojko alto y pecoso de la última fila de los

“larguiruchos” le ha sugerido que se quite sus lentes para parecer menos patético.

Poco a poco, la mirada del hombre se desliza por las filas del VIII B, con la ansiedad aumentando en su corazón. Su imaginación ya se le ha adelantado. En algún lugar en medio de esta hilera de chicas brilla un enorme cúmulo de fisión nuclear, una constelación distante, un matrimonio de materia.

Fue hace ocho años cuando el afilado rostro de Jesper apareció por primera vez en la brillante portada de la revista mensual de diseño. Eso sí, el protagonismo tuvo que compartirlo con otros dos visionarios adictos a la cocaína. Allí estaban los tres en el *rodaje*, sentados en su emblemático sofá. La *softbox* difuminaba, se reproducía a *Fakkengaff*, y “pioneros”, “futuro”, “decorosos” y muchas otras cosas por el estilo se escribían debajo, todas ellas las recuerda muy bien. Dos horas más tarde, Jesper estaba sentado solo en su cubo resplandeciente, con un coiletero en la palma de la mano, sobre una pila mórbidamente grande de fotos de la clase y recortes de periódico. Una mirada a los abetos mecidos por el viento derrotó la tentación de comprobar de nuevo si se había ido el olor. El coiletero se colocó en la sección de “basura del hogar”, y la carpeta de las niñas se clasificó en “embalajes”. Jesper se paró en medio de la habitación y exhaló profundamente. Suficiente. Ya había sido suficiente.

Pero, ¿dónde están? ¿Por qué no están aquí? ¿Por qué no están ninguno de los dos ahí? Decepcionado, Jesper da un paso atrás, desconcertado, hacia el escaparate para ocuparse de este asunto como es debido, para revisar todas las fotos, cuando de repente un hombre de treinta y cuatro años se detiene en medio del vestíbulo. Ese hombre aún vive con su madre.

Principios de primavera, hace veinte años.

El pequeño Inayat Khan cae de lado en un charco de lodo cubierto de hielo. Su suéter de reno está sucio y le sale sangre de color rojo oscuro de la nariz. En medio de numerosos desalientos y preocupadas sugerencias de que no se levante, el niño se levanta lentamente, resbalando brevemente de vez en cuando. Finalmente, se coloca frente a frente con Sven von Fersen, a sólo unos metros de distancia. El rostro del pequeño Khan está cubierto por costras de barro, y sus manos se colocan en una postura de combate inadecuada. Sus puños tiemblan de rabia y humillación.

“Escucha, sabes lo que dijo, ¿verdad?”. Von Fersen empieza de nuevo.

Su desagradable lacayo sabe lo que dijo Khan, pero pregunta de todos modos: “¿Dime lo que dijo, Sven!”

Sven no es tacaño con sus respuestas. "Acompañó a Målin a casa y la besó. Lo entiendes, el Can⁶ la acompañó a su casa, Khan la Sanguijuela la besó."

Se oye una carcajada, y el lacayo replica de inmediato: "¿Por qué tienes que contar una historia tan enfermiza? ¡Recibes lo que te mereces! Cuando te inventas algo tan repugnante, recibes lo que te mereces. ¿Crees que a Målin le gusta oír una historia tan asquerosa? ¿Eh? ¿Le gusta?"

Lágrimas de rabia corren por las mejillas del chico del suéter de reno. Ayer, después de clase, Khan había dejado volar su imaginación. Había sido un terrible error. El sol emerge por detrás de las nubes y él ya ve, a unas decenas de metros de los espectadores, cómo el pelo rubio de Målin Lund brilla como un halo glorioso. Se sonroja de vergüenza. Charlotte, la mayor de las hermanas, pone la mano sobre los hombros de Målin y, con sus abrigos de primavera, ambas le dan la espalda.

"¿No deberías llevar unos, no sé, *camellos* en ese suéter o algo así?"

Un grito como el de una espada curva retumba en el patio de la escuela. Khan se lanza desesperado hacia von Fersen. Aunque resbala un poco por el camino, en su mente sigue viendo la afilada lanza de Ramout Karzai, de la epopeya heroica de Amistad, clavándose en el pecho de su enemigo.

La distancia se acorta, una colisión mortal parece inevitable. Pero de repente, fuera de la periferia de su visión de túnel inducida por la ira, aparece un actor desconocido y lo detiene, con la otra mano apretada como una señal de alto contra el pecho inflado de von Fersen.

Con los brazos extendidos y un mechón de pelo rubio cayéndole en la cara, Jesper escupe el chicle y emite una andanada de argumentos del tipo "Carajo, Sven, no estés jodiendo". Khan intenta liberarse del agarre de su compañero de pupitre, con la mejilla morada y la nariz ensangrentada manchando el hombro de Jesper.

Así es como permanecen. Suena el timbre y se acaba el recreo. Mientras el patio del colegio se va vaciando de niños, Jesper se limpia el hombro de su suéter con una servilleta. "Entonces, ¿besaste a Målin o qué?"

"No. Pero la acompañé a casa. Y salió bien. Bastante bien".

"Pero no *tan* bien".

"Claro."

⁶ En el texto original Sven dice "Kaan" en lugar de "Khan". Mientras que Kaan es una pronunciación errónea de Khan, también es la palabra en estonio para "sanguijuela". Necesitas palatizar la "n" en kaan. para la continuidad en español el sobrenombre original en estonio no funciona. La alternativa de la traducción en inglés fue llamar a Khan como "Khan the Khant", pronunciado como "Khan the cunt", Khan el "(hijo de) puta", o Khan la "zorra" en español. En el caso del español, para apegarse a la versión de Kurvitz, decidimos mantener la pronunciación errónea, ahora como "Can"; ahora Sven se dirige a Khan no como una sanguijuela, sino como un perro.

"¡Es la misma camisa! ¡Khan, dime que no es la misma camisa!"

"¡Jesper!"

Dos adultos se encuentran en un guardarropa y se dan la mano por primera vez en muchos años. Hay una pizca de calidez en la sonrisa irónica de Jesper. "Puede que actuase un poco descortés la última vez que nos vimos", empieza. "Y ahora lo comprendo —fue un error".

Khan simplemente se ríe. Su barba de pocos días tiembla junto con su simpática papada.

"He dejado una mala impresión". Dicho esto, Jesper se pregunta qué tenía planeado hacer a continuación. "Tengo noticias. Una novedad". Señala la carpeta y mira a Khan inquisitivamente. "¿O te has convertido, no sé, en chef mientras tanto?"

"Ya me conoces, siempre soy *hardcore*".

Sin el más mínimo reconocimiento de la reunión de clase, Khan toma su chaqueta del guardarropa y se dirigen a la puerta.

"¡Mira, mira, el comisario que desaparece!"

"No está nada mal".

"También le hice uno a Tereesz. Es una versión particularmente especial. Es la misma imagen, pero adivina qué pasa cuando la giras un poco más."

"¿Qué?"

"¡Ukhotomsky también desaparece! Y también una paloma. Está a mitad de camino detrás de Ukhotomsky".

"De lo contrario, quedaría media paloma colgando en el aire".

"Precisamente".

Las gotas de lluvia caen del paraguas del agente Machejek. Una bocanada de humo queda suspendida bajo el dosel del paraguas y desaparece en el viento. Sujetando un "Astra" entre los dientes, dobla el mapa y lo guarda en su portafolio. Dos hombres corren a través de la cortina plateada de la lluvia, directos hacia él, a través del césped del instituto. El kojko del abrigo gris de espiga retrocede un paso. Hace un espacio bajo el paraguas. Es inmenso —el estándar de la CPI.

"¿Te has disculpado?"

"Se ha disculpado", responde Khan por Jesper.

"¿Está... *genial* allí?" Machejek asiente en dirección a la escuela.

Khan niega con la cabeza. "Mejor vayamos a la ciudad", especifica Jesper. "Hay un lugar. Un lugar nuevo."

Tres hombres se colocan bajo un gran paraguas y se colocan fuera de foco. Una salva de lejanas campanadas de trineo se aproxima, repicando como las cortinas de plata que se cierran a espaldas de los amigos...

Hace ocho años.

... las agujas bailan a doce decibeles bajo sus lucecitas hasta que la cinta de formato Stereo 8 hace un clic contra el lector magnético. El ritmo es insoportablemente suave, más moderno que las golosinas para la nariz. O quien sabe, es difícil de decir. El ritmo es local, originario de los mundialmente famosos estudios de grabación de Vaasa. Fue creado por una persona semimítica, Fakkengaff, que, a pesar de ser un inmigrante oranjés, un disc jockey y productor musical, funciona más bien como un grupo de personas o una máquina en el cielo. La golosina para la nariz, en cambio, llegó a través de una franja inexplorada de palidez en un navío pirata. Fue creado por el esclavo que empuña el machete y sueña con una revolución, y por el capataz que vigila los campos con una carabina. Fakkengaff compuso el ritmo para que las chicas se pusieran a bailar y los chicos disfrutaran mirando. El esclavo del machete hizo las golosinas para la nariz para que *La Puta Madre* no pusiera a su familia frente a un pelotón de fusilamiento. Durante seis meses, el caramelo de nariz maduró en la meseta de la alta montaña de Irmala, bajo los rayos del sol dorado. El sol no se caía del cielo turquesa gracias al águila mundial y sus alas de mil kilómetros de envergadura. La parte en la que el ritmo parece sumergirse en el agua durante medio minuto y luego —¡por increíble que parezca!— vuelve aún más genial, se la susurró al oído a Fakkengaff la mismísima alma del libertinaje. Tenía las alas blancas de un ángel, pero el aliento contra la oreja del disc jockey había sido caliente a causa de la pasión, con olor a canela y a maldad primigenia.

Dios mío, qué agradable es este entumecimiento en mi nariz. Dios mío, qué buena es esa parte en la que el ritmo emerge de debajo del agua. Qué triste. Aún más genial que antes. ¡¿Qué tan genial soy?! Estoy ahí en la portada, soy tan genial ahí en la portada. Soy un pilar de luz, vertical, y estoy rodeado de una habitación oscura. Y eso es todo, no hay nada más, ¿entiendes?

Los invitados sentados en el diván-cubo blanco de Jesper y detrás del escritorio-módulo multifuncional comparten impresiones acerca de la feria mundial. También brindan con sus copas, en un alarde al socialismo de champán. Jesper baila solo como un raro gallo albino. De la botella de agua que lleva en la mano derecha caen gotas aperladas sobre las ventanas.

Como una época que ya ha sido y se ha ido, las calles de Vaasa se deslizan por la ventana lateral del taxi. Un gran caballo negro relincha, el vapor sale de sus fosas nasales. Algo dulce se filtra en el maltratado corazón del agente de la CPI. La lluvia cesa y los jóvenes en la oscuridad cierran lentamente sus paraguas. Entradas al metro, nombres de lugares conocidos.

Una chica en bicicleta gira en una calle adyacente, donde los carteles luminosos amarillos despiden vapor en la humedad. El tráfico se refleja en las ventanas de las casas y las tiendas cerradas, hasta que la autopista se eleva por encima de las aceras. La ciudad que atraviesa destella a través de las grietas de las barreras de piedra, y un niño saluda a Machejek desde la ventana de un carruaje motorizado.

En el puente Königsalm, las farolas que pasan se convierten en una línea punteada. La silueta gris de una prestigiosa zona residencial se eleva sobre el agua. Allí estaba la casa de Tereesz cuando vivía en Vaasa de niño. Más adelante, a través del parabrisas del carruaje, comienza el distrito isleño. Hace veinte años aún tenía una reputación turbia; como explica ahora Jesper, un desarrollo meticuloso y algunas galerías vanguardistas han convertido Östermalm en el próximo distrito "de moda".

"¿Burgués-bohemio, quieres decir?"

El taxímetro hace tictac, la cabina es cálida y oscura. Jesper ni siquiera reconoce el intelecto de Tereesz.

"Oye, suéltalo". Khan da un giro inesperado a la conversación sobre urbanismo y reunión escolar.

"Necesito un proyector. También hay una cinta. Te contaré más en 'Kino'".

"Entonces enséñame el lazo para el cabello".

"Sí, se está poniendo un poco morboso, Jesper. Enséñanos el lazo para el cabello, enséñanos el *coletero*", Tereesz se une a la súplica.

"Ah, venga, no empieces. No lo llevo conmigo, lo tiré. Fue una época muy extraña en general..."

Una sonrisa pícara aparece en el rostro de Khan. "¡Jesper, no seas tacaño!"

"Sí, no seas tacaño, enséñaselo a la clase".

Jesper mira por la ventana lateral. "No."

Pasa un momento en silencio. El murmullo de las ruedas en la carretera, el clic de las direccionales. Khan y Tereesz se miran con una sonrisa, y Jesper mira por la ventanilla con fingida indiferencia. Sólo al cabo de un rato siente sobre sus hombros la responsabilidad de reanudar la historia.

"¿Y qué le has contado a Fersen? ¿Una historia de detectives?"

"¡El coletero, Jesper, el coletero! ¡Muéstralo!"

Resignado, el diseñador de interiores mete la mano en el pecho de su abrigo peacoat Perseus Black y saca la caja de un anillo.

Hasta hace poco todo había estado bien, y ahora todo está tan triste. Hablando de estética funk! y futurismo con la esposa fotógrafa de un joven agente inmobiliario bajo la ventana, había tenido la sensación de que ahora

sería así todo el tiempo, que nunca volvería a la *normalidad* de nuevo. Pero ahora mismo, la voz de la gatita desde los altavoces monolíticos dice diez mil veces seguidas que está enamorada, enamorada, enamorada... Fuera de la ventana, el gris matutino empapa la oscuridad por encima de los helechos, frío y húmedo. No se siente como antes, en absoluto —como si se aplicara a Jesper. Sólo a algún cantante en un estudio en algún lugar. Probablemente debería rellenar. Acaba de hacerlo y no ha mejorado en absoluto. No sabe, probablemente debería hacer algo de todos modos.

Un minuto más tarde, una versión de veintiséis años de Jesper de la Guardie, que acaba de entrar en las Grandes Ligas, está de pie en medio de la luz gris lechosa de la habitación. Su camisa color café está desabotonada, sus fosas nasales enrojecidas y sus labios apretados con rabia.

"Ey, se acabó la fiesta. Vayan a sus casas".

Nadie puede oírle, Fakkengaff suena demasiado fuerte. Con el botón STOP del reproductor de cintas magnéticas formato Stereo 8 bajo el dedo, se yergue una columna de luz en medio del repentino silencio. Las cabezas voltean.

"Se acabó la fiesta. Vuelvan a casa, escorias".

La boca de Jesper, hundida en un arco monstruosamente desdénso, y sus ojos vidriosos, acompañan la salida vergonzosa, en busca de ropa y bolsos. Un compañero visionario le da una palmada en la espalda, y a cambio recibe el tipo de mirada abismal y sin fondo que arruina las relaciones interpersonales para la eternidad.

La esposa fotógrafa del joven agente inmobiliario se queda un poco atrás del grupo situado frente a la casa, y luego se gira de nuevo bajo el techo de concreto del cubo. "¡Mi tobillera!", dice mintiendo.

Unas largas piernas con calzado de correa y una cadena de plata alrededor del tobillo enmarcan la siguiente escena sombría. Jesper está sentado entre las bolsas de basura esparcidas por el rincón de la cocina. Entre corazones de manzana, botellas de agua vacías y bolsas de papel para pasta hecha en casa, mira el rostro amable de la mujer del agente inmobiliario. La playa brumosa por el rocío del mar septembrino tras sus ojos expresa que Jesper no está interesado. Su empatía —no, gracias. Los juncales crujen con el viento, las siluetas de las cabinas vestidores se alzan en fila bajo el cielo blanco y desolador. Cuatro chicas corren sobre la arena y se desvanecen en el aire.

En su mano derecha, el diseñador de interiores sostiene un coletero rosa claro.

Khan observa a Jesper, con la caja del anillo bajo la nariz. Sus cejas se fruncen con preocupación. Se produce una sacudida en la cabina cuando la

máquina se detiene. El taxista asoma la cabeza desde el compartimento del conductor al salón, pero se da la vuelta rápidamente al ver las expresiones de los rostros del grupo.

"El olor se ha ido", dice Khan.

"Lo sé".

"Hay algo muy malo con eso."

"Lo sé."

3. NOENTIDAD

La Conferencia de Romangorod define diez tipos diferentes de personas desaparecidas. El noveno de ellos, la noentidad, constituye una grave violación a la Declaración Internacional de los Derechos Humanos. Dicha persona no sólo ha sido eliminada por algún órgano violento del Estado, sino que también han desaparecido los documentos de su previa existencia. Este caso especial de desvanecimiento político, una maldición a la memoria, se ha infligido a numerosas figuras históricas con éxito intermitente. En el caso del país de Mesque, por ejemplo, se puede constatar estadísticamente una pérdida de hasta el diez por ciento de la escala histórica de su cultura entera. No ahondaremos en los ejemplos exitosos —sería imposible hablar de un día que jamás existió. Pero todos dejamos pequeños rastros, y el censor es humano.

Así, puede suceder que el ciudadano eliminado sea, gracias a su noentidad, una figura histórica mucho más conocida que su compañero a quien simplemente le pegaron un tiro en la cabeza detrás de un centro de eliminación de residuos. ¿Qué otra narración sobresaliente habría salvado al degollador del Partido Comunista de Samara, Julius Kuznitsky, de la oscuridad de la historia si no hubiera sido esa foto tan graciosa? A medida que se ha desarrollado la tecnología del registro, se han añadido procesos aún más complejos al arte de limar la cabeza del emperador de las monedas. Para un Estado obrero degenerado-burocrático bien organizado, no es precisamente difícil hacer un poco de 'limpieza de primavera' de sus tarjetas perforadas. Pero en el caso de las fotografías, y también de algunos ejemplos particularmente curiosos en la era del material filmográfico, la limpieza adquiere un cierto matiz de refinamiento técnico —el cual podemos contemplar en la mencionada desaparición del comisario Julius Kuznitsky, quien, bajo la varita mágica del retocador, se esfumó a bordo del barco de vapor "Mazov" en aquella sofocante mañana dominical.

Julius era una persona repugnante, un campesino sin educación. Sus ojos jóvenes no vieron la Revolución Mundial —el ascenso meteórico del comisario comenzaría más tarde, en Samara. Sin tener la menor idea sobre

los ideales de Mazov, fue descuidado al dar a sus víctimas títulos con una connotación políticamente acusatoria. Esto acabó siendo fatal para él. Un día, al parecer, el presidente del presidium Knezhinisky no pudo soportar esta vergüenza. "Dime, Kusnja, ¿cómo es posible que el camarada Zdorov sea un contrarrevolucionario, cuando la revolución ya ocurrió hace más de cincuenta años? ¿Y por qué las creencias mazoviana-knezhiniskyanas del camarada Bronski son 'irreversiblemente de mente cerrada'? Soy Knezhinisky, Sapormat Knezhinisky, ¿ese es **mi**⁷ nombre!"

En ciertos círculos, estas dos fotos —la original y la retocada, codo con codo— se han convertido en un fenómeno cultural pop. La sonrisa de rata que Kuznitsky esbozó en su rostro aquel día añade un valor espiritual a la curiosidad. ¡Mírenlo! ¿Quién no querría extirpar de la historia a esta asquerosa comadreja?

Peor suerte corrió el tercer personaje de esta foto. Aram Ukhotomsky, fiel amigo revolucionario de Mazov desde el Gobierno de los Once Días, agrónomo de eminente talento, genetista y uno de los tres creadores de la variedad de papa amarilla de Ulan. Una rara figura apolítica, cuyo comportamiento modesto y su irremplazable contribución a la mesa del proletariado mundial lo salvaron de un total de tres ciclos de limpieza. Eso fue hasta que la imparcialidad científica de Ukhotomsky ofendió los sentimientos de alguien en el XXI Pleno de Genetistas. Resulta que la genética moderna simplemente no es compatible con la filosofía knezhiniskyana de la tabula rasa, donde, en un ambiente de espíritu revolucionario, incluso las semillas de grosella pueden ser convencidas de convertirse en higos.

Con horror, Ukhotomsky se encontró comparándose a sí mismo con una pequeña serpiente de plastilina al hablar ante el presidium. Puesto que nunca antes había escrito críticas sobre sí mismo, el pobre erudito se explayó tan descaradamente que, incluso en el entonces exuberante ambiente de autocrítica, a los presentes les resultaba complicado escuchar

⁷ Todo el texto en negritas no está escrito así en la obra o r i g i n a l pero en su lugar está escrito a s í. Se realizó el cambio por motivos de accesibilidad (y, en el caso de palabras cortas como **las** anteriores, para mayor claridad).

sus palabras. Desde esta memorable actuación, el nombre de Ukhotsky ha quedado unido al epíteto del lamebotas. El carácter histórico había quedado totalmente comprometido, por lo que el misericordioso Presidente Knezhinsky decidió conservar la memoria de su camarada más veterano y una vez más digno: por El Noveno Proceso fue enviado tras el centro de eliminación de residuos y, más tarde, todos los rastros de la existencia de Ukhotsky fueron eliminados. Pero la falsificación de la historia fracasó. Los retocadores, distraídos, dejaron intacta una importante fotografía en la que aparecía Ukhotsky, la misma foto con la que el comisario Julius Kuznitsky entró antes en el olvido.

Técnicamente, sin embargo, la historia más impresionante es la caída de Ignus Nilsen del canon —un maestro de la escuela mazoviana convertido en profeta. Igualmente una figura destacada en la historia del movimiento comunista, se convirtió en un espíritu incorpóreo bajo el poder de los censores de Vaasa. El personaje del alcaudón apocalíptico de Mazov se convirtió repentinamente en un lastre para la imagen del norte socialdemócrata. Así fue como maquinaron la desaparición de Nilsen junto con Graad, que recientemente había repelido la revolución. Para disgusto de los censores, docenas de horas de filmación de Mazov habían sido grabadas durante el técnicamente progresista Gobierno de los Once Días, donde el ícono revolucionario iba casi siempre acompañado de su mejor amigo y hermano de armas, Nilsen. La destrucción de todo el material habría levantado sospechas. Así es como se explica que un fantasmagórico citoplasma gris flote eternamente en la mano derecha de Mazov. Pasaron décadas para que los historiadores consiguieran resolver este escalofriante misterio.

Incluso hoy, muchos creen que el citoplasma es el comunismo en sí mismo.

4. VIDKUN HIRD

Una cinta de doce milímetros zumba en el proyector. En el sofá junto a la pantalla blanca hecha de tela, Khan se sienta al lado de Machejek, mirando incrédulo su taza de café cuadrada sobre un platillo también cuadrado. Agarra la cuchara para mezclar el azúcar y acerca con cuidado la taza. En el café "Kino" todo es de cristal o es blanco. La silla donde Jesper se sienta y juega con el proyector es blanca, las paredes de aislamiento acústico de la cabina son de cristal. El panel sobre el que cae la pantalla de tela es de cristal; el sofá donde Khan y Machejek se sientan incómodos es blanco. Hay un tigre albino disecado en una vitrina en medio del café. Asegúrate de no romper nada —te saldrá bastante caro.

"Déjame adivinar", el agente gira el "Astra" entre sus dedos hasta ablandarlo a su gusto, "¿el diseño es tuyo?".

"De uno de mis alumnos. Este lugar es como una pantalla de cine, una manta blanca, hemos sido *proyectados* aquí, ¿sabes? ¿Cómo es? No es en absoluto, una pantalla de cine, ¿entiendes?"

"Sí, lo entiendo. Es incómodo".

"El chico es un poco temeroso, sí, pero tiene talento. Necesitaba este tipo de proyecto de gran exposición. Y este es el único lugar donde puedes ponerte rápidamente detrás de un proyector. Así que yo intentaría, ya sabes, ser de mente abierta", Jesper, junto con el tigre, mira a Khan. Los ojos de cristal del tigre son de un azul aún más intenso que los del diseñador de interiores.

"¡Oye, amigo, soy de mente abierta!".

Machejek saca un lápiz y un cuaderno del bolsillo de su chaqueta.

"Bueno, pues", empieza Jesper, "un pariente de uno de mis compañeros trabaja de operario. Hace documentos. El otoño pasado me habló de su nuevo proyecto. Con Gessle. ¿Conocen a Konrad Gessle?"

"Se dedica principalmente a temas criminales, ¿no?"

"No exclusivamente. Gösta, así se llama mi operador, me cuenta que tiene miedo de hacerlo y me pregunta si debería. Ahora también tiene un hijo en casa y tal. La cuestión es que la película trata —y aquí es donde despertó mi interés— de Vidkun Hird".

"¡Oh, Dios mío!"

"¡Basta de Vidkun Hird!"

"¡Espera, espera! Estoy de acuerdo, es un tema trillado, él estaba en Arda entonces, no podría estar en Vaasa, y todo eso. Pero aún así pensé en

echarle un ojo, ¿sabes? Entonces, hace dos semanas, Gösta viene a hablar conmigo. Me dice que están por hacer un gran progreso. Han estado sentados con Vidkun Hird en Kronstadt durante los últimos seis meses..."

"¡Increíble!"

"... y supuestamente tienen una estrategia allí: impresionar a Hird. A Vidkun le agrada Gessle, Gessle es nórdico, blanco como la nieve, culto y buen debatiente. Entonces. Hird quiere impresionar al entrevistador y empieza a conversar. Presumiendo. Gessle da la impresión de que estos violadores con una imaginación descabellada ya se han visto antes, que Vidkun Hird no es más que un jugador amateur."

"Sí-sí..."

"Durante los primeros tres meses, Vidkun sólo insinúa, despierta interés, menciona fechas inverosímiles, habla de ir a la playa. Gessle ni siquiera se percata, discute de filosofía con Vidkun, sobre la superación del bien y del mal, lo tengo todo escrito aquí". Jesper da unas palmaditas a la carpeta que hay sobre la mesa de cristal en forma de cubo. "Entonces, un día, Vidkun se harta".

El hombre pulsa el interruptor y se enciende el pequeño foco en el centro del proyector. "Tengo que advertirles ahora", mira en dirección a Khan. "Aquellos de nosotros cuya profesión no incluya fosas y niños desaparecidos podríamos tomarnos a pecho algunas de las palabras de Vidkun".

Tereesz vierte una sexta cucharada de azúcar en su café negro y se detiene un momento. Tras un notable momento de silencio, mete su afilado lápiz HB en el sacapuntas y finge estar ocupado con él, con una sonrisa extraña en la cara.

"Oye, ¿cuándo vas a entender? Fosas y niños desaparecidos —ése también es tu campo".

"Okay, Khan," suspira Jesper, "fosas y niños desaparecidos. Es mi campo".

"¿Por las fosas y los niños desaparecidos"? Tereesz levanta jovialmente en el aire su taza de café llena de azúcar y espera.

"*Skål!*"⁸ exclama Khan.

"Skål", pronuncia Jesper y saca la rodaja de limón de su vaso de agua. La mastica, con el ceño fruncido por el sabor agrio.

"¿La cinta, Jesper?"

"Ugh..."

⁸ "¡Salud!" en sueco.

Superhumano; violador; pederasta; antiguo miembro de "Hjelmdall", el Partido Fascista de NFD —Vidkun Hird aparece en la pantalla blanca. Con una mano esposada a la silla y la otra descansando gentilmente sobre su mejilla, está claro que el filósofo del futuro está consciente de la presencia de la cámara. Consciente de ello, levanta su barbilla de bulldog del norte hasta un determinado ángulo de nobleza; allí lanza miradas hacia arriba y hacia abajo desde los recovecos de las cuencas de sus ojos. El cabello cuidadosamente peinado hacia un lado según la moda de los treintañeros, y una pierna cruzada sobre la otra rodilla. Podría decirse que Vidkun es un hombre vanidoso. Se niega a pasar a la historia con su overol de recluso con código de color, y conversa con Konrad Gessle con su uniforme de Camisa Negra. Esa había sido sólo una de sus muchas condiciones.

"Hay gente que nace de manera póstuma", exclama en el antiguo dialecto ardan. Idioma arcaico, inyecta una abundancia de encanto rural al sentimiento modernamente refinado. El reloj de seis dígitos de la mesa indica que transcurre la tercera hora de la entrevista del 12 de agosto.

"¿Sabías, Vidkun, que he hecho una tesis de maestría sobre el ardan antiguo? Puedo traerte de contrabando algo de literatura sobre ello".

"Oh, eso sería muy amable por tu parte, Konrad, ya sabes lo que opino de la selección de la biblioteca de aquí". Ambos rien en señal de comprensión.

"El ardan es la lengua natural de nuestra tribu", continúa Vidkun en tono declarativo. "Este vocabulario fue adaptado y desarrollado por los antiguos cazadores de mamuts que se asentaron en las laderas de Katla hace milenios. El ardan tiene ciertas ventajas significativas en las cuestiones básicas del amor a la sabiduría, ventajas de las que carecen las lenguas continentales. El ardan es nuestra naturaleza, el vaasano moderno —un bastardo metropolitano. Retrocedido a continental, imbuido de Graad. Esta lengua diluida es incapaz de expresar la verdad. Todas las oraciones de esta compota disgénica expresan en última instancia lo mismo: un galimatías internacional. Los próximos cien años verán a nuestra tribu volver a su lengua original. Así nacerá una nueva era en términos de amor a la sabiduría".

"Ya has hablado bastante de eso. También he leído tus notas sobre este tema. Todo esto es muy interesante, pero ¿no crees que tu mismo carácter histórico está sabotando los aspectos más elegantes de tu enseñanza?"

"¿Qué?" Los ojos de Hird se iluminan de repente. Los surcos profundos de sus mejillas se ensanchan y su boca gruñe con desdén.

Konrad finge no darse cuenta del mal temperamento de Vidkun y continúa: "Aunque veo la lógica de tus observaciones, ¿no crees que es

difícil que la gente acepte la validez científica de una teoría cuando esta viene de la boca de un preso violador de niños?"

"El apareamiento es una práctica completamente diferente para nuestra tribu que la propaganda sociopornográfica del siglo moderno, con su romanticismo y cualquier otra cosa con la que nos alimenta. Tú lo sabes, Konrad. Un día, cuando su impotente moral haya llevado a las naciones continentales a la extinción, entonces te darás cuenta de lo que te digo."

"Vamos, mirémoslo con los ojos de un ciudadano común y corriente por un momento..."

"Un ciudadano común y corriente deja que su hija vaya a la escuela con kipts y kojkos, desde que era pequeña, en un maremagnum racial. Un ciudadano común y corriente permite que su hija sea violada por salvajes⁹ allí. Comprenderás que así son las cosas cuando se envía a cuatro niñas a una escuela así".

Konrad se da cuenta de lo que ha soltado el filósofo, pero lo ignora. "El ciudadano común y corriente es el que tú consideras tu lector en el futuro. El ciudadano común y corriente decide si tu visión se hará realidad o no. ¡Estás hablando de la nacionalidad! ¿Y de verdad crees que no se darán cuenta? Que el autor es un fascista..."

"Nacionalista".

"Violador metódico y un fascista, con cadena perpetua en Kronstadt por al menos cuatro homicidios, ¡y el libro es una mezcla de filosofía histórica, eugenesia y violación!".

"Es sobre Historia. Sobre Historia, Konrad. Eres un hombre inteligente, pero tu educación de maricón se nota. Todavía piensas que la Historia se hace a través de tesis de maestría y demás..."

"Bueno, ¿entonces a través de qué se hace?". El experimentado entrevistador no pierde la calma. "¿Violación?"

Vidkun arranca una página del bloc de notas de Gessle. Un guardia con uniforme azul oscuro entra en cuadro tras el repentino movimiento y golpea al miembro de la tribu en la muñeca con su macana de goma. Hird grita de dolor y el papel vuela por los aires. El tres veces nominado al premio Oscar Zorn, el documentalista mundialmente famoso, Konrad Gessle, levanta la mano en dirección al guardia de la prisión. Baja la macana, pero permanece alerta junto al hombre que soba su muñeca.

⁹ La expresión original en inglés es "ruberoids", y "ruberoididel" en estonio, el cual parece ser un término peyorativo propio del mundo de Elysium que presuntamente combina la palabra "rubber" (caucho, hule, goma) con el sufijo "-oide", quizá un término en este universo asociado a la pigmentocracia y los prejuicios raciales.

"Bolígrafo", Vidkun mira irritado en dirección a Gessle.

Apretando el bastoncito para escribir en su puño, el preso lanza miradas triunfantes hacia el guardia. "¡Tú! Si eres tan amable, también entrégame mi hoja". La macana de goma ya se ha elevado amenazante en el aire cuando Gessle arranca una nueva hoja del bloc de notas y la coloca sobre la mesa de acero frente a Hird.

"¿Lo ves ahora? Mestizaje". El pelo de Vidkun, cuidadosamente peinado, se ha enredado en el forcejeo, y un solo mechón castaño claro le cuelga delante de los ojos. Evitando que la página se deslice con el codo, Hird intenta poner el bolígrafo sobre el papel; se siente afilado y peligroso en su mano. El hombre se enfada de repente. "Por favor, suéltame la otra mano. Así no puedo hacerlo".

Ante la mirada suplicante de Gessle, el guardia saca el llavero de su cinturón. Ahora Hird se dirige directamente al espectador: "Hace miles de años, nuestros antepasados vinieron aquí, a la tierra situada en el confín del mundo. Vinieron en trineos tirados por perros, a través de La Palidez infranqueable. Sólo los especímenes de voluntad más fuerte conservaron la cordura durante esta transición heroica. Los especímenes continentales de voluntad débil quedaron atrás, a merced de La Palidez. Nuestros disciplinados antepasados simplemente los separaron de la manada. Los que perdieron la cabeza. Así, sólo los Haakon y los Gudrun, de alma purificada y firme y de voluntad férrea, pisaron el gris terreno de Katla. En medio siglo, estos primogénitos cazaron a muerte a todos los mamuts de Katla. Prosperaron". Vidkun Hird extiende sus manos libres con gesto triunfante y empieza a dibujar unos puntitos en la hoja de papel.

"Esto es ley eugenésica elemental, Konrad, elemental. Cuanto más desafiante es el entorno, más se desarrolla el ser humano desde su forma esteparia. Aquí, en la oscura extensión nevada... El hombre no está destinado a vivir aquí. Simplemente para sobrevivir, debe surgir una tendencia sobrehumana".

Gessle alza los hombros en gesto expectante, pero no interrumpe y asiente en señal de comprensión.

"La tendencia sobrehumana no se ve limitada por anacronismos morales. La tendencia sobrehumana es lujuria ponderada. Todo es posible para él, nada está prohibido. A través de la sangre, en la oscuridad de la noche, de un invierno a otro, pasa de generación en generación. Tú también, Konrad, llevas dentro una tendencia sobrehumana".

Konrad asiente. Un enrojecimiento enfermizo se extiende por la cara de Vidkun Hird. El enrojecimiento es algo intermedio entre una fiebre y una erupción alérgica. "Todos nosotros, incluyéndote a ti, estamos obligados a amplificar este ser primordial que hay dentro de ti. Como las mandíbulas de

un depredador que se fortalecen al masticar la carne. El deber... el deber que tienes hacia la camada. Que ellos también tengan grandes mandíbulas, de aquellas que pueden soportar mucha carne".

Vidkun admira la obra de arte, con una sonrisa orgullosa que de ninguna manera quiere corresponder a su rostro. La cámara aún no puede ver exactamente lo que ocurre en la página, pero Gessle se acerca a la imagen.

"Una criatura rara. La de en medio de ellas. Un tesoro único".

El proyector zumba. Jesper saca una copia envuelta del papel de Vidkun de la carpeta y la coloca sobre la mesa del café. Algo extraño está minuciosamente cartografiado en la página, una elegante constelación de docenas de puntos. Khan se queda boquiabierto. El agente de la CPI Tereesz Machejek, fríamente sereno, hace una anotación en su cuaderno.

"No puedes imaginarte, Konrad, lo duro que me la cogí. No puedes imaginarte..." Vidkun Hird alcanza a decir antes de que Jesper apague bruscamente el proyector.

Junio, hace veinte años.

El pinar del acantilado junto a la playa es penumbroso y fresco. El sol abrasa por encima de las copas de los pinos, pero sólo unos pocos rayos de luz llegan hasta aquí abajo, donde la arena se entreteje en el laberinto de raíces, como el suelo dorado del mar. Por un momento, hay silencio absoluto bajo los árboles. A cien metros de distancia, se oye crujir el brezo bajo los tenis de los chicos que se acercan, hasta que la brisa marina vuelve a agitar el techo formado por las agujas de los pinos. Los troncos de los árboles se balancean ligeramente, un laberinto de columnas de color naranja oscuro, con los costados teñidos de dorado por el sol. El dulce olor de la savia de los árboles flota en el bosque. El retrogusto polvoriento de la manzanilla, un ramo dulce y amargo en las fosas nasales del pequeño Tereesz. Se enciende el fósforo; las densas bocanadas de humo que salen del "Astra" que le robó a su padre cubren todos los demás olores, enmarcados nítidamente en un único haz de luz. Tereesz se divierte, con su rompevientos bajo la cabeza. Practica haciendo aros de humo en el resplandor de la luz. A pocos kilómetros de aquí, en el poblado, está la villa diplomática de su padre. Esa casa, tan cerca de la popular playa de verano, había convertido de repente a Tereesz en un chico popular hace tres semanas, al empezar las vacaciones de verano. Justo cuando los pasos de los demás se hacen perfectamente audibles por detrás de la colina, Tereesz hace un pequeño aro a través de la gran medusa de humo ondulante.

"¡Oh! Lo logré...", exclama, demoliendo su obra maestra.

"¿Qué?", pregunta Jesper, que ha llegado a la colina, en bermudas y camisa de marinero. "¿Qué lograste hacer?"

"El aro de humo atravesó el segundo".

"¿Ahora fumas?!" Jesper se sorprende.

"¿Quieres un poco? 'Astra'. Es el más fuerte".

"¡Dame uno, Tereesz, tomaré uno!" El Khan bramante

se coloca al lado de Jesper. Unos binoculares cuelgan de su cuello en una correa de cuero.

"Ten", Tereesz le arroja el paquete a Khan, que lo agarra con dificultad. Con la lengua de fuera por el esfuerzo, asegura el paquete sin dejarlo caer y lo examina a través de sus lentes. "Genial", es la evaluación profesional que hace Khan de la caja. Las estrellas blancas se deslizan por el cartón azul cielo.

"Es inútil", dice Jesper con la comisura de los labios y se pone delante de Tereesz para explorar el terreno en lo alto de otra colina.

"Esa camisa tuya es inútil". Tereesz se levanta perezosamente apoyándose en los codos y le ofrece a Khan fuego de una caja de fósforos.

Jesper entrecierra los ojos y levanta la mano hacia la cara como un capitán, examinando el terreno del bosque que tiene delante. "Inútil, ¿eh? Anni no pensaba lo mismo. Me *hizo un cumplido*. El último día".

"¿Tú crees?"

Jesper se vuelve hacia Khan. El chico fuma como un principiante.

"Escucha, Khan, ¿recuerdas que en el armario, Anni dijo que esta es una camisa hermosa?"

"Ella lo dijo. Tereesz, realmente lo dijo".

"Fersen saltó como un insecto y le dijo a Anni de mi parte que tiene un vestido precioso. Y algo sobre su pelo también. Fue muy gracioso".

"Nunca puedes desperdiciar una oportunidad para ser educado", dice Khan con una sonrisa, y expulsa un poco de humo.

"Vámonos".

Los tres chicos se acercan a la orilla entre los retazos de luz bajo los árboles. Khan se deshace del cigarro con un movimiento infructuoso y empieza a darle vueltas a sus binoculares en la correa. Su mochila se agita al acelerar el descenso. Corriendo por las laderas, la mayoría de los chicos saltan por encima de los arbustos de brezo; sólo Jesper, preocupado por sus pantalones blancos, pasea con dignidad, las manos en los bolsillos como si

estuviera en una caminata vespertina. El estruendo del mar crece entre los árboles conforme se acercan a su lugar habitual en el acantilado.

En la valla de troncos hay carteles que señalan el peligro de derrumbe, con la imagen de un hombre cayendo por una pendiente escarpada. Al otro lado del sendero, trepando entre los arbustos justo debajo del cartel, Khan le explica a Tereesz: "Mira, lo llaman Mar del Norte, pero en realidad es un océano. Teóricamente atraviesa La Palidez y se convierte en tu Mar de Igress. Hasta Graad. Esto hace que el Mar del Norte sea interisolar. Es una cuestión de clasificación".

Juntos como un trío, intentan mantener la conversación lo más académica posible por tercera semana consecutiva, para impresionar a todos con el carácter de su actividad cuando vuelvan en otoño. Jesper, rezagado mientras se mueve con cautela entre los arbustos, continúa con la misma actitud. "Nosotros no teníamos una palabra como océano en Katla, para nosotros todo era un mar".

Una vasta masa acuosa de color aguamarina se extiende frente a los chicos desde el alto borde del acantilado. Las nubes rompen en el cielo azul pálido, el sol brillante se refleja como una franja sobre el agua. Las olas del mar arrastran perezosa y majestuosamente una larga franja de arena. Charlottesjäl. El viento desaparece por un momento y una ola de calor golpea a los chicos en la cara. Los insectos emergen del follaje de los florecientes rosales majalis. La playa que hay debajo del risco se curva prolongadamente hacia el mar, hasta el hotel Havsänglar, en lo alto de la península. Hay pequeñas manchas humanas en la arena con sombrillas rayadas de rojo y blanco.

Los chicos toman asiento en el trozo de hierba entre los rosales majalis, desde donde el acantilado de arenisca quebradiza desaparece rápidamente de la vista. Tereesz ha teorizado muchas veces sobre cómo se podría descender de un salto por esta ladera de roca blanda —aterrizaría en el banco de arena que se halla a tres metros, y desde allí se deslizaría sobre los talones. A Jesper le preocupa cómo resistiría su ropa en tal caso; Khan sólo destaca por su cobardía.

Incluso ahora, Tereesz se sienta más cerca del borde, mientras Jesper le quita los binoculares de la mano a Khan. Las manchas del sol se reflejan en los ojales curvados de la unidad. En el corazón oscuro y frío del cristal, se amplifica la imagen de la gente en la playa de abajo, de los nórdicos veraneantes con sus toallas y sombrillas. La imagen se enfoca gradualmente hasta ser aceptable para Khan: la izquierda +7, y la derecha +4. Khan compró los binoculares con su propio dinero, en Vaasa, en una tienda para cazadores.

Una vez que Jesper también ha renunciado a examinar la playa, es el turno de Tereesz. Con las almohadillas de goma de la nariz apretadas contra las cuencas de los ojos y las mejillas, cada vez con más y más pecas por el sol, tensas de tanto entrecerrar los ojos, tiene que decir: "Supongo que aún no. Sólo son las diez. Ya llegarán".

Mientras Khan y Tereesz comparan las marcas de los cigarros —la basura vaasana es demasiado suave, la de Graad es aún más fuerte, Khan asiente entusiasmado y lo adula todo— Jesper apunta con los binoculares hacia la playa como si fuera la mira de un francotirador. Esta vez implacablemente. La retícula se posa sobre la sombrilla blanca, pero no encuentra las flores rojas que busca. Las líneas verticales se mueven sobre familias jóvenes, castillos de arena que se derrumban y orbitadores solares de cuerpo dorado, se detienen en dos chicas rubias, pero luego continúan su recorrido —no son ellas. Deben haberse alejado demasiado. Jesper enfoca más de cerca. En algún lugar a doscientos metros de distancia, una premonición familiar, una constelación lejana, una inmensidad de materia emerge en la oscuridad de su corazón. Agita la mano para indicar a los chicos que algo está pasando. Khan y Tereesz se protegen los ojos del sol con las manos y miran hacia la playa.

Ajustando de nuevo el enfoque de las lentes Zeul, el velo rosa pálido se convierte en un vientre ante los ojos de Jesper. La respiración sacude los ojos del ombligo de la chica por encima del plexo solar, donde la línea curva del pecho converge en un anillo que sujeta la parte superior de un bikini de dos piezas. Unas cintas blancas cortan la piel de sus hombros, y los pechos prepúberes bajo la tela de tricot se elevan cuando la niña respira. La rueda hace un doble clic en el punto donde convergen los tubos de visión, y en el campo de visión ampliado, sobre una toalla de playa beige, la chica se pone boca abajo. Su melena de color rubio ceniza y sus mejillas redondeadas brillan bajo unas gafas de sol. Perezosamente, Anni-Elin Lund se pone sobre sus codos y hunde la cara en una revista para chicas. Encima de su pequeño trasero nace una curiosa constelación de finas marcas de nacimiento que le suben por la espalda hasta llegar al omóplato.

El frío horror se filtra a través de las juntas de las ventanas en el café "Kino", donde tres mentes intentan mantener la tensión superficial de su confrontación por vigésimo año. Khan se encoge de hombros. "¿Quién sabe de eso? ¿Quién lo sabe? No he leído ni una sola línea en todo este tiempo. No está registrado en ninguna parte".

Tereesz deja el lápiz sobre la mesa. "Algo así se llama un hecho de control. Se omite deliberadamente del registro de identificación de una persona. Incluso de la documentación oficial. Tengo estas tres carpetas en la cabeza y no hay ni una línea al respecto. Él lo sabe. ¡Mírenlo!"

El rostro de Jesper sigue inexpresivo. Para él, todo esto es una etapa ya superada. "Por eso vino a verme ese tal Gösta. Los funcionarios simplemente se encogieron de hombros. Quizá oyó en algún lugar del trabajo que yo conocía a las chicas. Todos estaban bastante confusos allí. Hird tampoco da más explicaciones. Y por cierto, no me creo esa mierda. Tenía algunos chicos allí por algún principio, pero Hird prefiere las Gudrun de pechos grandes".

"No encaja en el perfil, no es posible temporalmente", se anima Khan. "Estaba a seiscientos kilómetros hace cinco horas y compró un cigüeñal y un empaque para su puta máquina de violar... no sé, una especie de lóbulo de empaque". Tras el ruido de la fabricación de la infame máquina de violar, el vecino de Vidkun Hird acabó llamando a la policía y eso supuso el principio del fin para él. Inayat Khan, en cambio, mira al agente de la CPI con seriedad en los ojos.

"Tereesz. Tienes que abrir la carpeta ahora. Sigue investigando. De alguna manera debe saberlo, y es la única pista sólida ahora mismo aparte de esas cartas de mierda. Tienes que hacerlo".

"No te puedes imaginar lo mal que están las cosas ahora. Éste es el peor momento para rebuscar cosas viejas. Ya no hay apoyo de Mundi, la mitad de todo está en estado de guerra. Nadie sabe si, por ejemplo, Oranjenrijk aún existe. Me despedirán si empiezo esta mierda..."

"No pero, Tereesz, aún podrías hacer algo al respecto". A Jesper, ligeramente enfadado, no le interesa la inminente guerra mundial. "Tú hazlo, es tu trabajo. ¡Hazlo!"

"¡Esperen, esperen ustedes dos! Claro que lo haré. Tuve esa sensación desde el principio, cuando me invitaron a su reunión de clase. ¿De verdad creen que pensé que eran nostálgicos? Yo mismo tengo esta carpeta abierta todo el tiempo, ya saben que esta carpeta nunca se cierra. Sólo tienes que esperar que los lugareños se lo tomen con calma. Odian la Cooperativa de todos modos. Rara vez alguien se molestan allí en verificar si se han firmado los documentos del interrogatorio".

Khan sonríe de forma pícaro. "¿Documentos de interrogatorio? ¿Así que sigues planeando ir allí, a Kronstadt?"

"Mañana".

"Es bueno saber que sigues siendo genial, Tereesz".

Jesper sonríe también, ligeramente incómodo con sus mejillas
mejillas sonrojadas y el tono apremiante. "¡Hardcore! Entonces está bien".

Tereesz está de acuerdo. "Esto está muy bien. Veinte años.

No debería quedar esperanza después de todo ese tiempo".

"¿Pero hay esperanza entonces?" Jesper inclina inteligentemente la cabeza, que todavía es un poco demasiado grande para sus hombros.

"Sí. Muy bien, Jesper. Has sido muy bueno".

"¡La cuenta!" El diseñador de interiores, que lleva dos años inactivo, chasquea los dedos a la mesera y señala la mesa con el índice. Las noches no le han sido fáciles. Pero hoy todo es diferente. Esta noche, Jesper puede darse el gusto de comer dulces pequeños. Pequeñas chucherías. Hay una noche fuera de la ventana del cubo, en la oscuridad, donde todo es posible. También es posible que en algún lugar de los rincones ocultos de este mundo, bajo el permafrost del lago Vostok o en el desierto de Erg donde Ramout Karzai desapareció sin dejar rastro, en lo más profundo de los pulmones de Graad... en algún lugar todavía se les pueda encontrar. Como eran entonces. Como niñas pequeñas. Y así también vuelven a ser niños pequeños. Por encima de las nubes, al pie del Corpus Mundi, sólo tienes que levantar un poco el velo de las gotas de lluvia y las tocarás... ¡Qué bien hiciste en no rendirte! Todos los demás seguían olvidándose de nosotras, el cielo nocturno estaba salpicado de gélidas estrellas, la cúpula azul oscuro del firmamento se arremolinaba sobre nuestras cabezas, pero sabíamos que seguían buscándonos.

5.ZA/UM

Anni-Elin Lund se quita los lentes de sol y queda cegada por un rayo de luz. La salpicadura de color verde-amarillo-azul en los iris de la chica se esparce por sus pupilas; su sombra para ojos ahumada brilla bajo la luz. Su hábil cabeza gira como la de un gatito. El reflejo solar rebota de la revista de la chica a la arena, de la arena a la sombrilla, mientras la chica lo sigue con la mirada.

"¿Qué está pasando?" pregunta Tereesz, con los pies colgando al borde del acantilado.

"No lo sé. Ahora Målin también está allí. Está de pie..."

"Yo también veo que está de pie, desde aquí", interrumpe Khan con impaciencia.

"Está de pie, y tengo que admitir que no se ve nada mal en ese traje de baño rojo. Bikini, como de costumbre, y ¡oh! Aún está... ¡carajo!". El arco de la boca de Målin en los objetivos de los binoculares se convierte en una sonrisa, un destello maligno de su dentadura. Su mano pasa de hacerle sombra a los ojos a un gesto de saludo por encima de la cabeza. La imagen desaparece mientras Jesper oculta los traicioneros binoculares bajo su estómago.

"¡Abajo, al suelo!"

Khan oye correr la sangre en sus oídos y siente una vena palpitante bajo el brazo, con medio cuerpo aplastado contra un rosal espinoso.

Tereesz, que con las prisas se ha tumbado de espaldas, mira hacia el pálido cielo de finales de junio. Muy por encima de él, una solitaria águila marina de cola blanca planea en la brisa. Parece como si el ave estuviera suspendida en el aire.

"¡Khan, mira, un águila!"

"Qué puta águila... ¡Ay!" El rosal de pronto le recuerda a Khan su presencia.

"No te muevas, estás sacudiendo el arbusto", refunfuña Jesper, tumbado entre ellos con los binoculares debajo.

"Bueno, si ya nos vieron, no importa mucho si sacudo el arbusto o no. Escucha, tienes que revisar y fijarte qué están haciendo".

"Míralo tú mismo." Jesper desliza los binoculares hacia Khan.

El arbusto vuelve a sacudirse mientras Khan, con su holgada camisa de verano, sale a rastras. Se levanta sobre los codos y se arrastra con cuidado hacia el borde del acantilado, binoculares en mano. Con los binoculares en

la cara, intenta mantenerse invisible escondiéndose detrás de un montón de pasto. Rápidamente, los binoculares se desplazan para apuntar a una sombrilla con flores rojas en la playa, deteniéndose sobre la toalla de playa. Allí, para sorpresa de Khan, la pequeña Maj está sentada sola y mira hacia al frente. Una gota de sudor cae sobre los lentes de Khan. Presintiendo algo malo, observa cada vez más cerca del pie del acantilado hasta que, a unos escasos cien metros, aparecen unos pequeños binoculares de teatro que miran directamente a sus lentes. La esbelta Charlotte, la mayor de las hermanas, está de pie, con la otra mano en la cadera. Su pelo rubio cenizo que le llega hasta los hombros se agita con la brisa. Esta hermosa y terrible criatura de noveno grado está tan lejos de las garras inmigrantes de Khan como un curul en el parlamento. Y ahora está tan cerca que, incluso cuando le entrega a Målin los binoculares de teatro, su mirada sigue clavada directamente en los desconcertados ojos de Khan. En sus ojos, que ahora oculta en lugar de aumentarlos con los binoculares.

"Dios mío, ellas también llevan consigo una especie de binoculares pequeños", informa Khan a la junta de emergencia.

"Eso es lo que apuntaron ayer en esta dirección, sabía que tenía que haber dicho algo..."

"¿Qué, Tereesz?" Jesper se enfada de repente: "¡Entonces ya lo saben, y nos dejaste caer directo en su trampa!"

"Bueno, lo siento, lo olvidé. Pensé que tal vez estaban mirando a esa águila. Sabes, también tiene su nido aquí cerca de la roca..."

"Métete esa águila por el culo". Por supuesto, Khan empieza a reír a carcajadas ante esto, y Jesper continúa. "Ahora no nos queda nada más que levantarnos de aquí y devolver el saludo y punto. No sé qué vamos a decir sobre esta puta situación con los binoculares. De verdad que no lo sé".

"Tengo una idea". Tereesz se levanta decidido, y Khan se agarra los pantalones. Pero muy pronto, las tres chicas de piernas delgadas que se ríen en la playa ven cómo un chico rubio y delgado se levanta torpemente junto a Tereesz y, al cabo de un momento, se les une un tipo de Iilmaraa con algo de sobrepeso.

"¡Hola, chicas!" grita Tereesz. Målin da un grito ahogado y se tapa la boca mientras una figura alta y delgada salta desde el acantilado, a cuatro pisos de altura.

A la mañana siguiente, veinte años después.

Las arrugas de cansancio en las comisuras de los ojos del hombre se curvan alrededor de sus pómulos. Sus pómulos crean dos afilados picos bajo sus ojos, como los de un ave rapaz. Surcos a ambos lados de las mejillas

—espera, preocupado. Las persianas de la oficina de la CPI llevan mucho tiempo echadas sobre sus ojos color avellana¹⁰, y nadie tiene el valor de mirar dentro, de espiar detrás de ellas. Este agente de la CPI también tiene la barbilla recién afeitada que sobresale un poco hacia delante, y un largo cuello gris, de piel desgastada por el tabaco, contra una camisa de vestir blanca. Del cuello cuelga una delgada corbata negra. Ha dejado de llover durante la noche, pero aún hace frío y viento. Con la mano izquierda, se cierra el cuello del abrigo; con la derecha, fuma.

En la proa de un pequeño barco de la guardia fronteriza, un joven oficial vaasano se para junto a Tereesz con una taza de café humeante en la mano. "¿Qué hay en Kronstadt?", pregunta.

"Desafortunadamente, no puedo responder a esa pregunta", murmura Tereesz mecánicamente, con los ojos puestos en el horizonte de la mañana otoñal. Una parvada de gaviotas sale de los juncales del muelle y grazna a través del agua fría mientras el motor del barco se pone en marcha. Una salpicadura de combustible forma un arco iris químico sobre el agua de color estaño.

"¿Café?" El joven intenta reanudar la conversación.

"No, gracias".

Tereesz siente una gota de agua en la cara. Es refrescante. El sol aún no es visible en el cielo gris claro de esta mañana; sólo manchas de aeronaves circulan sobre la ciudad, y la silueta de acero del gran crucero Graad flota como un espectro en la bahía que hay más allá. Järnsjöken, dicen, fantasmas de acero. A nadie le gustan estos barcos ominosos aquí. Fantasmas fuera de lugar. En guardia, pero ¿para qué? ¿Quién le ha declarado la guerra a quién? Nadie. Graad tampoco se ganará aquí ningún corazón con su paraguas de acero, y Tereesz —que a los ojos de un nórdico cualquiera mira, habla y fuma como un hombre de Graad— no llegaría muy lejos aquí con su charla sobre la madre patria Zsiemsk, los cien años de ocupación y la masacre de Yugo-Graad. Sí ... y también Frantiček el Valiente.

Por supuesto que quería ser como Frantiček el Valiente. Todavía quiere. Todos los kojkos quieren ser como Frantiček el Valiente. Tomar posiciones, alzarse, volver a izar las banderas de la época de Zygismunt el Grande. *¡Daring, the joy of life like the rattle of a speeding troika!*¹¹

¿Qué ha pasado?

¹⁰ Literalmente "ojos de color aleatorio" "arbitrario", es decir, un color bastante verdoso o avellanado muy común.

¹¹ Esto hace referencia a la letra de "... Nad läksid öös" de Vennaskond. El texto original es: "*Uljus, elurõõm kui sõõstva troika kuljus!*" La traducción original al inglés fue hecha por Martin Luiga en WordPress.

Un solitario barco de la guardia fronteriza hace su larga travesía por el Mar del Norte. El barco se mece con bastante violencia entre las olas, y al poco tiempo Tereesz tiene que tirar su cigarro para no resbalar en la cubierta. Las malas condiciones para fumar hacen inútil que se quede temblando afuera, así que entra a sentarse encorvado en el banco del camarote. Más aún, intenta no mirar hacia el otro lado de la ciudad, por la sinuosa costa hasta donde se encuentra Charlottesjäl. Dios, ¡cómo le gustaría ir! Una vez vino a cuatro mil kilómetros de Graad en un tren magnético a través de la palidez, no llamó ni a Khan ni a Jesper, fue directamente a Charlottesjäl y pasó el rato allí como un idiota. Luego volvió a casa. Otra semana a través de la palidez. Seguían discutiendo por lo del restaurante con Jesper, y parecía inútil pasar el rato con Khan. Éstas habían sido sus vacaciones del solsticio de invierno de hace dos años. Así eran sus vacaciones. El psiquiatra del departamento le prohibió viajar durante un año. Al parecer, es peligroso pasar por la palidez con tanta frecuencia.

Con el torniquete entre los dientes, Machejek introduce una jeringuilla de vidrio y metal en una vena claramente marcada de su muñeca.

Pero aún le gustaría ver cómo se doblan las totora con el viento. Es tan hermoso ver cómo el océano se desliza por la playa, tranquilo y apacible. En algún lugar, en la distancia incolora, está la silueta del acantilado. Y el agua fría. Gotas de lluvia. Es hermoso de mirar.

Las manos venosas de Tereesz acarician suavemente el maletín negro que tiene sobre las piernas.

"¡*Haadramutkarsai*¹²!", grita el pequeño Inayat Khan desde el borde del acantilado, y salta. El sol brilla. Siente un cosquilleo en su barriga, como si aún le quedaran cien metros por recorrer, pero la caída sólo dura un instante. Se topa repentinamente con la arena. Tras unos segundos acelerados, clava los talones en la arena y el deslizamiento se ralentiza. El pequeño Khan siente una raíz que le pica en el trasero y piedras que le arañan la espalda, su camisa se desprende del pantalón. Sus lentes rebotan en su cara y el jubiloso y pecoso Tereesz se apresura a atraparlos abajo. Las chicas corren hacia su cuerpo golpeado.

"¡Estás loco!" exclama Anni desde lejos. Así que él también tiene motivos para alegrarse.

Pero no el pequeño Jesper. Ahora está allí arriba solo, mirando a un lado y a otro entre la empinada caída, sus pantalones blancos y su camisa de marinero.

¹² "Levanta tu perezoso trasero." En punjabi.

"No". Se relame los labios con una terquedad que le divierte, recoge la mochila que Khan había olvidado y toma una ruta más larga por el bosque. Camina al paso más rápido posible, que es un todavía no insignificante trote. Desde el sendero cubierto de ramas de pino, el chico gira hacia el puente colgante entre dos árboles altos y luego baja las escaleras del otro lado hasta el muelle. El trayecto hasta la playa parece eterno. Ya está pensando con miedo en las tonterías que probablemente esté soltando el estúpido de Khan. ¿Cómo se supone que va a seguirle el juego ahora sin coordinación?

Al cabo de media hora, Jesper llega a la playa y se echa de brazos cruzados junto a la toalla vacía de las chicas.

"Disculpe. ¿De casualidad has visto adónde han ido esos chicos que saltaron desde allí?". Señala en dirección al imponente acantilado del fondo. A este anciano le han pedido que cuide de las cosas de las chicas. Jesper decide que, estén donde estén, no pueden estar muy lejos. Después de broncearse un momento bajo el sol, se sienta en la floreada toalla de playa. Después de debatir consigo mismo si debería quitarse la camiseta —hace mucho calor— se decide por el gusto y se tumba de espaldas sobre la toalla luciendo lo más genial posible. La genialidad reside en esa pose indiferente con los brazos cruzados bajo la cabeza. Jesper está más interesado en estas nubes ahora mismo. Está absorto en sus pensamientos. Piensa.

Y entonces una diminuta unidad atómica de perfume se filtra en su nariz. Lirios del valle, respirar, piel humana explotan ante sus ojos. Jesper gira la cabeza, y sobre el beige de la toalla de playa, brilla: el aromático y extraño mundo de las cosas de chicas. Hay vestidos de verano blancos con lazos de color rosa pálido doblados con terrible pulcritud, pequeños cinturones y cachivaches inútiles, el fino brazalete de Anni, y cestas de mimbre para la playa que contienen justo el tipo de comida que les gusta a las chicas. Jesper no recuerda nada sobre la comida que les gusta a las chicas, pero es seguro que no hay mucha. A las chicas no les gusta comer. Eso sí lo sabe Jesper.

Con una tonta fascinación, levanta la mano hacia una botellita que sobresale de un pequeño bolso de mano. La botella de aceite aromático tiene forma de granada. Un líquido dorado fluye detrás del cristal de color rojo carmesí, y Jesper mira embelesado. El mundo desaparece. Todavía con el frasco en la mano, ni siquiera entiende por qué, pero su mano introduce disimuladamente un pequeño lazo para el pelo en el bolsillo del pecho de su camisa de marinero. Se tumba de nuevo boca arriba y mira al sol a través del cristal de la botella. Un momento atemporal queda suspendido en el mundo rojo frambuesa de la granada, hasta que de pronto, como salidas de la nada, las largas piernas de Charlotte se erigen sobre él. La pequeña Maj

lo mira directamente a los ojos desde los hombros de Tereesz. "¿Qué hace con tu botella, Anni?"

Las ardientes sinapsis de la cabeza de Jesper empiezan a hacer conexiones en cuanto se rompe el hechizo, y no deja que su sorpresa se refleje en su rostro.

"*Revacholiere*", pronuncia deliciosamente, y luego termina como un viejo profesional. "*Granate*, número tres, muy buena elección. Notas fuertes, natural, la baya de enebro da una especie de acabado mate airoso... No, muy buena elección, ¡qué puedo decir! ¿Es tuyo, Anni?"

Jesper se sienta, tranquilo y sin inmutarse. Khan y Tereesz miran emocionados en dirección a las chicas, en particular a Anni, que está lamiendo su helado de limón con una sonrisa.

"Mío, sí", dice, un poco insolente al principio, y luego se hace más educada. "Tu madre trabaja en una perfumería, ¿no?"

"Más que producir, importa. Recientemente. Pero tiene su documentación y todo. Sabes, he estado en la fábrica de perfumes de Revachol para ver cómo se destila el *Granate*".

"¿Has ido a Revachol?!" Incluso Charlotte está impresionada. En el colegio es una especie de diosa, un grado por encima de ellos, con su ropa cara y sus chicos de bachillerato. Y ahora los ojos de la diosa se abren asombrados. A Jesper le empiezan a arder las orejas.

"Una vez, sí. Los compañeros de trabajo de mi madre la invitaron a una excursión".

Tereesz, que mientras tanto ha mantenido la bandera bien alta, piensa que ahora que el mayor peligro ha pasado, Jesper debería volver a la tierra. "¡Será por eso que hueles a flor!"

La pequeña Maj, sobre los hombros de Tereesz, se ríe de todo lo que dice el chico. Tuvo suerte en ese sentido. Tereesz nunca habría pensado que era un imán para los niños, pero ahora esto y el salto aventurero ya lo han mantenido a flote durante tres cuartos de hora. Khan es completamente inútil. Atrapa uno de cada tres pases de Tereesz, pero luego no puede hacer nada con él y se limita a hacer ruidos.

Anni se sienta en la toalla junto a un sonrojado Jesper. "Creo que Jesper huele bien. Para nada huele como a calcetines o a ese vestidor".

"Ese sitio suyo es realmente horrendo", dice Målin con suavidad.

"Honestamente, todo es culpa de von Fersen", Khan ahora consigue su primer punto. "F... Fersen tiene esos calcetines de educación física. No es normal cómo huelen".

Tereesz respira aliviado. La fila para el helado ya era bastante larga. Ni Khan ni Tereesz son tipos locuaces en caso de emergencia, y el plan de Tereesz era soterrar cualquier conversación sobre los binoculares bajo palabras elocuentes perfectamente seleccionadas hasta la llegada de Jesper. Por suerte, Maj vino al rescate rogándole que se sentara sobre sus hombros y charló sin parar para que todo el mundo empezara a reírse.

Ahora Tereesz considera que ha llegado el momento de quitársela de encima. Levanta a Maj de los hombros y parpadea significativamente en dirección a Jesper, mencionando como de paso: "¿Te has llevado todas las cosas? ¿Los cigarros? ¿Los binoculares?"

Anni-Elin no se cree lo de los "cigarros": "¿Qué hacías con esos binoculares de ahí? Ya vimos ayer que algo parpadeaba todo el tiempo. Como un pequeño espejo. Fue emocionante".

"Ah, sólo avistando aves, ya sabes, hay una pareja de águilas marinas de cola blanca anidando allí...". Tereesz apenas puede empezar cuando incluso Målin esboza una sonrisa malévola. "Avistamiento de *aves*".

Anni se ríe junto a Jesper, y Charlotte, la diosa malvada, es aún más tajante. "¿Esto de 'avistamiento de aves' no es popular entre los caballeros hoy en día?"

Jesper se sonroja, pero en algún lugar del abismo de pecas de Machejek, Frantiček el Valiente levanta su temeraria cabeza. ¡Ha llegado la hora! Y ya está saliendo corriendo de la boca de Tereesz, con toda la precaución tirada al viento, hacia el más brillante e improbable de los premios. Como hacemos los kojkos: es todo o nada.

"*Golqbeczko moja*"¹³, todo Tereesz Machejek se convierte en una única y encantadora carcajada, "bueno, supongo que vimos pájaros aún más raros".

La mayoría de las veces, todo o nada no significa nada para nosotros, los sucios kojkos. Pero no aquel día. Aquel caluroso y soleado día de hace veinte años. ¡Char-lot-ta! Sus hombros se mueven hacia delante, las clavículas se mueven hacia delante. Bajo sus cejas arqueadas, una sonrisa, la luz de una estrella lejana, brilla durante un microsegundo en sus fríos ojos verdes. Para Tereesz.

Dice: "¡Una oportunidad!"

¡Tereesz está muy feliz! ¡Todo va tan bien! Las sombras crecen, las horas pasan, la arena blanca se vuelve amarilla, luego naranja y con vetas de sombra. Las niñas se ponen las toallas de playa sobre los hombros, la pequeña Maj bosteza y se queda dormida bajo la manta. El viento amaina,

¹³ Literalmente "Mi pequeña paloma." En polaco. Podría ser un término cariñoso para alguien a quien se estima mucho, como el "mi amor/cielo" en español.

todo se vuelve silencioso. Un reino. Los tranvías tirados por caballos se alinean en la parada que hay en el fondo. El eco de los chirridos de esas vías, música lejana proveniente del patio de alguien. La playa se vacía y el cielo se convierte en un degradado azul-violeta. Allí, Tereesz le comenta a las chicas sobre la casa diplomática de verano de su padre, sobre sus planes de verano, sobre el día siguiente. Las sombras del vestidor se convierten en fantasmas y se arrastran como agujas de reloj por la playa. Grupos de nubes se elevan sobre el agua mansa, sus vientres se tiñen de púrpura, el horizonte se tiñe de cian, magenta, de un frío naranja profundo. Målin se prueba los lentes de Khan, Khan no puede ver nada más allá de los grandes lentes de sol negros de Målin. Sólo las figuras de las chicas, sus figuras girando la cabeza, ondeando como la llama de una vela invertida.

"¡Traigan sidra de manzana!", grita Anni-Elin desde la puerta del último tranvía. Cuatro caballos pálidos relinchan, la cabaña brilla de color amarillo en el crepúsculo y la pequeña Maj, con un vestido blanco con alas de ángel, duerme en brazos de Målin. La varita de una amable hada madrina en forma de estrella cae de su mano sobre el suelo arenoso de la cabina.

Los tres niños están de pie en la parada y se hacen muecas de asombro mientras el tranvía rueda cuesta abajo.

Un aliento cálido y agrio hace que la ropa blanca del hotel ondee contra la boca del Vendedor de Linóleo.

Vendedor de linóleo. Vendedor de linóleo. Vendedor de linóleo. Con la mano izquierda en la nuca, se hace un nudo alrededor del cuello con un lazo doble de lino. El nudo es intrincado y está muy bien hecho. La puerta del balcón del octavo piso sigue entreabierta y el aire fresco se cuela en la suite del hotel Havsänglar. Desde el balcón hay una magnífica vista de la playa al atardecer. En el suelo de carrizo del balcón hay un telescopio con estampado de camuflaje, separado de la base, con un obturador reflectante. Modelo Scout. Detrás del telescopio hay una cámara fotográfica modificada. En el balcón, y sólo en el balcón, no en la habitación contigua ni en el pasillo, porque así no le gustan las cosas al Vendedor de Linóleo...

Así que es sólo en este balcón donde oye el intenso silbido de la maldad.

Veinte años después, al atardecer.

Vidkun Hird mira, apesadumbrado, al decaído agente de la CPI que se encuentra de pie frente a la ventana enrejada de la sala de interrogatorios. Despreciable. Hird viste su uniforme gris de recluso. "Vidkun Hird" está escrito en la banda reflectante, junto con su número y una abreviatura de una letra. El agente de la CPI se quita la chaqueta y la deja caer descuidadamente delante de la ventana. La camisa tiene manchas de sudor bajo las axilas. Los movimientos del agente son descoordinados. En el

pecho lleva una placa recién impresa con un código de identificación de visitante. El ventilador zumba.

"¡Mira, estás borracho!". Vidkun mira por encima del hombro al oficial que monta guardia en la puerta. "El hedor a alcohol es abrumador... Por favor, sáqueme de aquí, no estoy de humor". Vidkun sonríe y escucha fragmentos de la conversación de Machejek con el oficial.

"Cinco minutos... diez minutos... la vida de una niña está en juego...".

La puerta se cierra tras el guardia, y una llave de sospechosa fabricación destella un instante en la mano de Tereesz.

"Ma-chee-jek", pronuncia Vidkun. "¡Un kojko en toda regla! Como un Gavrill mestizo, una especie de forma de vida inferior de segunda categoría". Esta vez, Hird tiene las manos y los pies esposados, y los enormes grilletes le sujetan las manos incómodamente a la espalda. Pero, a pesar de ello, se inclina casi noblemente.

"Mentiste. ¿De quién has sacado el dibujo?" Los ojos de Tereesz están nublados; parpadea enfadado.

"Escucha, ¿has oído hablar de ese estudio de eugenesia que alaba la mente humilde del kojko?"

"¿De quién has sacado el dibujo, cerdo?"

"El académico, tú sabes, recomienda ahí que tu gente se cruce con los kipts. Para convertirse en super trabajadores".

"¡Cállate!" Tereesz corre las cortinas de acero de las ventanas de la sala de interrogatorios. Bruscamente. Las brillantes persianas caen de golpe, e inmediatamente se oye el sonido de las llaves del oficial tintineando nerviosamente por el ojo de la cerradura.

"Idiota, quieres ir a la cárcel, ¿verdad? Aquí seguimos *la Declaración*. No tenemos una clase de anarquía graadiense".

En la habitación sin ventanas, a la pura luz gris hierro, Tereesz Machejek se levanta y abre su maletín sobre la mesa. En su interior hay cabida para exactamente una caja de acero, con "ZA/UM" escrito en letras blancas.

Los ojos hundidos de Hird salen horrorizados de las profundidades de sus cavernas. Se oyen golpes detrás de la puerta.

"¡No tiene usted permiso para esto! ¡Tiene que tener un permiso! Muéstranme su permiso".

"¿Qué ha dicho? No lo oigo, un cerdo no para de chillar". Tereesz golpea a Hird en la cara con la caja de acero. Un espeso chorro de sangre se derrama sobre el pecho del mono de recluso.

Hird gime; en la base de la nariz, en medio de la mermelada roja, le asoma un trocito de hueso blanco. Se desmaya. Las amenazas ahogadas del agente suenan desde detrás de la puerta, pero la llave con forma de diamante de Tereesz resuena en el ojo de la cerradura.

"Soy el agente de la Colaboración Policial Internacional Tereesz Machejek, Mirova, Graad, tengo derecho legal para efectuar interrogatorios, y si siguen jodiendo con esa puerta...". Los golpes se detienen un momento y el ZA/UM se abre con un clic. Todo va rápido; con eficiencia, podría decirse. Tereesz saca del relleno de espuma de la caja un tubo amarillento con cánulas colgando del extremo. Se sujeta un espantoso dispositivo en forma de acordeón a la muñeca con un cinturón y ajusta un torniquete de goma alrededor del brazo engrillado de Vidkun Hird. Con un ligero giro, enrosca la manguera en el aparato y luego le hunde la aguja en la vena a Vidkun. Un pequeño chorro rojo de la tendencia sobrehumana de Hird fluye directamente hacia la cánula.

Detrás de la ventana con cortina de acero se oyen pasos, pesadas botas sobre el suelo de la prisión. Refuerzos. La tapa del dispositivo se abre en la muñeca de Machejek. Aparece una hilera de ampolletas, llenas de líquido amarillo como los dientes amarillentos de un fumador bajo el labio superior, en una boca alargada como una sonrisa. Un siseo silencioso indica que la primera ampolleta hace clic y encaja en su sitio. El fuelle de la tapa se estremece por un momento y luego el aparato en la muñeca de Machejek empieza a respirar suavemente como una mascota. El líquido de color amarillo como la orina es bombeado a la muñeca de Vidkun Hird. El hombre abre los ojos de golpe y empieza a jadear presa del pánico.

"¿Sabes lo que es esto? ¡Es un desperdicio, marrano!" Tereesz sisea entre dientes, justo delante de la cara hinchada de Vidkun.

Un poco de sangre y saliva salpica de la boca del hombre a la cara de Machejek, que pone los ojos en blanco asustado y grita: "Mentí. Tenías razón. Yo... nunca las he visto, mi compañero de celda..."

"No me importa lo que creas".

"No creo nada, te lo aseguro, tuve un compañero de celda, hace varios años, Deerek..."

"No me importa lo que creas. Quiero tu verdad". Los ojos de Tereesz son saltones y aterradores. Arranca el torniquete del brazo de Vidkun, y sus venas, hinchadas por la solución mesqueña y el ácido lisérgico, empiezan a abrirse visiblemente.

De repente, Vidkun aprieta los dientes con tanta fuerza que parece que se le van a romper en cualquier momento. "No puedes obtener nada de mí. Ya no puedes obtener nada de mí", aprieta con locura. "¡Soy demasiado fuerte!"

Suena un ariete detrás de la puerta.

"Me gusta mucho que lo creas así. Es mejor que pienses así". Tereesz jadea y atornilla la segunda cánula al aparato. Es para él. Con los ojos fijos en la muñeca, se incrusta la aguja en la vena.

La primera ampolleta está vacía; la siguiente Tereesz la comparte con Vidkun, agitado y tartamudo. "Es una picadora de carne. No te imaginas cómo voy a cogerte con ella ahora mismo". El líquido amarillo como la orina atraviesa la barrera hematoencefálica de Vidkun, y una enorme presión se acumula en la parte superior de su cabeza, dentro del cráneo, como una burbuja de aire. Con la cara del hombre aplastada entre las manos, Tereesz empieza a gritar. Su voz irrumpe en la cabeza de Hird como ruido blanco, pura violencia alaridosa.

"Te estoy convirtiendo en un cretino, ¿lo sientes?".

El cráneo presurizado de Vidkun cede a la fuerza de las manos del agente, abriéndose como el capullo de una flor. Parece como si algo naciera de allí. Las esposas de Vidkun se agitan con impotencia; intenta sujetar la coagulación llena de vida que sale de su cabeza. Aún así, trozos de su cerebro caen al suelo a través de sus dedos. No puede, es demasiado resbaladizo, hay demasiado.

"Puedo ver el interior de tu cabeza de vagina, estás abierto delante de mí, voy a abrirte", jadea Tereesz, y observa cómo todo Vidkun Hird se abre ante él. El hombre se retuerce bajo los punzantes dedos del agente y hace todo lo posible por hablar, por decirle lo que busca, por decirlo en lenguaje humano, pero su boca ya no lo produce. Y durante todo el tiempo que Tereesz flota en su cabeza como un tigre en el agua —en todo ese tiempo, Vidkun sólo ve una imagen del espejo que es Tereesz. Allí, en la fría superficie por la que Vidkun escapa de la devastadora masacre de su propia cabeza, le miran los ojos verde oscuro de Charlotte Lund. En el fondo de sus pupilas brilla la oportunidad que se le dio a Tereesz. Es tan hermosa y tan profundamente triste que cuando Tereesz se desploma, gritando, detrás de la mesa del interrogatorio, Vidkun rompe en llanto.

La costa de Vaasa destella ante él, y bajo sus pies las olas nocturnas rompen en la proa del barco de la guardia fronteriza. Una cúpula amarillenta de contaminación lumínica brilla sobre la ciudad al fondo. Parece indescritiblemente dichosa, todas esas luces blancas y amarillas de la ciudad caben en la palma de la mano de Tereesz. Y aunque fuera hace frío, no lleva abrigo. Su chaqueta está totalmente abierta, y la sangre de Vidkun Hird ha salpicado su camisa blanca de vestir. El agente de la CPI tiene las manos cómodamente esposadas; el joven oficial le ayuda a mantenerse erguido en la cubierta.

"¿Qué desmadre has armado ahí?", le pregunta el agente.

"*If I wrote you a symphony*", suena procedente de la radio de transistores que traquetea en el interior.

"Escuche, muchas gracias por dejarme salir aquí, ¡es una tarde preciosa!".

"De acuerdo..." El oficial empieza a reír suavemente.

"Si no le importa, ¿podría subir el volumen de la canción?".

"¿Qué?"

"Le prometo que no saltaré por la borda, ¡suba el volumen!".

"Me preocupa más que te caigas por la borda, pero de acuerdo". El

El oficial entra en la cabina del barco y sale a cubierta. Se oye un enorme ritmo por encima del ruido de las olas y el sonido del motor, y el falsete de un hombre dice: "*If I wrote you a symphony, to show you how much you mean to me...*". El pie de Tereesz empieza a golpetear. Con el tipo de alivio que sólo siente después de usar "ZA/UM", suspira al oficial: "Sabe, acabo de resolver la desaparición de las hijas de Lund".

"¿Las qué?"

"¿No lo sabe, entonces? ¡Pero es muy famoso!"

"¿Cuándo pasó eso?"

"Ah, hace mucho tiempo, usted ni siquiera había nacido entonces. Pero eso no importa, me siento muy bien por dentro ahora mismo. ¡Creo que podría haberlo resuelto!". Tereesz se ríe. Esta risa es macabra, pero sincera, muy sincera, y la noche sobre el Mar del Norte se ríe de él.

6. FRANTIČEK EL VALIENTE

A veces, la desaparición que se resuelve es la más triste de todas. En la época prehidroeléctrica, cuando el Peremannaya Veera¹⁴ era simplemente el río Veera, la estrella de opereta Nadia Harnankur se lanzó a su cauce. Estaba en la cima de la fama. Eso pudo ser el final —una noche de otoño, tras una actuación electrizante, Nadia simplemente se esfumó, con su celestial voz de soprano aún resonando en los pasillos del teatro de la ópera. ¿Acaso mentía el anciano que la vio caminando hacia el puente con un vestido de noche? ¿O tal vez el admirador que afirmó haberla conocido en Revachol un año después? Tal vez había algo de verdad en el libro, escrito por un paranoico maestro de las novelas pulp, en el que Nadia es en realidad una espía del Mesque, nihilista y destructora del mundo. ¿Quién podría saberlo?

Pero una cosa es segura. Nadie quería que los restos del vestido de noche de Nadia aparecieran de entre el sedimento fangoso del lago. No había necesidad de ver la colonia de mejillones de río en las cuencas de sus ojos, la sonrisa de dientes dorados de la perdición, las expresiones estupefactas en los rostros de la cuadrilla de construcción de la central hidroeléctrica.

Fracaso. El fracaso moldea el mundo. La Historia es la historia del fracaso; el progreso es la sucesión de los fracasos. ¡El desarrollo! dice el futurista. Pérdida, afirma el rebelde. ¡Resaca! grita el moralista desde la última fila. Fracaso: el rebelde se enfada. Fracaso: el rebelde se enfada. El tiempo es pálido, dice. El fracaso del Creador —la introducción a una era. Kras Mazov se pega un tiro en la cabeza, y Abadanaiz, junto con Dobrevá, toman veneno en las islas Ozonne. Bajo las palmeras, el viento convirtió la carne de sus huesos en arena. Todas las buenas personas del mundo se reunieron. Profesores, escritores, obreros migrantes refugiados en las trincheras... soldados jóvenes que abandonaron sus batallones. ¡Qué hermosas canciones cantan! Les parece que los niños valientes son los favoritos de la Historia, mientras ondean banderas blancas con una corona de cuernos plateados.

Y luego, pierden.

Se reprimen los golpes de Estado. En Les Immensités Bleues, los anarquistas son amontonados en fosas comunes. Los comunistas, derrotados en la isola de Graad, se retiran al retrógrado estado obrero degenerado-burocrático de Samara. La desaparición de los amantes revolucionarios se resuelve treinta y cinco años más tarde, cuando los esqueletos abrazados de Abadanaiz y Dobrevá son hallados en la playa de

¹⁴ En ruso, Peremennaya es “alterno” como en la palabra “corriente alterna”, o “variable”.

una de las islas sin nombre de Ozonne durante una excursión nocturna un sábado por Eugene, el hijo de ocho años del gran banquero Riche LePomme. En shorts y con una red para mariposas en la mano, observa atentamente los huesos de un pasado que se aferra uno con otro. Desteñidos y lisos. ¿Dónde empieza uno y acaba el otro? El tiempo los ha barajado como una mazo de cartas. Posteriormente, Riche construirá allí un hotel, junto con un spa ahora mundialmente famoso.

Pero el mayor fiasco no es cómo la revolución mundial de Mazov se convirtió en un baño de sangre y luego en una derrota, ni cómo los huesos de los amantes-rebeldes se exhiben ahora en la sala de espera de la aromaterapia. Sometido a su malestar interno, Graad se convirtió en una potencia mundial, un estado gigantesco; sus ciudades proliferaron, y desde la órbita la luz de este tumor resplandece como un hilo entrelazado y brillante. Naciones enteras están desapareciendo del mapa mundial. Países en los que Mazov tuvo alguna vez muchos partidarios. Países como Zsiemsk. Países cuyos pueblos han sido llamados *kojkos* como un término general despectivo, y eso durante tanto tiempo que con los años incluso empezaron a llamarse a sí mismos de esa manera.

Tereesz Machejek tiene siete años. Su padre, un *kojko* ejemplar, diplomático y lameculos moralista, aún no lo ha llevado a la escuela en Vaasa. La ciudad-barras-zona-de-catástrofe-ecológica, la posmegalópolis y preneecrópolis del asentamiento humano, la penúltima fase del desarrollo —el Polifabricado— se extiende a lo largo de la frontera de Zsiemsk y la Yugo-Graad. La monstruosidad absorbe los centros históricos de Zsiemsk —el real casco antiguo de Ferdydurke, los parques de pinos de Lenka. Comienza el verano y en los sótanos sordidos se susurra un nombre. Los niños lo gritan en los patios de las casas. Las hojas de los árboles crujen con tensión en las calles tranquilas; no es más que el eco del nombre que resuena en los oídos de los militares de Graad.

"Frantiček el Valiente..."

Es el más valiente de los *kojkos*. Estrella de cine, revolucionario. No ha mucho tiempo, al final de la primavera, los disturbios civiles fueron brutalmente reprimidos, y no se ha sabido nada de él desde hace dos meses. Se dice que deambula por la lejana taiga, en la reserva de Yikután, y que está adquiriendo habilidades especiales de los chamanes de los nativos que han sido derrotados. ¡Cosas fantásticas! Tiene los pómulos y la mirada añorante de un águila esteparia, una sonrisa amable, como si el sol se alzara sobre la taiga. Esta sonrisa sólo la reserva para aquellas pocas ocasiones en las que sus serias cejas no están fruncidas por la preocupación... Su rostro heroico aparece en películas prohibidas en una fábrica de ropa de punto, donde las mujeres son audaces, donde la pantalla blanca está cosida con camisetas de tirantes y calzones. ¡No, Frantiček el Valiente está en Samara!

Él está negociando. ¡Vendrá con las tropas de la República Popular! No seas ingenuo, Frantiček está vagando a lo largo y ancho de Katla, en la órbita invernal, alojándose en la cabaña de Ignus Nilsen. ¡Nunca lo encontrarán! ¡Ssh! ¡Frantiček el Valiente nunca se escondería! Ayer mismo lo vieron en la fila de la carnicería, ahora lleva una barba postiza y un delantal de carnicero, y se hacía llamar Vozam Sark, ¡léelo al revés!

Pero pasan los meses. No hay noticias, y pronto llegará el otoño. Una neblina industrial como un velo de plañidera cubre las hojas doradas y rojas. En octubre, una historia completamente diferente comienza a circular por Zsiemsk, en tonos tranquilos y cohibidos. Frantiček el Valiente fue fusilado detrás de un basurero.

7.EL MUNDO ANDA MAL, EL TIEMPO DESFAZADO

Inayat Khan lleva una hora dando vueltas en la cama, bajo la ventana del sótano. Fuera está oscureciendo y la luz pálida de la farola se filtra en la habitación. Está atiborrada de basura, como si estuviera congelada, con partículas de polvo que brillan en el haz de luz gris azulado que entra por la ventana. Sobre las mesas, bajo trapos colgantes, descansan las formas enmudecidas de la memorabilia de las desapariciones. En las paredes hay marcos oscuros; la sombra del tablón de anuncios cae al suelo y se diluye. En el puesto de honor, en medio del sótano, una vitrina de cristal brilla acogedora y suavemente. Pequeñas curiosidades esperan colocadas en muchos y muchos estantes. ¡Despierta de una vez, estimado coleccionista! ¿Cuánto tiempo más vas a estar holgazaneando? Ya lo sabemos —no estás durmiendo.

Los dedos de Khan hurgan en la cabecera de la cama. Revuelve las cosas y busca el botón de la grabadora, sin esforzarse mucho por encontrarlo. De repente le parece más placentero acurrucarse bajo las cobijas. Los zapatos de los peatones hacen clic en el pavimento húmedo del exterior, regresando a sus casas del trabajo, y Khan hace un esfuerzo desesperado por echar un sueñecito. Bah, ¡al menos haz un mínimo esfuerzo! dicen los emocionantes juguetes de Khan. ¡Déjanos escuchar tu divertida canción para despertar! El atrofiado músculo cardíaco en el pecho de Khan empieza a doler por la falta de esfuerzo, y no conseguirá nada con intentar continuar durmiendo. Su mano vuelve a alcanzar la cabecera, un dedo recorre las teclas de marfil de la grabadora. Bajo los trapos, la respiración se contiene expectante. Y entonces se oye un clic, y ante los suaves arpegios de la guitarra, ante el suave timbre del anticuado órgano eléctrico, la cinta crepita durante un par de compases.

*♪ It's been a long, long,
long time
How could I ever have lost you...¹⁵*

Un potente break de batería y un bajo entran por el canal izquierdo.

¹⁵ Letra de “Long Long Long” de The Beatles. Esta canción se encuentra en inglés en el texto original.

♪... *when I loved you?*

En pijama, Khan se levanta al son del redoble de la batería. Apartando las sábanas que parecen piel de serpiente, mete los pies en sus pantuflas Little Muhh de algodón con punta en forma de pico. Su papada con barba desaliñada se mueve en un último bostezo, hasta que ensancha sus grandes ojos almendrados y se pone sus lentes. Se despeina y empieza a cantar desganadamente. Tiene una voz preciosa.

♪ *It took a long, long,
long time
Now I'm so happy I found you*

Con su vientre peludo colgando ligeramente por encima de los pantalones del pijama, toca el siguiente break con su propia batería imaginaria...

♪ *How I love you*

... y presiona el interruptor con el pie. Las viejas bombillas se encienden y se apagan al ritmo de la batería. El filamento zumba un instante y luego se apaga. El dodecaedro, autografiado por el desconocido compositor dodecafónico desaparecido Comte de Perouse—Mittrecie, se hunde desde la luz áurea y vuelve a la oscuridad. Cuando la bombilla vuelve a encenderse, emerge de la neblina el título del lomo de un libro — "*Los Desaparecidos*"¹⁶.

♪ *So many tears,
I was searching
so many tears
I was waiting*

El lugar está lleno de energía; cantando fuerte y sin vergüenza, Khan se mueve por el sótano con el aspecto de un artista. Una hilera de lámparas en el techo dejan a la vista las cosas cuidadosamente colocadas sobre las

¹⁶ Originalmente la palabra ya estaba escrita en español. En la vida real se refiere a la práctica de desaparecer personas normalmente por obra de un gobierno o régimen militar

mesas. Unos archivadores de madera se erigen en orden alfabético; hay un retrato de Nadia Harnankur plasmado en un medallón ovalado en la pared; luego, un mapa del desierto de Erg con la supuesta ruta de Ramout Karzai hacia las dunas donde pidió audiencia a Dios, con chinchetas que marcan dónde podría haber encontrado el misterioso final de este viaje. Khan arranca las cubiertas de las mesas a su paso, y misterios tras misterios se despliegan ante él. Dragones de Seraise tallados en embarcaciones doradas y verdes, una hilera de doce figuritas apenas del tamaño de la palma de una mano. Filas de remos en un mar artificial de color azul oscuro con blancas olas crestadas; las velas amarillas como el papiro de los pequeños barcos están arriadas orgullosamente. Hombres con armaduras de carrizo a bordo, estandartes ondeando en sus lanzas. Es la expedición de los mil hombres de Gon-Tzu. Por orden del emperador de Safre, zarparon hacia el este desde la costa de Samara, hace más de tres mil años. Buscan los duraznos de la inmortalidad para el emperador —y están destinados a no regresar jamás. Después de dos milenios y medio, se encuentran indicios de su asentamiento al este, en las islas Anise. Teniendo todo en cuenta, la expedición de Gon-Tzu nunca podría haber vuelto. El emperador era cruel y de mal temperamento, un gobernante absolutista, y no existen los duraznos que te hacen inmortal.

Todos estos objetos preciados —baratijas, objetos abandonados— de alguna manera conmueven a Khan. ¡Y cómo duele! Qué extraño... nunca ha logrado averiguar de qué se trata. Pero aun así, esa sonrisa se esboza en sus labios, como un gato gordo al que le rascan detrás de la oreja. En el atril sobre el escritorio, a la tenue luz verde de la lámpara de mesa, todo gira en torno a las chicas. Recortes de periódico, un caos de apuntes y, en medio, copias de las "cartas de Målin". En un caso muy inusual, el peritaje de grafoscopia arroja una coincidencia del 95%. Las cartas llegaron a los padres de las chicas un año y medio después de su último día en Charlottesjäl. "Todo está bien. Estamos con el Hombre", dice alguien quién dice ser Målin. "Los amamos".

Khan pone una cafetera en la estufa portátil, y el final de la canción vuelve a ser suave y tranquilo como el inicio. Esta es su parte favorita, de todo el mundo. Podría escucharla eternamente. Sacude la cabeza con una sonrisa de amargura y coloca las manos sobre el corazón.

♪ *Now I can see you,
Feel you
How did I ever misplace you?*

Se oye el chirrido de las ruedas cuando un coche se detiene delante de la casa. La lluvia empieza a golpear suavemente la ventana del sótano. La

grabadora hace un *click* y la canción termina. En la puerta hay un calendario del que nadie se ha molestado en pasar página desde hace dos meses. Todavía es agosto, y bajo el veintiocho está escrito "Día Internacional de las Personas Desaparecidas". Es precisamente en su honor, el veintiocho de agosto. Este es *el* día.

"¡Ni, tu amigo Jesper está aquí, ¡primero lávate los dientes!". Llama la madre de Khan desde la cocina.

Khan se pone una bata deshilachada sobre los pantalones de la pijama y sube con pesadez las escaleras del sótano.

"*Harnankur*" está en una vitrina de cristal en medio de la habitación.

Hace dos años.

Suenan los cálices de cristal. Es el ajeteo habitual de los sábados por la noche en el restaurante de la Torre Telefunken. Al otro lado de las ventanas panorámicas se encuentra Vaasa. Un sutil fantasma. Oscuridad, nieve y luces.

Los precios aquí son caros, pero no caros en un sentido *insulso*. No funcionaría si lo fueran, la clientela tiene demasiada aptitud social para eso. La comida es de cinco estrellas, ¿pero la compañía? ¡Incluso de la más alta categoría! Mira, ahí está el presidente de la Junta de Comunicaciones con su esposa. Y el director general de Freibank cenando con la encantadora cantante Pernilla Lundqvist y un empresario de Vespertine. La encantadora cantante come una ensalada con aceitunas, el CEO sugiere que el socio de Vespertine pida cangrejo. Aquí es exquisito, ¿tienes que probarlo! Y ese de ahí, junto al profesor barbudo, ¿no es Konrad Gessle, el cuatro veces nominado al Oscar Zorn? Un hombre muy inteligente... El CEO de Freibank viste P. Black, por supuesto. Distinguible... ¡Y mira! ¡Hay un *perdedor* de treinta años! El perdedor vive en el sótano de su madre. El perdedor lleva la misma camisa azul celeste con volantes que usó al graduarse de la secundaria.

"¡Te odiamos, perdedor!"

"¿Quién lo dejó entrar?"

"Es tan triste de ver, debe estar *en una cita*. ¡Qué patético! Esta mujer no le ha dirigido la palabra en diez minutos... ¡Escucha, vaya silencio! Yo me suicidaría ahorcándome".

"¿Quizás si le diera algo de dinero? Sólo un poco, como diez reáles, ¿tal vez sería más fácil para él?"

"Perdedor asqueroso, no le des nada, lo odio."

"¡Definitivamente no podrá pagar la cuenta! Ciertamente no puede

—risa histérica— ¡tan solo este vino vale como cuarenta reales, ja, ja, ja!"

"Te odio, perdedor. Muérete, ¡te odio con *todas mis fuerzas*!"

Khan suda de nuevo e intenta taparse los oídos con las manos... Sacudiendo la cabeza, parpadeando, lo que haga falta para acabar con esta tormenta de humillaciones, hasta que de pronto —¡silencio! Una mujer morena de rasgos finos acaricia con los dedos una copa de vino frente a él. El aburrimiento es palpable. La mujer echa un vistazo a las ventanas panorámicas, luego a la criminalmente elegante mesa marrón oscura que tiene bajo los brazos. Y de repente, ¡un destello de pensamiento!

"Es un lugar muy bonito. Tienen un nuevo diseño aquí, supongo. Recuerdo... La última vez que estuve aquí, todo era completamente diferente".

La claridad aparece en los ojos de Khan. "¡S-sí! ¡Lo hizo mi amigo! Le gustan este tipo de cosas, mínimas, limpias. No entiendo muy bien cómo fue, exactamente, pero creo que él... lo inventó. Es bastante famoso".

"¿De la Guardie?"

"Jesper." Jesper. Sí."

"¿Lo conoces? Tiene mucho talento".

"Ah, sí, por supuesto. Jesper y yo somos amigos desde hace mucho tiempo.

mucho tiempo. Incluso antes de que se hiciera famoso. Para ser completamente honesto..." Khan sonríe nerviosamente, "... probablemente yo tampoco habría conseguido ninguna reservación aquí. Si, bueno..."

"¡Ah! Eso pensé."

"¿Qué pensabas?" pregunta Khan, pero la mujer morena no contesta. Se hace el silencio de nuevo. Khan mira a lo largo de la pista a los invitados, quienes por un momento no parecen hablar a sus espaldas con desprecio. A lo lejos, en la mesa de Konrad Gessle, ve a una mujer que le presenta al documentalista a un hombre delgado con flequillo rubio. El mesero también se percata de su elegante presencia y se apresura a servir al caballero "lo de siempre". Agua helada con una rodaja de limón. Con un traje gris oscuro entallado en la cintura y con un trozo de limón entre los dientes, el caballero parece muy joven y, en cierto modo, elegantemente privado de sueño. La elegancia con la que deja ver una camiseta debajo de la chaqueta es envidiable. Se lo puede permitir. La camiseta muestra una icónica portada de un álbum de un famoso artista de dance.

"¡Jesper!" grita Khan a través de las mesas con voz inapropiada. Su cita se sobresalta un poco y mira extrañada en dirección a la mesa de Gessle y Jesper.

"Ahí está", dice Khan alegremente, como aliviado, a la morena del otro lado de la mesa. Se levanta para que su amigo pueda verle mejor.

"¡Jesper, vamos!"

Así, con manchas de sudor en las axilas de su camisa de pliegues, se planta en el centro del restaurante panorámico de Telefunken y observa mientras Jesper frunce las cejas, fastidiado, y luego se encoge de hombros en dirección a Konrad Gessle. Finge no conocerlo.

"¡Ay!"

Es una calurosa tarde de sábado, hace dieciocho años, y una espina de rosa ha rasguñado el muslo de Anni justo debajo de su falda corta. La chica sale enfadada de entre los arbustos y el doctor Jesper acude corriendo a su lado.

"¿Qué ha pasado? Déjame echar un vistazo". Anni se levanta un poco la falda y se da por vencida. "Ah, no es nada, estúpidos arbustos... ¡Oh!" Se detiene a media palabra, con su boca redondeada por el sonido. "¡Qué bonito!"

"Bonito", asiente el pequeño Jesper; aún puede ver la pierna de Anni en su mente, el borde con pliegues de su falda de tenis levantándose. Khan aparta los arbustos y Charlotte y Málin se asoman al borde del risco con la boca abierta.

"De verdad, entiendo por qué vienes aquí siempre. El viento es tan fresco...". La brisa mueve el pelo rubio oscuro de Charlotte delante de sus ojos. Ella entrecierra los ojos, aparta sin cuidado el mechón de pelo y dice: "Mmm...".

El viento lanza pétalos blancos al aire. Parece como si la pequeña Maj, con su vestido alado, flotara por encima de los arbustos silbantes. Dibuja figuras en el aire con su varita de hada madrina y se siente la persona más importante del mundo. Se sienta sobre los hombros de Tereesz, que se abre paso entre las espinas, sin importarle lo más mínimo, y deja a Maj sobre el pasto, sonriendo con picardía a pesar de todos los rasguños. La brisa salada amaina y el aroma almibarado de las flores llena el aire. Los insectos zumban. Los siete apenas caben en el pasto del escondite secreto de los chicos; así estaba planeado. En cualquier caso, Jesper está muy satisfecho. Los chicos no pudieron dormir en toda la noche. Riéndose, haciendo planes para el día siguiente, conspirando. Se podría decir que el ambiente estaba muy animado. Tereesz estaba en contra de venir al acantilado por el largo viaje y las espinas. Jesper, junto con Khan, pensaba que seguía siendo el mejor lugar. ¡Y lo era! Las chicas están impresionadas por la vista; Khan presenta la clasificación, la potencia de penetración de La Palidez y la

capacidad del antiguo crucero Graad que refulge en el horizonte. Parece que Målin aún no ha empezado a bostezar. Y lo mejor —aunque hace viento, el clima sigue siendo lo bastante cálido como para que Anni quiera tomar el sol.

Målin desenvuelve la toalla de playa y acaba junto a Khan con la parlanchina Maj. Khan está esforzándose por hacer memoria, pero por desgracia no encuentra ninguna otra cosa interesante que decir sobre aeronaves antiguas. Deja que Tereesz y Jesper se encarguen de la conversación. Se acuesta boca arriba y cierra sus ojos.

El destello anaranjado del sol, el sonido del agua y el crepitar de los instrumentos de percusión se enfrían quedamente y, en el sueño de divulgación científica de Khan, un otoño cósmico orbita sobre él. Y la vibración, como siempre. Comienza a hacer frío. Una epiferia¹⁷ sin rostro y sin fondo se extiende a espaldas de los gigantes. Olvidados en lo alto del cielo, estos antiguos satélites de comunicaciones calibran sus vientres oxidados en dirección a la curvatura de la Tierra. Las articulaciones con forma de catapultas entran en posición, las rocas chirrían como una bandada de cigüeñas al filo de la estratosfera, las unidades de comunicaciones zumban en el éter. Un grupo de aparatos de medición de lentes compuestos observan hacia abajo, donde la costa sur de la isola de Katla se ilumina en un breve destello de verano. Este trozo de tierra, como un hermoso sueño, dormita entre la cuna fría de las autopistas vortiginosas y los arcos de mil kilómetros de La Palidez. El pasado, aproximándose, todo lo consume. La Palidez está en todas partes. Pero los bosques verde oscuro y la blanca franja de playa, el resplandeciente Mar del Norte reflejando el sol, el archipiélago de Vaasa y la pequeña Charlottesjäl aún resisten. Y cuanto menos materia queda, cuanto más pequeño es el espacio en el que se aprieta, más brilla con extrañeza.

Los siete están tumbados en lo alto del barranco formando un semicírculo sobre una tela verde, con las olas rompiendo debajo. El cielo es un esponjoso *vy från ett luftslott*¹⁸, cuyas ciudades nubladas se reflejan en la curvatura de las gafas de Khan. Abre los ojos.

Charlotte Lund, hecha enteramente de materia perfumada, se sube el vestido de verano por encima de la cabeza con un movimiento ágil. Sus curvas y su suave piel bronceada quedan a la vista. Tereesz nota sus esbeltas articulaciones; le inquieta. Hace calor.

Anni se avergüenza de sus marcas de nacimiento y se tumba boca arriba

¹⁷ Epifeerium originalmente, una palabra inventada. Probablemente algo similar a “periferia” pero en lugar de la raíz peri- (alrededor, circundante) usa epi- (“encima de”, arriba, sobre).

¹⁸ “Vista desde un castillo en el cielo”, sueco. Probablemente hace referencia a la canción de la banda sueca —Kent. Expresión usada para referirse a un sueño, ilusión o plan poco realista.

con los lentes de sol como diadema. Jesper no se atreve a decir nada al respecto, aunque le gustaría mucho verlas. Y Målin, pudorosa, simplemente se desata el moño de su vestido para sentir el viento que sopla por debajo de la falda. La tela del vestido ondea como una vela.

"¡Sidra!" anuncia Tereesz, quien se ha desnudado hasta la cintura, con tono señorial. Y, en efecto, de la penumbra de su mochila sale a la vista una nevera de bodega, un contenedor incautado anoche en una operación de una complejidad sin precedentes. Tres litros. Las gotas de agua brillan en el cristal, el tapón hermético se abre con un silbido y un pequeño vapor de dióxido de carbono sale por la boca de la botella. La sidra de manzana efervesce y hace espuma por las burbujas.

Las bocas de las niñas arden; sólo la pequeña Maj parece confusa y bebe su limonada con trocitos de limón. Tereesz coloca con cuidado la botella fría contra la mejilla caliente de Charlotte. Su padre se entera el fin de semana siguiente de que falta la sidra, cuando quiere ofrecerles a los galeristas y conservadores de la cooperativa cultural en un almuerzo en el jardín. Pero a Tereesz no le importa. Mira qué guapa es, Charlotte, y qué feliz. Y además, su padre es un capitulador académico, un kojko ejemplar y un lamebotas moralista. František el Valiente no pensaría mucho en él.

"¿Por qué están tan callados?" pregunta Målin en voz baja para que los demás no la oigan, y se gira para acostarse de lado mirando a Khan.

Anni espabila. "Es extraño que *digas* eso. ¡Calcetita!¹⁹!"

"Oh, cállate". Målin suelta una risa suave y cálida, que Khan puede sentir rozándole la oreja. "Hablando de algo... siempre haces unas presentaciones impresionantes. En las clases de historia y ciencias..." En su fuero interno, Khan salta desde atrás de su pupitre y da un puñetazo triunfal al aire.

"¡Sí! ¡Esa historia sobre los duraznos fue muy linda!".

"Anni, no interrumpas...". Målin frunce el ceño. "Espera, ¿qué duraznos?"

"Cuenta esa, Khan, es súper genial. Ese Iilmaraa, con la flota y el emperador..."

Khan finalmente abre la boca. "*Isola* equivocada, amigo. *Samara*".

"Bueno, lo siento, no quise decirlo, como, ya sabes, de una forma racista." "Muy gracioso, Jesper. De todos modos..." Ahora Khan también se gira hacia

Målin, sólo un poco. Con cuidado, para no hacer ningún contacto.

¹⁹ "*Sokikene*", en estonio, es la palabra original, derivada de usar el diminutivo con la palabra "*sokk*" (calcetín).

"Estabas enfermo aquella vez, lo recuerdo." Khan lo recuerda muy bien, quería aplazar la presentación para que la actuación no se desperdiciara, pero el profesor no entendió las sutilezas de la situación. "En Samara —más concretamente en Safre— los duraznos ocupan un lugar importante en la mitología. Si las islas Anís tienen cerezas, Safre tiene duraznos. Allí crecen silvestres, se pueden recoger duraznos en el bosque. Los albaricoques, duraznos y nectarinas cultivados proceden de Samara. Incluso ahora, nos traen mucha fruta del SRV a través de La Palidez". Målin asiente con suma cautela.

"Así que... Érase una vez, cuando Katla ni siquiera estaba habitada, el Emperador de Safre envió a su explorador más famoso, Gon-Tzu, a traer los duraznos de la inmortalidad..."

Veinte años después.

La ciudad de Vaasa resplandece de azul. Las calles de Königsmalm en hora punta, el resplandor de las farolas con detalles diderida²⁰. La bóveda gris oscura del cielo y la multitud vestida con ropas nórdicas descoloridas que pasa debajo, como una migración de fantasmas salida de un cuento de hadas suruleño. La cabeza de Tereesz da vueltas; ha pasado mucho tiempo desde la última vez que fumó. Tiene la cabeza embotada y palpitante, la nicotina le oprime los ojos, los sonidos son lejanos, amortiguados. Se sienta en los escalones frente a la comisaría, con las mangas del abrigo dobladas bajo su trasero. Una ligera llovizna le moja su cara hinchada por el sueño.

Hace cinco minutos le habían arrojado la ropa a la cara y lo habían liberado. Los últimos fragmentos del sueño aún perviven, reverberando en el fondo de su cabeza. El monstruo se desliza por la ondulada línea interior del ojo, justo debajo de la vigilia, un dolor de cabeza palpitante. "Peligro", suele responder, está hecho de violencia, pero a veces dice que es un Hombre. Parte los rosales y los observa en lo alto de la barranca. Siempre está ahí, quiere despedazarlos, pero espera pacientemente. En el pinar donde había soplado anillos de humo, Tereesz lo ve escabullirse de tronco en tronco. Se acucilla en el borde de los binoculares de Khan; abajo, en la playa, la pequeña Maj sobre su regazo; Maj se queda dormida, y las puertas del tranvía de caballos se cierran. Está hundido, sin fondo, nada reposa debajo suyo y todo puede derrumbarse dentro de él en cualquier momento. Sus días están contados. El resto de su vida se avecina. Erróneo y terrible. Entonces, cuando se meten en el agua en la playa secreta de las chicas, en la vertiginosa oscuridad de su última noche, él se acerca a sus toallas de playa y olfatea sus cosas. El Hombre mastica un piroshki de carne y la mira desde atrás de las sombrillas. Tereesz es Agnetha, la cajera de la heladería, y de

²⁰ El estilo arquitectónico arabesco de Revachol.

rejojo ve una cara nueva en el Hombre cada vez que pasa frente a la ventana. Viste a Vidkun Hird como si fuera un disfraz, o un Khan adulto al que Tereesz ahora teme por alguna razón, o a veces es el padre de Tereesz. Tereesz estará avergonzado por el resto del día cuando vea a sus amigos, pero no puede evitarlo.

Lenta y tímidamente, se abre paso entre la multitud, con miedo a chocar con alguien, de hacer enfadar a alguien. La gente vestida con ropa oscura fluye por la calle, los semáforos brillan en un gran cruce y los carruajes motorizados se detienen, de los escapes salen nubes de humo, los motores retumban. En el cruce peatonal, sigue el vaivén de las masas, y sobre él, paneles de luz resplandecen en la penumbra, una gigantesca modelo de lencería sonríe en lo alto de la pared de la tienda departamental. Las filas de teléfonos públicos brillan. Cuando Tereesz entra en una cabina, comienza a llover de verdad. Los cristales de la cabina gotean, y en algún lugar de los recuerdos de Vidkun Hird —o en su propio sueño penitenciario, Tereesz no está seguro— un monstruo se agazapa sobre las chicas y reconstruye sus cuerpos descuartizados en quimeras.

"Sabes..." El aguanieve cruje bajo los neumáticos del taxi, el pavimento de granito cruje. Khan mira por la ventana. "Una cosa... que no mencioné antes... sobre mí mismo". El coche se detiene frente a su casa en Saalem. La mujer morena sostiene su bolso en sus piernas, el hombre abre la puerta de su lado. "No suele salir a flote. Simplemente no lo hace. Pero deberías saber esto sobre mí. Que de hecho..." Sale y se reclina en la cabina: "... soy el mayor experto del mundo en el campo de las desapariciones."

Khan cierra la puerta del taxi detrás suyo, da tres pasos por la acera hasta la escalera exterior, introduce la llave en la ranura y entra en el vestíbulo de la casa de madera. Se oye el chasquido del motor al arrancar y la máquina se pone en marcha. Adentro la luz es tenue y la temperatura es cálida. En la cocina se hierven papas. "¡Mamá, fue terrible!". Khan toma el teléfono; el aparato cuelga de la pared, con números pegados cerca en el cartón pintado con knopkas²¹. "¡Absolutamente terrible, ni preguntes!". Sus dedos amarillos saltan sobre las teclas, una serie de dieciséis dígitos. Una conexión interisolar, a cuenta de quien responde.

"Sr. Ambartsumjan, me dieron su número en una subasta".

"El Sr. Ambartsumjan no está disponible en este momento", dice la voz del secretario, en voz baja, desde lejos.

"No, no lo entiende, llamo acerca de 'Harnankur'. Necesito el manual de mi aeronave. Es muy importante... Lo siento, ¿me escucha?" El teléfono

²¹ Chinchetas.

zumba, la llamada se desvanece en La Palidez. El ruido del tiempo.

Dos años después.

¿Has oído algo sobre Tereesz?" pregunta Jesper en cuanto entra en el vestíbulo de Khan. El dulce aroma de la pobreza le llena la nariz. ¿Qué es? ¿Algún tipo de canela? ¿Pan caducado?

"No, no sé nada. Estaba a punto de preguntarte. Este tipo de cosas, debo decirlo, me preocupan". Khan lleva a Jesper directo al sótano, con su bata de baño revoloteando. "Ropa", dice, señalando el perchero encima de las escaleras.

Jesper está incómodo. El mismo olor extraño que en el pasado. No lo soporta. Preferiría vivir en la calle, preferiría quemar toda esta basura antes que conformarse con semejante pestilencia. Sobre todo, teme que la pobre y anciana madre de Khan aparezca de algún sitio en cualquier momento. Pero Khan había insistido, con firmeza: hagámoslo en su casa, no tiene ganas de ir al centro, hagámoslo en su casa o no lo hagamos. Jesper no se sentía en condiciones de argumentar, dadas sus transgresiones pasadas. Con el corazón afligido, da el último paso hacia el sótano. Pero entonces, al ver el espectáculo que se despliega ante él, su niño interior gana la batalla.

"Oh!"

"Sí. No está mal, podría decirse."

"*Podría decirlo,*" La gran cabeza de Jesper gira en torno a su cuello.

"¡Oh!", grita, "¡Gon-Tzu!". Toca con el dedo índice al hombre que se encuentra en la proa de la primera nave de la flota de Safre. Un Gon-Tzu en miniatura, apenas del tamaño de la punta de un dedo y con largos bigotes caídos como los de un dragón samarano, sostiene un banderín con el escudo de armas del Emperador. En la otra mano del hombrecillo hay una brújula del tamaño de la cabeza de un alfiler, un aparato milagroso que se dice que inventó él mismo.

"Todo surgió hace un año. Recuerdas que la última vez sólo tenía las naves listas, ni siquiera pintadas". Khan se yergue orgulloso en medio de la sala.

"¡Espera, espera! ¿Qué es *eso*?" Jesper señala la reluciente vitrina detrás de él. La gran cabeza de Jesper gira en torno a su cuello.

"¡Oh!", grita, "¡Gon-Tzu!". Le da un golpecito con el dedo índice al hombre que está de pie en la proa de la primera nave de la flota de Safre. Un minúsculo Gon-Tzu, apenas del tamaño de la punta de un dedo y con largos bigotes caídos como los de un dragón samaritano, sostiene un banderín con el escudo del Emperador. En la otra mano del hombrecillo hay una brújula

del tamaño de la cabeza de un alfiler, un aparato milagroso que, según dicen, inventó él mismo.

"Todo surgió hace un año. Recuerdas que la última vez sólo tenía las naves listas, ni siquiera pintadas". Khan se yergue orgulloso en medio de la sala.

"¡Espera, espera! ¿Qué es *eso*?" Jesper señala la reluciente vitrina detrás de él.

"¡Esta... esta es mi joya de la corona! ¡Esta es la niña de mis ojos! ¡Jesper, este es el 'Harnankur'!"

"¿Original?!" Jesper se acerca reverentemente a la vitrina.

"Por supuesto que no, no seas ingenuo. Eso costaría más que *tú*", ríe Khan con la superioridad de un profesional. "Esto es una réplica. Una de dos".

La frágil silueta de "Harnankur" se extiende tras el cristal de la vitrina. Jesper acaricia la vitrina, más alta incluso que él, y busca el interruptor de la luz.

"Mira, ahí debajo del borde, debajo de la base, hay un gran interruptor".

Cuando Jesper enciende las luces, no es la vitrina la que se ilumina, sino las luces de diez pisos de la antigua aeronave. La maqueta cuelga en el centro de la vitrina con hilos invisibles, como un cisne de plata y madera barnizada. En el puente de primera clase, tras las paredes de cristal, pequeños candelabros resplandecen en el salón de cuatro pisos. Las personas en miniatura descienden inmóviles por la escalera helicoidal. ¡Parece tan ligera! Destruible. Los arcos plateados se erigen como velas en el casco del barco y convergen en la proa, en el escudo de armas de la Emperatriz de Shest, un cisne de níquel.

"Es sorprendente imaginar que pensaron que algo así podría atravesar La Palidez. ¡Mira! Aquí están las cubiertas". Khan está encantado de poder enseñárselo a alguien finalmente. "¡Cubiertas! Estas pequeñas cestas de aquí, ¡cubiertas al aire libre! Cosas tontas. Pasar el rato en La Palidez. Con tu chica. Honestamente, ¡podría mirarlo todo el día!"

"Puedo comprenderte. Bueno, no puede ser, ¡vamos! Bueno, no está nada mal..." Jesper recorre la vitrina y comparte sus descubrimientos con Khan, que se sienta en un sillón junto a la réplica, como si no la hubiera contemplado todos los días durante los dos últimos años.

"Toma asiento, allí hay una vista especialmente buena". Señala el sillón; Jesper está demasiado entusiasmado para sentarse. "Espera, las hélices, ¿son...?"

"Ahora vuelve a ese interruptor, ¿quieres?, y presiónalo un poco más

hacia delante”, dice Khan con una sonrisa muy atrevida. Jesper se lleva las manos a la cabeza y se queda con la boca abierta. Las grandes hélices plateadas del cisne, afiladas como cuchillos —tres por lado bajo la panza de la nave para maniobrar, apuntando hacia el suelo en diferentes ángulos, más dos aún más grandes en la popa— empiezan a girar en silencio en un principio, y luego con un zumbido que va aumentando. Las aspas individuales desaparecen, dejando sólo unos discos relucientes y difusos. Las aspas son tan grandes y están tan dinámicamente dirigidas que Jesper tiene la impresión de que el barco despegará de la vitrina en cualquier momento y se irá volando, desapareciendo del espacio y de la historia.

En el casco de la nave, escrito en alfabeto graadiense, en una hermosa letra cursiva: *"Harnankur"*.



Figura 2. Harnankur: modelo a escala de la aeronave "Harnankur" ubicado en algún sótano (por Aleksander Rostov)

Jesper quita la tapa de su botella de agua y Khan se prepara un café. Están sentados junto a la vitrina, en sillones. Mirando la nave, el diseñador de interiores vuelve a tener esa estúpida ilusión que a veces Khan consigue contagiarle. Todavía en bata y pijama, el gato perezoso da un sorbo a su café caliente y Jesper le mira sorprendido. "Son las siete, ¿no me digas que estabas *dormido*?".

"Un poco deprimente, lo sé".

"Así es". Jesper suelta una carcajada macabra y se detiene un largo rato a mirar fijamente al "Harnankur". "No lo entiendo, ¿por qué no llamaría?"

Tereesz, digo. Directamente, el día de ayer. Esta es mi segunda noche seguida sin dormir. Me está empezando a irritar".

"No estoy dando vueltas en la cama ni nada. Así soy, noctámbulo, todo el tiempo. Un poco como artista". Sonríe Khan. "Quizá aprendió algo de Hird y se metió de lleno".

"Entonces no crees que, bueno, el propio Hird..."

"... hizo algo? ¡Tsk! Dificilmente. ¡Fantasía! Ni te imaginas cuánto pueden mentir estos tipos. ¡Hice diez! ¡Hice cien mil, hice más que Ernő Pasternak! Son todo números y fama. Pero este dibujo fue..."

"¡Uno a uno! ¡Lo sé!"

"Eso. Todavía debe salir algo de eso".

"Algo, sí". Jesper se levanta y coge su bolsa del perchero. "Pero no creo que Tereesz esté pescando en ninguna parte. Por lo que tengo entendido, tenemos una especie de acuerdo. Que cuando se trate de las chicas, lo haremos juntos".

"Sí..." Khan asiente, pero de reojo sigue mirando al "Harnankur" con un misterioso ensimismamiento. Hasta que un suave paquete negro aterriza en su regazo.

"¡Mira! Me lo ha dado una... eh... amiga. Debíó pensar que había engordado. O algo así. Debería quedarte bien". Khan saca una camisa totalmente nueva de Perseus Black de un paquete etiquetado con una "PB". "¡Gracias, amigo!" Está realmente agradecido. Está sinceramente agradecido. "Ya puedes tirar tu basura arrugada". El cabello kojko del color de una papa de Tereesz está mojado por la lluvia y casi parece negro..

"Disculpe, ¿no tendrá de casualidad cambio de diez reáles?". Se agacha detrás del mostrador del kiosco con su gabardina. Una adolescente mastica chicle con indiferencia. "No, no tengo".

"Muy bien, quiero lo más barato que tenga —una caja de fósforos, por ejemplo— y, por favor, deme el cambio en monedas." "Lo siento, señor, no vendemos fósforos". No hay nada más repulsivo que una adolescente quejumbrosa. La chica estira el chicle de color azul como la pasta dental entre su boca y sus dedos.

"¿Qué carajos, una cajetilla de Astra, entonces?"

"¿Qué?"

"Astra".

"¿Qué es eso?"

"... Una paleta, dame esa paleta de ahí, ¡ahora!"

Una paleta con sabor a frambuesa y caramelo hace ruido contra las

muelas de Machejek. Deposita las monedas en el tintineante teléfono público. En la cabina hay un dulce olor a lluvia; es hermoso ver cómo el agua cae por el cristal. A Tereesz le gusta la cabina. La paleta también está buena. Menos mal que no había fósforos. Con el tubo auditivo colocado entre el hombro y la oreja, gira el dial del *teléfono público*²². Su cabeza se ha despejado considerablemente. El caramelo es dulce y la frambuesa ácida, como lo es una frambuesa. ¡Su puta madre, ese Jesper nunca está en casa! Sobre la mesa, bajo el aparato, una libreta con el emblema de la Colaboración Policial Internacional está abierta con números de teléfono en ella. Los dedos mojados por la lluvia de Tereesz dejan unas manchas allí.

"K, K, Kabroleva, Khan". La rueda vuelve a sonar y detrás del cristal, en el resplandor gris de Vaasa, decenas y decenas de personas salen por la puerta de los grandes almacenes y decenas más entran. El águila marina de Freibank planea sobre el banco en un letrero luminoso, que brilla en tonos dorados y humea bajo la lluvia.

"Hola, busco a Inayat Khan".

"¿Eres Tereesz, o...?" La voz preocupada de la madre de Khan resuena por el auricular.

"Sí, señora, ¿está Inayat en casa?"

"Escucha, Tereesz; tú siempre me escuchas, ¿no? No vuelvas a torturarte con esto. Sabes, el otro día vi a la madre de las niñas..."

"Sí, claro, escuche señora..."

"Y terminamos platicando un rato..."

Sí, sí, me entró por un oído y me salió por el otro. La historia de la madre de Khan es un aguafiestas. "¡Señora! Por favor, dígle a Inayat que le estoy llamando, es urgente. Lo siento."

"¡Madre! ¿Quién está ahí?" suena la voz de Khan desde lejos. "¿Tereesz, o?"

"No, soy Pernilla Lundqvist, una de tus muchas admiradoras", dice la anciana, con un tono de sarcástico como si no la escucharan. Se oyen pasos en la escalera del sótano y pasan coches zumbando. El agua salpica la puerta de la cabina telefónica.

"Tereesz!"

"¡Hola, Khan! Escucha, ¿dónde está Jesper? Tenemos prisa". "Aquí", la voz de Jesper suena a lo lejos. "Soy yo. Jesper."

²² Una palabra inventada que originalmente era "taksomaat" que es algo entre un "taksofon" (teléfono público/cabina telefónica) y "automaat" (maquina, robot, algo automático, incluso una máquina expendedora).

No hay nada mejor cuando se sufre una resaca de ZA/UM que las voces animadas de tus amigos.

"Escucha, date prisa en llegar a la ciudad, a Lovisa. El asilo de ancianos 'Skymning'. Búscalo en alguna parte, no sé, en la guía telefónica. Las horas de visita terminan a las ocho."

"Ok, 'Skymning'. ¿Qué hay allí?"

"Deerek Trentmøller. Y ya sabes, creo que... El Círculo Kexholm".

"¡Tereesz, el Círculo de Kexholm es sólo un cuento de ancianas!"

"Sería mejor si lo fuera."

"¿Por qué crees que no lo es?" Jesper trata de colocarse detrás el teléfono. "Khan, pregúntale por qué cree que no lo es".

"¿Por qué crees que no lo es?"

"Escucha, seguiremos hablando cuando estemos allí, ¿de acuerdo?"

"Ok, tomaremos un taxi. Jesper, ¿tienes dinero para el taxi?"

"Sí, tengo."

"¡Está bien, tomaremos un taxi!"

Lo que sigue es de nuevo sólo la masa y el peso del tiempo, el espacio entre lugares, un viaje en taxi: peatones con ropa oscura, cielos grises y vaharadas de humo en la autopista. Tereesz Machejek. Días de otoño como una fluida cola de tráfico.

Sí, la madre de Khan vio a la madre de las niñas en la sala de espera del médico. ¿Qué tiene que estas sean sus cuatro hijas? ¿Quién es ella de todos modos? "Perder a todos tus hijos en un día. ¿Puedes imaginar cómo debe sentirse?" Pero dime, ¿qué ha hecho esta mujer para *encontrarlas*? ¿Qué importa que haya "encontrado la paz"? La voz de la madre de Khan sonó a través del auricular: "Si la madre de las niñas puede aceptarlo, no pueden ustedes..." No. Mira, somos *mnemoturistas*. Amamos a las niñas —sí, me atrevo a decirlo— las amamos más. Incluso este preciso momento, el atardecer de la ciudad deslizándose por la ventana del taxi, donde el mundo va mal y el tiempo está desfasado, es un delito. Esto debe corregirse. Debe ser resuelto. Sin paz. ¡Sin tregua para las furias!

¡Y escuchen! El tráfico zumbando junto a la ventana lateral, toques de trompeta distantes, notas largas que se desplazan fuera de lugar. Expectativas. Una hora, dos horas, tres horas, esta noche, mañana por la mañana, la semana que viene, invierno, primavera, un año, el año siguiente, diez, veinte años. Fuera del tiempo, como si de un cielo nublado se tratara, surgen estallidos. ¡La lluvia de verano quiere liberarse! Chicos, ¿un pequeño *paseo para recordar*? ¿Qué haces ahí, lloriqueando? ¡Eres un gran

turista mnemónico, ¿verdad?! Algunos exploran La Palidez entre las islas, entroponautas, se llaman; y algunos descubren nuevas tierras, son exploradores; ¡pero ustedes! ¡Mnemeturistas! Cuando la tristeza se apodera nuevamente de ustedes, ¡dejen atrás las calcinadas corazas de su presente y habiten de nuevo en los días maravillosos!

El aire está sofocado por la humedad previa a la lluvia. Los vencejos se abalanzan sobre el agua cazando insectos. Jesper los observa con atención.

Al principio, cae una sola y abundante gota. Nadie se da cuenta. Todavía hace tanto calor que el sol brilla como un guijarro blanco entre las nubes. Y los arqueólogos de Safre parten hacia las islas Anise en busca de rastros de la expedición de Gon-Tzu. Pero Jesper sabe lo que se avecina. Esas gotas de lluvia siempre espían a Katla desde las nubes de verano. Y Jesper también sabe a qué hora hay que encender la radio por la mañana. "El clima de hoy", dijo el meteorólogo. Todo forma parte del plan.

Khan se acerca a Målin mientras habla. Ya puede sentir cómo el borde de su falda acampanada le hace cosquillas en la pantorrilla. Los demás escuchan la historia de Khan, pero Jesper está sacando las sombrillas de los arbustos. Desabrocha la de las chicas y, justo cuando un trueno retumba entre las nubes iluminadas por el sol, abre la gran sombrilla de playa que se alza sobre el barranco. Anni, delante de sus piernas cruzadas, alza la cabeza y se ríe. Una cortina de lluvia, reluciente al sol, retumba sobre la playa y el acantilado. A la señal de Jesper, se abren dos sombrillas más: Khan abre el suyo sin interrumpir la historia, y el de Tereesz cubre tanto a Charlotte, que escucha apoyada en la palma de su mano, como a la ostentosa pequeña Maj. Maj ha peinado el abundante cabello del niño en pequeñas coletas puntiagudas. La maniobra está ejecutada con maestría. Los caballeros se limitan a sonreír ante las risas de las chicas.

"¡Qué calentito! Tócala". Anni saca la mano por debajo de la sombrilla, hacia los golpecitos pianos de la lluvia. La curva de su columna se arquea delante de Jesper. El chico murmura algo y mira con fascinación la galaxia de marcas de nacimiento en la frágil espalda de Anni, que parece de una gatita. Le gustaría estirar la mano para contar las estrellas. El olor espeso de la lluvia llega hasta sus fosas nasales. ¿Cuánto dura el tiempo de exposición de un recuerdo?

"¡Oh!" Anni estira el cuello y sacude la cabeza bajo la lluvia. "Todos son totalmente diferentes cuando no están en la escuela".

"¡Ajá!", asiente Målin, "¡preparados!".

"Algo así como *padres*, ¿no les parece?". Tereesz levanta una ceja de interrogación hacia Charlotte.

"Escucha, sólo te he visto una vez en la fila del almuerzo", ríe la chica y mastica su popote, que sobresale de un vaso de espumosa sidra de manzana.

"La verdad es que no sabría decirte".

"Bueno, entonces Tereesz todavía era un niño", se burla Jesper. "Pero ahora... es un hombre".

Målin se ríe. Hay tan poco espacio bajo la tercera sombrilla que tiene que hacerse bolita. Una corona de pelo dorado cae sobre las rodillas de Khan; la lluvia golpea la sombrilla. La chica echa la cabeza hacia atrás y mira a Khan, de forma prolongada y extraña, con sus ojos verde oscuro brillando. Khan traga saliva. Målin es la única de las chicas que no quiere sidra.

"¿Cómo acaba la historia?" Incluso su voz proviene de un lugar extraño. "¿Por qué no volvieron?"

"Bueno, esa es la pregunta", tose Khan. "¿Por qué no vinieron entonces?"

Målin empieza a reírse de repente, mostrando los dientes con malicia por la alegría del descubrimiento. "No querían darle sus duraznos de la inmortalidad al estúpido emperador".

"Tonto", suelta Khan por accidente, "¡no existen los duraznos de la inmortalidad!".

Charlotte se sienta. "Pero quizá los haya, ¿cómo lo sabes? ¿Crees que fue así, que Gon-Tzu y esos mil marineros no se atrevieron a volver porque el emperador los mataría? Pero si yo fuera Gon-Tzu" Charlotte mira a la pequeña Maj y se dibuja bigotes de dragón con los dedos "y encontraría los duraznos de la inmortalidad —¡no se lo diría a nadie! Los compartiría en secreto, sólo con mis mejores amigos. Y luego nos escabulliríamos juntos por el mundo durante mil años. Y a ver qué milagros se le ocurren a la gente".

"¿Me darías también duraznos de la inmortalidad, Lotta?". La pequeña Maj mira a su hermana mayor.

"Por supuesto. Cuando te hicieras mayor, te daría algunos". "¿Por qué tengo que crecer?"

"Para que no seas una niña para siempre, no una pequeña malcrriada," Charlotte chirría.

"Ella no puede ser..." Tereesz sacude la cabeza y mira lo terrible que el cabello de Charlotte barre su hombro como un cepillo, con la barbilla alzada con orgullo, "... no puede ser *tan* estupenda". Khan y Jesper, horrorizados por el repentino cambio de estrategia de Tereesz, se quedan sin palabras. Charlotte exhala, su tórax se encoge lentamente. Los capilares de las mejillas estallan.

Tereesz se limita a observarla. "¿Y yo qué? ¿También puedo tener

duraznos que me hagan inmortal?".

"Lo averiguaremos". La chica sonríe y se tranquiliza. "Pero primero *deberías* traerme algo".

"Sólo tienes que decir qué".

Khan ve de reojo a Målin intercambiando miradas en secreto con las chicas. Algo está pasando.

Anni se sube la falda de tenis sobre sus piernas bronceadas. "La próxima vez nos toca a nosotros, ¿no? Y nuestro sitio. No crean que no tenemos nuestro propio lugar secreto". Sus ojos miran a Jesper. "¿Qué haces el sábado?"

Los chicos no hacen nada el sábado. "Nada, absolutamente nada, déjame corroborarlo en mi agenda —¡nada!"

"Hemos quedado una semana en el campo. En los lechos de flores". Anni arquea la espalda, se levanta sobre los huesos de las alas y se desliza el dobladillo de la falda sobre su trasero. "¿Pero podríamos vernos en la playa el sábado por la noche?"

"Claro que sí. No, seguro. Cien por ciento", corean los chicos al unísono.

Un bolso tintinea en la mano de Charlotte. Una vez más, los ojos de las chicas se reflejan entre los de los chicos como trigonometría. La lluvia amaina, aún brillan algunas gotas. El sol brillante sale de detrás de las nubes, y la diosa del noveno grado se estira bajo sus rayos, pone las manos en las orejas de la pequeña Maj y luego mira a los chicos con los ojos entrecerrados. "Esto es la mitad. Traigan la cherry speed".

"¿Qué?", dice Jesper, boquiabierto.

"*Cher-y-speed*", articula Anni, la punta de su lengua roja formando la "d" de la palabra en el paladar.

"Es algo así como anfetamina". dice Charlotte, como si se explicara por sí mismo. Las curvas de su pecho suben y bajan mientras respira al hablar. "Sólo que es un poco... especial. Es *mu*y buena. Y queremos consumirla junto con ustedes".

Silencio.

Los rosales empapados por la lluvia humean al sol. El águila marina cuelga inmóvil en el cielo.

"Maj definitivamente se quedará en casa, no es así..." Las graciosas coletas siguen sobresaliendo de la cabeza de Tereesz. Khan y Jesper lo observan poniéndose el Astra en la boca junto a Charlotte.

"¡Por supuesto, idiota!"

"Davai²³ entonces", dice, "¡hagámoslo!".

Målin sonríe, con una alegría desbordante en los ojos que brillan hacia Khan. De la manera correspondiente a la hija de un maestro, empieza a dar instrucciones. "Dentro de la cartera está el número de Zigi. Llámale entonces, ¿de acuerdo? Tendrá algo".

²³ “¡Andando!” “¡Vamos!” o “¡En marcha!”. Es un llamado a la acción en ruso.

8. VENDEDOR DE LINÓLEO

El Vendedor de Linóleo va de ciudad en ciudad. Fue a Norrköping, junto al gran río congelado, a vender linóleo —pequeñas iglesias de madera y calles angostas. El Vendedor de Linóleo admiraba la arquitectura de madera, el gélido silencio del norte. A las nueve de la noche, las calles estaban vacías y una ráfaga de viento soplaba por toda la ciudad. Los abrigo ondeaban al viento, y la nieve, una nieve espesa, se acumulaba en los tejados de las casas. Nevaba en el corazón del Vendedor de Linóleo. Hileras de farolas naranjas. El tipo de imágenes que pasaron por su cabeza aquella noche. En la habitación alquilada, bajo la sábana. Las historias, la paciencia. En el jardín de la casa de al lado de su socio, el Vendedor de Linóleo admiraba a dos hermanos: caras de querubines, bocas carnosas y las mejillas enrojecidas por la nieve. En Arda, en las cimas de las montañas, que fiordos atraviesan —las casas de colores de tierra rojiza se posan a los pies de un gigante nevado. Durante la noche, cuando los cristales de sus ventanas parpadeaban en la oscuridad como pequeños ojos, y los dientes negros de las montañas sonreían al cielo, aquella sonrisa seguía sin compararse con la del vendedor de linóleo.

Practicó. Se hizo una papada como si fuera una oruga, se estiró el labio superior. En el espejo de la habitación del hotel, el hombre se puso pálido. ¿Qué tal entrar así? Al sótano, con su techo tan bajo y sus paredes de cemento. ¿Qué sería ver una cosa así? Mira ahora, belleza, ahora me miras.

Entonces, cuando cerraron la fábrica de linóleo, los tiempos se volvieron difíciles. Pero el Vendedor de Linóleo consiguió recuperarse. Hizo nuevos contactos, se relacionó con importadores. Se abrió una nueva fábrica de linóleo. Y dondequiera que estuviera, mirara lo que mirara, siempre quería ver más. Vendía linóleo, pero se consideraba a sí mismo un fotógrafo. El mundo había reunido paisajes ocultos para él, incineradores de la belleza, que ninguna otra persona podía ver.

Como un niño con un caleidoscopio, logró separar las figuras. A un óblast²⁴ de Graad, encima de la órbita invernal, el Vendedor de Linóleo fue a vender linóleo. El tren magnético atravesaba veloz la meseta septentrional. Fuera de las ventanas, donde estaba oscuro y la aurora boreal iluminaba el claro; la letrina del vagón restaurante; un túnel negro de montaña que se tragaba el tren. Cuando el Vendedor de Linóleo salió, tenía las manos llenas de cristales rotos y resplandecientes. ¿Adónde fue a parar el precioso mandala de flores? Invita, escondido; llama la atención, pero luego defrauda, la estructura sin rostro, el libidinoso. El Vendedor de Linóleo

²⁴ Una división o región administrativa de Rusia y de la antigua Unión Soviética, y en algunas repúblicas constituyentes de la URSS.

perdió la compostura. Su codicioso sistema nervioso rugió. Yelinka. En aquel asentamiento polar, el hombre se frotaba la cara con nieve, pero la nieve sólo se derretía por el calor de sus nervios.

Ahora está descansando, intentando cuidarse. Trabaja, vendiendo linóleo a ferreterías, oficinas de interiorismo y distribuidores. Linóleo marrón. Linóleo con flores. Viene del norte, a Vaasa. Mientras vende linóleo en Kexholm —el barrio más exclusivo de los suburbios de Lovisa— ve algo nuevo. Algo que pensaba que nunca vería. Ve a otros Vendedores de Linóleo. Excepto que no son vendedores de linóleo. En una colchoneta del parque para homosexuales, habla con un taquillero sobre Vaasa, sobre la sensación de seguridad, sobre las escuelas, sobre la educación "laissez—faire"²⁵. Crujen los alisos. Y los otros; ellos, también, tienen nuevos pensamientos, conocimiento. Se cuentan sus historias. Arrendador de equipo de jardinería, Podólogo...

"Reunión informativa". Tereesz mira el reloj de plata que sus compañeros de la Unidad de Personas Desaparecidas le regalaron por su décimo aniversario. "Cinco minutos". Él, Khan y Jesper caminan por el parque del asilo de ancianos, con los abrigos ondeando.

"De acuerdo, de acuerdo, "reunión informativa", ¿podemos ir un poco más lento?". Khan se queda atrás del resto. "Estoy sin aliento".

Jesper se apresura. "Escucha, tienes un problema grave con tu corazón. Creo que todos estamos de acuerdo —deberías ver a un médico".

"Estoy de acuerdo", afirma Tereesz. En el crepúsculo, los marcos blancos de las ventanas de las casas brillan detrás de las vallas. La hojarasca rebota bajo los zapatos de gamuza de Jesper. Observa las salpicaduras de lodo en la punta de su zapato y se da por vencido. Hay un dulce olor a putrefacción. La espera le pone nervioso.

"Su autoridad local podría ser más hospitalaria", continúa el agente Machejek. "Su iniciativa para la Colaboración y su disposición internacional dejan mucho que desear".

Khan intenta continuar. "¿Conseguiste el interrogatorio?"

"Lo conseguí, lo conseguí".

"¿Ayer?"

"No, esta mañana. Estaban haciendo tiempo. Nada que se pueda hacer al respecto. Ayer estuve todo el día al teléfono, no sé, haciendo acrobacias. Cientos de llamadas. Lo siento." Tereesz es un gran mentiroso. Jesper no

²⁵ "Vabakasvatus" en el texto original — a veces usado como un término peyorativo para los hijos cuyos padres no estaban muy presentes en su educación o no tenían su supervisión en casa.

titubea ni un momento: "Como sea, escucha, ¿qué dijo Hird?"

"Ni siquiera los vi".

Jesper se da cuenta del suspiro de alivio de Khan, y sus cejas se fruncen en un gesto de sospecha. Está bastante decepcionado, para ser sincero. Toda esa preparación, en vano. Ah, el funeral puede continuar y ponerse en marcha.

"Espera, espera, eso no es todo". Tereesz levanta un dedo cubierto por un guante de piel negra y sonríe. "Hird tuvo la amabilidad de darme un nombre. Deerek Trentmöller. De él lo oyó".

Khan se detiene de repente y fulmina con la mirada a Tereesz. "¿Así nada más te *dió* ese nombre y te lo contó todo con franqueza? *¿Habló?*". Jesper no entiende por qué Khan duda de la capacidad de interrogación de su amigo: "Bueno, le diste una paliza, ¿no? Al estilo de Graad". Mira con aprobación a Tereesz y sigue caminando. "Entonces... ¿Deerek quién? ¿Trentmöller?"

"Exacto. Hice un seguimiento. Todo cuadra. Compartieron celda hace dieciocho años —el último año de condena de Deerek. Salió en libertad condicional. Hay una trampa más con esto, recuérdame que vuelva a ello más tarde. En fin. Juntos, se superan el uno al otro con sus historias, y entonces, un día, Hird soltó una *particularmente* jugosa. Deerek debió sentirse en deuda. Así que está tratando de superarlo. Dice que conoce a un tipo... ¡espera! ¡Del Anillo de Kexholm!"

"¡Que va! ¡Que estupidez!" Khan no está impresionado. Tereesz no deja que le moleste. "Este tipo es de ese anillo —supongamos por un momento que existe un anillo, de acuerdo— y él es como... un líder. Una persona muy mala. Y peligrosa. Unos años después de la desaparición de las chicas, el líder acude a Deerek y le cuenta cómo él y sus amigos secuestraron a las chicas. Son amantes, a propósito, el líder y Deerek".

"Genial."

"Y Deerek no puede decírselo a nadie, si no lo matarán. Así que Deerek sigue hablando con Hird. Y no te puedes imaginar qué tipo de cosas..."

Khan y Jesper avanzan en silencio. Ninguno pregunta. Jesper sólo mueve un poco la cabeza.

"En fin, son cosas emocionantes en el... eh... formato de la conversación de Hird y Deerek. También he investigado un poco a este Deerek, por lo que he podido encontrar en los periódicos de Kronstadt. Un pederasta. Manoseaba a los hijos de su hermana, familiares principalmente. Nada serio. La mujer finalmente lo delató. Encerrado, Deerek es un encanto. Le cuenta al pastor de almas cómo aún se arrepiente y cómo 'hay algo en él, ese algo que le impulsa'," Tereesz mueve las manos con escepticismo

mientras dice esto y luego continúa sobre la marcha, "y todas las demás cosas diabólicas que le acompañan."

La parte trasera del asilo está situada bajo los árboles. Las orillas del patio de madera están pálidas y blanquecinas, unos escalones de piedra conducen a la puerta trasera. Paredes rojas auténticas de la época del edificio, frágil arquitectura de madera. Justamente la clase de casas del pasado de Vaasa que recordarían a sus residentes su juventud. Los nogales desprenden sus últimas hojas sobre el tejado de Skymning.

"Ahora, por supuesto, Deerek tiene setenta años. O setenta y cinco, haz las cuentas tú mismo. ¿Y sabes por qué fue liberado antes de tiempo?"

Khan y Jesper no saben por qué el amante homosexual del líder de la red de pedofilia de Kexholm, el abusador de menores penado Deerek Trentmøller, salió de la cárcel antes de tiempo.

"Se volvió senil".

"¿Qué? ¿A los sesenta?" Jesper entiende las complicaciones que pueden surgir de esto.

"Aproximadamente, sí".

"¿Completamente senil?"

"No lo sé. No decía *cuán* senil se había vuelto. De todos modos, la situación empeoró. Rápido. Ya veremos".

Khan sigue a los demás por las escaleras del asilo.

Los tres se detienen ante la puerta de madera arqueada. Tereesz toca el timbre.

"El dibujo..." Khan jadea, con las manos en las rodillas. "¿De dónde sacó Hird el dibujo de Anni?"

"Es su reliquia. Pasa de mano en mano. Si encontramos al hombre del que procede, tendremos nuestro funeral. Se los prometo. Por fin podremos empezar a *vivir*". Tereesz suena de nuevo, esta vez más enfadado. "Sólo Hird se excedió al final. El líder de Kexholm..." Ante la mirada de Khan, Tereesz corrige. "El líder del supuesto grupo de Kexholm lo hizo para Deerek, y Deerek se lo mostró a Hird. Me parece que Hird sólo tenía un poco de curiosidad. Para, ya sabes, ver qué pasaba".

Tereesz sonríe malévolamente.

Vaasa se adormece en la dichosa paz de los años cincuenta. El invierno llega a su fin. Los témpanos, que gotean de los aleros, funden agujeros en el hielo de la acera. Los días se vuelven más largos, y en algún lugar lejano, en el patio de una escuela en el centro de la ciudad, Sven von Fersen se pone a

trabajar con un inmigrante con sobrepeso. ¿Qué pensaba, que Målin se divertía escuchando una historia tan asquerosa? ¿Eh? ¿Lo hacía? Tereesz se mantiene alejado junto a la puerta del patio y no se atreve a entrar. Espera que Jesper se sienta demasiado afligido como para mirar. Reflejo.

El Vendedor de Linóleo avanza por las aceras del suburbio; sus botas han acumulado restos de sal de la nieve derretida. El Vendedor de Linóleo no ha dormido en toda la noche, y la luz radiante, el sol reflejándose en el hielo, hace que le duelan los ojos. Las manos tiemblan a causa del café, la cabeza le grita. Nervios rojo azulados; un palpitante relevo. Miles de imágenes de conversaciones nocturnas se acumulan dentro del Vendedor de Linóleo. Se mete la mano en el bolsillo; al fondo del bolsillo se le ha hecho un agujero con unas tijeras. Hace la ruta en el coche de caballos, bajando siempre en la parada de Fahlu y escabulléndose por debajo del puente; mira el arbusto de sauce, y luego vuelve a subir al tranvía desde el otro lado de la carretera. El Vendedor de Linóleo apoya la cabeza en la ventana. A veces se queda dormido, e incluso entonces su imaginación sigue en marcha, adoptando poses cada vez más extrañas, estirando las piernas delante del Vendedor de Linóleo. Incluso dormido, él lo *querría*. Pero el Vendedor de Linóleo ejercita sus nervios. Fuera de la ventana del tranvía, el reloj marca las dos y termina el día escolar. Al Vendedor de Linóleo le rechinan los dientes; está despierto. Los niños se alinean en la cabina del tranvía. En la cochera de su casa, se han alineado muestras de rollos de linóleo. Ahora vive aquí —en Vaasa, en Kexholm. Recorre las calles del suburbio de Lovisa. El Vendedor de Linóleo cuelga del pasamanos. Le gustaría retorcerse. Una señora le mira con extrañeza. Es la misma señora. También estaba en el último tranvía, y en el de ayer. Ya no puede, tiene que elegir. Llega Fahlu y el Vendedor de Linóleo se retira. Cruza bajo el puente y mira el sauce de sus anhelos. Ya no sufrirá más. De las ramas del sauce caen pequeños cristales de hielo, y el aliento del Vendedor de Linóleo los calienta. Gota a gota. El sol brilla sobre una gota de agua, y al otro lado del sauce pasan unas visiones, cuatro seguidas. La más pequeña platica sin cesar. Bla, bla, bla. Es el momento más hermoso de la vida del Vendedor de Linóleo. Los desea. Después de eso, se acabó —se suicida y libra al mundo del Vendedor de Linóleo. Pero ante eso, ellos.

El olor de los medicamentos para el corazón es nauseabundo. Jesper se limpia el cuello, se ajusta con nerviosismo la corbata del cuello de su suéter. Es como si todos esos ungüentos para las articulaciones se le hubieran adherido a la piel. ¿Quién sabe por qué alguien se aferraría a la vida con tanta fuerza? A ambos lados de la ventana hay cortinas de encaje blanco; algo se arrastra por las paredes del pabellón de Deerek Trentmøller, que ha sido manipulado para que parezca una habitación. Las ramas de los árboles proyectan sombras sobre el estampado floral del tapiz. A veces, rara vez, cuando pasa un carruaje motorizado, las sombras cobran vida en los faros y

se deslizan en la penumbra, sobre el amarillo de la lámpara de sobremesa. Capas de flores y ramas de árboles se deslizan unas sobre otras. Muerte —esa palabra que aparece tan escasamente en las conversaciones entre los muchachos que parece como si no existiera. Todos se evaporan, se van.

Entonces, llegado el momento, Jesper sale hacia el viento de diciembre. La luz de la casa cúbica queda detrás suyo, y las sendas para esquiar le conducen al borde exterior del asentamiento. Los campos de forraje se extienden allí bajo la nieve, y Jesper los recorre, hasta donde el muro de árboles se oscurece. *Zig-zag dröm*²⁶, las ramas de los abetos rozan su abrigo blanco. El bosque oscuro, el verde oscuro de los ojos. En el frío viento, las voces de las chicas suenan como cascabeles de trineo. Están esperando... bajo el permafrost, en un hábitat intacto desde hace millones de años; en lo más profundo de los pulmones de Graad, adonde ningún ser humano debe ir. Jesper no le cuenta nada a nadie al respecto.

Las repisas en la habitación de Deerek, o más bien en la sala, están repletas de chatarra. Hay fotos familiares enmarcadas en una pequeña estantería, detrás de un cristal reflejante. Jesper no se atreve a mirar esas fotos. ¿Hijos, sobrinas? ¿Limpian alguna vez aquí estas enfermeras? Sobre la cama hay un emblema de plata de Dolores Dei, y debajo se ha sentado Deerek Trentmøller, con los brazos cruzados y una manta cuadriculada sobre sus hombros. Una pequeña cruz de plata brilla alrededor de su cuello. Un portasueros se yergue sobre la cabecera.

"Saben, chicos, mi memoria... Mañana no los reconocería. Esto es lo mejor que me ha pasado. Es como una bendición, para alguien como yo. Algunas mañanas me despierto y ni siquiera recuerdo mi propio nombre. No recuerdo quién soy. Y mucho menos de esas cosas..."

Tereesz se coloca delante de las cortinas con las manos en la espalda y examina el marco de la ventana. "Ahora mismo te ves muy entero". Se da la vuelta. "¿De quién conseguiste *el dibujo*? De la espalda de Anni-Elin Lund. ¿De quién?"

"Oh, cielos..." El Sr. Trentmøller sacude con cansancio su rostro lleno de manchas cutáneas. "Ya no recuerdo esas cosas. Las cosas que sí quiero recordar, no las recuerdo. No recuerdo a mi hijo. Entonces, aquellas otras cosas, como aquello..."

"No te contengas, Deerek". Tereesz se pone en cuclillas frente al anciano y coloca las manos sobre sus rodillas. Khan observa horrorizado mientras el agente Machejek clava la mirada en los ojos encapuchados de Deerek. "Contrólate. Le dijiste a tu compañero de celda, Vidkun Hird... —no puedes decir que no recuerdas a *Vidkun Hird*, ¿cierto? ¿Quién podría olvidarlo? Le dijiste..." Tereesz pone su mano bajo la barbilla del anciano y le gira la cara

²⁶ "Sueño", sueco.

hacia él nuevamente. "¿Me escuchas? Le dijiste a **Vidkun Hird** en la cárcel que conocías a alguien que secuestró a las cuatro hijas de Lund de la playa de Charlottesjäl hace veinte años. Y le hiciste un dibujo de una de las marcas de nacimiento de las chicas como prueba. Deerek, el dibujo coincide".

Las lágrimas corren por las mejillas hundidas del señor Trentmøller.

"¡Deerek! ¡Hola! ¡El dibujo coincide!"

"Lo hice... Fui al parque gay. No me acuerdo, no quiero

recordar..." Deerek suelta el grito de su padre, pero Tereesz se enfada cada vez más. Su labio superior empieza a retraerse sobre sus dientes manchados por el tabaco. Deerek se acobarda como si hubiera visto un fantasma, pero la mano de Tereesz cubre el botón de emergencia. "Si no coopera por culpa de su *problema de memoria*, ¡tenga esto en cuenta! Hoy en día tenemos una buena máquina. Es como una cuchara de helado, Deerek. La usaré para sacar lo que necesite de tu cráneo, y luego..."

"¡Tereesz!" Khan se ha levantado de su silla y está sujetándole el hombro.

"... ¡luego vendrá la bendición!"

"¡Tereesz, no empieces con eso!" Jesper no entiende. Confuso, observa cómo el agente se inclina hacia Deerek, con la mano en el botón de alarma. Khan lo jala del hombro con enojo. "Ya sabes cómo te afecta, Tereesz. Te necesitamos en la CPI. No te pueden despedir. Tengo otras ideas, no tenemos que..."

Tereesz se calma. "De acuerdo. Jesper, vigila la puerta." Jesper se asoma al pasillo vacío. El asilo de ancianos está muy tranquilo por la noche, como si estuviera abandonado. Cierra la puerta. Con el corazón golpeándole con fuerza en el pecho, apoya la espalda en el pomo de la puerta y se revuelve con nerviosismo su cabello rubio. El ambiente de la habitación es denso; Jesper ve al anciano temblando en la cama. Le oculta su rostro a Tereesz detrás de las manos.

"Vendedor de Linóleo". El agente de la CPI pronuncia esas palabras adrede. Los ojos tristes y con arrugas del hombrecillo se abren por completo, sus cejas se levantan. "¿Quién?"

"El vendedor de Linóleo. Su novio. Él hizo el dibujo. Te contó sobre las chicas. ¿Quién es él? ¿¡Quién, Deerek!?"

"Él es sólo... Él sólo era..." Deerek ya no lloriquea. Las lágrimas se secan en sus mejillas. Se desploma bajo el edredón como si lo hubiera fulminado un rayo. "Sólo un Vendedor de Linóleo. Todos lo eran. Así se llamaban a sí mismos, por su profesión". Un suspiro de cansancio sale de su boca. "Oh Dios mío, ayúdame..."

Hay silencio en la habitación. Afuera, un carruaje solitario pasa zumbando y las sombras de los árboles se deslizan sobre Jesper, apoyado en la puerta. Khan aleja a Tereesz en silencio. "Bien hecho, Deerek. Ahora puedes ver lo bueno que es". Con sus grandes ojos almendrados, mira al anciano bajo el edredón. "Nos ayudarás a encontrar a esas chicas, ¿verdad?"

"Dos lugares", le susurra Tereesz a Khan.

"Dos lugares, Deerek. Dinos dos lugares a los que fue este hombre. ¿Dónde vivía, en qué distrito? ¿Lo sabes?"

"En Kexholm, todos vivían en Kexholm".

"Muy bien. Bien hecho. Y ahora una más. Piensa, Deerek, piensa dónde más se estaba alojando el Hombre Linóleo. Ayúdanos a encontrar a las chicas. ¿Adónde solía ir?"

"Las vigilaba... en la playa. Desde un hotel." "¿Havsänglar?" Tereesz se pasea nervioso por la ventana.

"No me acuerdo, por favor..."

"Lo tenemos". Tereesz asiente y da dos pasos hacia la puerta. "Havsänglar. ¡Vámonos!"

Hace dieciocho años. Vidkun Hird está sentado detrás de un escritorio hecho por él mismo en un rincón de la celda, con un solo mechón de su anticuado peinado de lado pegado a la frente —en aquellos días, todavía se podía decir que tenía "aspecto clásico". Vidkun es joven. Relativamente. Aún no tiene arrugas en la frente, y sus mejillas apenas empiezan a caer como las de un bulldog nórdico. Su escritorio tiene una gran pila de manuscritos. Filosofía del futuro, historicismo, teoría eugenésica universal. Lo explica todo del mundo, es su legado a la humanidad.

"Vidkun Hird: 'Vidkun Hird'" está escrito en letras gruesas en la carátula de cartón. Junto a la pared hay dos camas de resortes de metal, y la luz del día entra como un rayo por una pequeña ventana cerca del techo.

Deerek Trentmøller está tumbado en la cama. Es un poco mayor y algo distraído. Se quita la cruz de plata del cuello, la mira un momento y empieza a reírse. "¡Ja! ¡Esto te va a gustar! Creo que incluso hay un elemento de superhumanidad en él. Aventura e incluso trabajo científico de por medio, y todo ello, sin lugar a duda, más allá del bien y del mal".

¡Qué luna de miel del fantástico trabajo de la mente! Deerek habla y Vidkun toma notas. Asiente con frialdad. Pide parar un momento mientras rellena el tintero. El punto de luz de la ventana se mueve por el suelo y sube por la puerta de acero. Oscurece y Vidkun enciende la lámpara de

sobremesa. Levanta una página al aire y le sopla.

Buenos tiempos, buenos tiempos.

Deerek se estira en medio de la habitación y se aproxima a Vidkun. "¿Y sabes qué dijo entonces? El Vendedor de Linóleo. ¡Nunca lo olvidaré! Les hizo una 'cirugía brillante'. Los 'unió'. El más pequeño murió. Los otros sobrevivieron. Así, ¿ves?"

Vendedor de Linóleo. Vendedor de Linóleo. El Vendedor de Linóleo busca el papel higiénico. La salada brisa marina se filtra en la recámara de invitados desde el exterior del balcón del Havsänglar, donde un telescopio descansa sobre la alfombra de carrizo. Una cámara especial está conectada a la parte trasera del telescopio. A continuación, deambula por el exterior.

Lee el itinerario en el pabellón de espera, pero el último tranvía ya se ha ido en dirección a la ciudad —con las chicas a bordo. La noche de verano es cálida y le calienta el corazón. Se quita las sandalias y camina descalzo por el asfalto soleado. El asfalto está pálido y cuarteado; los railes del tranvía se sienten frescos al tacto. Charlottesjäl al atardecer. Le encanta. Le encantan las chicas. Le encanta la playa, donde ya nada significa nada. Está enamorado. Esto nunca me pasará a mí, había pensado, la aurora boreal sinuosa sobre el poblado polar. Parejas bajo las sombras de los invernaderos. Nieve cayendo tras los cristales. Esto nunca le pasará al Vendedor de Linóleo. Pero le encanta la playa, y las chicas. Una de ellas en particular; sobre todo ésta. Y las otras también.

Arena bajo los pies descalzos, entre los dedos. Calor de día, y luego humedad. Camina por la orilla del agua; la música sale de los jardines, las luces de las casas brillan a lo lejos entre los pinos. A lo lejos, bajo el risco, donde nadie puede ver. Las piedras están resbaladizas debido al agua y frías bajo sus pies descalzos. ¿Adónde se han ido sus zapatos? No lo recuerda. Camina por las rocas, bajo el barranco, y las olas salpican sus pantalones plisados. En la tenue oscuridad, se arrodilla y ríe. Los pinos hacen ruido. ¡A nadar! Se mete al agua a través de las rocas y nadie puede apreciar lo feliz que está. Se le mojan los pantalones, se resbala y se golpea la rodilla. ¿¡Y qué!? El agua es oscura y tibia, y hay estrellas en el cielo.

"¡Hacia Telefunken!" Jesper chasquea los dedos. "Tengo amigos allí, y está cerca. Puedes hacer tantas llamadas como quieras desde allí, Tereesz. Usa tu magia". Su mano está en el aire mientras los tres intentan tomar un taxi en la única carretera del suburbio de Lovisa. Las máquinas pasan zumbando y se elevan sobre los pilares de la autopista a sus espaldas. Un muro de árboles se levanta al otro lado de la carretera; el tráfico es mínimo al caer la noche. "Son las diez y media, lo lograremos".

Khan se tambalea. "No sé... ¿Por qué tanta prisa? En su lugar

deberíamos hablar".

"¿De qué tenemos que hablar aquí? Tomemos el teléfono, hagamos algunas llamadas y pongámonos manos a la obra esta noche, ya". Como Jesper, Tereesz también está al pie del cañón —levanta la mano incluso para los taxis que no tienen encendidas las señales amarillas. "¿Qué estamos esperando? ¿No hemos esperado ya bastante?"

"Exactamente. Y no me importan los detalles". Jesper se levanta sobre una pierna. Un carruaje que pasa le salpica la ropa con lodo. "Si crees que me muero por saber qué clase de horrible, *ruin* —muy emocional— máquina de Khan estás utilizando, Tereesz, ten claro que no me interesa. Estás haciendo tu trabajo y no tienes tiempo. Tres días es el tiempo durante el cual el porcentaje de encontrar a alguien vivo, especialmente un niño, disminuye a la mitad cada día, *todos los días*. Cien, cincuenta, veinticinco por ciento, Khan. ¿Qué podrías hacer?"

"¡Eso no importa! ¡Con un carajo!" La lluvia en la atmósfera superior se convierte lentamente en aguanieve de otoño. Una gran ola viene de abajo de la rueda y salpica a Khan. "¡Tú y tus taxis, la parada está justo en nuestras narices! Jesper, no lo entiendes, ¡ninguno de los dos entiende cómo afecta a alguien! Maldito lisérgico... mesquiteño..."

"¡Bien! ¡Lo tengo!" Jesper corre por la acera persiguiendo al taxi y grita detrás de él: "Prefieres usar la táctica del policía bueno, ¿no?"

"Mira, en serio, suficiente..." murmura Tereesz bajo la ventanilla. La cabina del taxi huele a piel.

Khan se desliza de costado al interior de la cabina y jadea: "Supongo que tú, Jesper... no entiendes que estas cosas son... *ilegales*. En todos los países que han firmado la Declaración... Por cierto, los países donde la CPI tiene, bueno..."

"Autorizaciones". Tereesz termina la oración para Khan, y luego dice a través de la rejilla de la cabina del conductor: "Telefunken". La cabina enmudece por un instante. La máquina se pone en movimiento. El aguanieve cruje bajo las ruedas del carruaje. Jesper busca un argumento, pero Tereesz interfiere antes de que pueda decir algo. "Sí. Usé la máquina con Hird. Fue mi decisión. Él nunca —*jamás*— nos habría dicho nada. Habría estado ahí sentado, sonriendo, hablándome de cruzar a kojoks y kipts durante dos horas, y eso es todo".

"Pero Tereesz", surge un tono quejumbroso en la voz de Khan, "¡te van a echar!"

"Está bajo control. ¿Y sabes qué? Ya no quiero volver a hablar de esto".

Al día siguiente. La cálida lluvia veraniega brilla en el catalejo del Vendedor de Linóleo. La imagen tiembla mientras ajusta el tripie y luego se

estabiliza —nítida, clara. Al Vendedor de Linóleo le zumban los oídos. Las nubes brillan con el sol, la lluvia cae sobre el balcón del hotel. La franja mojada se extiende por la mitad de la alfombra de carrizo. Y el aguacero azota la playa de abajo, pero en su cabeza oye el alegre tamborileo de las gotas sobre la sombrilla —la sombrilla con pequeñas flores rojas estaba puesta en la mira del catalejo. Está a casi un kilómetro de distancia, sobre un risco, pero el Vendedor de Linóleo estira la mano hacia la lluvia, y la toca. A un lado, gordito. El Vendedor de Linóleo había comprado una revista para mujeres. En la portada aparecía la elegante Ann-Margret Lund, una política. Y dentro, había fotos. Ann-Margret en su hermoso departamento. Y a su lado, sentado en un sofá marrón, sus cuatro hijas. Los nombres y las edades estaban anotados debajo de la foto.

Anni-Elin...

¿Qué historias *no* se inventó el día que las vio por primera vez? Cosas aterradoras. Cómo se las toma. El Vendedor de Linóleo es un físico, un médico. Doctor Vendedor de Linóleo. Y los hace caminar así, caminar frente a él. E incluso eso no fue suficiente para él. Cómo gritaban sus nervios entonces, hambrientos; querían comérselos vivos, esos nervios. Y cómo todo retrocedió, cuando llegó aquí. ¡Qué bonito lugar! Charlaban detrás de él, dos asientos frente a frente en el tranvía. Y el vendedor de Linóleo podía oler sus cabellos blancos, blancos. El tranvía avanzaba cuesta abajo, los caballos trotaban. La playa vino a él, no al revés. Y los cuatro lo llevaron hasta allí. Una capa de polvo se levantaba del pavimento, las espadañas se mecían y el sol brillaba en un cielo azul pálido. No era como aquellas otras playas, en Arda, y muy cerca de Vaasa, en Östermalm, donde sudaba el Vendedor de Linóleo. Se había movido entre los repugnantes cuerpos con aspecto de morsas, y perseguía con la mirada a las pequeñas crías de las morsas. Esto no era la alberca de Yelinka, donde los ojos del Vendedor de Linóleo se enrojecen por el cloro del agua, y tenía que esperar dos horas antes de poder salir de la alberca.

El viento lo despeinaba. ¡Y la amplitud! El mundo cabría ahí adentro. El viento soplaba; había reservado la habitación más alta del hotel para que el viento soplara dentro de él y refrescara al Vendedor de Linóleo.

Las miró con dulzura; ni siquiera se atrevió a bajar a la playa, cerca de ellas. Se haría cenizas si siquiera las tocara. Tomó fotografías. Los fotones viajaron —la misma luz que bronceaba la espalda de la chica rebotaba en sus pequeñas, pequeñas marcas de nacimiento y carcomía el negativo de color negro intenso. Puntos blancos como estrellas en el firmamento nocturno. El tiempo de exposición de un recuerdo. Hizo una cuerda de lino, un nudo, y se masturbó —por última vez. Su aliento se agitó contra la sábana, y el Vendedor de Linóleo salió de sí junto con su semen. Y se evaporó.

El recuerdo del Vendedor de Linóleo y de todo lo que el Vendedor de Linóleo vio se desvanece día a día. Las gotas golpean la sombrilla y Anni extiende la mano hacia la lluvia que cae con la suavidad de un piano. Hoy, cuando Él se ha despertado, ya no recordaba al Vendedor de Linóleo. Se tomó una foto familiar en el estudio fotográfico, con una pequeña morsa, y recordó brevemente al Vendedor de Linóleo. Y también más tarde, aunque cada vez menos con el tiempo, recuerda al Vendedor de Linóleo. Anni sacude su cabeza blanca bajo la lluvia, con la trenza a la espalda. Y detrás del telescopio, sólo Él se queda mirando desolado.

A miles de kilómetros y dos meses más que veinte años de distancia, al otro lado de la órbita invernal, el buque de investigación meteorológica "Rodionov" se encuentra en una prisión de hielo. Son las doce y media de la noche polar. El Paso del Norte se extiende bajo los reflectores ante la tripulación, una vista helada. Hombres con abrigo de piel se mueven a toda velocidad por la cubierta, con sus cuellos gris plateados subidos a la altura de sus sombreros de piel. El pánico se apodera de la tripulación. Allí donde la oscuridad parece alejarse un poco, pero la distancia avanza infinitamente —sin la más mínima sensación de un horizonte— ahí es donde comienza La Palidez. La tripulación siente y teme, aunque nadie puede ver más allá de cien metros en la oscuridad. La unidad de antena de la sonda emite una señal de auxilio desesperada, junto con lecturas científicas. Esta transmisión de radio llega a la estación de retransmisión del Óblast de Katla Graad en un espejo curvo monstruosamente distorsionado por La Palidez aproximante: "*Sinus-Oreole-Sinus, Sinus-Oreole-Sinus...*"

Se oye un estruendo mientras las capas de hielo se arquean hacia el cielo, una arrolladora ráfaga de viento como música invertida y ralentizada diez veces. La Palidez se acerca —una avalancha de recuerdos del mundo— y entierra la materia con voracidad. La extensión del cielo nocturno desaparece, una estrella tras otra, bajo su cresta ondulante.

Desde la órbita, el satélite de comunicaciones "Iikon" puede ver cómo La Palidez arrasa con todo el Paso del Norte de Katla en una sola pasada. Samarskilt, un desierto rocoso al sur de Samara, y la mitad de Supramundi, en Mundi, también se hunden. La Palidez cicla, se dobla; en su paz, se reúne una rebelión en contra de la materia. Los embudos tragan en el ojo del huracán. "Azimut" se calibra en el límite de la estratosfera. Las zonas de catástrofe entropónica inminente incluyen ahora: Lemminkäise; la ecorregión de Nad-Umai en la taiga del noreste de Samara; Yekokataa y la red de zonas de irrigación de *Severnaya Zemlya*²⁷ en Graad; las islas Semeninas en les Immensités Bleues. Rincones remotos de la materia, abandonados por la vida. Es veintinueve de septiembre a principios de los setenta. La reunión escolar fue hace dos noches. Ahora es el fin del mundo.

²⁷ Tierra del Norte. Северная Земля. En ruso.

Y hace dos horas, Tereesz Machejek, en un teléfono que ha arrastrado hasta una mesa del restaurante ubicado en el piso panorámico de Telefunken, ha ordenado al secretario de Havsänglar que le lea la lista *completa* de invitados de junio y julio del quincuagésimo segundo año. La mesa está repleta de comida. Las tenazas de un delicioso cangrejo de río están colocadas a medias sobre el teléfono. Khan está saboreando la exquisita langosta, mientras Jesper le explica cómo succionar la carne y el jugo del interior de este y aquel tubo.

"Chupa, sigue chupando", dice Jesper y pide al camarero que se lleve los platos de los entremeses. La cena de hoy es *a la* Jesper, por cuenta de Jesper —y a Jesper le gusta comer bien. No cocina una bazofia de arroz y macarrones.

Khan sigue succionando. "Bueno, no sé. Esto es mejor, por supuesto, pero si agregas *dumplings* al arroz y los macarrones..."

Jesper sorbe el agua helada. "Tereesz, escucha, puedo ocuparme yo mismo de Kexholm. Diseñé la vivienda de un pediatra allí, y conocen a un constructor. Creo que él debería tener acceso a, cómo se llamaba..."

"El registro de residentes", dice Tereesz. Le duele el hombro. Pero el vino tinto yugo-graadiense de aquí es tan apetitoso que no puede no beberlo. Y para hacerlo, tiene que volver a ponerse el teléfono al hombro. El secretario ya colgó una vez. Entonces Tereesz llamó a la administración y solicitó que se transmitiera el siguiente mensaje: "Las vidas de cuatro niñas estarán en su conciencia". Funcionó. Junto al vaso de vino que tiene delante, Khan sostiene un cuaderno abierto con una mano, y hay más de dos mil nombres escritos en las páginas onduladas.

"Vamos a medio camino, señora, sólo dos mil más." Su cabeza grita por todos los Lars, palpita por todos los Berg, los Åke destellan ante sus ojos como luces de tren.

"Bien, entonces", Jesper despliega la servilleta, que se había doblado formando un cono impresionante, y se limpia la boca, "son las once y media. Queda otra hora y media y luego cierran. Puedo negociar por dos horas y media. Así que. Empecemos, yo me encargo del registro de residentes". El camarero trae otro teléfono a la mesa. El resto de los clientes observa al trío comer con un interés moderado. Por segunda hora consecutiva, el delgado kojko lee nombres con voz monótona y los anota en un cuaderno. Un hombre con sobrepeso y piel morena, vestido con una camisa negra de doble botón de Perseus Black, se acomoda los lentes, abre una tenaza de langosta y saluda con la mano a una señora con sombrero en la mesa de al lado. En el cuaderno de Tereesz, la fila se desordena después de eso. "Khan, oye, no tienes el trabajo más difícil de aquí. ¡Ponte a trabajar!".

"Tereesz, escucha, por el amor de Dios, vamos a tomar este bloc de notas."

"No. Debe estar en el cuaderno."

"¿Qué importancia tiene el cuaderno?"

"Deerek Trentmöller", dice Tereesz con una voz familiar y mecánica, y luego mira a Khan con los ojos bien abiertos. "¡Deerek Trentmöller! ¡Hola! ¿Está seguro? ¿Ha marcado algo allí también?"

"Vacaciones".

"¿Qué más?"

"Vendedor de Linóleo", dice la secretaria con voz cansada al otro lado de la línea.

"El puto Deerek Trentmöller, del diecisiete al veinticuatro de junio. Vendedor de Linóleo."

Jesper golpea con su puño la mesa que él mismo diseñó hace cinco años.

Khan pone una tenaza de langosta en un plato. "Ahora es el turno del ZA/UM".

Deerek Trentmöller sueña con el Vendedor de Linóleo. Todas las cosas que vio el Vendedor de Linóleo dan vueltas ante sus ojos como una masa homogénea de carne y oscuridad. De vez en cuando se despierta. No tiene sueño. Entonces vuelve el torbellino de carne y oscuridad, y Deerek concilia el sueño. En el sueño de Deerek son amantes, él y el Vendedor de Linóleo. Él es alguien más. Se escucha un chasquido que surge de la memoria amorfa. La ventana de madera cruje. Los cristales golpean los marcos. Entonces se oye un estruendo; Deerek despierta.

La muerte. Debe de ser la muerte. Flores marrones oscuras sobre el tapiz floreado. Las sombras de las ramas se mecen y las cortinas ondean al viento. Sí, es exactamente como Deerek siempre lo había imaginado. Frente a la ventana abierta, una figura alta y delgada se quita el abrigo de espiga. ¡Vienen más! La muerte regordeta cae de golpe del alféizar al suelo con el sombrero puesto y susurra: "Bien, adentro. Monta guardia".

La muerte alta se acerca junto a la cama y desconecta el botón de alarma. La muerte gorda enciende la lámpara del escritorio y se acerca a Deerek, posando suavemente una mano sobre su cabello. Esos grandes ojos marrones le resultan familiares. "Deerek. No te asustes. Ahora necesitamos algo de ti. Necesitamos que recuerdes, y por eso te vamos a dar una pequeña inyección. No duele. Es como dormir".

Deerek oye el chasquido de un maletín y la alta muerte le tapa la boca con una mano forrada en guante de cuero. Qué olor tan raro; todo se disipa, mientras unos ojos marrones oscuros y gentiles lo observan.

"¿Pero y si realmente no se acuerda? ¿Seguirá funcionando entonces?"

"Ya veremos".

Deerek Trentmöller se abre ante Tereesz. Esta vez Tereesz es el monstruo al borde del agua. Un tigre vadeando el agua. Siempre está ahí, espiando. Y dondequiera que vaya a parar Deerek, el tigre acecha, olfatea y encuentra a un Vendedor de Linóleo. En Norrköping, en la ciudad con fiordos de Arda, en el tren magnético, en el asentamiento polar de Yelinka, él acecha, con sus ojos verde fosforescentes brillando, en los oscuros rincones y recovecos donde el Vendedor de Linóleo pasa el rato. Está en un sótano con techos bajos y paredes de concreto cuando el Vendedor de Linóleo le hace muecas a su sobrina. Cuando por fin llega a Vaasa, el tigre está esperando en la estación flotante de tren, sentado al final del andén y lamiéndose las zarpas, donde no llega el brillo de los faroles. Hace crepitar los arbustos de aliso del parque, y el Vendedor de Linóleo se espanta. Cuando camina por las calles de Lovisa durante una mañana de primavera, con un agujero hecho con unas tijeras dentro del bolsillo del pantalón, el corazón del tigre se muestra por un momento. Un patio escolar, una pelea; aparecen niños pequeños.

Cuando el Vendedor de Linóleo llega a Charlottesjäl, Tereesz está allí surcando el viento —es un ave rapaz, está observando. Tiene los ojos de un águila y todo lo ve. Hasta una noche en que ve desaparecer al Vendedor de Linóleo en la habitación del último piso del hotel Havsänglar. La mitad de la persona ha desaparecido. Día tras día, olvida que el Vendedor de Linóleo existió. Hasta que, finalmente, sólo queda el viejo y senil Deerek Trentmöller.

"Linóleo, linóleo, linóleo...", murmura, "¿existe siquiera la palabra 'linóleo'?". Una extraña, muy extraña sensación de pérdida. Pero no es en absoluto el linóleo lo que extraña. El Vendedor de Linóleo se lamenta a sí mismo. A veces se recuerda a sí mismo e imagina una vida en la que nunca hubiese desaparecido. Vomita blasfemias y lee los recuerdos de Vidkun Hird. Sigue fantaseando, a su manera. Deerek Trentmöller anhela algo completamente distinto.

Es veintinueve de agosto, hace veinte años, y se siente mal. Algo anda mal, no ha podido dormir en toda la noche. El periódico de la mañana está tirado en el suelo del baño. Las cuatro hijas de la ministra de Educación han desaparecido. Deerek Trentmöller no puede respirar, el mundo anda mal, el tiempo está desfasado. Al resplandor de un foco rojo, el fotógrafo amateur está revelando las fotos tomadas desde el balcón del hotel. Sus manos tiemblan; está seguro de que estaban allí. Muy seguro. Pero alineadas y colgadas con pinzas en el tendedero, todas las fotos tienen un *horror vacui*. Nada.

Los contornos del risco aparecen en el papel de fotografía que flota en el baño de revelado. Un pálido cielo de verano. Pero ellas no.

Khan y Jesper cargan a Tereesz, que pierde y recupera el conocimiento, hasta un taxi. Sus zapatos resbalan por el suelo; está temblando. La voz de Jesper sale del retrovisor convexo. Jesper... Jesper es un tipo genial.

"¡Tereesz, Tereesz! Quédate despierto. ¿Qué vamos a hacer contigo?"

"Él no lo hizo. Él no lo hizo".

Él no lo hizo".

"Vale, pero ¿qué vamos a hacer contigo ahora, llevarte al hospital? ¡Tereesz!"

La voz de Tereesz es apenas audible.

"¿Qué hacemos ahora?"

"¡No lo sé, tú dime! ¿Te llevamos al hospital o te quedas dormido?"

Tereesz intenta recobrar la estabilidad. "No, no lo entienden. Era un callejón sin salida. Lo siento mucho... No sé qué hacer ahora".

Khan sujeta la cabeza de Tereesz mientras los dos lo meten al taxi. "Resiste, tigre. Primero, duérmete. A continuación, me toca a mí. Tengo un plan".

Tereesz se desmaya. Todo se desvanece.

9.AIRE SAGRADO Y TERRIBLE

¿Qué era ese olor sagrado y terrible, ese olor escurridizo en el aire aquella vez? Me llamo Ambrosius Saint-Miro; los sureses dicen "Ambrosius Pyhä-Mirä" y en Graad me llaman Svjata-Mira. "¿*Diduska*²⁸?", me preguntan, con los ojos muy abiertos y llenos de afecto, pero yo les respondo: "No. No soy tu *diduska*". Soy Ambrosius Santa-Mira de Mesque, Ambrosio Hagiamira de los Cipreses²⁹, soy ambrosía, el mundo sagrado. Me elegiste, me legitimaste con tu vida, con tus pensamientos, en tu gabinete de pensamientos. Por la noche, cuando te ibas a dormir, y a la mañana siguiente, desde las ventanas del transporte público. Pero lo que estoy haciendo ya no es un debate; aquí no hay discusión, no hay necesidad de decantarse por ningún bando. El tiempo para dudar ha terminado.

Vengo una vez cada época. Es una gran dicha vivir cuando estoy en el mundo. Soy inocente, y ahora tú también lo eres. Cuando tomas una decisión, o fue acertada o fue errónea. Cuando yo decido, mi decisión es lo que es. Por aquel entonces, cuando Dios aún les parecía un pensamiento fascinante, yo era Pío de Perikarnassis; yo era Ernö Pasternak —ustedes querían ser traicionados y lacerados. Los hice cantar pasternakiales³⁰, sobre lo asombrosos que éramos yo y mi guerra superflua. Entonces ustedes querían odiarme. Yo era Franconegro, ustedes eran nacionalistas —querían un billete negro internacional y militarismo. Querían trabajar en una fábrica, anhelaban servir a Dios. Y la arquitectura medieval-industrial, ustedes deseaban vivir bajo un arco de concreto. Yo era una mujer, Dolores Dei, cuando sentían querer una madre, una madre perfecta. Tenía unos pechos preciosos, era joven y ustedes también lo eran, ustedes querían enamorarse y yo se lo permití. Humanismo, renacimiento, cuidarnos los unos a los otros. Los llevé a la escuela y les enseñé idiomas. Se cansaron de mí y morí. Querían un mundo sin mí. Entonces fui la inocencia Sola para ustedes, una chica indiferente, sentada y mirando cómo orquestaban golpes de estado. "Ah, entonces hazlo tú mismo, equivócate, no aprendas nada", pensé.

Fui ciudadano. Iba de país en país, de *insel*³¹ en *insel* y les presentaba mis ideas. Dondequiera que iba, los contagiaba con mi pesimismo y mi nihilismo. Hablaba en la radio de cómo todo está mal, de cómo todo es

²⁸ "Abuelo", en ruso.

²⁹ "Küpreede" en el texto original.

³⁰ Himnos pasternakianos.

³¹ "Isla", en alemán.

*egal*³², *pohhui*³³, ¿a quién le importa? Presidentes, reyes, príncipes y jeques —me temían, nadie quería dejarme entrar en su *suzeranía*. Me querían en su editorial, en la gran pantalla y en sus programas de entrevistas. Pero cuando firmaba autógrafos en la librería, ¡lo vieron! Se congregaban en multitudes. Y cuando hablé en la radio, la audiencia se disparó. Tuve un éxito brillante. Gracias —me hicieron feliz. Me dejaron presentarme en su programa de entrevistas, y allí demostré de qué pensamientos es capaz una persona. Puede que también tengan razón. Y qué ingeniosos son; no paraban de escuchar y de reír. Llamaron a toda su familia para reunirse alrededor de la radiola, y juntos se enteraron de lo especial que son en realidad: "Yo también podría tener una *novia* supermodelo", dije, "pero he elegido la soledad". ¿No sería burgués? Querida supermodelo, claro que podría pasar la noche contigo. Nos divertiríamos, tú estarías entumecida como una almohada por la cocaína, yo te metería leche por el culo y la vería chorrear hacia afuera. Claro, lo he pensado. Pero ese ya no sería *yo*. Iría en contra de todo en lo que yo creo".

Pero es un programa. No me eligieron por eso. Yo fui el único que preguntó: ¿Qué era ese olor sagrado y terrible en el aire, aquella vez? No tengo la debilidad ni la arrogancia de *decirte* lo que es. No finjo saber qué es la terrible belleza para ti. El secreto de tu corazón. Fin de la historia —te lo demostraré. Quiero desprender el mundo, capa por capa. Y esta vez no es una estafa, o una figura retórica —es realpolitik. Ataco. Revachol, luego Graad y después más allá. Nunca se acaba. Abro frente tras frente. Luego, cuando todos los que no me apoyan estén muertos, y La Palidez arrase con todo el mundo, ¡a por ellos! Aquí están las terminales donde caerán a su muerte. Vayan por su propia voluntad; no significa nada. Voy a evacuar el mundo. Nos iremos a vivir al pasado. Delante del ambulatorio, en el banco del parque, ¡volverán otra vez! Están juntos bajo el *paradna*³⁴, llueve a mares, conversan. Tus amigos atraviesan la plaza, en la ciudad nevada, sus cuellos también están alzados. Todo lo que queda de este mundo es un recuerdo, una catástrofe entropónica.

Nunca se supo exactamente qué era. Incluso con los ojos en blanco y mirando fijamente hacia dentro de tu cabeza, no podrías saberlo. Un fantasma, ella se deslizó en todos los lugares perdidos, en lo irreversible. Te la daré para que la tomes, su aroma en tus manos, un olor sagrado y terrible; ahora frótate la cara con ella. La Palidez, está cargada de color, se filtra por las rendijas mugrientas; abro las persianas y salen las frecuencias intermedias, todos los terribles colores perdidos del pasado. Todo vuelve a

³² "Nada importa/da igual/es lo mismo/lo que sea", en alemán.

³³ "Nada importa/da igual/es lo mismo/lo que sea", en ruso.

³⁴ "парадна", una palabra rusa para la puerta exterior principal de un edificio de departamentos.

ser.

A esto conduce el nihilismo. Ya no es lo que podría ser, o lo que no podría ser. Es lo que es.

El mundo entero es una zona de catástrofe entroponética inminente.

10. BUENAS NOCHES, ANNI

Las luces están apagadas cuando Jesper llega a su casa en los suburbios. Se pasea hasta que sus ojos se acostumbran; poco a poco, los contornos cuadrados de los muebles emergen de la oscuridad. Ni siquiera se quita las botas. Está limpio y en silencio; la pared de ventanas, que ocupa más de la mitad de la habitación, está recién lavada. Alguien ha guardado el saco de dormir de Tereesz y el cuenco para el vómito del agente de la CPI ha desaparecido. El parquet brilla. El lodo de las botas de invierno de Jesper se infiltra en la alfombra de lana. Una pared con libreros separa el dormitorio de la gran sala principal. Jesper se detiene, varias bolsas de tiendas departamentales le llaman la atención: "Ozonne", "En Provence", "Tea Shop". Huele a té verde. Un microscópico vestido plateado cuelga de un perchero en la repisa. La tela brilla en la oscuridad.

Jesper cierra las cortinas y se desliza entre ellas hasta el dormitorio. Una luz tenue se filtra por la ventana de la esquina hasta la cama. Entre las sábanas, con el pelo rubio esparcido sobre una almohada negra, duerme Anita, la modelo y novia de Jesper. Unas sombras recorren el cuerpo de la joven, que ha salido por debajo del edredón de plumas. Tiene una marca de nacimiento en el pecho, en la curva de las costillas. Jesper observa cómo se levanta su pecho e intenta recordar. Cuatro años. Llevan juntos cuatro años. ¿Cuántos años tiene ella, diecinueve? Jesper tiene treinta y cuatro.

"Psst, oye, ¡despierta!"

La chica murmura entre sueños como si fuera una niña. Jesper sopla en su oído, un mechón de pelo rubio se agita con su aliento. "¡Ani, despierta! Soy Jesper, ¡oye!"

"Hmh... Jesper, ven a la cama". La chica jala el borde de la manta bajo su barbilla. "Aquí se está muy bien y fresco..."

"Escucha, no puedo, tengo que irme."

"Ir... ¿ahora a dónde?"

"Levántate y hablemos un momento. ¿Quieres que prepare té o algo para ti?"

"Te traje algo de té; ¿viste?" La modelo mestiza vaasanooranjesa se estira, sus articulaciones se deslizan; sombras negras se mueven sobre el mar de mantas.

"Lo vi, sí, muchas gracias. Fue muy considerado de tu parte".

"Hablemos mañana, Jesper", suplica la chica, las vocales somnolientas se alargan tanto como sus piernas. "Vamos a la cama..."

"Ya he dicho que no puedo hablar mañana. Me voy". Jesper observa su

cara. Silencio. Los números del reloj suenan por un momento. El viento aúlla fuera de la ventana. Ella se ríe, de repente. "Mh, no te vayas al bosque otra vez con tus amigos; no te he visto nada. Mañana estaremos juntos. Vine a pasar tiempo contigo, después de todo".

"No, no lo entiendes, me voy *hoy*".

"¿Hoy? ¿Qué hora es en estos momentos?" Los números blancos hacen ruido. "¡Las dos de la madrugada! ¿Adónde vas así? Has estado muy raro últimamente". La chica se levanta con los codos, con la boca retorciéndose con ansiedad. "He venido aquí por ti. Si no, no habría venido".

"Lo siento. De verdad. Y también siento lo que voy a pedirte que hagas ahora, pero sé bueno y sal de la cama un segundo, necesito moverla".

"¿Qué tienes ahí debajo?"

"Cosas".

La chica está de pie en el frío suelo, frotando una pierna contra la otra y observando atentamente cómo Jesper mueve la cama hacia un lado. Sus patas chirrian. La modelo vaasanooranjesa sujeta la sábana alrededor de sus hombros como si fuera una armadura. La modelo vaasanooranjesa se sujeta la manta alrededor de los hombros como si fuera una armadura. Es muy hermosa, pero eso ya no significa nada.

"¿Adónde vas?"

En respuesta, Jesper se arrodilla, las tablas del suelo crujen debajo de él. "Voy a desaparecer". Una escotilla oculta se abre en el suelo, y Jesper saca de su interior una maleta abultada y blanca como la nieve.

"Podría darte una respuesta astuta, pero sería demasiado cruel. Es mejor que no te diga nada". El cierre de la maleta se abre y Jesper saca un montón de papeles del bolsillo.

La chica se molesta. Hay algunos Jesper que le gustan —el Jesper amable, que hace té; el Jesper práctico; el Jesper que se incomoda mostrando su compasión— pero este es el tipo de Jesper que no le gusta. "Por favor, no me trates como si fuera una idiota. Esto que estás haciendo no es una entrevista en la sección cultural de un periódico".

"Muy bien, entonces." Jesper enrolla con nerviosismo los documentos en un tubo. "¿Recuerdas cuando te conté el asunto con las hijas de Lund? Que las conocía, que desaparecieron, etcétera".

"¿En la casa de campo de mis padres?". Las cejas de la chica siguen levantadas con suspicacia, pero el gesto de su boca se enternece al recordarlo. "¡Estabas muy borracho!"

"Ves, ahora, por eso no bebo", Jesper se ríe incómodamente. "Pero sólo tenías que preguntar, ¿no?".

"¡Eras tan gracioso en ese entonces!"

"Tan gracioso", repite Jesper amargamente, "en aquel entonces. De acuerdo. Yo era gracioso. De todos modos, voy a ir a buscarlas".

"¿Buscar a quién?"

"Cornelius Gurdi, ¿quién crees?"

La modelo, que parece una muñeca, se apoya en la pared, con las rodillas flexionándose en su envidiable estructura ósea mientras se desliza para sentarse. "¡Pero si en aquel entonces dijiste que era inútil! Dijiste que, ya sabes, lo olvidarías. ¿Quizá no recuerdas haberlo dicho?"

Jesper se golpea la palma de la mano con los papeles enrollados y da unos pasos de contemplación por el piso, como si estuviera consultando a otro Jesper —aquel que se emborrachó en la casa de los padres de Anita. Un acontecimiento muy inapropiado, muy inapropiado para Jesper. Pero aun así, ese Jesper es mil veces más inteligente, mil veces mejor que esta criatura aturdida de aquí.

Se despeina su rubia cabellera con el rollo de papeles y dice: "Aún hay esperanza".

"Jesper..."

"No lo entiendes. *Tengo que hacerlo*". Jesper pone los documentos, sus documentos de la propiedad inmueble, en las esqueléticas manos de la chica. "Quédate aquí, toma mi casa y vive aquí, por favor. Vende ambos departamentos en el centro de la ciudad lo más rápido que puedas. Los precios empezarán a desplomarse mañana. A primera hora de la mañana, corre a ver a mi agente inmobiliario. Mira, aquí está el número..." Los hombros de la chica tiemblan, pero todo está en silencio; sólo el viento sigue susurrando fuera de la ventana. Jesper se pone en cuclillas delante de la chica modelo, con el dobladillo de su abrigo de invierno rozando el suelo de parqué. Le pone una mano en el hombro.

"Voy a preparar té ¿ok?"

El reloj marca las "02:30". Las tazas humean en el suelo; terrones de azúcar morena reposan en un azucarero cuadrado, con una cuchara especial para levantar los terrones. Es difícil servir, en la oscuridad, pero tampoco resulta adecuado encender las luces. "02:45".

"No lo entiendo. ¿Qué significa esto ahora?". La chica traga al final de un largo silencio.

"Bueno, ¿qué crees que significa?"

"... Y todo este tiempo, tuviste esa maleta", la chica señala con el dedo índice el centro de la habitación, "como si yo no existiera en absoluto".

"Estaba ahí mucho antes que tú".

"¿Qué, se supone que yo podía hacerte cambiar de parecer?". "Oye, intenta ser comprensiva".

"¿Comprensiva? ¿Sabes lo que pienso?" La modelo

deja la taza de té en el suelo. "Creo que esto de las hijas de Lund es una puta mentira. No eres más que un pedófilo".

La mirada de traición de Jesper es inolvidable. Incluso la chica se queda atónita ante el poder que tienen sus palabras. Por este momento, y sólo por este momento, se arrepiente de ellas.

"De acuerdo". Jesper se levanta sin pensárselo dos veces. Recoge la maleta y sale tranquilamente por en medio de las cortinas. La indignación vuelve a apoderarse de Anita, y la modelo de fotografía, desnuda y furiosa, corre tras Jesper hacia la sala de estar.

"¡Puedes meterte tu cubo por el culo! No voy a quedarme en este mierdero de Katla para el resto de mi vida". La pila de papeles blancos sale volando de su mano, esparciéndose por la oscura habitación, aleteando uno a uno sobre una mesa de madera de extraordinaria belleza, sobre el patrón de espiga del suelo de madera. Jesper aún no se da la vuelta; hace una pausa y agacha la cabeza. "¿Adónde crees que vas si no te quedas aquí? ¿Vas a trabajar en una fábrica de municiones en Graad?".

"¡Eres patético! Tú y tus *chicas*, es simplemente patético. ¡Todo el mundo me lo advirtió! ¡Y yo también lo sabía mucho antes de lo de la casa de campo! ¡Todo el mundo lo sabe! Sólo tenía quince años en aquel entonces, era tan estúpida..."

Anita se queda sin aliento, apoyada en la barra de la cocina con una mano. "Anni esto y Anni lo otro. No me llamo Anni". Jesper siente que se le enfrían las manos. La palabra "morbo" le viene a la cabeza. Se recuerda a sí mismo, a la modelo de lencería menor de edad en sus brazos, docenas y cientos de veces seguidas: "Buenas noches, Anni. Buenas noches, Anni. Buenas noches". Soy tan feliz. Se queda dormido, las ramas de los árboles crujen fuera de la ventana como una segunda oportunidad. ¿Esto es triste? ¡Es absolutamente genial!

La modelo de fotos vuelve al dormitorio y grita, en un inexplicable arrebato de perversión: "¡*Buenas noches, Anni!*"

La mente humana es intrínsecamente sincera. Al principio, no cree que esas coincidencias de pesadilla³⁵ sean posibles. Pero cuanto más clara se hace la diferencia entre los propios pensamientos de Jesper y la voz burlona que resonaba en la habitación, más se ralentiza su respiración, como si su

³⁵ La palabra original es "košmaar". Pesadilla en ruso. кошмар.

cuerpo se estuviera preparando para desmayarse de vergüenza. Recoge los papeles del suelo, hoja por hoja, y los apila en orden sobre sus rodillas. Elige sus palabras, sin saber a quién quiere atacar exactamente. Probablemente al mundo entero. Vuelve a la habitación, coloca los papeles en la mesita de noche y juega su terrible as bajo la manga.

"¿Y crees que podrás volver a Revachol? Ya no está en *buen* estado. No está —mira".

La niña se sienta en la cama y se pone el vestido de noche en un berrinche infantil, sin comprender aún de qué trata todo esto. "La *ciudad* ya no existe", repite Jesper, y ahora la niña se levanta, asombrada.

"¿A qué te refieres?"

"Sabes, desde hace cinco días no se tiene contacto".

"¿De qué estás hablando? ¿Contacto con qué?"

"Con Revachol. Una explosión. Desapareció. ¡Deberías leer más periódicos!"

"¿**Bromeas?**"

Sumido en su venganza, Jesper aún no sabe qué tiene de malo lo que está haciendo. Percibe algo, pero ya es demasiado tarde. La chica jadea y sus manos tiemblan de pánico. Sus uñas chasquean los botones y, en la oscuridad, se ilumina el panel amarillento de la radio. La rueda gira bajo sus dedos; hay un zumbido etéreo en las bocinas, lleno de chillidos y gimoteos mientras la aguja del panel se desliza por las frecuencias de onda corta. Los noticieros en lenguas extranjeras locutan con ansiosa profesionalidad, todo entremezclado. Su mente cosmopolita sólo capta fragmentos horribles: "agresor de Mesque", "Saint Miro", "Revachol", "arma atómica" y "la mitad de la población". Tiembla tan intensamente que Jesper empieza a temer por su salud. Con cada momento de este entrecortado informe radiofónico, ella se derrumba más. Finalmente, una locutora de Vaasa asesta el golpe de gracia. La chica se quiebra, mientras la locutora, con esa voz tan específica de esta realidad, lee la lista de pasajeros nacionales del Ministerio de Relaciones Exteriores: "... la conocida cantante, Pernilla Lundqvist, mientras graba su tercer álbum de estudio..."

Los grandes ojos de Anita se abren de par en par y se apagan por el horror en la oscuridad. "¡Dios mío!", berrea, "¡mi hermana! Mi hermana está ahí".

"Lo siento mucho", dice Jesper.

"¿Están seguros? ¿Cómo pueden estar seguros? ¿Por qué no están **haciendo** algo?"

"No lo sé." Jesper agarra su maleta.

La chica jadea como un caballo relinchante. Su boca se transforma en un enorme grito oscuro. Esta boca amenaza con tragarse el mundo. Y así lo hace, porque Jesper no recuerda lo que pasó después. Nieve blanca, blanca sopla en el vacío del grito, la habitación resuena con un estruendo de concreto "¡No te vayas!". La muñeca de Jesper tiene hematomas por sus uñas. Cierra la puerta tras de sí y se coloca delante de la casa. Afuera hay una tormenta. Hace frío y el viento sopla, pero su piel está febrilmente caliente. Coge un puñado de nieve y se la echa en la cara. En el borde del patio, en la boca de un túnel de abetos, hay un carruaje negro. Tereesz Machejek sale de la máquina y, bajo la luz de la cabina, le hace un gesto. Jesper atraviesa el patio a grandes zancadas, con su abrigo ondeando al viento y una maleta blanca en la mano. Los abetos lanzan al viento ráfagas de nieve, *zig-zag dröm*. Y de repente el mundo es tan ligero, como si todo el sentido hubiera desaparecido de él. Él ya no vale nada. Jesper sonríe.

La cabina del taxi está cálida. La máquina se balancea cuando él se tumba en el asiento de enfrente de Khan. Tereesz cierra la puerta y se desliza a su lado.

"¿Cómo te fue?"

"Bueno, digamos que no ha ido demasiado bien", responde Jesper, calmándose un momento. "Conduzcamos".

La noche antes del lunes, hace siete días. La ciudad estalla en la ventana del taxi como una discoteca; Tereesz tiembla, pierde la cabeza. Jesper le agarra con fuerza. "Oye, está convulsionando o algo así. Parece bastante grave. Tenemos que llevarlo al hospital".

"Tereesz, escucha". Khan se inclina hacia su amigo. "Realmente deberíamos llevarte al hospital".

"¡No!" Tereesz agarra la chaqueta de Khan. "¡Por favor!"

Los hombres se observan mutuamente con duda y se encogen de hombros. "¡Tienen que prometérmelo!" dice Tereesz, con la cara empapada de sudor. "¡Prométanme que no me entregarán!". Su mandíbula tiembla por un momento y luego su mirada se queda en blanco, su cuerpo rígido como una tabla.

"¿Qué carajos? Jesper sacude a Tereesz y le pone una mano frente a la boca. "Está respirando. Mira, no lo sé, ¿quizás no deberíamos llevarlo?".

"Sí, no lo hagamos. ¿En tu casa entonces?"

Jesper suspira profundamente. "Ugh... Ok, mi casa. Sólo hay un problema: mi novia de Revachol viene pasado mañana. ¿Qué te parece, estará bien para entonces?".

Khan niega con la testa, molesto. "¿Cómo voy a saberlo? ¿No conoces a ningún médico particular?".

"¿Médicos particulares', Khan?! No puedes conseguir una licencia si no trabajas dentro de un hospital".

"Bueno, creí que tal vez *tú* conocerías a alguien".

"Conozco a un médico ordinario, Khan. ¿Será suficiente un médico ordinario?"

"Está bien, está bien, no te ofendas ahora".

El taxi acelera a través de la noche vaasana. Mientras tanto, Tereesz es el Vendedor de Linóleo, luego Vidkun Hird, luego Deerek Trentmöller, luego Tereesz Machejek otra vez. A veces tiene la sensación de que ya no existe. La tinta negra de calamar se vierte sobre la explosión de colores de Vaasa; el acuario se oscurece. El traje de Tereesz es el más negro de los negros. Está hecho de hojas de los árboles, del sonido del aguanieve bajo los neumáticos, del cielo que se alza sobre la ciudad. Se endereza los gemelos y se ajusta la corbata. Está solemne, está elegante. Su traje huele a tintorería. Y entonces, como paraguas bajo los abedules del cementerio, se abre ante él una *fiesta fúnebre* —la temida, la ansiada. ¡Están todos allí! La madre de las niñas lleva un velo de luto de encaje negro sobre sus elegantes arrugas de preocupación. El magnate de la industria papelera Karl Lund sostiene un paraguas sobre su cabeza. Las hojas de abedul tiemblan bajo la lluvia de fin de verano.

Khan y Jesper también están en el funeral. Incluso la madre de Khan ha venido, y toda la clase también. Ya son todos mucho mayores. Tereesz no reconoce a la mayoría, pero éste debe de ser Sixten, y ahí está el pequeño Olle. Von Fersen habla con su lacayo. ¡Y Zigi! El chico más malo de la escuela también está presente, aún vistiendo su chaqueta de cuero negra. Jesper es el único que lleva un paraguas blanco. Tereesz atraviesa la fiesta fúnebre —todos hablan en voz baja, dándose palmaditas en el hombro. A medida que Tereesz avanza, bajo los montículos de flores, dentro de la tierra suave y esponjosa, hay una serie de huesos de los dedos de los pies, costillas, los arcos de las clavículas, cráneos alineados como reliquias. Nada falta, todo sigue allí, bien resguardado. Los papeles son tan claros como un trabajo escolar; es una *magnum opus* de identificación forense. Van a enseñar esto en la academia. También hay un puñado de dientes —los pequeños dientes de leche de Maj, las perlas de la mandíbula de Anni, la sonrisa mala, mala de Målin— Todo está ahí, todo encaja: cada pequeño relleno, el trozo que falta del molar de Anni a causa de un accidente en bicicleta. Y la sonrisa de estrella de cine de Charlotte. ¡Qué tentador sería llevarse algo de allí! Sin más, como un souvenir. ¡Cómo sonarían esas gemas en la palma de la mano! Pero no puedes hacer eso —sería poco profesional.

Un médico acude e inyecta suero durante la noche del lunes al martes.

La cabeza de Tereesz se despeja lentamente; hace frío, y en la fiesta fúnebre todo es gris y de un plateado verdoso. Bruma gris sobre los arbustos de aronia, una anticuada vajilla de cristal con motivos frutales sobre la mesa. Todo está en silencio. En los arbustos, algo cruje como una transmisión radial. Al recobrar la conciencia, Tereesz se da cuenta de lo que era. La noticia del colapso del Paso del Norte ha provocado la alarma entre el público, y él no tiene el más mínimo deseo de seguirle la corriente. Le pide a Jesper que cambie a la radio clásica. La radio clásica, dicen, seguirá transmitiendo la música de hombres muertos blancos con peluca, incluso cuando el mundo se haya acabado desde hace mucho tiempo. Las olas de Perouse-Mittrecie son hermosas de escuchar, como el océano, mm... *tumba*. Todos bailan, lentamente, y cuanto más piensa Tereesz en ello, más claro le queda que la fiesta fúnebre nunca llegará. El caso se ha acabado. El martes por la mañana, está listo para confesarse a sí mismo que nunca sabrán qué les ocurrió a las hijas de los Lund.

Los tacones dejan marcas en la alfombrilla del taxi. La chica levanta la pierna por encima de su rodilla, con las uñas de los pies pintadas de rojo coral alineadas bajo las correas color piel que sujetan sus Serj Van Dijks. Los racimos de gemas brillan en el punto donde se unen las correas. Elegante, ¿no te parece? Si hubiera unos cristales obscenos pegados en los zapatos de los grandes almacenes, ¡sería un completo *faux pas*! Pero estos Serj Van Dijk —los que estamos viendo ahora— cuestan 10.000 reales. El otro costó 500 reales más, por trabajos de mantenimiento. Un diamante solitario cayó a una alcantarilla en el delta de Revachol, ¡qué noche tan aturdidora! Además, el propio Serj Van Dijk dijo que hay una diferencia entre la elegancia y el esnobismo. Y como Serj diseñó estos zapatos... bueno, saca tus propias conclusiones.

"Körsfall", por favor. 130. Creo que está un poco retirado de la ciudad, ¿será un problema?"

Zapato talla 37³⁶, ¡y qué arco en el pie! Como las arcadas del Oeste... El podólogo del anillo de Kexholm le daría a estos una calificación de nueve y medio en la escala de atrapar-en-el-sótano. Sobre diez.

Suena un timbre del teléfono de su maleta y la tapa se abre con un clic. Pero seguimos mirando esos Serj Van Dijk de diez mil reales, cómo brillan las gemas mientras su pie se mece al ritmo de Fakkengaff que suena en la radio del taxi. Sencillamente, no nos cansamos de ellos. "¡Hola! ¡Berenike, querida! ¡Ozonne! ¡Qué bien! ¡Siempre he querido hacer algo con ellos! No, no me quedará mucho tiempo. Sólo un par de semanas".

³⁶ La talla del calzado se describe en el sistema europeo. En conversión, la talla 37 equivaldría a un pie de 23.5 cm. aproximadamente, lo equivalente a un calzado de talla 5.5 (aproximadamente) en el sistema estadounidense.

La puerta del taxi se cierra. "Gracias. Unos tacones de trece centímetros golpean el pavimento. Está oscureciendo; aquí siempre es o penumbra u oscuridad. ¿Adónde se ha ido el día? Sus pantorrillas blancas relucen; el cubo de concreto puede verse bajo los abetos a la distancia. Las luces están encendidas en su interior. El musgo destella y la escarcha cubre los charcos de lodo en el frío previo a las tormentas de octubre. Baja la maleta de viaje junto a sus zapatos en la puerta principal. Suena el timbre. Las piernas de la novia modelo de Jesper se hacen eternas —subimos y subimos a gatas, pero parece que el borde de ese abrigo acampanado nunca llegará. Justo en la curva de su trasero, la flota aérea destructora del mundo de Mesque, negra como grasa lubricante, llega hasta el horizonte de Revachol. De hecho, en la capital de la moda, a la altura de la rótula de Anita, ya se están poniendo las manos sobre los ojos y preguntando: "¿Qué es ese siniestro humo de chimenea que hay allá en el océano, como nubes de tormenta?".

"¡Está abierto!" grita Jesper desde adentro. La chica entra y la habitación principal se abre ante ella, oliendo a sudor. Sudor de tabaco; mucho tabaco y sudor a la vez. Jesper camina por la habitación desde debajo de la ventana. Hay un tipo en un colchón, su grasienta cabeza color papa se asoma por debajo de una manta. Jesper toma las maletas de la chica y le presenta al tipo gordo que está junto al tipo sudoroso. El inmigrante sonríe incómodamente, y cuando le ofrece la mano, ésta también está caliente y sudada.

"Anita", se presenta la chica.

"Soy Inayat, pero todo el mundo me llama Khan. Tú también puedes llamarme Khan. Y este de aquí", señala el montón de mantas, "es mi compañero Tereesz Machejek. No se encuentra bien, como puedes ver". Khan cree que lo ha hecho bastante bien. Podría haber salido peor: "¿Pero qué...?! Jesper, ¿por qué no me dijiste que estabas saliendo con una modelo de verdad? ¡Totalmente genial! Si tuviera a Anita Lundqvist, se lo diría a todo el mundo. ¡Hey, dame un autógrafo! Oye, ¿tu hermana es Pernilla Lundqvist, verdad? ¡Dame el número de teléfono de Pernilla, enseñanos las tetas! Jesper, dile que nos enseñe las tetas".

Khan arruina la jovial introducción haciendo una mueca para sí mismo con lo de las "tetas". Ahora se encuentra mirándolas también, bajo la holgada camiseta de tirantes a la moda de la chica. "Tetas, tetas, las tetas de una modelo, las tetas de una modelo famosa", piensa, y su sonrisa se extiende. Por supuesto, no se da cuenta de que la chica ya está preguntando por Tereesz por segunda vez.

"Pobre hombre, ¿qué le pasa?".

"Intoxicación alimentaria". Jesper la agarra del brazo y la guía hasta el dormitorio para que se cambie de ropa. Khan, aplicando algo de tacto, grita

desde la puerta: "Eh, de acuerdo, nos vemos mañana, ¿entendido?".

"¿Ya te vas? Espera, te pido un taxi".

"Tú y tus taxis, prefiero caminar".

"¡Adiós!", exclama amistosamente la chica. Mientras Khan camina por el sendero del bosque y sobre el musgo escarchado hasta llegar a la parada, la chica en la cama se pone unos pantalones. En la holgada camiseta de tirantes de moda bohemia está impresa la cara de Serj Van Dijk, en una revolucionaria combinación bicolor, gris y turquesa, como si estuviese pintada con estencil. ¿Qué? ¡No es pretencioso! Van Dijk también es una especie de revolucionario, a su manera. Como un revolucionario de la moda. Es el Mazov del mundo de la moda. Sólo que él no envía a la burguesía a la taiga del noreste de Graad mientras, bueno, les venda ropa.

"Jesper, ¿quiénes son esas personas?"

"¿A qué te refieres?"

"Nunca me has hablado de ningún Khan. ¿Y ese otro?" "Tereesz. Son sólo viejos compañeros de clase, de la escuela preparatoria. Nosotros tuvimos una reunión el otro día, una reunión de la clase. ¿No te lo conté?"

"No."

"Qué raro."

"Sí, qué raro."

"Bueno, estábamos recordando un poco los viejos tiempos. Escucha, Tereesz vive en Graad. Probablemente se quede aquí unas cuantas noches más. Espero que no te moleste".

"Claro que no", dice la chica, pero tiene un mal presentimiento sobre todo esto. Su mirada suspicaz se clava en la espalda de Jesper mientras prepara té. La forma en que fue recibida dejó mucho que desear. Un beso miserable. La chica se pasea molesta por el dormitorio, hasta que ve una caja de sortijas entre los libros que hay en la mesilla de noche. ¡Oh, una sorpresa! ¿Para esta noche? La caja está lo suficientemente lejos como para que Jesper pueda alcanzarla desde la cama. ¿Podría ser? Tal vez no, pero aún así es mejor saber lo que viene. Y además —¡la curiosidad! Su humor mejora inmediatamente. Una caja de terciopelo negro, una caja diminuta. La chica abre la caja —¡clic!

La noche se posa sobre Vaasa. En el centro de Königsmalm, un cachorro de zorro cruza corriendo una intersección. El vapor de su aliento tiñe el aire de azul y sus orejas se erizan. La calle está en silencio y vacía; las canastas de los balcones de las casas del centro están en fila, y los semáforos amarillos parpadean en los reflejos de las ventanas oscuras. Por la noche, la metrópolis del norte es una instalación luminosa — un bello objeto

moderno, sólo que prácticamente no hay visitantes. El Museo Real de Arquitectura, construido con influencias de la corriente dideridaadaísta, se cierne sobre el río, y la iluminación de su fachada hace que el edificio brille con un tono dorado. Abajo, en la oscuridad, el agua del río fluye como un vodka espeso recién sacado del refrigerador. Los puentes se arquean sobre el agua, con hileras de farolas aperladas en sus lomos. Un ciclista solitario vuelve a casa en medio de un torbellino de radios, y el aire desprende un aroma a despedida. Los carteles publicitarios situados en las esquinas de los techos de las tiendas departamentales zumban para entrar en el modo de ahorro de energía. La modelo de lencería gigante que flota sobre las filas de teléfonos públicos sonríe y desaparece. Anita Lundqvist. "Querida niña, abrigate", diría el presidente del presidium, Sapormat Knezhnisky. "¿No tienes frío?" Dos agentes de la CPI suben corriendo las escaleras de la comisaría. "¡Tereesz Machejek! ¿Dónde está Tereesz Machejek? Lo arrestaron hace cuatro días". Este hombre es el Hombre de Asuntos Internos. Es el ángel de la muerte.

"¿Tereesz qué? ¿Machejek?" El oficial en servicio espera una respuesta de la máquina. "No hemos tenido a nadie con ese nombre aquí."

El pavimento brilla. En Saalem, la noche es fría y los charcos de lodo están congelados. Las casas de madera están amontonadas a lo largo de las aceras y en la calle resuenan pasos dispersos. En el interior de alguna casa, en un sótano, Inayat Khan enciende y apaga las luces del "Harnankur". En la oscura habitación, la vitrina de la aeronave a escala es la única fuente de luz. Cada vez que se apaga y vuelve a encenderse, el rostro de Khan se hace visible. Las filas de luces en la cubierta de la nave se reflejan en los gruesos cristales de sus lentes diamaterialistas. Tiene una idea, una chispa se enciende —de esas que sólo ves cuando se apagan todas las demás luces. Khan lleva esperando este momento desde hace dos años. Corta las cintas, carga el dirigible como a un bebé y baila con él en brazos. En medio de la habitación queda una vitrina vacía. Los filamentos incandescentes de las farolas se enfrían al otro lado de la calle, en la mansión; los vagones de los tranvías tirados por caballos desaparecen en la oscuridad. Los caballos duermen en hileras dentro de sus establos.

Por delante desfilan las calles suburbanas, las vallas de tabloncillos blancos. Se oyen los ladridos lejanos de los perros, los marcos de las ventanas relumbran en la oscuridad y los muebles para jardín de madera reposan vacíos en el pórtico. ¿Quién anda susurrando entre los arbustos de grosellas? La noche tiene un olor frío, el miedo al futuro acecha en los sueños de una familia nuclear, y donde acaba Lovisa empieza el bosque de coníferas, y Jesper de la Guardie se levanta de la cama. Anita se fue a dormir enojada, y Jesper está preocupado. Pero no por eso —Jesper no encuentra su preciado coiletero. Se escabulle en ropa interior, mira en la mesilla de noche, en el librero, y luego se pone la bata de baño y atraviesa

las cortinas para entrar en la sala de estar. La pared de ventanas brilla en la oscuridad, y el piso es un campo minado de cartones de leche, calcetines, tazas usadas como ceniceros —y un cangrejo ermitaño llamado Tereesz Machejek, que se está acomodando en su nuevo caparazón.

El agente se despierta con la nariz contra el cristal. Jesper le pone una taza de té en las narices. Huele a menta.

"¡Oye! ¡Despierta! Me gustaría hablar un poco. No sé, sólo conversar o algo así".

"Vale, pero quiero fumar adentro".

Las bocas se mueven, se oyen carcajadas y, hora tras hora, la ventana se vuelve más azulada. Una pila de tazas-cenicero y vasos emergen lentamente de la oscuridad.

La luz azul matutina también brilla fuera de las ventanas del café "Kino". El miércoles —en los exteriores de Östermalm, los madrugadores se ponen manos a la obra, el barrendero gruñe, los periódicos mañaneros caen en las hileras de buzones. El tráfico circula deprisa y un conductor limpia la escarcha de su parabrisas.

Dentro de la cafetería, un publicista bigotudo de unos veintitantos años toma café y come huevos revueltos como acompañamiento. De repente, el café se le va por el conducto equivocado y corre al baño tosiendo. El periódico de la mañana permanece abierto sobre la mesa. En la sección de anuncios, hay una copia de una carta, con el puño y letra de Målin Lund: "Todo va bien. Estamos con el Hombre y nos gusta estar aquí. Te queremos". Debajo de la copia de la carta están el número de teléfono de Inayat Khan y un texto que dice: "Buena persona, no es demasiado tarde. Si tienes información sobre esta carta, si enviaste esta carta, o si sabes algo nuevo —lo que sea— sobre la desaparición de las hijas de Lund, por favor ponte en contacto".

"Me gustaría una cajetilla de 'Astras', mentolados; no, espera, ¿ha habido algún envío de 'Radar'?".

"No, lo siento, Ulv, señor, ¡son cosas de la evacuación! Ya no llega nada de mercancía nueva, no sé hasta cuándo podré mantener esta tienda abierta".

"Bueno, en ese caso, dame tres cajetillas de 'Astras'", dice el joven de rizos castaños. "Y ese vino de grosella de ahí, ¿qué tan fuerte es?".

"A ver, a ver". El encargado de la tienda del pueblo agarra una botella empolvada de la estantería de licores. "¡Uy! Veintitrés por ciento. Debe ser licor puro".

"Muy bien, ¿tiene más de esas?"

"Aquí hay dos botellas".

" Me llevaré esas y luego ese vodka de allí, 'End of the Line', la botella de litro, añejado en el pálido, ¿verdad?"

"Bueno, donde sino. Si no estuviera añejado, consideraría llevarlo allí yo mismo, ¡está justo detrás del prado!"

"Entonces, un paquete de fósforos, un paquete, no una caja. Y esas velas, ¿hay más? ¡Ah, sí! También me gustaría este licor de fresas silvestres, la última vez se me olvidó llevármelo. Dame los dos que tienes ahí".

"Este otro es de frambuesa, ya no nos queda de fresa silvestre".

"Bueno, me lo llevo entonces. Ya que estás cerrando, mejor dame también el resto del alcohol. Y un poco de salchicha ahumada también".

"¿**Todo** el alcohol?"

"Sí, y media salchicha ahumada".

Un joven desaliñado anda en bicicleta por el pueblo de Lohdu, en Lemminkäise, a la orilla de la zona de catástrofe entropónica. En su bici—remolque suenan las botellas polvorientas golpeándose entre sí, junto con las cajetillas de cigarrillos. Y la mitad de una salchicha ahumada "Doctor", envuelta en papel. En la calle del pueblo, las farolas brillan como diamantes en el crepúsculo del alba.

11. AUTORREGULADOR

A principios de los años cincuenta, una madre joven vigila a su hijo de cuatro años en un parque de juegos de Lovisa. Es pleno verano, los álamos están mudando sus matas grises y el sol brilla en el cielo, pero la madre está preocupada. Otros niños corretean alrededor de la casita, los niños se ríen y jalan a las niñas de sus coletas. El puente colgante de la casa de juegos se tambalea cuando los pequeños se apresuran a cruzar sus tablones. Abajo, en el borde de madera de un gran arenero, niñas y niños construyen juntos una ciudad. Una niña de pelo rubio brillante hace girar un barquito a escala alrededor de la torre, y dos niños cavan un túnel, uno a un lado de la colina, y el otro al lado contrario. El túnel se une en el centro y los chicos ríen triunfantes. La niña se aburre; empieza a llorar, y otras niñas se acercan a preguntarle qué pasa.

Sólo el pequeño Ulv se sienta solo, lejos, al otro lado del arenero. Y si alguien le pregunta por la casita solitaria que Ulv ha construido en su enorme trozo de tierra, Ulv no contesta. Se limita a mirar vagamente a lo lejos y a esbozar su misteriosa sonrisa pueril. Como si fuera... demasiado *genial* para eso. Demasiado genial como para contarle al resto de mocosos lo de su casa. Los demás pronto se cansan del comportamiento arrogante de Ulv y lo dejan en paz. La joven madre no entiende por qué a su hijo no le interesa estar acompañado. Incluso con sus padres, Ulv no ha intercambiado más de diez palabras. Si habla, pero sólo cuando está solo, hablando con él mismo. A veces su madre le escucha desde otra habitación y no entiende qué le pasa a su hijito.

A lo lejos puede oírse un desfile en la calle, el bombo retumba: da-dum-da-dum... Ulv se sienta en orgullosa soledad en un rincón del arenero y mueve su rizada cabeza adelante y atrás al ritmo de la música. Pareciera que se está...

...autorregulando.

Es miércoles por la tarde en el bosque cercano a la casa de Jesper. Esta vez, Khan llega primero y los demás intentan seguir su ritmo. Está cargado de caféina y no ha dormido —toda la noche encendió y apagó las luces del "Harnankur", hizo café y llamadas de larga distancia y escuchó canciones tristes hasta que su madre le pidió que bajara el volumen. Khan sacude las manos mientras habla, con su rompevientos naranja abierto, dejando ondear una bufanda con franjas de color turquesa, naranja y violeta de Iilmaraa. Su madre se la tejió para el solsticio de invierno, y luego le hizo un gorro con pompón (también en colores de Iilmaraa) para su último cumpleaños. Son

un conjunto.

La senda forestal serpentea entre las colinas, con pinos altos en ambos lados del camino. Los tres, codo con codo —Jesper en el surco de la rueda derecha, Tereesz a la izquierda y Khan justo en medio, sobre la mata de pasto— bajan por la colina de nieve y arena que hay a lo largo del camino. La hierba está cubierta de escarcha y cruje bajo sus botas. Algunos copos de nieve vuelan por el aire; el paisaje seco de finales de otoño refulge.

Khan respira el aire fresco. El liquen se descompone. Junta sus guantes con su cordón y se los echa a la espalda. "Nunca he creído en una solución penal, ya lo saben. Cada paso adelante es un paso adelante, y en ese sentido, por supuesto, es estupendo cazar Vendedores de Linóleo, pero Tereesz, a veces tengo la sensación de que coleccionas a estos tipos como yo colecciono memorabilia, ¿sabes? Ahora bien, no lo digo en el mal sentido, por supuesto".

Tereesz expulsa grandes bocanadas de humo gris plateado de los Astra y hace anillos en el centro, que son diseminados por el viento tranquilo. "No te ofendas, tú también tienes razón. Coleccionas estas cosas porque crees que encontrarás algo sobre las chicas. Yo colecciono mis monstruos por la misma razón".

"¿Y qué coleccionas tú, Jesper?", pregunta Khan.

"No colecciono nada, morbosos. Pero es lindo cuando un hombre tiene algún pasatiempo, supongo. Escuchen, ¿qué va a pasar ahora?"

"Bueno. Hay que registrar las pertenencias de Trentmøller, interrogar a sus parientes", enumera Tereesz con sus dedos cubiertos con guantes de piel.

"¿Y a qué te refieres, viste que él no lo hizo?". El sendero del bosque se curva; el heno marrón claro como el cabello de una persona llena los surcos y crujen bajo los pies de Jesper. "Oh, ¿no estás seguro?"

"Uno nunca puede estar seguro del Gabinete Psicodélico del Capitán Pepi Popikarnassos", interrumpe el Khan hiperactivo y se da la vuelta. Dando un par de pasos hacia atrás, le explica a Tereesz: "Es por eso que el ZA/UM no es admisible ante un tribunal. Es la psicodelia, como comprenderás, no funciona por sí sola, la realidad tiene que *corresponderla*. Tiene que haber testigos y demás. ¡Es todo una tontería de todos modos!"

"Bueno, no diría que es inútil completamente". Tereesz arroja la colilla del cigarro por debajo de los árboles, y una chispa naranja salta al aterrizar. "Pero tienes razón sobre Pepi Popikarnassos, las fantasías del sujeto y la realidad se mezclan allí. Me pareció que era más bien... un aspecto suyo. Con uno que dejó de existir, o... Si tengo tiempo, debería dejar que las autoridades locales investiguen estas cosas".

"Pero ahora es, ¿cómo se dice, *basta*³⁷?", pregunta Khan.

"Ahora mismo es *basta*, sí".

"¡Genial, porque seamos sinceros! ¿Quién quiere encontrarlos dentro de una fosa en algún lugar? En serio. Esa no es una meta por sí misma, ¡eso no servirá de nada!". Khan espera recibir comentarios con una sonrisa astuta y ve que Tereesz levanta la mano.

"Yo quiero hacerlo. Y es una meta en sí misma. ¿Has oído hablar alguna vez del concepto de *cierre*? Algo así existe".

Jesper sigue contemplando el chirrido del sintetizador de Pepi Popikarnassos, la masturbación de un futurista sobrevalorado. "¿Tienes algo mejor que ofrecer? ¿*Tempus rev*³⁸? ¿Esta vez haremos todo según las normas?"

"No estaría mal. Honestamente, yo tampoco diría que no a eso".

"Vamos, Khan, sé sensato". El aire frío huele al azufre de los fósforos a la vez que Tereesz enciende su siguiente cigarro. "El tiempo se agota. Se ha roto toda comunicación con Revachol, y con Occidente. Medio mundo está en alerta máxima. Cuando llega la guerra, todas las investigaciones se detienen; los documentos, papeles y personas pueden desaparecer. Tienes que trabajar rápido, atar todos los cabos sueltos antes de que sea demasiado tarde".

Tres pequeñas siluetas se mueven entre la maleza al borde de los campos. Se limitan a mantener el equilibrio mientras discuten sobre el puente de troncos, donde el hielo se desliza por la corriente bajo los árboles; saltan por encima de árboles caídos en la penumbra de un túnel boscoso y avanzan en fila india por los blancos prados. Khan se agacha bajo una valla alambrada y Jesper, al igual que Tereesz, salta por encima. Los prados quedan atrás, el bosque se diluye; el surco arenoso de la carretera se asienta bajo la hilera de raíces de árboles como si fuera un diminuto canal. La brisa marina susurra en las copas de los árboles, y en el aire se siente cómo la vastedad del cuerpo acuoso se aproxima cada vez más.

"Llevamos mucho tiempo haciendo lo suyo y no ha resultado nada de ello. Denme una oportunidad a mí también", explica Khan, hablando más con las manos que con la boca.

"De acuerdo, tienes razón en que es un callejón sin salida", admite Tereesz. "Pero entonces, ¿por qué no dices cuál es el plan y nos dejas pensarlo? Si creo que puede dar resultado, entonces está bien, hagámoslo. Si no, entonces tenemos que tomarnos un descanso".

³⁷ "Suficiente", en italiano.

³⁸ "Tempus" es latín; "rev" no es una palabra. El significado aparente es "tiempo reverso".

"No entiendes", dice Khan encogiéndose de hombros. "Si dices que no, nunca lo sabremos. Ya no hay más pistas. No puedo arriesgarme a que digan que no. Hagamos primero un pequeño viaje, ¿eh? ¿Ir a hablar con un profesional? Debimos habernos puesto en contacto con él hace mucho tiempo, ahora tenemos un poco de prisa".

"¿Qué quieres decir con que no hay otras pistas?" Jesper no entiende. "¿Qué pasa con las cartas de Målin? Alguien tuvo que enviarlas, y la letra coincidía. A esa edad, la letra se habría desarrollado un poco, y la letra de alguien de quince años puede no coincidir al 100% con la de alguien de trece. Una coincidencia del 95% es muy prometedora, he leído sobre ello. ¿Verdad, Tereesz?"

"Sí, sí, es cierto", interviene Khan. "¿Pero saben qué? Tengo una idea de cómo podemos arreglarlo. *Ahora* mismo no sirve de nada limitarse a esperar. Tenemos que empezar a actuar, ¡inmediatamente!".

"¿Qué idea?"

"Bueno, he puesto un anuncio en el periódico".

Tereesz camina con su abrigo de espiga al estilo de los años cincuenta, con aspecto de un auténtico kojko, con la boca ligeramente entreabierta de forma pensativa. "Puede que no sea tan mala idea. ¿Cuándo publicaste este anuncio?"

"Lo envié ayer, debería aparecer hoy. También he puesto tu número, Jesper, por si yo no estoy en casa".

"¿Y qué escribiste ahí?"

"Que si alguien tiene alguna información, que se presente, que no pasará nada malo, que por favor ayude, ¿sabes!".

"Este tipo de cosas pueden ser más eficaces de lo que crees", le explica Tereesz a Jesper. "Sobre todo con cosas tan viejas. Pero igual tienes que buscar durante meses y meses en distintas columnas. ¿Adónde lo enviaste?"

"Al Dagens y al Kapitalist. No tenía más dinero. A propósito, ambos me deben un fiddy. Y el asesor que recomiendo también va a necesitar algo. Y necesitamos dinero para el viaje. Necesitaremos al menos mil, es muy caro, muy cotizado. Llevo tanto tiempo esperándolo, leyendo sobre él..."

Jesper se está impacientando. En primer lugar, ciertamente no quiere ir a ninguna parte en este momento, y en segundo lugar, ya sabe de quién es el dinero del que se está hablando aquí. Khan vive de la indemnización que recibió cuando su padre murió en una plataforma petrolífera, y si Tereesz no inicia una investigación, no tendrá ningún gasto cubierto. "Escucha, acláralo, ¿de qué tipo de asesor estamos hablando ahora mismo?"

Las tres siluetas alcanzan la costa rocosa. La inmensidad del mar les

saluda, al otro lado del prado seco. La hierba está manchada de blanco por la nieve, y un solo pino marchito se mece con el viento. El cielo se oscurece a medida que los hombres se acercan a la orilla; Jesper se ajusta más el cuello del abrigo, con el rugido del mar resonando en sus oídos. A menudo recorre en solitario los seis kilómetros que le separan de la orilla. Desde aquí se puede ver lo que todos anhelan —la playa de Charlottesjäl al otro lado de la bahía, en la distancia nevada.

Khan se apoya en el pasamanos de madera y mira hacia abajo. Olas de proporciones gargantuescas chocan contra la pared de roca, el agua se encorva y la blanca cresta de la ola se rompe en un millón de cúmulos de espuma. La imagen que se ve a través de los lentes del hombre se nubla por el rocío. Jesper agradece la corriente otoñal; llega una vez al año, y ahora tiene un plan claro. Que vayan —le diré a la chica que yo también voy, y luego pensaré en otra cosa que decirles a los chicos. Se dedica a medir el viento.

"El **Autorregulador**³⁹", dice Khan. "Ha llegado la hora de contarle sobre las chicas".

Jesper empieza a reírse, pero Tereesz está serio.

"¡Espera, espera! Él confirmó lo de los esqueletos de Abadanaiz y Dobrega con una precisión de un kilómetro", explica Khan. "¿Más? Hace dos años, siguiendo su pista, fueron a Corpus Mundi a buscar a Cornelius Gurdi. La cadena que sacó ahora se ha hundido en La Palidez, pero encontraron cerca la cubertería de Gurdi y los vestigios de su campamento. ¡Después de quinientos años! El Autorregulador, Jesper, vive en Lemminkäise, en una casa de campo en el bosque, y nosotros vamos para allá".

Está nevando en el mar de color gris como la hojalata, la temperatura llega a 0; el viento en el golfo es inferior a diez metros por segundo, y durante las próximas dos semanas, las tormentas en el oeste de Katla, justo al borde de La Palidez, harán que el océano se hinche. Un margen de dos semanas, unas condiciones perfectas. Jesper ya puede sentir cómo la masa de agua rompe en olas sobre la playa de Charlottesjäl, a diez kilómetros de aquí. Las puntas de las olas se mueven en sus ojos, largas y estables como hermosos pensamientos.

"Okay," dice Jesper, "pero yo tengo una conferencia. Cosas sobre diseño. De jueves a sábado. A propósito: Lemminkäise no es una muy buena idea ahora mismo. ¿O tal vez no se enteraron?"

El pequeño Ulv tiene nueve años cuando nace la música dance moderna

³⁹ El nombre original en inglés es "Self-chiller", e "Ise-chillija" en estonio. Conteniendo las palabras "self" (auto-, de uno mismo) y "chill" (modismo referente a descansar o relajarse)

en Oranje. Johan Hauer, Rietveld y Arno Van Eyck ponen a sonar sus discos en los pasillos universitarios; en Vesper, en Viderunt, se abre la primera discoteca "Das Baum" del mundo; durante una noche de verano en la plaza de los soportales de Messina, tras el set más épico de la historia de la humanidad, la multitud eufórica corona a Theo Van Kok con el título de inocencia. Ulv regresa a casa del colegio con una mochila. Está en cuarto grado, y se sienta solo en la última fila, porque no le importa lo que diga el profesor. A Ulv no le interesan las matemáticas, y las ciencias naturales tampoco le interesan. A Ulv no le interesan las chicas malvadas; a Ulv sólo le interesa una cosa en este mundo. De camino a casa, se detiene boquiabierto frente a la tienda Phono-Store de Västermalm, donde los melómanos entran y salen en fila. Suena el remix en coma de Theo Van Kok de una de las viejas oberturas, y los melómanos observan, con cintas bajo sus brazos, cómo el pequeño Ulv baila debajo de los altavoces frente a la tienda como si estuviese poseído por un espíritu maligno. Las lágrimas corren por las mejillas de Ulv y el mundo entero se evapora. Todos rien y observan deleitados cómo el pequeño se contorsiona y se mueve, gira, brama, agita, grita: "¡¿wow, de ninguna manera?!". Golpea el aire con las manos y los pies, azota las palmas de sus manos contra el cofre de un carruaje motorizado, y ellos simplemente no pueden entenderlo: "¡¿Cómo es **tan** hardcore?! ¡¡¡No puede ser así de hardcore!!!".

Un oficinista con una sudadera de moda sale de la tienda; de entre el caos agrisado de las cosas perdidas, donde una coma resuena sobre la historia de la humanidad, un joven se pone delante de Ulv y le entrega una cinta de Estéreo 8. "Theo Van Kok/", dice en la portada, "*Conde de Perouse-Mittrecie*". Esta es la primera y última vez en la vida de Ulv que una persona con vida tiene algún valor para él.

El neumático cromado del carruaje motorizado gira y la nieve cruje bajo las cadenas de las ruedas, pero Inayat Khan no está allí; tiene trece años y baja del pórtico de la cabaña del padre de Tereesz para adentrarse en el huerto de manzanos. Está oscuro y los saltamontes cantan. El Autorregulador introduce la cinta Estéreo 8 en el reproductor, dos discos de plástico giran. Se está realizando una *prueba de sonido*, pero esa noche de junio es silenciosa. La música no es audible lejos de aquí, estamos veinte años en el futuro y muy, muy lejos de Inayat Khan. El aire está plagado de aromas; sale a recibir al chico como un espíritu que viene de abajo de los árboles, dando vueltas alrededor de sus rodillas y oliendo a Suislepps⁴⁰ que acaban de madurar. Khan camina descalzo sobre la hierba impregnada de rocío. Los otros chicos duermen adentro, en el segundo piso, pero él no pudo dormir. A las ocho y media de la mañana se habían ido a trabajar

⁴⁰ Una variedad estonia de la manzana, de colores rojos y amarillos; madura a finales del verano, más que en otoño.

juntos. El cuerpo de Khan está agotado por el trabajo en la construcción, pero su corazón está impaciente. El dinero tampoco le alcanza para llegar a fin de mes. El traficante, Zigi, cotizó unas sumas astronómicas al otro lado del teléfono. 300 reáles. Jesper llevó su colección de novelas de aventuras "El Hombre de Hjelmdall" a la tienda de antigüedades, después de convencerlo bastante. Khan vendió sus binoculares.

Las cámaras de combustión de dieciséis cilindros laten en el corazón de la máquina; muy lejos, en Lemminkäise, las ventanas de una casa rural vibran al ritmo de un bajo. *Probando, probando...* Pero Inayat Khan no está. Un Suislepp cae al césped junto a sus pies. El pequeño Inayat limpia la manzana con la manga de su camisa y se sienta en el banco del jardín. Muerde el fruto y siente un dulce dolor que le apuñala el corazón dificultándole la respiración. Es la sensación de una posibilidad que se te escapa de las manos, que crece durante el transcurso del día y se hace sentir al atardecer. "Hablando de algo... siempre haces unas presentaciones impresionantes. En las clases de historia y ciencias..." Ojos verde oscuro, sumamente amables y muy interesados. ¿Estás seguro, Khan? Trata de ser razonable, no tiene caso que te humilles así por nada.

Hay vapor bajo el cofre, la banda del motor está en marcha; la cinta se desliza contra el lector magnético. Pero sigue estando tranquilo el huerto de manzanas. Inayat Khan no cree en Dios, no en concreto. Al parecer, Dios fue inventado por algún hombre llamado Pío en Iilmaraa en algún momento, con certeza hace más de tres mil años. Tal vez. Pero ahora Khan arroja el corazón de la manzana hacia los arbustos, junta las manos y reza.

"Por favor, haz que le guste a Målin. Dios, por favor, haz que le *guste*, que le guste en serio, no simplemente... bueno, ya sabes, porque eres Dios. Te prometo que entonces dejaré de pensar que algún tipo —Pío de Perikarnassis— te inventó. Prometo que creeré en ese momento que existes desde el principio de los tiempos y que dibujaste el cielo y la tierra con tu... er... brújula dorada, o lo que haya sido. Perdona, Dios, que te fastidie de esta manera, pero mira, me cuesta mucho creer que existes cuando no le gusto a Målin Lund".

Khan mira al cielo. Gira en la oscuridad de su corazón, la vastedad se ilumina estrella por estrella. El amor, como si fuera un gato de pelo sedoso que se hace bolita dentro de su vientre. El amor, para él, es el miedo a la pérdida.

El resplandor rojizo de las luces traseras tiñe la nieve de color rojo sangre, el humo sale del escape del carruaje motorizado. Los neumáticos encadenados traquetean sobre la nieve y el motor retumba un instante. Cambio de marcha. Aumenta el tono. La aceleración empuja al intrépido

conductor contra el respaldo. En la cabina del conductor, el joven tiene los dedos congelados en las palancas de dirección y lleva puestos los lentes de carreras. Una carretera de montaña sin iluminación se refleja en la superficie helada del cristal mientras desaparece bajo los neumáticos.

La atmósfera se estremece sobre la zona de catástrofe entropónica de Lemminkäise. Las cumbres nevadas de las oscuras cordilleras se recortan en el horizonte, con los dientes estrujados como los de un Vendedor de Linóleo. En el fondo del valle, entre los claros y los bosques de abetos, un carruaje motorizado negro avanza a toda velocidad por una carretera sinuosa a ciento cincuenta kilómetros por hora.

"¡Esto es una puta **maravilla!**", exclama Khan. Tereesz asiente. Los gases del fuelóleo invaden el aire frío de la cabina, hasta parecer ácido industrial. El agente mira por la ventana —los postes de las vallas que bordean la carretera están volando por la nieve que cae, y se divisan masas blancas de bosque desde el valle que hay abajo, cuadrículadas con oscuros cuadros de tala. Khan salta del asiento junto al de Tereesz y se sienta frente a él. Deja caer la última gota de la botella de vino sobre su lengua. ¡Una curva lo golpea contra la pared de la cabina con gran *estruendo!*

"Listo." Le muestra a Tereesz la botella vacía. Inmediatamente, un nuevo vino con sabor a bayas aparece en la mano de Khan. La tapa de rosca sale volando con un chasquido; "Azúcar: 25%" cruje entre sus dientes. A lo lejos, del otro lado del valle, en la ladera opuesta, unas luces parpadean en la oscuridad. Todas las demás máquinas se han movido en dirección contraria desde el miércoles por la noche, alejándose de la catástrofe entropónica. Fue entonces cuando Khan, el agente Machejek y el piloto loco de rallies surés Kenni —sólo Kenni— partieron juntos desde Vaasa:

"¿Cómo te llamas?"

"Kenni".

"¿Kenni qué?"

"Vain Kenni. — *Sólo Kenni.*"⁴¹

"¡Kato, entroponeettisen romahduksen vyöhyke! ¡Ei voi olla, kuusetkin rupee taivaaseen ajautumaan, saa—ta—na, ihan kuin ne sanoi, se kyllä täytyy nähdä! ¡Ja talot myös! ¡Ja talot myös!"⁴² Grita Kenni desde el asiento

⁴¹ Kenni habla finés, no se tradujo en el texto original, mientras que los diálogos de Khan y Tereesz que le responden se encuentran aún en estonio. Ambas lenguas son hasta cierto punto mutuamente inteligibles. Los diálogos en finés han sido editados para corregir algunos errores ortográficos. A partir de este punto, para respetar la obra original, la traducción de los diálogos de Kenni se incluirán como notas al pie de página.

⁴² *¡Miren, es la zona de colapso entropónico! No puede ser; incluso los abetos están empezando a desplazarse hacia el cielo. ¡Su pu—ta ma—dre, tal como dijeron, verdaderamente esto es algo imperdible! ¡Y las casas también!"*

del conductor sobrepasando el ruido del motor.

"¿Qué tal va?", grita Khan en respuesta. Él, a diferencia de Tereesz, sigue un poco preocupado cuando la máquina se sacude y, en la oscuridad del asiento del conductor, al resplandor amarillo del velocímetro, ve que la aguja se mueve hasta ciento setenta.

"¡Hienosti menee, ihan hienosti, en huolehdi ollenkaan!"⁴³.

"¿Y el camino, cómo está el camino?"

"Että mikä, tiekö? Ei, hyvin on, en huolehdi ollenkaan".⁴⁴ Kenni no está preocupado *en lo absoluto*. Kenni quiere un poco de vino con sabor a bayas en su lugar, y cuando Khan piensa que Kenni no debería conducir ebrio, Kenni dice: "Älä huolehdi, *alright*? Mä oon puolet tiet juonu jo, muuten mä nukahtaisin. ¡Se auttaa mua keskittymään, kato!"⁴⁵.

La carretera continúa por la ladera, entre árboles de abeto. Kenni derrapa en las curvas para no salirse de la carretera. Khan sólo se siente más seguro cuando el carruaje motorizado se precipita cuesta abajo y se adentra en el bosque siguiendo la carretera del pueblo. La nieve cruje bajo los neumáticos con cadenas y el motor rechina; los cristales cuadrados de las ventanillas se han cubierto totalmente de nieve y sólo restan algunos círculos para poder ver. Una fantasmagórica muralla de bosque negro se agita más allá de los ojos de buey. De repente, Kenni se desvía al lado izquierdo de la carretera y Khan salta a su lado. Pasan zumbando junto a una furgoneta roja de Graad Telekom. Las cámaras de la cadena de noticias saludan a Khan desde su propia ventana cubierta de nieve; Khan les devuelve el saludo.

Lleva dos días bebiendo en la cabina con Tereesz. Kenni se niega a parar —quiere romper un récord. Lleva un cronómetro en la mano. Y durante todo el tiempo, observan cómo el resto del tráfico circula en dirección contraria. Incluso a doscientos kilómetros de Vaasa, el congestionamiento sigue arrastrándose por el carril contrario. Gente de los suburbios, en camino a las ciudades para visitar a sus parientes. A través del zumbido de la radio del coche, se enteraron de que un pánico similar estaba teniendo lugar en todo Katla. En Arda, Norrköping es el lugar donde todos se congregan por si acaso, debido a sus estaciones de tren flotantes. Los pasajes para los siguientes dos meses también están agotados en Yelinka, cerca del colapsado Paso del Norte. No hay escapatoria —el último recurso puede ser huir a pie cruzando la meseta boreal.

El amplio campo abierto que se veía por la ventana lateral se fue

⁴³ *¡Ya genial, totalmente genial, ¡no estoy preocupado en lo absoluto!*

⁴⁴ *¿Qué dijiste? ¿El camino? No, todo está bien, no estoy preocupado en lo absoluto.*

⁴⁵ *No se preocupen, ¿de acuerdo? Ya he estado bebiendo la mitad del viaje, si no me quedaría dormido. Me ayuda a concentrarme, ¡verán!"*

redondeando paulatinamente, con balleneros borrosos planeando en el horizonte con bosques de abetos cabalgando sobre las jorobas. La carretera también se convirtió en autopista a última hora de la noche, pero el tráfico en la dirección opuesta no disminuyó; la carretera se limitó a bajar de sus pilares, en mitad de los campos, donde la tierra era de un blanco reluciente por la abundante cantidad de nieve que había caído. Khan se quedó dormido con la cabeza recargada en la ventana lateral; en la oscuridad ante ellos brillaba un mar adiamantado de faros a un lado de la carretera, y el pavimento desnudo y desierto al otro. Un solo par de luces traseras de color rojo se desplazaban raudamente en dirección a Lemminkäise. Sólo los convoyes militares y las máquinas de las cadenas de noticias extranjeras con antenas de radio en el techo circulaban a su lado.

En la mañana, Khan abrió los ojos y observó una aldea suruleña desierta que se veía pasar al otro lado del cristal. Ondas de cables de electricidad serpenteaban entre los postes, y debajo de ellos, en una calle desierta del pueblo, una campesina con falda larga y chaqueta paseaba en bicicleta. Miró a Khan directamente a los ojos, con los reflectores brillando en los radios de su bicicleta. Estaban a mil quinientos kilómetros de la frontera de Vaasa, y aún quedaban mil quinientos más por delante. Kenni conducía en silencio —en la cabina, podían oír el hielo rompiéndose en los charcos de lodo bajo las ruedas. La chica saludó y se desvió hacia una carretera secundaria situada en las afueras del poblado. La oscuridad del umbral del bosque la envolvió, y la luz trasera de su bicicleta parpadeaba al ritmo de su dinamo. Ya estaba nevando en el túnel arbolado que había más adelante. Así se fueron —Inayat Khan, Tereesz Machejek y el tipo más nefasto de la flota de taxis: Kenni, sólo Kenni. Durante algunas horas, los chicos se sentaron en silencio y vieron pasar la tierra suruleña en el nebuloso crepúsculo. Las frías estrellas del alumbrado se iluminaban a la distancia, la eternita⁴⁶ se desprendía de los techos de las casas. A medida que se acercaba la noche, la nieve se hacía más tupida. Conforme las oscuras montañas serranas se divisaban en el horizonte y las aldeas se hacían cada vez menos frecuentes, Tereesz sugirió abrir un vino con sabor a bayas.

"De lo contrario, se vuelve deprimente".

Sobre las montañas que se oscurecían, a menudo observaban aeronaves militares. En una ocasión, una barcaza de hierro pasó zumbando por encima del puente y les sorprendió con sus reflectores. Pero entonces el barco desapareció. Sólo quedaban visibles sus luces, desplazándose en la oscuridad sobre el bosque. Esto es lo que se llama "una evacuación".

El puesto de inspección permanecía abandonado junto a la carretera, junto a unas letras iluminadas en las que se leía "LEMMINKÄISE". Una

⁴⁶ Asbesto-cemento.

barricada militar hecha de bloques de concreto atravesaba la carretera; Kenni puso cadenas de nieve en sus ruedas y cruzó por en medio de un campo en el proceso de rodear la barrera. El puesto fronterizo desapareció detrás de ellos, junto con el perímetro invisible de la órbita invernal, más allá del cual existe el invierno eterno. El pavimento también desapareció a medida que pasaba el tiempo; se encontraron con familias campesinas montadas en trineos por las carreteras de grava nevadas. Es para ellos un gran privilegio haber visto La Palidez con sus propios ojos, que se alza por detrás del silo desde la niñez. Una familia que pasaba, montada sobre todas sus pertenencias en un trineo tirado por caballos, saludó al simpático gordo de piel amarilla oscura y lentes diamaterialistas.

"Qué raro, siempre saludan", dice Khan, mientras la furgoneta de Graad Telekom se queda rezagada en una nube de nieve levantada por las ruedas del vehículo de Kenni. En el lejano y oscuro bosque, dejan de titilar los faros y las luces de los trineos. Sólo quedan aquellos que desean permanecer aquí, en los corrales, las fachadas de las fábricas de cosechadoras y las tiendas cerradas del pueblo. La Palidez se yergue en la oscuridad.

"Kuuletko sen?"⁴⁷ Pregunta Kenni desde el asiento del conductor, "Harmaa... se on nyt varmastikin harmaa! Mua vähän huolestuttaa."⁴⁸ Tereesz y Khan escuchan. En efecto, un nuevo sonido crece bajo la tormenta, un rumor siniestro, un ruido grave y crepitante. Como una ola rompiendo, lento, muy lento... Para Khan, suena como el comienzo de una canción. Lo oyó en un sueño.

"Ya no estoy con la CPI, me echaron", grita Tereesz, borracho, con las manos a la altura de la boca y moldeadas para amplificar su voz.

"¿Qué?" Khan no escucha al principio; el ruido es hipnotizante. Siente cómo se le erizan los pelos del cuerpo y le recorren escalofríos, como si acabara de quitarse el suéter en una habitación fría.

"¡Me han dejado ir de la Colaboración Policial!".

"¡Ya lo sé!" exclama Khan, entregándole a Tereesz el vino con sabor a bayas. "¡Llevas todo el camino enseñando la placa de un tal Somerset Ulrich!".

"¿Cómo lo sabes?" De la boca de Tereesz, el olor a alcohol impregna la fría cabina.

"Porque en todos los controles fronterizos te llamaban señor Ulrich y agente Ulrich y Somerset Ulrich".

⁴⁷ "¿Escucharon eso?"

⁴⁸ La Palidez... ¡Definitivamente es La Palidez ahora mismo! Estoy algo preocupado."

"Es un agente desaparecido del que tomé sus documentos. Tengo más". Tereesz bebe un sorbo. Sus labios están rojos y un líquido pegajoso se derrama del cuello de la botella al cuello de su camisa. "Los documentos, me refiero. Y los agentes desaparecidos. Me hice pasar por "Machejek" en Kronstadt, de lo contrario no habrían seguido el rastro. Pensé en ir a Lemminkäise con Somerset Ulrich y abandonar el camino, ¡déjales que me sigan!".

"Te buscan, ¿verdad?"

"Sí—sí, ¿no te lo he dicho? A un tipo le dio un infarto por esa cosita!"

"¿Por el ZA/UM, o...?"

"Exacto", dice Tereesz, y frente a él, Kenni, el as del rally suruleño, ve cómo la masa boscosa negra se desplaza lentamente hacia el cielo. La tierra cruje y se agrieta cuando los abetos se desprenden de ella, con todo y raíces. La madera grita, al igual que la tierra helada, como si estuvieran en la silla de un dentista. Una nube de grava de piedra caliza vuela por los aires, y muy por encima, en la oscuridad, los primeros árboles se subsumen en La Palidez.

Hace dos años.

Khan oye sonar el teléfono durante todo el sueño. Un ruido frío y extraño, un falso despertar. Abre los ojos en el sótano de su madre y se levanta, vestido con el pantalón de su pijama y pantuflas. Siente que algo es distinto, pero a pesar de ello continúa. El sótano que le rodea se ha vuelto extraño debido al sueño: las cosas están en lugares equivocados. Nadia Harnankur sonríe espeluznantemente en su medallón, y Gon-Tzu tiene un durazno de la inmortalidad en la mano en lugar de una brújula; se está enmohecendo.

Una vitrina de cristal vacía brilla sobre la mesa en mitad de la habitación. Khan no se atreve a mirarla; hay algo en su vacío que no logra recordar. Algo está mal. También hay algo raro con el timbre del teléfono—cómo suena en la oscuridad del apartamento, procedente del pasillo de arriba.

Sube las escaleras; el pasillo duerme a su alrededor, el teléfono suena pegado a la pared. Estira la mano, asustado. Su mano suda sobre el plástico del auricular y siente que algo le prohíbe contestar. Pero tiene que hacerlo. Es importante; todos los hilos lo son. Así que toma el auricular y el pasillo se llena con el siseo de La Palidez. Chirría en su oído.

"¿Hola?", pregunta Khan.

Pero nadie responde.

"Hola, ¿quién es? Por favor, ¡dime quién eres!", repite, cada vez más implorante. El siseo se hace más y más fuerte, hasta que finalmente le ensordece, la presión en su oído interno se desestabiliza, y sólo aquella vibración de quién-sabe-dónde permanece, su centro. El silencio atraviesa su carne y sus huesos como ondas. Hace frío.

"Por favor", brotan lágrimas abundantes bajo los lentes de Khan, "dime quién eres...".

"Sabes quién soy". La vibración emite una voz infantil; con ella dice cosas terribles. Khan empieza a temblar. Se desploma en la esquina del pasillo, con el auricular en la mano.

"¡No eres tú, no eres tú!", grita. Su cuerpo real tiembla junto con su mente. Se despierta llorando en la cama. Le palpita el oído; el sueño continúa mientras está despierto, sólo que vuelve a haber un modelo del dirigible en la vitrina, Nadia ya no sonríe y Gon-Tzu sostiene una brújula.

Sobre la vitrina hay sándwiches de queso seco que le ha hecho su madre y café templado. Y un sobre —un envío matutino proveniente de Graad, vía correo magnético. "Sarjan Ambartsumjan" está escrito en la casilla del remitente, y dentro hay sólo una llave, dorada e inconmensurablemente compleja.

Tiene dos años.

12. ZIGI

Hace diecinueve años, a finales de otoño. Son las 8:15 de la mañana y Khan llega tarde al colegio. Se apresura a atravesar el centro de la ciudad de Königsalm. Las ráfagas blancas del tráfico brillan en la oscuridad matutina, y cae una espesa aguanieve. Con su mochila en la espalda, el chico atraviesa corriendo un cruce de peatones; se oye un claxon y pasa un carruaje motorizado zumbando. Casi le atropellan. El aguanieve apunta a sus ojos y se derrite en sus mejillas y su gorro de lana. Khan sube corriendo las escaleras hacia la puerta principal cuando algo le frena en seco. El director financiero y la señora de la limpieza están tallando una gran letra "O" roja en la esquina de la fachada de la escuela. La letra es tan alta como la señora de la limpieza. Un policía hace un gesto negativo con la cabeza y mira hacia la pared, donde un enorme eslogan reza: "EL MUNDO ENTERO ES UNA ZONA DE CATÁSTROFE ENTROPONÉTICA INMINENTE".

Esa es la clase de chico que es Zigi.

Zigi es el chico más malo del colegio. Zigi es tan malo que algunos incluso dirían que Zigi es un chico *demasiado* malo. "Está en décimo grado, pero ¿sabes qué? Vino aquí desde otra escuela, y Sixten conoce a alguien en esa escuela, y esa persona dijo que Zigi también llegó a su escuela desde otra escuela. ¿Adivina en qué grado estaba Zigi? ¡Exacto! Décimo. Lo juro. ¿Y sabes qué más? La escuela en la que estuvo antes... ¡también estaba en décimo grado!". La madre de Zigi es una radiante mujer vaasana que trabaja en el Ministerio de Educación y se lleva bien con la matriarca de la familia Lund. Por eso el niño puede ir a la escuela en el centro de la ciudad, aunque haya tenido que recurrir el año dos veces. En casa tiene cuadernos cuadriculados, llenos de todo tipo de máquinas de asedio, murallas y trayectorias, pero Zigi no quiere que sepas eso de él.

El padre de Zigi es un nihilista, un kojko y un alcohólico. Zigi está muy orgulloso de eso: "¿Mi padre? Oh, no lo sé. Nihilista... kojko... un alcohólico... El nombre real de Zigi es Zygismunt Berg. Tereesz lo vio una vez en el baño de niños, alzó su puño izquierdo y dijo, "Frantiček el Valiente!" Zigi Moo dijo nada. Zigi se enfadó. Luego Zigi fue hacia la puerta y se detuvo ahí por un momento. Los cierres de la chaqueta de cuero hacían ruido.

"¡Oye, escucha!"

"¿Si?"

"Métete tu Frantiček el Valiente por el culo." Zigi es un nihilista y también un comunista. De ser necesario.

El padre de Zigi es un nihilista, un kojko y un beodo. Zigi está muy orgulloso de ello: "¿Mi padre? Ah, no sé... un nihilista... un kojko... un borracho...". El verdadero nombre de Zigi es Zygmunt Berg. Tereesz lo vio una vez en el baño de chicos, levantó su mano izquierda en un puño y dijo: "¡Frantiček el Valiente!" Zigi no dijo nada. Zigi estaba meando. Pss-pss. Luego Zigi se acercó a la puerta y se quedó allí un momento. Los cierres de su chaqueta de cuero hacían ruido.

"¡Oye, escucha, amigo!"

"¿Qué?"

"Métete a ese Frantiček el Valiente por el culo".

Zigi es nihilista, y comunista también, si es necesario. La palabra

"burgués" cuelga de sus labios como una navaja: "burgués", "la burguesía", "típico burgués", "arte burgués", "opinión petit-burguesa", "eres un burgués", "tus burgueses padres", "tus padres son burgueses", "es porque tus padres son burgueses", "es porque eres burguesa, Ann" (Zigi también llama a sus profesores por su nombre de pila), "puta de la burguesía", "cachorro de la burguesía", "la pederastia es una enfermedad burguesa, los pederastas son burgueses". Zigi es un chico culto y también conoce todos los demás nombres bonitos de la burguesía: "pursui", "*bourgeois*", "*petit-bourgeois*", "boujee", "bürger", "kulak", "clase media", "rentista", "gran terrateniente...".

Su influencia es enorme. Una niña de cuarto de primaria con coletas llega a casa y pregunta: "Papá, ¿por qué la socialdemocracia es tan débil?".

"¿Dónde has oído semejante cosa?".

Zigi dijo que la socialdemocracia es débil y el comunismo poderoso. ¿Por qué no tenemos comunismo, papá?".

Pero, por encima de todo, Zigi sigue siendo un nihilista. Lee dia-mat⁴⁹, dice que los animales son autómatas, es fan del conductismo y adora La Palidez y la inocencia nihilista de Mesque, Ambrosius Saint-Miro. "Si tuvieras un poco de valor, aunque fuera un gramo, también seguirías a Saint-Miro". Zigi habla de su patria en medio de un golpe de Estado. Ya no forma parte de Zigi. Zigi no tiene patria. El maestro de geografía le envía al despacho del director, y Zigi se detiene en la puerta, con los cierres de su chaqueta de cuero haciendo ruido. "Nos vemos en La Palidez", dijo, y se pasó el dedo índice por la garganta. Cuando en la escuela no se hablaba de entropónética, mucha gente se reunía en torno a Zigi durante el recreo, y el pasillo resonaba con sus verdades a medias: "La Palidez está hecha de pasado", decía. "Todas las cosas perdidas están allí revueltas, tristes y

⁴⁹ Materialismo dialéctico.

abandonadas. La Palidez es la memoria global del mundo. Acumula materia y arrasa con todo lo que se interpone en su camino. Es lo que se llama colapso entropónico".

"¿Pero cuándo ocurrirá, Zigi?"

"Sí, Zigi, ¿cuándo?"

"Sucederá en el transcurso de tu vida, pequeño Olle. Al menos, eso espero.

La historia se traga el presente; el mundo de la materia desaparece, *desaparecido*⁵⁰... Por eso no hay motivo para que nuestra generación vaya a la escuela. No habrá futuro. Cuando crezcas, no tengas hijos como hicieron tus padres burgueses subdesarrollados. Llegarás a verlos morir, y ya está. Comparado con La Palidez, ¡sólo queda una pequeña fracción del mundo! Al final, las islas se hundirán, decenas y cientos de kilómetros cuadrados de masa terrestre, ¿acaso puedes imaginártelo? Como un barco hundiéndose dentro de La Palidez. Fwooom..." Zigi hace un gesto de barco hundiéndose con las manos, los cierres de su chaqueta de cuero hacen ruido; los niños sueltan un grito ahogado. "No te preocupes, Olle, esto será el cenit de la humanidad".

Zigi fuma. En el baño de la escuela, en la esquina del armario. Zigi tiene una banda de *sprechgesang*⁵¹, y el director cometió un grave error cuando dejó que Zigi tocara en el solsticio de invierno. El *sprechgesang* de Zigi es como una ametralladora. Cuatrocientos disparos por minuto...

Coro:

"Have a smoke! In the school bathroom, in the wardrobe corner,
abraq adabra, in the lobby (*aa—yeah!*) in the cafeteria queue.

1er verso:

Nasty morning, it's dark, I'm tired,
nasty slush, mood zero, down by the corner of the house (*mama doesn't see!*)

I light a fat ciggy, mmm... do you get it, makes me feel good.

Chubby cig, I'm warm inside, everything disappears!

⁵⁰ En la obra original, esta palabra ya se encontraba escrita en español.

⁵¹ En la vida real, es una técnica de expresión vocal que combina cantar y hablar. En Elysium, una especie de rap (Fuente: el libro de arte incluido en la edición especial de Disco Elysium).

Coro:

Abraq adabra, in the school bathroom, in the wardrobe corner,
abraq adabra, vanish like the world.”

Y así sucesivamente. En enero, Zigi fue expulsado de la escuela. Y conste que no fue por sus rimas confusas. En el tolerante espacio educativo de Vaasa de los años cincuenta, ese *sprechgesang* se consideraba más bien una parte natural del proceso de desarrollo. La cuestión era que Zigi era traficante de drogas. Por eso fue a esa escuela en primer lugar. En aquella época, nadie podía esperar algo así, y Zigi era más que consciente de ello. Actuaba impávido, hablaba abiertamente y en voz alta de las operaciones durante las clases, distribuía muestras y se aprovechaba de la ingenuidad de Vaasa como Vidkun Hird o el vendedor de linóleo. Él también participaba —venía a clase drogado, era un anacronismo, veinte años adelantado a su época. Zygismunt Berg era una mancha oscura y vomitiva.

Cuando por fin la policía dio con él, Zigi emigró con su padre a Graad y desapareció del radar. Unos años más tarde, su cuerpo carbonizado fue encontrado en una incineradora, sobre el suelo radiante de un bloque de viviendas particularmente deprimente.

13. MATERIMONIO

El pequeño Jesper de la Guardie frunce el ceño bajo el sol, con un mechón de cabello rubio que cuelga de forma molesta junto a su ojo. Se encuentra en el centro de distribución de su percepción del tiempo. Todo nos lleva hasta aquí, y todo empieza aquí. Jesper viste un traje de marinero blanco para la ocasión y lleva en la mano un gorro de marinero de visera azul oscuro que estruja nerviosamente. Jesper tiene trece años. Lleva un destapador en el bolsillo del pantalón, un pañuelo con su nombre, veinticuatro píldoras de speed y un ramo de lirios en la banca de al lado. Todo el tiempo que le precede fluye hasta este punto, en la parada del tranvía de Charlottesjäl, y es precisamente de esta parada de donde emana todo lo que está por venir. Es el 1 de julio del año 52, y en la zona de espera, bajo el llamativo arco blanco del pabellón de funk, Jesper se encuentra de pie al filo de una tarde de verano. Está asustado; esta atracción del parque de diversiones lleva chirriando en sus oídos desde el domingo pasado, mientras es transportado lentamente por la pendiente de la montaña rusa. Toda la semana ha sido así: la altura y la sensación de vértigo le aguardan. Y la caída —se siente tan inexplicablemente emocionado. Llega el primer tranvía y las chicas no están. Jesper siente una extraña sensación de alivio, como cuando demostró ser demasiado bajo para las Montañas de Acero del Parque de Atracciones de Revachol hace tres años. El peligro casi ha terminado. Pero cuando el siguiente tranvía también vierte pasajeros en la parada, las chicas tampoco están entre ellos. La sensación le revuelve el estómago —decepción. ¿Y si no vienen? Son las nueve y media, y se supone que debían estar aquí hace una hora. "Debes tener al menos esta estatura para subir a las Montañas de Acero, chiquillo". Jesper se alza de puntillas y le da un trago a la cerveza para darse seguridad. La cerveza es una pésima idea, él lo sabe; la cerveza te hace oler a lúpulo.

"Es una idea pésima, Tereesz. La cerveza es un asco, ¡las nenas odian la cerveza!". Pero después de una semana de trabajos en la construcción, una suma de trescientos real para Zigi, el chico más malo de la escuela, para canjear las misteriosas pastillas... tras baterías de tocadiscos, flores y Dios sabe qué más, Tereesz había tenido razón. Había dicho: "No nos quedan opciones, Jesper, y *secos*... no iremos sobrios". Así que se hallaban de pie frente al puesto de cerveza, mientras su servicial vagabundo se relamía los labios y soñaba con darle un trago a su soborno. El vendedor había observado a los tres muchachos traviesos, y éstos habían visto cómo el espumoso líquido fluía del barril hacia los vasos de cartón.

"Como meados", comentó Jesper.

Khan agarró la pinta entre sus manos morenas y observó cómo Jesper percutía los dedos contra el ala de su sombrero de marinero. "Cállate y bebe, mira tus manos temblorosas".

"Mm... ¿has bebido meados, si no me equivoco?". declaró Jesper con descaro y olfateó su vaso. "Pensábamos mantener una fachada de virginidad, ¡pero aquí están ustedes dos oliendo tan elegantes como los **meados!**". Khan, con su poca tolerancia a las burlas, soltó una risita y succionó un poco de cerveza por el caño equivocado.

Ahora Khan camina nervioso frente a la parada del autobús, pateando guijarros por la carretera. De vez en cuando, un playero recibe el impacto de un guijarro en el pie y le lanza una mirada iracunda. Khan se disculpa y sacude su camiseta, con la mancha de cerveza aún secándose, en la brisa marina.

"¿Huele? Jesper, dime, ¿se nota?"

"Sí, apesta, apesta mucho, y se nota la mancha. Ve a ver a qué hora llega el próximo tranvía".

"Son las nueve, faltan veinte minutos".

"¡No, no me lo *digas*, ve a comprobarlo!" Una vez que Jesper se ha deshecho de Khan, vacía su vaso. El cartón vuela hacia el basurero y apenas roza el borde. "¡Maldita sea!"

Tereesz, pecoso como un diablo por el sol en la construcción, rebota sobre sus rodillas y hace un pequeño baile con sus botas atadas a los tobillos. Lleva un reproductor de música portátil en la espalda, que cuelga de unas correas de cuero. Unas letras de plástico en relieve de color crema anuncian "Mono" con una audacia moderna. El aparato es enorme y pesa más que una montaña de ladrillos. Tereesz lanza arriba y abajo unas baterías pesadas que lleva en la mano. "Bueno, ¿qué tal, estás borracho?", le pregunta a Jesper. "Estoy borracho".

Jesper está borracho, pero no tanto.

"Así está bien, la idea es ganar un poco de confianza, no quedar noqueado. Es sólo para relajarse". "Tereesz intenta sonar inteligente. Probablemente es el único al que no le ha desanimado el retraso de una hora. Nosotros —los kojkos harapientos de cabello color papa— que fuimos apaleados durante un genocidio, la masacre de Yugo-Graad... Mientras tengamos una bebida olorosa a lúpulo o un vino con sabor a bayas en la mano, no tendremos miedo de nada.

Khan recoge su ramo de crisantemos de la banca, y ahora los tres están sentados en fila, zapateando sobre el asfalto y dándose palmadas en las rodillas. Sin coordinación, sin ritmo. Se oye un chirrido de rieles del otro lado de la ladera, y Tereesz aprieta con miedo su ramo de siete rosas rojas.

El traqueteo de las pezuñas se aproxima, los caballos ya están en la ladera, y la insignia plateada puede verse destellando en el sombrero del conductor. Su zumbido se ha desvanecido como una flatulencia en el viento. Tereesz pellizca nerviosamente el envoltorio plateado de su ramo de flores. No se andaba con juegos: siete rosas rojas, un ramo completo. También habría comprado un surtido de dulces, uno de lujo, en una caja con un precioso relieve dorado como si de una novela graadiense se tratase, si tan solo sus bolsillos estuvieran forrados de réales. Algo parpadea desde la cabina del tranvía y, de reojo, Tereesz ve a Jesper levantarse. Que Jesper se enorgullezca de sus lirios, que Khan juegue con crisantemos. Rosas, rojas, siete —¡eso sí que es sofisticado, Tereesz Machejek! *¡Róże i bombonierka, bardzo wykwintnie, Tereesz Machejek!*⁵²

Las puertas del carruaje se abren sobre el marco de acero, y el muchacho ni siquiera nota cómo las espinas le punzan sus manos acalambradas. La expectativa se recuerda con detalle, pero el incidente en sí es demasiado brutal, el momento crucial permanece oculto en el tiempo tras un velo de Suspense. Algo que más o menos era, algo que él había hecho. Las chicas, tres de ellas, bajan del carruaje al asfalto, con las medias hasta la rodilla en sus piernas largas —¡Dios mío, qué crueldad, se han engalanado! Los bordes de las faldas revolotean, casualmente sofisticadas, como si no pasara nada importante. Charlotte, tan genial como es, se pone la mano en la cadera y se planta delante de él, pero Tereesz, incapaz de seguirle la corriente, comete el error de abrazarla. Los brazos la rodean, un precioso ramo de rosas pende contra la parte trasera de su vestido y —oh, sí, las flores están cubiertas de polvo de oro. ¿Qué tan *wykwintnie* puede ser? ¿Cómo puede ser tan *wykwintnie*? Nota un olor ajeno en el cuello de la chica. Ambos se miran —Tereesz y la diosa de noveno grado— y Tereesz, con la cara morena y enrojecida y una sonrisa tonta hasta las orejas, dice: "¡Hola!".

"¡Vaya, pues hola para ti también!", responde Charlotte con encanto infantil. "Como si nada. Acepta las flores, y juntos se dirigen bajo los pinos, donde no llega el sol vespertino. Todo está oscuro y silencioso, y ninguno sabe qué decir.

Afuera, en el patio de la casa de campo del Autorregulador, Kenni coloca el carruaje motorizado en posición para arrancar. El fuerte estruendo del gas de la máquina se fusiona con el ruido de la masa forestal a la distancia, al filo de La Palidez. Incluso se puede sentir La Palidez arrasadora desde la gran casa, tras sus muros revestidos de piedra. Las luces de la máquina se cuelan desde el patio a través de la polvorienta ventana de

⁵² "Rosas y una caja de chocolates, que exquisito, Tereesz Machejek!" en polaco.

la vieja casona, iluminando el vestíbulo y su agrietado suelo de piedra. Una cara sonriente se ilumina en la ventana, dibujada con un dedo en el polvo.

Nadie abrió la puerta cuando tocaron, y el candado estaba tentadoramente abierto, con unas linternas colgando de unos clavos en el pasillo. Así que Tereesz Machejek, antiguo agente de la CPI, e Inayat Khan, desaparecista que vive en un sótano, caminan ahora por un laberinto de habitaciones oscuras con linternas en mano. Filas de herramientas de jardinería, una carretilla destartalada y montones de muebles viejos pasan bajo el haz de luz de las linternas. Khan avanza torpemente entre pilas de tejas, y Tereesz, más alto que él, tiene que agacharse prácticamente por debajo del bajo techo. Otro cuarto de escobas desocupado. Al mirar por la puerta de al lado, pueden ver una espaciosa cocina con un techo abovedado negro como el carbón, que huele a tiza y moho. Desde el interior brillan estanterías con botellas y lo que parece media barra de salchicha ahumada. De vez en cuando, Khan llama al dueño de la casa, en vano.

“¿Seguro que estamos en el lugar correcto?” Pregunta Tereesz.

Khan está seguro; Tereesz siente como si oyera sonar la campana de un trineo en el lejano y ahogado caos del desastre. El sonido se acerca, va y viene como si fuera un sueño. Pero no procede del exterior, donde las raíces de los árboles crujen en el suelo y los cables eléctricos crepitan en el cielo. Viene de algún lugar dentro de la casa sin electricidad. Tereesz se sienta sobre un montón de papel usado y observa con ayuda de su linterna la habitación cubierta de polvo que le rodea. Todavía está un poco ebrio de tanto vino de bayas, pero la oscuridad es serena. Las puertas rodeadas de todo tipo de desechos apuntan a los cuatro puntos cardinales. También cree oír el ruido de un generador eléctrico al fondo, en el corazón de la casa, y se dirige hacia él. Tras forzar una puerta atascada, entra en un salón grande y de techo bajo.

Tereesz apaga la linterna y pisa con precaución los tablones flexibles del suelo. Hace frío adentro. El olor a gasolina penetra a través del moho. Nidos de serpientes negras hechos de alambres enredados se deslizan bajo sus zapatos hacia la esquina sombría trasera del salón. Allí, unas luces verdes y amarillas parpadean rítmicamente. La sala apenas está iluminada por velas —titilan en las ruedas de carreta que penden del techo, proyectando círculos amarillentos de luz sobre el suelo, mientras las ventanas se hunden en la oscuridad. Tereesz permanece de pie dentro de un círculo de luz y siente cómo las ondas sonoras de las campanas del trineo acechan a su alrededor, gélidas y alienadas. El equipo se eleva por encima de ellos, apilado sobre unas plataformas que se apoyan en las paredes cubiertas de yeso. Khan se detiene junto a la puerta y desliza los dedos sobre unas letras en relieve en las que se lee "Mono".

"Tereesz", susurra, "'Mono'". Mira, y aquí pone 'Hertz'". Los perillas de

los filtros de alta frecuencia apenas tiemblan bajo sus dedos. "Es..."

"... una disco", remata Tereesz asintiendo. "Es una discoteca".

Hace tres cuartos de siglo, una noche oscura llega a las islas Ozonne. Todo es gris, gris oscuro, y bajo el cielo ensombrecido, olas negras rompen en la playa enarenada. Las palmas de sable se mecen sobre las cabezas de los amantes revolucionarios. Los golpes de Estado han fracasado, todo ha quedado en nada. Dobrevá abre sus ojos anarquistas, delineados con maquillaje oscuro. Un poco de veneno seco burbujea en la comisura de sus labios. Unos fragmentos de ampolla restallan entre los dientes de Abadanaiz. Acaricia la cabeza de la mujer. "Escucha", dice. El ritmo hipnotizante de las campanas resuena sobre el agua en la oscuridad absoluta. El color ha empezado a introducirse lentamente en el mundo en blanco y negro.

"¡Un baile!" grita Dobrevá, como una niña. Se levanta y se va. Abadanaiz la sigue hacia las olas, con el agua oscura rompiendo alrededor de sus tobillos.

"¿Oyes eso?" le pregunta Tereesz a Khan.

"Como una especie de campanilleo, ¿verdad?"

"Exactamente". Tereesz levanta una rueda de carreta que lleva una vela en el extremo de un clavo y la apunta hacia los oscuros recovecos de la habitación. Los dos avanzan reverentemente por las tablas del suelo hasta el fondo del salón. Poco a poco, las filas de faders de una consola de mezclas aparecen de entre la oscuridad, unos altavoces monolíticos se elevan hasta el techo en ambos lados de la consola, y detrás de ella se sienta un joven con una sudadera a la moda y audífonos. La unión de los audífonos presiona su pelo rizado contra la cabeza. Ulv mueve la barbilla al ritmo de los sonidos, pero tiene sus párpados apretados, como si estuvieran sometidos a una gran tensión.

"Sr. Ulv", susurra Khan quedamente. "Lo siento, pero..."

"Shh..." el joven se lleva el dedo a la boca. Con los ojos aún cerrados, frunce las cejas con tanta intensidad que parece que una explosión bulle detrás de sus párpados.

"*Por favor... no arruinen... mi presentación*", enuncia, como si un río inmenso, un metro cúbico sobrehumano de fiesta, se abalanzara contra el dique de dientes del Autorregulador. Señala con el dedo la consola de sonido, donde docenas y docenas de faders se mueven con una insoportable lentitud.

"*Esta es la parte más... importante*".

Khan coloca con cuidado su mano sobre encima del monitor de estudio señalado por la mano trémula del Autorregulador. Tereesz retrocede como si

estuviera en un almacén de explosivos. A pesar de ello, consigue leer los nombres de las chicas en el sobre. Y, como el agente capacitado que es, no pasa por alto que en realidad hay dos sobres —hay otro escondido debajo del de las chicas. Tereesz no puede ver lo que hay escrito en él. Mantiene la boca cerrada; mientras él y Khan caminan de puntillas por la casa, el tintineo de las campanas a su alrededor se hace aún más intenso que la catástrofe entropónica en el exterior, y le parece que de algún modo ambos se encuentran en el proceso de armonización. Khan y Tereesz se abren paso a través de los campos minados de habitaciones llenas de chatarra. El sonido aumenta a sus espaldas como una onda expansiva, un disparo en cámara lenta, donde todo vuelve a ser como hace ochenta años. Kras Mazov se alza por detrás de su gabinete, en el blanco y negro de la historia. De su boca sale humo de pólvora, y afuera, en el jardín del edificio del Parlamento, ruge un mar de contrarrevolucionarios. Pero Kras Mazov ya no oye la voz traicionera de este mundo —la *introducción* suena en los espejos del gabinete.

"Bueno, ¿qué ocurrió en la conferencia de diseño? Åre Åkerlund habló de que no tendría nada en contra de la guerra. ¿Te acuerdas de Åre? Una vez cometí el error de permitirle sentarse a mi lado en el sofá para la portada de una revista de diseño. Ahora todo el mundo cree que también hizo algo allí. Åre incluido. En su opinión, la guerra hoy en día es más bien un *happening*, un experimento mediático. Y no, no puedo descartarlo: podría haber ocurrido fácilmente. *Podría haber utilizado la palabra 'cambio de paradigma'*". Jesper camina en círculos en una de las habitaciones del último piso del hotel Havsänglar y ensaya para sí mismo: "Después de dejar la oficina, ya sabes... se volvió un completo chiflado. Escribe reseñas de álbumes musicales para el Dagens. Por cierto, ¿se ha quedado sordo a causa de las golosinas para la nariz! En serio, puede pasar. Ha tenido el septum nasal colapsado en dos ocasiones, ¡deberías verlo! Se ve horrible. Como un cerdo. ¿Cómo puede seguir escribiendo reseñas discográficas estando sordo? No, verás, en realidad no escribe reseñas, sólo resume las extranjeras. Le resta una estrella al *rock*, y al 'disco', como dirías tú, Khan, le agrega dos estrellas encima".

Jesper se para frente a la cama y asiente a la mesa beige en forma de cubo. "¿Qué pasó en Lemminkäise, te preguntarás? Ah, tal cual, fuimos con los chicos, cosas surrealistas, no tiene nada de malo, me gustó mucho. Nieve, abetos, el fin del mundo. ¿Qué, cariño? ¿Por qué fuimos tan siquiera allí? Bueno. Un especialista vive allí, verás. Se llama Ulv, y sabe cómo hacer una fiesta él solo. Sólo unos pocos nacen así. La mayoría de la gente suele hacer fiestas con otras personas, de lo contrario no pueden divertirse. Pero Ulv no. Ulv es un Autorregulador. O eso dicen. Cae la noche, te tomas una copa, pones un disco, bailas, hablas solo. Más o menos como hago yo ahora. Solo que más intensamente. Y luego por la mañana, cuando la gente

común se va a trabajar, tú sigues Autorregulándote". Jesper abre las cortinas con pliegues de la ventana del balcón y afuera el cielo se ve tenue y nublado. El balcón parece estar mojado por la lluvia.

"¿que dices? Ah, sí... Bueno, ya sabes, como siempre. Habla con los muertos. Así es, habla con los muertos. Vendrán si les pone algo de Van Eyck y del viejo Rietveld. Por eso está así solo. No, cariño, al parecer no tolera a Fakkengaf". La manilla de la puerta hace clic, y Jesper pone un pie en el suelo de carrizo del balcón. "Se comunica con La Palidez. Bueno, lo que sea que eso signifique. Puedes entender cómo podría... fascinarnos. Esa idea. Sí, gracias a esas chicas. Así es, ¡ja, ja, ja!" Aquí es desde donde Deerek Trentmøller las observó aquel día. Qué raro. No puede decir que le dé escalofríos —es una habitación de hotel perfectamente normal. Unos cuantos cuadros náuticos menos no estarían nada mal, las totoras del salón son repugnantes, y el tapizado de la pared es... bueno, el tapizado sigue siendo el tapizado de la pared. Por lo demás, todo es la elegancia máxima de los años cincuenta. Jesper mira hacia abajo desde el balcón. La arena de Charlottesjäl está húmeda por la lluvia, y las olas otoñales rompen en la playa. El balcón está muy alto, en el cielo, en el duodécimo piso. Jesper está allí solo. Extiende los brazos. "No seas ingenuo, claro que *no realmente*. Pero el espectáculo fue bueno. El espectáculo es lo más importante en ese ámbito en concreto —charlatanería, es decir,. Considéralos artistas. Bueno, pues... ¿Adónde vamos a cenar? No, *de verdad* no quiero hablar más de eso".

Antes de salir, Jesper se para en medio de la habitación número 1212 del Havsänglar. La funda del sofá es de color verde musgo, y las cortinas con pliegues parecen de color melocotón crema a la suave luz de la lámpara de suelo. No, no le importa. Afuera, el mundo es uniformemente gris, y la elegancia femenina de la habitación dormita en medio de él. Un auténtico sueño petit-bourgeois. Jesper extiende los brazos como esperando que ocurra algo. También da unos pasos osados antes de detenerse, derrotado, con las manos en las caderas. El dial de la radio brilla sobre la mesita de noche en forma de cubo, el reloj hace tictac, las cortinas frente a la puerta abierta del balcón ondean como una vela.

"*Por favor,*" dice Jesper y mira la habitación, sus muros pulcros y su techo alto. Pero no pasa nada. Antes de que el interiorista baje a la playa, le dice a la habitación con frustración: "Hijo de puta".

Jesper camina por la arena mojada con paso tercamente determinado. Los juncas crujen con el frío de finales de otoño. El acantilado de los chicos, ahora mucho más pequeño, se ve azulado a la distancia, a través de una bruma de gotas de agua. Una delgada tabla de surf blanca atraviesa el cielo otoñal como un sable. Jesper levanta su belleza por encima de la cabeza y lanza miradas soberbias a los *windsurfistas* en el agua. Podrías

pasarte dos horas en el agua con este traje de neopreno, jugando en la misma ola moribunda que otros diez tipos. No, Jesper va a su lugar de siempre. Ya lo siente, en lo más profundo de su cavidad pectoral, cómo las olas se hinchan allí, esperándolo.

Una falda brilla en la oscuridad del pinar, ondeando alrededor de las piernas delgadas y bronceadas de una chica de catorce años. Los chicos la siguen, un pelotón guiado por la bandera que es la falda de Charlotte. ¿Cuánto tiempo llevan así? Nunca han estado en este lado del pinar, donde los caminos arenosos desaparecen en el verde apagado de los arbustos de moras. Los lugares conocidos quedaron atrás hace tiempo, los puentes colgantes y el camino que subía al barranco. Todo transcurre en un tenue silencio, interrumpido de vez en cuando por pedazos entrecortados de conversación. Las sombras se alargan entre las dunas y, a lo lejos, la cortina arbórea se separa poco a poco.

El campo que tienen delante ondea con la brisa salada del mar. Un sol de un color anaranjado sanguinolento cuelga muy bajo en el cielo. El mar de fumistería se agita a medida que las piernas de Charlotte lo diseccionan con sus medias a la altura de las rodillas. Seis largas agujas de reloj se deslizan por el campo, las chicas corren con alivio y los chicos les pisan los talones. ¿Sigue siendo Charlottesjäl, ese campo con los junciales meciéndose en sus bordes? Donde la alfombra de heno marrón-beige se transforma en una franja de fina arena blanca, Målin se detiene y se quita los zapatos. Junto a Khan, respira con gula el aire marino en su pecho vestido de gala. En el horizonte, en el espejo azul claro del agua, arde otro sol, fracturado como una explosión a causa de una suave brisa. Salpicaduras entintadas de nubes, negras a contraluz, se desgarran sobre el agua. Los chicos permanecen de pie entre los junciales, todos ellos protegiéndose los ojos del sol con las manos, y los gigantes de los junciales se postran en reverencia ante ellos desde ambos costados.

Anni, en shorts, se tumba en la arena, y Tereesz deja el tocadiscos portátil a su lado, con estoicismo, sobre un montón de junciales. Saca la antena en medio del silencio de la llegada y cambia la radio de onda corta por una estación juvenil popular. Suena una guitarra pop a través de los altavoces, en marcado contraste con el estado de ánimo derrotado de Tereesz. La chica aún no le había devuelto el abrazo. Qué rígida se había mostrado, Charlotte, y qué derecha se había mantenido sobre los tacones de sus zapatos de correas. Ahora no se atreve a mirarla; siente que algo se ha roto en este tiempo. Siente como si... como si algo se hubiera roto. Algo así le hace recordar la masacre Yugo-graadiense. Cuando el zumbido desaparezca, descubrirás que nuestra naturaleza más dura sale a la luz. Al fin y al cabo, todos somos kojkos con el pelo del color de una papa y ojos avellanados. Pero Målin, la radiante septentrional, chasquea alegremente los dedos al sol y le pregunta a Khan: "¿Lo han conseguido?".

"¡Lo conseguimos!" Jesper interviene. Observa cómo brota la satisfacción en los rostros de las chicas mientras saca una bolsa de papel del fondo de su bolsillo. Målin extiende la toalla de playa sobre la arena y Anni saca seis botellas de agua con gas de las profundidades de la bolsa. Las botellas se colocan en fila sobre la arena mientras Charlotte explica cómo te provoca una sed extrema. Que luego tendrán que ir a traer más agua de la playa. Pero no pasa nada, será una excelente aventura para la valiente pareja que se atreva a ir. Unos escalofríos de entusiasmo recorren a los chicos al oír esa palabra. ¡Pareja!

Sólo que Tereesz no se dio cuenta. Tereesz sigue pensando en el genocidio.

Se sientan en la toalla de playa, los seis en círculo con las chicas frente a los chicos, y Charlotte se echa las pastillas de la bolsa de papel a la mano. La bolsa hace un ruido. Las narices de todos se juntan al ver veinticuatro diamantes de color rojo carmesí brillando en la palma de Charlotte. Lanza las gemas de una mano a otra, y las pequeñas pastillas saltan alegremente. Una de ellas se cae, la niña suelta un "¡ups!" y Målin la recoge de la arena como si fuera una bisutería. Le sopla con delicadeza, le lanza una mirada de reproche a su hermana mayor, y luego pasa el dedo por la superficie de la pastilla como quien pule un rubí. Khan ve cómo se sonrojan los labios de la chica. Son del mismo color que la cherry speed.

"Escucha, se un buen hombre, dime *qué* pasa", suelta finalmente Tereesz, en la penumbra del patio de recreo. Los cierres de la chaqueta de cuero del traficante, Zigi, tintinean. Es ayer por la tarde y un chico con el pelo negro y grasiento camina sobre un subibaja. Coloca sus piernas vestidas con pantalones de mezclilla una delante de la otra sobre la tabla, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Y empieza: "¿Sabes cómo dicen que las drogas son un perjuicio para la salud?". El otro extremo del subibaja golpea el suelo cuando el chico pasa por su parte central. "Un escape de la realidad, ¿cierto, una estupidez sin sentido?". La pregunta es retórica por naturaleza. Zigi se la responde a sí mismo: "Tienen razón. Las golosinas para la nariz te convierten en un imbécil, el pop te convierte en un idiota... Aléjate de esa mierda. Entorpece la mente y, francamente, es peligroso para un organismo no desarrollado. No vale la pena". Zigi salta del subibaja, la arena vuela por debajo de sus sneakers. "¡Pero *ésta* de aquí, *ésta* droga en especial! Esa gente sólo puede hacer tales generalizaciones porque aún no han..." saca una bolsa de papel de su bolsillo trasero y la sacude frente a las narices de Tereesz, "¡metanfetamina hecha en Samara! ¡No puedes ni imaginarte lo afortunado que eres ahora mismo! ¡Qué desperdicio! Ni siquiera entiendo por qué la vendo. ¿Por qué no la consumo yo ahora mismo?". Los ojos negros de Zigi relucen en la penumbra. "¡Esta cosa es tan nueva que aún no tiene nombre! Las chicas lo llaman 'cherry

speed', los chicos dicen 'anfeta samarana'⁵³. Viene de la República Popular de Samara, por eso. Todas las cosas buenas de este mundo vienen de la República Popular de Samara. Lo traen a través de La Palidez. ¡La primera droga callejera del mundo inventada por comunistas! Allá, los entroponautas la consumen, en La Palidez, ¡para no tener miedo! ¿Pero para hacer una fiesta? Es una forma de pensar muy pionera, muy progresista. ¡'Comunista errante'! Es lo que dicen de ella en Graad. Pero yo, yo personalmente digo... ¿"Quieren saber lo que yo digo personalmente"? Las sombras se ciernen bajo los pómulos de Zigi; sus cejas negras y las arrugas de los rabillos de sus ojos adquieren un aspecto pícaro.

"¿Qué?" pregunta Tereesz.

"*Materimonio*"⁵⁴, dice Zigi. "Me refiero a: un matrimonio de materia".

El pequeño Inayat Khan se sienta con las piernas cruzadas frente a Målin y observa cómo, sin previo aviso, se mete las pastillas en la boca como si fueran caramelos. La tapa roscada del frasco chasquea y Målin se limpia el agua de sus labios.

"Bueno", pregunta con energía, "¿qué estamos haciendo tan siquiera? Acabemos con esto ya, de todas formas faltan cuarenta y cinco minutos para que empiece a hacer efecto. Esperar es molesto".

"¿Te tomaste dos?!" Charlotte está asustada. "¡Estúpida!"

"¿Y qué?" gruñe Tereesz, y Khan se siente acobardado al lado de su amigo, el pecoso filósofo absurdista. Aún pensando en la masacre de Yugo-Graad, Tereesz mastica las pastillas en su boca. No bebe nada de agua; la sustancia azucarada y agridulce efervesce en su boca, pero a Tereesz realmente no le importa. "Yo también la tomé. 'Comunista errante', dice, y traga antes de estirar los brazos como alas de avión.

"¡Muy bien, ya basta!" grita Charlotte. Anni se enfada. "Dos son demasiados, empieza con la mitad. ¿Y ahora qué vamos a hacer contigo? ¿Llamamos a una ambulancia?"

"No es necesario", dice Målin esbozando una sonrisa. "La última vez me tomé una completa nada más empezar y estuvo muy bien. Creo que ahora será el doble de bueno. ¿Qué opinas, Tereesz?"

"Conozco asaltos a bancos para los que se han hecho menos preparativos que para esta noche", irrumpe de pronto Khan, para su propia sorpresa. "Miren —linternas de gas, por si se hace de noche", saca con rabia tres linternas de la mochila de Tereesz, que ahora ha confiscado, "¡y agua extra!". Un bidón lleno de agua retumba al caer en la arena. "Porque Zigi

⁵³ "Samaran amph" en la traducción al inglés. Anfetaminas oriundas de Samara.

⁵⁴ "Ainelaulatus" en la obra original, una palabra inventada. "Aine" es materia, sustancia o coloquialmente una droga. "Laulatus" es una ceremonia nupcial.

dijo que bajo los efectos de esta —sinceramente, aún no entiendo cómo se llama— bajos los efectos de esta *cosa*, todo sabe asqueroso. Y todo empieza a ponerse... no sé, extraño".

"Exacto". Charlotte levanta una sola pastilla carmesí al aire entre sus dedos. Mira a Khan, cuyas incipientes cualidades de líder la confunden, y anuncia expectante: "¿*Skål*?"

"*Skål*", responde Khan, y Jesper observa cómo su compañero nerd de escritorio y Charlotte toman juntos las botellas de agua. Sólo Anni sigue titubeando frente a él, rodando la cherry speed en la palma de su mano. "¿Y bien?" Mira a Jesper, con las manos apoyadas en la barbilla. "¿*Skål*?"

Jesper lanza una mirada descuidada por encima de su cabeza, a la curva de su trasero vestido con pantalones de verano de abertura lateral; a sus rodillas torcidas, a sus pies con sandalias colgando descuidadamente. La chica sonríe; no traga saliva de inmediato, sino que deja que la saliva se derrita en su lengua afilada.

"Es así de dulce, desagradablemente dulce. Me gusta mucho. Creo que me gusta sólo porque sé lo que me hace. A ti también te gustaría si lo supieras". La chica mira a Jesper y Jesper mira por encima de sus piernas. La explosión del sol en el agua se ha enfriado. Una repentina ráfaga de viento hace susurrar a los juncas que los rodean; todos guardan silencio y escuchan. El chico se mete la pastilla en la boca y siente la sacarina brillar en su lengua. Vacila un momento más y después traga. La bilis del miedo se alza en contra del objeto que baja por su garganta; el ambiente ácido de su cavidad estomacal reacciona, desintegrando el diamante carmesí insospechadamente. Los aglutinantes y los colorantes efervescen. Ante sus ojos, las olas bañan la playa, tan tranquilas como si se tratase de un sueño, y las gaviotas chillan; para este mundo que se desvanece, el chico con sombrero blanco de marinero ya no es nada más que un viajero, a merced de los semisintéticos. Jesper se entregó, siendo el último de los seis, pero aún así voluntariamente, —como todos los demás. Aún no lo sabe, pero su metabolismo subdesarrollado ya está desprendiendo hojuelas microscópicas de carbono, oxígeno e hidrógeno; una combinación no natural de partículas elementales se instala en su interior. Aquí ya nada depende de él; todo depende de ellos. Tienen su propio plan, y cuentan con cuarenta y cinco minutos antes de que entre en acción. Se vuelven compatibles con él, configuran nuevas pautas de conducta, toman el control como armas sigilosas en una guerra secreta.

Pero nada en esta silenciosa lluvia flotante de psicofarmacología puede alcanzar el nivel del vendaval que devasta el cuerpo de trece años de Målin Lund. Khan observa, con la cabeza agachada, mientras la chica se levanta frente a él y se suelta su trenza de cabello rubio cenizo. Su pelo ondea al viento. Como si esperara con orgullo un hijo, se lleva las manos al vientre.

Bajo su vestido blanco con lunares, su sistema metabólico trabaja horas extras. Ya siente cómo las náuseas matutinas perturban la blandura de su digestión, cómo las fenetilaminas zumban contra su piel rosada y llena de venas de pétalos. La síntesis definitiva de anfetaminas, *¡non plus ultra!* Su cuerpo quiere deshacerse del intruso, pero ella es muy valiente, se lo guarda todo en su interior. También es lista —no ha comido en todo el día— y también es hermosa, muy hermosa.

En la portada de una revista para chicas, como cuentas de un ábaco, hay doce diamantes en fila. Al principio eran veinticuatro. Charlotte tomó uno, Anni tomó uno, Jesper tomó uno y Khan tomó uno más. Tereesz tomó dos. Haz tú las cuentas. Mientras el viento despeina a Målin, ya siente cómo todo se inunda detrás de su barrera hematoencefálica, su secreto silencioso. Un torbellino apocalíptico de serotonina se alza dentro de ella. Bueno, qué puede decir, Målin Lund tiene unos dientes de gatita perversa y unas curvas suaves, tiene 10 en su boleta de calificaciones de octavo grado, y realmente le gusta divertirse.

Los seis se sientan en silencio en fila con las manos sobre las rodillas. Anticipación; el borde del horizonte es de un dorado sombrío, el sol se hunde en el agua y hay un penacho azul verdoso sucio en el cielo sobre él. Målin mide el tiempo restante con el pulgar como si fuera un reloj de arena. El sol se está poniendo detrás de su pulgar, y a cada momento la bóveda celeste más allá de la nuca de la muchacha se hunde en un azul cada vez más oscuro. Las estrellas se encienden, una tras otra, y en el silencio se puede oír la arena al borde del agua, efervesciendo como una botella de limonada bajo las olas menguantes.

Jesper está parado en una playa solitaria. Veinte años han quedado a sus espaldas, y frente a él, las olas brotan del océano. Sostiene la hoja blanca de la tabla de surf en su costado derecho, y la otra mano descansa con expectación sobre su cadera. Jesper viste de neopreno negro para la ocasión, como siempre —un traje de cuerpo completo. Sus ojos azul claro asoman por los orificios oculares como si de una máscara de ladrón de bancos se tratara; su boca, a través del orificio bucal, está roja de frío. La playa vacía le da su saludo anual a Jesper. La costa ha cambiado mucho, la anchura se ha desplazado con el tiempo como las arenas movedizas, pero el trazado base sigue siendo siempre el mismo. Jesper atraviesa lentamente los juncuales y se adentra en el océano. El agua a diez grados del Mar del Norte se adhiere con fuerza a su traje de neopreno, haciéndose más y más profunda a cada paso. A pesar de la capa resistente al frío del neopreno del traje, el calor corporal se pierde en el agua —algo que sucede con el tiempo, imperceptiblemente. Al cabo de tres cuartos de hora, empieza la hipotermia.

Las olas le golpean la cintura y se levantan ante él en la oscura

penumbra agrisada. Jesper se arrastra hasta ponerse de panza sobre la tabla y empieza a remar. El agua choca contra la tabla, y las olas rompen a su alrededor mientras él se eleva en ellas. Conforme más se adentra, más se elevan, hasta que finalmente ya no puede remar a través de las crestas de las olas. Antes de que el oleaje pueda alzarlo, Jesper presiona la afilada punta de la tabla bajo el agua y se sumerge. Las aguas heladas e hipotérmicas estallan contra él, las corrientes se arremolinan a su alrededor en un vórtice submarino. Le quema en los ojos como si fuera metal fundido. La silueta negra azabache de Jesper se desliza contra la tumba sin fondo que es el mar, empujando la línea blanca resplandeciente de la tabla de surf hacia la oscuridad.

"¿Qué sigue? ¿Qué se siente?", pregunta Tereesz finalmente. Cuando Charlotte, junto con Anni, transmite a los chicos las intensificadas sensaciones físicas y la indescriptible sensación de éxtasis, todo se eleva sobre ellos como un sistema de alta presión en la oscura bóveda celeste. ¿Khan está poseído por una extraña indiferencia ante la situación? Parpadea tras sus lentes diamaterialistas, inhala con serenidad y se siente a sí mismo, su cuerpo con sobrepeso que lo rodea, su esponjoso y exaltado corazón palpitante, como si nada de ello formara ya parte de él. Målin se mueve arrepentido al lado de Khan, y se separan del grupo.

El tranquilo mundo de franjas en el horizonte de Khan se siente tranquilo. Parece como si el tricolor iilmaraano —esa vibrante combinación de colores que se le viene a la mente a la chica cuando piensa en Khan— se hubiera enfriado convirtiéndose en un cielo nocturno. Målin se lo comenta y, al mismo tiempo, le advierte que aún queda mucho por venir de tan sincera que está hoy. Cuando *eso* haga efecto.

"Muy bien", asiente Khan, y se acerca cada vez más a su nuevo yo, el yo en el que le está convirtiendo el empatógeno industrial. Para la noche venidera, y también para el resto de su vida. Cuando lo necesita, vuelve a este lugar donde todo está bien. Todo está bajo control. "Y por cierto, de ahí es de donde viene: —los colores del cielo del atardecer. Turquesa, violeta y naranja. Son tan brillantes en la bandera porque Iilmaraa no tiene los pigmentos adecuados en su suelo. No se dan de forma natural allí. Esa es su desgracia, eso y el demencial sol abrasador. Por eso parecen tener mal gusto. Pero en realidad, es así por culpa de los suelos y el sol. Les gustaría hacer cosas más pacíficas, pero no pueden".

Målin asiente. "Sabes, a veces no tengo nada que agregar. Especialmente a algo como esto. No sé nada de suelos de colores, pero me gusta lo que dices. Así que no le des importancia, ¿de acuerdo?".

"No, no tienes que disculparte. Sé que es interesante —los colores del suelo de Iilmaraa, la capacidad de cruzar La Palidez de las antiguas aeronaves, incluso los disparates que te dije cuando te mandé a casa—, no

hace falta que nadie me lo diga". Ambos ríen en voz baja, como si ocultaran su chiste de los demás. Khan finalmente guarda silencio y vuelve a levantar la barbilla hacia el océano. "¿Y qué dirías tú, cómo es? ¿Esa sensación? Cuando te hace efecto".

"No sé por qué, pero ahora estoy de un humor colorido", explica Målin, y Khan le asiente con calma. "Yo diría que es negro. Muy oscuro. Una oscuridad muy buena". Khan asiente de nuevo. Empieza a disfrutar en silencio de este nuevo semblante que se le ha presentado. Le gustaría que todo el mundo hablara con él, acerca de todo. Y Khan asientiría en silencio, mostrando su humilde aprobación. La aprobación de Inayat Khan. No es cuestión de broma. Siente que le sudan las palmas, sus manos se entumecen. Målin le dice que se supone que debe ser así. Todo esto es completamente normal. Significa que pronto llegará. Está a punto de pegar.

De repente, Khan mira a la criatura que tiene delante con una atención ferviente, y la criatura le devuelve la mirada a Khan. Quiere lo mejor para ella. Tiembla ligeramente, le castañetean los dientes mientras aprieta una toalla de playa entre sus manos sudorosas. Unos hermosos pensamientos destellan tras los ojos verde oscuros de Målin Lund; sus neuronas serotoninérgicas se están reorganizando en la red ramificada de sus sinapsis. Esta ley —esta cosa terrible llamada cambios de humor, pecado original, recaptación de serotonina— está siendo inhibida. Este ciclo químico que se burla de Målin Lund con sus miserables raciones de caramelos, día tras día —desde la mañana en la escuela hasta la noche, y nuevamente cuando termina su tarea— deja de funcionar desde ahora. Y no sólo eso, sino que sus neuronas también bombean las cantidades no utilizadas con una bondad antinatural. La chica está empapada de un negro tinta, de racimos demasiado maduros de delicioso jugo, intoxicación líquida pura. El tocadiscos portátil emite una música de guitarras pop de los años cincuenta. Sus proteínas de transporte siguen bombeando más y más placer, y todo se vuelve demasiado que ni su cuerpo ni su mente pueden reaccionar todavía.

"Tengo miedo", dice Målin de repente. "De alguna manera es diferente a la última vez. Todavía puedo oírte, pero todo lo demás está dando vueltas. Me siento como... No sé cómo me siento". La respiración de la chica se acelera visiblemente. Le da la espalda a su hermana mayor y le dice en voz baja por encima del hombro: "Hace mucho calor, Lotta. Sé buena, súbeme el vestido a la cabeza".

"¿Qué, ya?!" Charlotte mira rápidamente el reloj y, con la otra mano, baja el cierre de la parte trasera del vestido de Målin. "Todavía deberían faltar quince minutos. Claro que esta vez también podría ser menos".

La voz de Målin es débil, un hilo intermitente. "La cabeza me da vueltas, no veo nada...". Levanta las manos en el aire.

" No pasa nada", dice Khan con calma. No ha perdido la calma. Mientras más se complica la situación, más tranquilo se siente Khan. Sigue parpadeando tranquilamente e inhala y exhala. El frescor del océano ondeante se extiende ante sus ojos, siempre tan vastos y desinteresados. "Si tu cabeza da vueltas, cierra los ojos", dice Khan, y piensa que, al menos por ahora, sería caballeroso no mirarla. El envoltorio blanco del vestido cruje en el aire mientras Charlotte lo levanta de un tirón por encima de la cabeza de Målin.

La chica apenas respira. "Dios mío, tengo miedo... Dios mío..." Se desploma entre las rodillas de su hermana. Sus labios sonrojados exclaman en la oscuridad, como una gaviota: "Hizo efecto..." Khan ya no puede dejar de mirarla. La coronilla de Målin ondea sobre el vestido de Charlotte, su cuerpo en traje de baño resplandece en los brazos de su hermana, sus ojos se dilatan hasta la midriasis: enormes discos negros, pozos de pupila sin la más mínima señal de sus iris verdes. Los cinco se sientan en círculo a su alrededor; Målin mira a Khan.

"¿Cómo estás tan tranquilo?", pregunta.

Khan aparta la mirada de la suavidad de su cuerpo, las articulaciones moviéndose febrilmente ante sus ojos. Contempla el frío mar del Norte, en el que se ha hundido el sol. Las oscuras sombras de las horripilantes nubes se desintegran. "No lo sé", dice Inayat Khan, quitándose sus lentes mojados y limpiándose los con un pañuelo, como hace siempre. "Creo que probablemente está haciendo efecto. Hace tiempo que me siento anormalmente tranquilo".

Charlotte acaricia la cabeza de Målin. "Puede ser, a mí también me hizo efecto lentamente la primera vez. ¿Te sudan las palmas de las manos?"

"Charlotte, me sudan las manos todo el tiempo. Pero sí, creo que ahora también están sudando".

Målin se desliza por el vestido de su hermana como si estuviera metida entre unas sábanas frescas. Se frota ahí dentro, en la cuna, en la cama de la guardería; la tela del vestido se arrastra a su alrededor como ropa almidonada, oliendo tan agradable y ventilada... Su cuerpo sólo tiene trece años, pero en el crepúsculo rojo de su sistema nervioso central ya se han desatado ríos de oxitocina, como en la felicidad del postparto. El favor y la confianza fluyen sobre sus glándulas mamarias apenas desarrolladas, la hormona del orgasmo sube como la levadura en el calor de sus tejidos adiposos, y ella se sonroja a través de las olas del cuidado. Quiere a todo el mundo. Anni la mira revolcándose de envidia. "¡Hmph, ya te sientes muy bien!".

"Dios mío, qué bien me siento", exclama Målin. "No te puedes ni imaginar lo bien que se siente. Di algo lindo, está latiendo muy fuerte. Tengo miedo que de lo contrario las cosas se pongan muy tristes".

"Eso puede pasar". Charlotte asiente con nobleza y presiona la mano contra el pecho de Målin para corroborarlo, luego se retira aterrorizada, como si hubiera tocado un hornillo. "¡Dios mío, tu corazón late muy rápido! Como el galope de un caballo, ¿lo escuchas?". Anni acerca la oreja al pecho de su hermana. "Målin, ¿cuánto te tomaste? ¡Dime la verdad!"

"Dos pastillas", miente Målin. No tomó dos, se tomó seis. Acaricia el pelo liso de Anni con una mano y con la otra encuentra la mano de Khan sobre ella. La estrecha contra su pecho también, en su necesidad de cercanía, y respira: "Todo está bien, creedme, todo es tal y como debe ser, Dios, qué bien me estoy sintiendo...". Mueve la cabeza lentamente, cautelosamente, como si fuera a retirarse de las olas frías y calientes; enloquecida, se acelera frente a ella, las bocas de los caballos echando espuma. La cuestión se enfurece, hace estragos. "... No he pasado un momento tan bueno en mi vida, todo es tan suave, siéntelo tú misma...". La chica aprieta firmemente la mano de Khan contra sus costillas. El círculo de sirvientes se estrecha en torno a Målin. Khan se endereza mientras se sienta por encima de todo. Levanta su barbilla regordeta hacia la muchacha, con orgullo, una paz indescriptible imperando en su corazón. Ya se movía en su interior, pero la sensación se hace más fuerte y certera por momentos. El chico de piel oscura mira fijamente por debajo de su ceño fruncido, sus lentes diamaterialistas exagerando las ahora oscuras esferas de sus ojos como si fueran lupas. Es el León de Serber, un verdadero khan de naciones.

"Målin, escucha, creo que me acaba de hacer efecto. Esa magia". Entrecierra los ojos.

"¡Te he infectado!" La chica se sonroja y sonríe abundantemente a su primogénito. Khan exhala y siente cómo su aliento es inquietantemente cálido contra la chica, como una espada, y el mundo a su alrededor cosquillea sombríamente con su alegría. La atmósfera vibra, todo pasa por un filtro de ruido; una multitud de saltamontes errantes gorjea, frotando sus patas contra los filamentos con que todo está hecho. Este palpitante infarto lo recorre todo, incluso en el suelo blando, bajo la mano de Khan, y en la cálida oscuridad del cuerpo de Målin Lund, suena una alarma de emergencia.

El alocado as del rally suruleño da golpecitos a las ruedas de su carruaje motorizado frente a la casa. Cada vez se pone peor; las altas frecuencias flotan en sus oídos. Dale aunque sea un momento de silencio y deja que Kenni se pregunte por qué no cambia a la tercera marcha. Es preocupante, en serio. Levanta la vista hacia la puerta de madera de la vieja casa solariega, que permanece abierta, y por un momento de claridad, el mundo

se detiene, los copos de nieve flotando en el aire. Una teja del techo se eleva desde la casa, de color negro contra la extensión azul oscuro del cielo, todo es tranquilidad, silencio. Vuelve a caer a la tierra. Una bocanada plateada de aliento emana de la boca de Kenni en la inmovilidad del invierno.

Hace setenta años, Nadia Harnankur da un paso desde el borde del puente hacia el vacío. Su precioso vestido de gala se invierte y la tela se agita. Caer con la cabeza inclinada hacia atrás, recta como un fósforo, y a través de la medusa blanca formada por las enaguas flotantes se despiden del mundo. El río Veera fluye bajo su caída, una corriente mercurial entremezclada con espuma. Y desde muy, muy lejos, suenan campanas de trineo, como viniendo de un recuerdo de la infancia.

Inayat Khan sale por la puerta de la casa de campo junto a Tereesz Machejek. El ex agente de estatura alta mira a su alrededor sorprendido por el silencio. Es tan bonito ver flotar la nieve a la luz de la lámpara en forma de cubo de rueda que Tereesz ha olvidado que lleva en la mano. Kenni les saluda desde el carruaje motorizado, con una mano en el corazón, con alivio.

Consiguen dar dos pasos en los que Tereesz aún es capaz de escuchar cómo cruje la nieve bajo su zapato, antes de que las frecuencias graves estallen de repente. Kenni ve cómo los dos hombres voltean horrorizados hacia la casa. Suena un ritmo ensordecedor, las ventanas tiemblan al compás de sus graves.

El pequeño Tereesz baila sin control, olvidándose de sí mismo como un chamán Yikutan. Agita los dedos en el aire; están entumecidos y cómodos, y el mundo susurra a su alrededor. Una ráfaga de viento susurra entre los matorrales y le refresca la frente sudorosa y el torso desnudo. La benevolencia del mundo es inagotable, la masacre de Yugo-Graad nunca ocurrió, y Frantiček el Valiente viene con el ejército revolucionario de la SRV detrás suyo, ondeando banderas blancas. Tereesz podría pedirle cualquier cosa al mundo, pero no se atreve a mirar lo que se está moviendo justo delante de él. Ya no forma parte de este mundo. Sólo los tonos graves de un bombo, procedentes del "Mono", se reflejan en el espejo negro de su oído. Los seis se esconden entre la maleza; a todos les había parecido una buena idea. "¡Vamos, sí, vamos allá, hagamos un nido!", chillaban todos.

Khan enciende linternas de gas en la oscuridad. El gas tiene un olor desagradable, como a babosa, para sus órganos olfativos. El encendedor destella y la lámpara cobra vida; unas lenguas azules de fuego bailan en sus lentes, y las praderas circundantes proyectan sutiles sombras sobre los niños. Khan mira su manualidad y le gusta. Le gusta cómo oscilan las sombras en las mejillas de Målin. Tampoco teme decírselo, y ella agradece oírlo. Målin Lund está saturada, hecha puré, envuelta en el vestido de Charlotte y en su propio traje de baño blanco. Mentalmente, ya no puede

reinterpretar las avalanchas de materia en bienestar, pero continúa la clarificación en sus tejidos. La materia ahora golpea a la chica, brutalmente, con celos. Y nada en esta noche febril muestra signos de amainar. Golpea de nuevo, y Målin se lleva las manos a los costados por el impacto directo; se asfixia. La agradable textura del vestido roza sus ganglios linfáticos, y la suavidad de sus axilas; sus pezones chocan contra la tela de tricot, pero las terminaciones nerviosas llevan tiempo adormecidas, demasiado entumecidas para percatarse de ello. Sus unidades sensoriales se sobrecalientan, su aparato físico es incapaz de recibir más intoxicación. El agua embotellada se derrama de la mano de la chica hasta la toalla de playa, pero nadie se da cuenta; todo el mundo sigue conversando a su alrededor. Un cálido resplandor rojizo se adhiere a la parte interna de los muslos de Målin; ella se desploma, el negro de sus ojos brilla en la misma frecuencia —en modo de agotamiento. Ramos de lirios, crisantemos y rosas rojas se marchitan en la arena a su alrededor.

Se tranquiliza, su cuerpo colapsa bajo la tensión. "Por favor, consuélennme, es demasiado bueno..." murmura, "es demasiado triste para ser así".

Los ojos de la estrella de opereta se abren de golpe, sólo hay blanco; y arrepentimiento, ¡arrepentimiento asfixiante! ¡Qué he hecho, yo, una mujer tonta, tonta! El agua helada salpica los pulmones de la narración inerte de Nadia. Todo lo que Nadia ha hecho pasará a la historia como una carcasa, carente de calor corporal, distorsionada. Es una huella, una alucinación; casi nadie recuerda quién fue Nadia en realidad. Ni siquiera han oído hablar de su primer éxito "The Officer's Wife", y su sórdido número "The Shipboy's Mistress" es, en el mejor de los casos, una curiosidad histórica. Una ridícula exageración de su época. Ha caído en el olvido, se ha hecho vieja, ¿qué puede significar ya para ella un vestido bonito? ¡no hay salida! Pero por encima de la superficie titilante del agua, las candelabros apenas acaban de encenderse. Todo está por llegar —los flautines, sus instrumentos favoritos, y las vivas fanfarrias, ¡qué sonido tan espléndido! El estruendo redoblante de los timbales, el sonido del agua en los oídos de Nadia es como un furor, vida, ovaciones y cálidos, cálidos tributos. Vuelve a la superficie, y la gente, joven y hermosa, está allí con ella una vez más. A Nadia le parece que se está celebrando una gran fiesta. Probablemente el mundo terminará pronto.

"No", dice Frantiček el Valiente, "aún quedan ocho años".

Qué joven tan simpático, y qué pómulos, ¡como de águila esteparia! "¿Ocho años? ¡Pero entonces todo sigue siendo posible!".

"Sí, todo es posible para este mundo", dice Frantiček el Valiente.

Anni, la hermana menor, le da a Målin agua embotellada con el cuidado de una enfermera, y Khan parte las cañas con la mano como si fueran

cortinas que desvelan las olas del mar. Comienza a hablar. Un par de siluetas están retozando sobre el fondo de agua oscura y salpicante. Están bailando, una locamente, y la otra al mismo ritmo pero tres veces más despacio. Anni envuelve a su abrasadora hermana en un capullo de tela del vestido. La propia Charlotte salió de allí hace un rato. Se había tomado la segunda hace cuarenta minutos.

Se acerca a Tereesz atravesando la oscuridad, en un torbellino de baile, y le abre los ojos con su voz. La chica semidesnuda pone una botella de agua en la boca del chico y le dice: "¡Tereesz, yujuu! Tienes que beber o te dará un golpe de calor. Y ustedes también", grita detrás de ella, "¡no olviden beber agua!". El chico toma la botella de sus manos y se sirve; su sed es insaciable. Así, fresco como el agua, su fervor se calma por fin. Una dichosa calma química aplasta al chico bajo su peso. Con los pulgares enfundados absortamente en el dobladillo de su ropa interior dorada, Charlotte Lund mueve su cuerpo recién salido del cascarón frente a él. Cabecea al ritmo del bombo, con la cabeza ligeramente inclinada y los ojos cerrados. Esboza una sonrisa fugaz, y se escucha un sonido breve. Charlotte sólo se ríe de esta manera con sus propios chistes. Esto derrumba a Tereesz; esto y la media dosis que se ha tomado en secreto. Oye un trémulo eco de risa allí, en el misterio de la corteza cerebral de la desconocida. ¿Cómo sería *reír* esa risa? No es sobre nada ni con nada, ya ni siquiera consta de palabras, hace tiempo que se esfumó, se perdió para Tereesz.

Machejek bajó las escaleras con su uniforme escolar. ¿Cómo iba a saber que en Vaasa sólo los marginados llevan el uniforme escolar? Como los que limpian las paredes. Acababa de llegar. La mayor de las Lund bajó las escaleras, con sus botas chasqueando en los peldaños, y el guapo Aleksander, el amigo 10 de 10 de la chica, daba vueltas envidiables con su elocuente boca. Tereesz los siguió hasta la fila de la cafetería como una sombra. Charlotte Lund normalmente nunca va al comedor escolar; no come, no tiene metabolismo para este mundo. Pero el guapo Aleksander la sedujo para que fuera con él. Tereesz Machejek, del octavo grado, se puso detrás de Charlotte y se sirvió un poco de mors. La chica se dio la vuelta y agarró el cucharón del mora. Tereesz le pasó el cucharón. Y así sucedió.

"Tú eres Charlotte Lund", murmuró Tereesz el nombre semimítico de la chica.

"¿Y tú eres?"

"Tereesz Machejek", dijo Tereesz Machejek. Y allí se había quedado. El pelo satinado de Charlotte le acaricia los hombros mientras mueve la cabeza al ritmo de la música. Levanta los brazos por encima de la cabeza, las redes de sus dedos se tocan en el aire, y bajo sus clavículas hay unos pequeños y firmes pechos descubiertos y unas líneas blancas de bronceado. Se ríe: "¡Acaba de pegar, Tereesz Machejek!" y mueve alegremente la cabeza de un

lado a otro. "Lo acabo. lo. Tengo". En la arena donde Tereesz Machejek está arrodillado, la chica se quita el calcetín azul oscuro de la rodilla con el otro pie. Y cuando se agacha frente a él, Tereesz Machejek dice: "Yo también". Las olas de calor y frío chocan sobre ellos. El dorado de la ropa interior destella entre sus muslos, y Tereesz observa. Desinteresadamente, con la asexualidad de un niño. Simplemente, bueno... es hermoso de ver. Se derrumban el uno sobre el otro como casas hechas de fósforos, libres de lujuria. Sólo por diversión.

Tereesz, Khan y el conductor suruleño loco miran al exterior, con la cabeza reclinada hacia atrás, mientras La Palidez se acerca por detrás de la casa. Dentro, el bombo retumba con fuerza, y fuera, detrás de la silueta del edificio, la masa oscura del bosque se enrolla en el cielo a través de todo el horizonte visible. La Palidez se eleva verticalmente desde los bosques de abetos como una ola, desde las cordilleras sobre la vastedad del mundo. Su horror se mueve lentamente, zumbando sobre el mundo, pero el mundo está hecho de materia, y la materia es perenne, antigua; se sostiene a sí misma con sorprendente dignidad incluso en el momento de la desaparición, sonríe con magnanimidad, generosamente, como František el Valiente sonrió alguna vez detrás de las instalaciones de desechos. Los picos de las montañas se oscurecen hasta volverse negros, los claros se expanden, los campos helados de abetos resplandecen bajo las estrellas.

"No soy K. Voronikin ni nada parecido, pero...". Tereesz resopla en la cabina del carruaje motorizado. Hurga en el asiento. Khan permanece afuera, apoyado en el carro con su pie, copiando la postura de Kenni. "¿Pero?"

Tereesz sale de espaldas del vehículo, sosteniendo una botella de vino de bayas. "Pero me parece que en media hora todo esto será Palidez, Khan".

"Että mitä? ¿Mitä se sanoí?"⁵⁵.

"Nada, Kenni. Yo no le haría caso. No es K. Voronikin ni nada parecido". Tereesz desenrosca el tapón del vino de bayas con un chasquido y se lleva la botella a la boca. Preferiría no hablar más.

"Es un mito oceanográfico. La Ola Asesina". El pequeño Khan señala en dirección al cuerpo de agua. Los cuatro observan desde el calor protector de una toalla de playa. Los insectos zumban en la oscuridad, alrededor de las lámparas de gas. "Durante mucho tiempo fue sólo eso —un mito, un cuento de marineros. Arda incluso tiene un nombre mitológico para ello: '*halderdingr*'. Pero ahora son un fenómeno científicamente documentado, existen *de verdad*, ¿entienden? Esto explica las docenas, cientos de barcos desaparecidos. También se dice "ola desertora", "ola Draupner" y mi

⁵⁵ ¿Que qué? ¿Qué dijo?

favorita —"ola rara". Aparece aparentemente de la nada y está muy por encima del nivel del resto de las olas. En consecuencia, la ola asesina también puede ser relativamente pequeña. Pero, por ejemplo, en el caso de las olas de diez metros, son las olas más altas del mundo medidas científicamente. Ah, sí, ¡he visto documentales de ello!". La barbilla de Khan tiembla, demostrando la sorprendente incredulidad de la filmación. "Tomadas desde una plataforma petrolífera de Mesque en medio del océano. No te puedes ni imaginar lo monstruosa que es". Khan siente que su lengua y su mente trabajan al unísono. Todo sale a la perfección. Había sido un inepto con el lenguaje, su mente incompleta, ¡pero ahora no! Que siga así por siempre. Ha olvidado su mano en el aire. Todavía representa la sobrecogedora altura de una ola asesina en un maremágnun de diez metros.

Málin mira cómo cuelga en el cielo. Un mórbido arrebató de interés la salva de las garras de su propio cuerpo. Ahora sabe lo que necesita. Debería recargarse. Sólo un poco, así todo empezará de nuevo. Pero incluso más fuerte. La boca abierta de la chica traga aire, se echa agua de la botella con codicia. El agua gotea en su boca. "¿De *dónde* vienen?"

"Son las matemáticas, ¿no?" Jesper está sentado con las manos bajo la cabeza. "¿Alguna regla matemática explica esto?"

"¡Exactamente!" Responde Khan. "Un efecto no lineal. Tampoco voy a actuar como si supiera de qué se trata, ¡pero da igual! Resulta que una ola asesina puede surgir a partir de cualquier cantidad de olas más pequeñas basándose en alguna fórmula. Si se mueven en un gran cuerpo de agua, como un océano, lo más probable es que un día den a luz a una monstruosidad de ola casi vertical y extremadamente inestable. *Absorbe* la energía del movimiento de otras olas y el agua atrae con más fuerza a su alrededor. Las olas normales se convierten en destellos y la ola asesina casi colapsa bajo su peso anómalo. Pero antes de eso, hay un enorme potencial de destrucción que puede, no sé, *sembrar*, si se quiere...". Khan termina con un gran gesto: "¿Y sabes dónde ocurren más a menudo, más a menudo en todo el mundo? *Aquí*. El oleaje otoñal del Mar del Norte es el nombre de este fenómeno".

"Completamente de mierda", estalla Anni en una carcajada, con su lenguaje soez desatado silenciosamente. Los ojos de la chica llevan tiempo oscurecidos por la midriasis. Mira el agua desde el interior de los juncasles, y a la pequeña Anni le parece que en cualquier momento podría surgir de ella una ola asesina completamente de mierda. Pero en lugar de eso, aparece Tereesz con Charlotte.

"¿Y saben qué es *lo más* mierda de todo?", pregunta Khan pícaramente. Se limpia sus lentes diamaterialistas y vuelve a ponérselos. Sus ojos almendrados se entrecierran tras los lentes de aumento, llenos hasta el borde de mística de divulgación científica. "El mismo efecto —no pregunten

cómo, no lo sé—, pero el mismo efecto no lineal, también explica *La Palidez*. Lo utilizan en entroponética. Así se comporta La Palidez cuando arrasa el mundo".

"Tan grande como las ruedas de una carreta", dice Charlotte, mirando fijamente a los ojos del chico. "De verdad que estás **drogado**. Por cierto, Khan, ¿puedo decírtelo?"

"Sí, puedes decirlo", asiente el joven Inayat.

"Eres *extremadamente* sabio para tu edad". La voz de Charlotte es femenina y sincera. Khan se siente halagado por su elogio.

"Y tú tienes muy, muy buena postura", responde el chico, y la chica se ríe a carcajadas.

El fuego cruzado de halagos y muestras de apoyo ruge como un océano; todo titila, titila como una llama, y de repente Anni levanta la cabeza en medio de él. Se mueve con la agilidad de una nutria, arqueando el cuello como si buscara algo. "Un momento", dice, "¿ha salido el agua?". Jesper no se da cuenta de que la mirada de Anni va dirigida a él, o de que todo el mundo está esperando. "Sigue mirando al mar, como hipnotizado, con su gorro blanco de marinero en la nuca. No siente nada especial, está relativamente sobrio, sólo tiene calor. Todo esto es una leve decepción para Jesper. No siente nada especial, está relativamente sobrio, sólo tiene calor. Todo es una pequeña decepción para Jesper. Ni siquiera ha conseguido besuquearse ni nada. Pero las olas asesinas —no están nada mal.

El hombre con el traje de neopreno jadea al salir a la superficie, echa agua helada por la boca y se pone boca abajo sobre la tabla de surf. Un único punto negro llamado Jesper flota a medio kilómetro de la playa, a merced de las olas. Mira el cronómetro que lleva en la mano —otro cuarto de hora y habrá sobrepasado el límite crítico de su calor corporal. El descanso es imprescindible. Jesper intenta relajar los músculos, que tiemblan por la acumulación de ácido láctico. Mira detrás de él, hacia la hilera de pinos de Charlottesjäl, y hacia el tenue cielo en lo alto, donde los gigantes de nubes se desmoronan lentamente. Frente a las olas, la tabla sube y baja al ritmo de su respiración.

De pronto, todo está muy callado. ¿Adónde se han ido todas mis olas?

"Forever and always those five famous, terrible, last words:

Why'd you leave me here?

I stay firm to myself, I cry, to every god like a wave:

Will you stay this time? Will you stay this time?

Are you staying this time or what?"

Se avecina un terrible rugido. Jesper se levanta, a horcajadas sobre la tabla, se retira la máscara de goma hasta la nuca y mira, con un mechón de pelo rubio en la cara. Más allá de la diminuta mancha que es su tabla de surf, la pared de espuma gris oscuro del maremoto se eleva, como una membrana celular. Se eleva verticalmente, hasta que la espuma efervescente de la cresta le esconde el cielo a Jesper. La marejada de la ola levanta la tabla de surf sobre su lomo. El famoso interiorista rema con todas sus fuerzas sobre ella. Intenta convertirse en la ola.

Pero el *halderdingr* se mueve a una velocidad tremenda.

"Es una pena", suspira Anni con amabilidad. "Ojalá tú también pudieras sentirte bien". Están de pie bajo una farola en una carretera pavimentada, y en el punto donde el asfalto se resquebraja en la arena, comienza la enorme playa de Charlottesjäl. Cuarenta y cinco minutos de oscuridad boscosa y charla animada han quedado atrás. Qué agradable fue hablar, los dos solos.

Jesper sostiene el bidón bajo la bomba de agua de color rojo oscuro y bombea. El agua canta mientras el recipiente se llena. "Bueno, yo tampoco me siento mal. Es agradable hablar contigo, sabes, y los demás también parecen bastante contentos. Y siento que algo está pasando. Pero Khan habla como si tuviera una especie de paz celestial, y Målin..."

"Målin se está asando."

"Exactamente. Esa sería probablemente la palabra correcta." Jesper coloca la tapa en el bidón y llena dos botellas de agua. Las guarda en su bolsillo y mira extrañado a Anni. Los insectos se golpean desesperadamente contra la farola, y la niña que se encuentra debajo frota sus piernas desnudas. La linterna de gas cuelga de su mano. Los vellos de sus piernas brillan bajo la luz eléctrica. La sonrisa de Anni, como una idea que se extiende por su boca, hace que Jesper se maraville.

"¡Ya lo sé!", dice ella. "Eres más bien un chico de narices, con tu charla sobre perfumes".

Jesper se agacha frente a la chica en el asfalto, y una sola pastilla brilla en mitad del espejo del bolso de Anni.

"Necesitamos algún tipo de mortero, algo duro", dice ella, y cuando el entusiasmado Jesper vuelve con su piedra, ella ya tiene su recipiente de sombra de ojos en la mano.

"¡Pero gracias de todos modos!" Anni aplasta con cuidado la superficie calcárea de la pastilla y tritura los trozos hasta convertirlos en un suave

polvo carmesí sobre el espejo. Lame el borde de la lata con la lengua y luego saca con cuidado un billete de cinco reáles de su cartera. Jesper observa este ritual con emoción. Cómo Anni dobla el billete negro por la mitad y separa el polvo en franjas sobre el ojo del espejo. Van en paralelo, como rieles. El billete de cinco reáles se enrolla en un tubo entre los dedos de la chica.

"Así. Tapas una fosa nasal —así— con tu dedo, e introduces esto en la otra". Le demuestra el proceso a Jesper con el billete enrollado. "Y luego, con un respiro largo, te metes toda la tira por la nariz. Deja que te lo enseñe". Anni-Elin Lund está arrodillada delante de la bomba de agua bajo la farola. El asfalto brilla mientras la chica se inclina hacia el espejo. Jesper, con su traje blanco de marinero, la observa mientras se introduce la tira en la fosa nasal. Todo el polvo desaparece dentro del rollo de papel, en un solo instante voraz. Todo esto le parece absolutamente maravilloso a Jesper. Anni, gruñendo, se golpea la nuca y le entrega el billete. "Pica un poco. Pero de forma placentera. También empieza a pegar más rápido. Pero tampoco dura tanto. ¡Hazlo!"

Y Jesper lo hace. En el tubo de billete negro, la droga en polvo se arremolina y se retuerce. Los cristales revientan los capilares, le pican y arden las fosas nasales. Y cuando Jesper se levanta, todo está tan tranquilo y hermoso. Se adentran juntos en el bosque, con la lámpara de gas crujiendo en la mano de Anni y proyectando sombras largas y movedizas desde los troncos de los árboles hasta la oscuridad de las dunas.

Jesper se pone de pie sobre la tabla con un movimiento fluido. El estruendo del agua retumba tras él, y el diseñador de interiores presiona con el talón la cuña de la tabla. En un instante, la resistencia se hace mínima; todo es perfecto, se está deslizándose por el agua. La tabla ya no toca el agua, flota sobre un cojín de aire que vibra. Zigzagueando, Jesper surfea arriba y abajo por la cara de la ola, hasta que vuelve a la cresta. Se puede oír cómo se rompe por detrás, colapsando por su propio peso. Una enorme y destelleante cortina de agua le arrastra hacia ella mientras cae. Jesper lo permite, quedándose atrás y entrando en la oscuridad del tubo, donde este paisaje que sólo existe durante una pequeña unidad de tiempo —un modelo dinámico complejo y escurridizo— logra la estabilidad en su colapso. El colapso de una ola es un ambiente permanente, una tenue cavidad con forma de almendra en la furiosa vorágine del agua. Allí todo es apacible y silencioso. Si tan sólo durase para siempre, sería el verano del 52.

El verano del 52 es un objeto que colapsa perpetuamente; se lo está comiendo vivo. Algo anda mal con este conjunto de recuerdos. Terriblemente mal. Es como si ya no fuera posible, el mundo no lo apoya. Pero aquí, durante diez segundos, todo se estabiliza. Jesper acaricia el muro de agua y su boca, enrojecida por el frío, dice siempre: "¡Por favor!"

En el patio, donde las ruedas del carruaje motorizado han dibujado un bucle en la nieve, Inayat Khan contempla un edificio de una granja que se cierne sobre él como un fantasma. Las entrañas del cable eléctrico cuelgan del objeto giratorio, negro contra la inmensidad del cielo estrellado. Se adentra en La Palidez con una calma evidente. Arriba, queda el vestigio de sus muebles y sus cimientos desmoronados. En el patio que tiene delante, Khan observa cómo unos atónitos Tereesz y Kenni siguen la trayectoria del objeto, inclinando la cabeza hacia atrás hasta chocar con la valla de madera que tienen a sus espaldas.

En una extraña preocupación, sin pánico, todos miran en dirección a la casa en ruinas de Ulv. Parece como si cada pequeña grieta saliera de sus cimientos de piedra caliza. Pronto se alzarán. Pero no ocurre nada. La Palidez se congela a lo lejos, detrás de la casa; el crujido del bosque se detiene, y la música de la casa también. En algún lugar en la distancia visible, al borde de La Palidez congelada, la granja se derrumba y desaparece. Ulv, empapado en sudor, se acerca a la puerta y enciende un cigarrillo mentolado. Se ha quitado la sudadera y, enmarcado por el umbral de la puerta, aparece humeante vestido con un chándal y una camiseta de tirantes plateada. El Autorregulador sacude su cabeza rizada y saltan las gotas de sudor. Cuando Tereesz y Khan se abalanzan hacia él, el hombre mira de repente a sus espaldas y se pone en marcha.

"¡Llévenselos!" grita Ulv, corriendo hacia ellos por el patio con los sobres en la mano. Hace un gesto brusco hacia La Palidez y pone los papeles en la mano de Khan. "¡Tienen que irse! ¡Ya!"

El motor acelera y las ruedas del carro giran en la nieve. La masa de La Palidez ya no puede soportar su peso fantasma. Se rompe. Los vastos claros se deforman bajo él en un instante, explotando con nieve pulverizada; un colapso como el de una onda expansiva se arremolina sobre el mundo. Los abetos se doblegan ante el impacto, y La Palidez revienta las ventanas de la vieja y decadente casa solariega. Se arquea alrededor de los bordes de la casa, como titubeando por un momento, y luego estalla conjuntamente, envolviéndola. La Palidez se apodera de la mansión y, en algún lugar del interior, en una habitación con techo bajo, el joven se pone los audífonos. Lee la arrolladora Palidez como un lector magnético lee una cinta de Stereo 8. El único indicio de que los Lund se mueven en esa huella inánime es algún recuerdo pintoresco e imposible que Jesper tiene de ellos. La Palidez sopla a través de los campos, a ambos lados de la calle del pueblo. Su avalancha se estrella contra la grava; el rumoroso muro se aproxima, resplandeciendo en carmesí por las luces traseras del carruaje motorizado.

Las ruedas encadenadas chirrían sobre la piedra.

"¡Menее-menее-menее-menее!"⁵⁶, exclamó el loco as del rally suruleño a su vehículo, como una orden a un caballo. Pisa a fondo el acelerador, como si el coche fuera a ir más rápido de lo que ya va. Y mirando el velocímetro, ¡podría ser que sí! Tereesz observa cómo la aguja alcanza los doscientos en la luz amarilla del tablero. A su lado, Khan ve La Palidez. Se desplaza sigilosa pero firmemente a través de las ventanas. La iluminación eléctrica de la cabina se atenúa. Sus lentes se empañan; está bien apretado contra el asiento de cuero por la aceleración, y sujeta dos sobres contra su corazón. Detrás de sus gafas empañadas, no se pueden ver los ojos de Khan llorosos de alegría.

"Tenía razón, Tereesz, tenía razón todo el tiempo", dice, pero Tereesz no le oye. El motor zumba con demasiada fuerza.

Jesper y Anni atraviesan los fumitorios a la luz de la lámpara de gas. Jesper ahora sujeta tanto la lámpara como el bidón de agua, y Anni sólo sujeta su camisa. Al resplandor de la llama azulada, Jesper reconoce las marcas de nacimiento en su espalda arqueada de gatita. Sólo los delicados tirantes de su brasier aún las ocultan. Qué agradable es el susurro de los fumitorios, acariciándole la pierna bajo los shorts. El pequeño Jesper, terriblemente sediento, sorbe agua de una botella. "¡Es divina! ¡Agua divina! Deberían embotellarla", dice, "¡y luego deberían venderla!".

Son recibidos en la playa por bramidos de alegría de los sedientos miembros de su grupo. Todos se abrazan. A la luz de la lámpara de gas, Anni limpia el lápiz labial de la boca de Jesper y se ríe. Khan se sienta sobre los hombros de Tereesz y finge que Tereesz es un *robot*. Gira la cabeza de su amigo, y el otro emite un sonido robótico y se gira hacia donde Khan le lleva. Entonces, cuando el robot-Tereesz está metido en el agua que le llega hasta las rodillas, Khan sale disparado de sus hombros. Logra admirar la medusa por un momento, pero los demás ya están corriendo tras ellos con sus trajes de baño puestos.

Los pequeños cuerpos infantiles que resplandecen se meten al agua en la oscuridad. La arena se hunde bajo los pies descalzos, el agua sedosa rodea los tobillos. Los cuerpos hipersensibles a la sustancia reaccionan ante cada mínimo roce. Plumas de arena se elevan entre los dedos de los pies de Anni, así que ella dobla los dedos formando una bonita bola y avanza con cuidado. Todos van muy despacio, con las manos flotando en la fría tensión superficial del agua. Por momentos chillan, aprovechando al máximo cada momento de su ungido éxtasis. Y el propio ungüento las recibe, fluyendo alrededor de sus caderas y vientres. Es fresco e impecablemente viscoso. Målin no puede —una vez que el agua humedece sus pechos y axilas, se hunde completamente en ella. Sólo el himno de la rendición permanece en

⁵⁶ ¡Vamos-vamos-vamos-vamos!

la superficie del mar. Se clava las uñas en las palmas de las manos y siente momentáneamente que va a romperse. No cabe dentro de ella. Las hormonas ya están distorsionando su cuerpo resbaladizo, su pelvis se ha dilatado para el parto, un bienestar insoportable palpita en lo más recóndito de sus caderas. En la tumba de sus fluidos corpóreos, un diminuto *homúnculo* cierra sus ojos del tamaño de un alfiler. El animal, acurrucado en semicírculo, abre la boca para gritar. Pero no hay nada, ningún sonido; ni siquiera había estado nunca allí. Målin se suelta —todo es tan imposiblemente bueno, todo se oscurece y reverbera allí, en las profundidades del agua. La sombra blanca y resplandeciente de Charlotte se desliza junto a ella, y siente las suaves manos de alguien alrededor de sus hombros. Es Khan. La levanta hasta la superficie y ella respira el aire salino, flotando allí. El agua gotea de su pelo y el cielo negro brilla con un infinito ramo de estrellas, como si fuesen salpicaduras de leche.

Los seis miran hacia el cielo y se mecen así, en semicírculo. Las estrellas brillan en el espejo negro que es el agua. Parpadean débilmente, dispersas. Sólo los cristales de los lentes de Inayat Khan reflejan toda su brillante nitidez.

"Ya no están ahí". Khan oye una voz que se debilita entre sus brazos. Mira hacia abajo, las estrellas deslizándose por sus gafas. En lugar de las estrellas, los ojos de Målin Lund se desplazan, y la oscuridad de su boca se mueve para dar forma a cada palabra: "Pero aún las veo".

Y entonces, cuando se despertaron por la mañana entre los juncas, como gatitos en un nido, recogieron su basura como es debido. Volvieron a ponerse sus ropas secadas al sol, bajo la luz cegadora. Les dolían los ojos, y el mundo a su alrededor les parecía desconocido de una manera amistosa. Todo se había dicho ayer, en la oscuridad de la noche, y no había necesidad de repetirlo. Se dirigieron a la parada del tranvía sonriendo con torpeza y conversando con cansancio. Allí acordaron una reunión para la última semana de agosto. Las chicas habrían vuelto para entonces de su viaje familiar a Graad. No podían decir la fecha exacta, así que llamarían y enviarían postales. En la reunión a finales de agosto, también planeaban discutir cómo sería el cambio de la situación en la escuela, y en el mundo real en general.

No hubo besos ni nada por el estilo en la estación. Sin embargo, se intercambiaron muchas miradas, llenas de mensajes corporales secretos y del dolor de haberse ido. Las chicas subieron al tranvía y los chicos se fueron a la casa de campo del padre de Tereesz. Esa fue la última vez que se vieron.

14. LISTA DE AUSENTES

Veinte años después, cerca de Vaasa, una multitud de refugiados se encuentra atascada en el tráfico. La superficie de sesenta millones de kilómetros cuadrados de la isola Katla acaba de perder el seis por ciento de su superficie total; la señal luminosa de la autopista anuncia "Todos los carriles para entrar". El río de luces traseras rojas brilla en la noche de otoño, y en algún lugar en medio del gigantesco congestionamiento de tráfico se asienta la máquina en la que Tereesz Machejek ha estado dormido durante mucho tiempo. El vapor sale de debajo de su cofre, las radiales salpicadas de lodo se arquean sobre sus costados. Las branquias niqueladas de los componentes del motor brillan bajo las láminas negras que constituyen el cuerpo del carruaje motorizado. Inayat Khan también está acurrucado en la cabina, aunque aún no duerme. Saborea cada momento que pasa, a pesar de estar —y precisamente porque lo está— muerto de cansancio. El cuero del asiento rechina bajo él, y a través de su feliz semisueño puede oír los dirigibles de la prensa en el exterior. Los propulsores zumban a una distancia segura, el oscuro vórtice del sueño lo llama y se arremolina. Khan entra y sale de él a su antojo. A veces la máquina se sacude y se desplaza unos metros. Entonces, el desaparecista abre los ojos y ve a Kenni pasar. El loco as de los rallys suruleño conversa con los demás conductores y raspa la escarcha de su parabrisas. El momento presente es uno de los que Khan conoce: suspirará por él. Ya echa de menos los diamantes de los faros, el resplandor de color rojo sangre de las luces traseras bajo el humo del tubo de escape, la certeza de que todo saldrá bien.

La última vez que se sintió así fue hace veinte años. Lleno de posibilidades. Cuando esperaban juntos a que las chicas regresaran de Graad. Afuera, en el mundo, tras sus párpados cerrados, comienza el reino de Dios. Se lleva las manos al pecho y abraza a su compañera invisible. Todos esos espacios, las extensiones allí en los campos baldíos y junto a las carreteras, son oportunidades. Oportunidades para reunirse. Como de costumbre, las conversaciones se desarrollan en la oscuridad del gabinete de pensamientos de Khan. Målin Lund camina junto a él, asiente y escucha y hace preguntas. Se ríe de sus chistes, como lo ha hecho durante veinte años. Se sientan a un lado de la autopista; a él no le importa. El cuerpo de la muchacha ha permanecido intacto al paso del tiempo —sigue pareciendo una niña, pero su espíritu ha seguido adelante con Khan. Ha crecido, ha madurado. Ahora tiene un peso, misterioso y triste. Pasaron dos meses, pero la reunión prevista para finales de agosto nunca sucedió. A pesar de que las chicas volvieron a Vaasa el quince de agosto, no llamaron.

Por qué fue así, y por qué fueron a la playa de Charlottesjäl tres veces durante ese periodo, sigue siendo un misterio. A través de las persianas, el

sol del atardecer pintaba franjas en las paredes. En la sala de estar de la casa de campo del padre de Tereesz, el aire se paralizó, algo se alzó y dificultó la respiración. Un vacío: era una sensación de pérdida, una preocupación muy, muy terrible. Después de varias semanas esperando junto al teléfono en vano, finalmente se decidieron por llamar ellos mismos a las chicas. Los tres se plantaron en la sala de estar. Tereesz colgó el teléfono. A su lado, Khan estaba impaciente. "¿Qué pasó? No estaban en casa, ¿verdad?"

"Su madre contestó", Tereesz se hundió en el sillón desconcertado. "Dijo que estaban en la playa".

"¿En qué playa?"

"En Charlottesjäl".

"¿Qué? Entonces, ¿por qué no han llamado?"

"No lo sé. Algo anda mal..."

Y entonces se produjo la discusión. Por la cual Tereesz atacó a Jesper dos días después. Él había querido ir corriendo a la playa de inmediato, y Khan ya se estaba atando los cordones de sus tenis; sólo Jesper seguía creyendo que no era correcto hacer eso. Pensó que debían esperar y dejar que las chicas les llamaran. Así se quedaron, y quince minutos después, a la una, Agnetha, la que atendía la heladería, fue la última persona con vida que vio a las hijas de Lund. Era el veintiocho de agosto —Día Internacional de las Personas Desaparecidas.

Desde aquel día, las cosas no habían vuelto a estar "cool". Intenta no utilizar la palabra; suena como una acusación. Congelado y jadeando, el interiorista cae de espaldas sobre la arena. Hipotermia. Apesta a juncas podridos; los juncos y las fumarias se pegan al suelo con el viento racheado. Tiene treinta y cuatro años. Pisa la arena mojada con los talones. No sabe cómo ni por qué lo ha logrado. Cuando sus articulaciones se acalambraron por el frío, ¿por qué no se tiró de la tabla y cayó al mar? ¿Por qué no se quedó dentro de la ola cuando ésta se desplomó?

En el oscuro cielo de un atardecer otoñal, masas de nubes se hunden lentamente unas con otras. Se agarra la cabeza con ambas manos y aprieta. Su boca, azul por el frío, se abre lentamente, mientras los jadeos escapan de su tracto respiratorio y su estómago se ondula con contracciones. Aprieta los puños y clava los talones en la arena, pero no cambia nada. Lo recuerda todo. El año cincuenta y dos sigue dentro de su cráneo, una extraña e imposible exhibición de museo, una réplica del mundo desaparecido. El olor es cada vez más dulce y siempre el mismo, un hecho irrefutable cuyo peso no puede ser exagerado: no hay vuelta atrás.

En su sueño, puede oír el sonido de unos caballos galopando; se acercan por el negro asfalto de la carretera. ¡Jesper! ¡Khan quiere llamarlo y decirle

que se prepare! Ahora sí es en serio. Pero aquí no hay cabina telefónica, está oscuro en el reino de Dios, y la policía montada está rastreando las filas entre las máquinas. La silueta de una pesadilla se detiene al otro lado del cristal de la ventana. Khan abre los ojos. Sale humo de las fosas nasales del caballo, que bufa y sus húmedos ojos negros dirigen un destello a un Khan medio dormido. Un oficial a caballo dirige un haz de luz a través del cristal helado hacia la cabina, y luego continúa su camino. Las herraduras resuenan en el asfalto, y el caballo se aleja, Khan cierra los ojos y vuelve a quedarse dormido. Sus brazos se envuelven en un abrazo alrededor de su pecho.

Cuando por fin se quedaron dormidos, Khan había escuchado una voz aterradora en sueños. Fue en la noche de ese mismo día, el veintiocho de agosto, y con esa voz el horror se posó sobre la tierra. Al principio la oyó en sueños, cómo se acercaba cada vez más y llamaba, en intervalos regulares:

"¡Maj!

¡Anni!

¡Målin!

¡Charlotte!"

El chico se despertó en el dormitorio del segundo piso. Miró a los ojos dilatados por el miedo de Tereesz mientras su amigo se ponía a su lado y lo sacudía. Khan ya estaba despierto, pero la lista de ausentes más temida del mundo todavía estaba leyéndose —afuera, en Charlottesjäl.No en su sueño, sino en el mundo real. La sangre se heló en las venas de Khan. "¿Tú también lo oyes?"

"Sí", respondió Tereesz. Despertaron a Jesper.

Todos se pusieron sus chaquetas por encima de sus pijamas y salieron corriendo. Hacía frío y, por primera vez en el año, el aire olía a otoño. Se detuvieron en el jardín y escucharon. Los nombres reverberaban en el bosque junto con los ladridos de los perros. Corrieron por el manzanal, pasaron junto a los arbustos de grosellas y se adentraron en la oscuridad del pinar. Las luces de las linternas y los reflectores destellaban entre los árboles.

Grupos de búsqueda.

Al final del cuarto día, los voluntarios fueron enviados a sus casas. Habían acudido cientos de ellos. Todos querían ayudar de algún modo, participar en la preocupación. Se recibieron miles de llamadas en una línea directa de asistencia especial. Se hicieron llamados a la acción, se pusieron en marcha programas. La prensa y la radio se pusieron intrépidas, y a la mañana siguiente las fotos de las niñas estaban en primera plana. Los encabezados utilizaban el sentimentalismo más repulsivo: "Madre desesperada: ¡hijas, por favor, vuelvan a casa!". En las columnas de opinión

se discutía la posibilidad de reinstaurar la pena de muerte, y las lágrimas se mezclaban con una paranoica sed de venganza: "¿Quién le robó las niñas a su madre?". Este tumulto de compasión, en el que la propia pérdida de los chicos se perdía por completo —todos estos aullidos y dientes rechinantes—, les hizo sentirse impotentes en medio de todo ello, los degradó. En aquel momento era sólo una corazonada, pero ahora Jesper puede expresar su indignación con palabras: *curiosidad de asiento trasero*. En algún lugar bajo su humareda, el obsceno burgués vio con su propio sentido del horror dulce todas las cosas que les hacían a las chicas. A través del artículo del periódico, pudo vislumbrar lo que pasaba detrás del telón opaco, en donde Per-Jonas⁵⁷ no se atrevió a mirar directamente. Allí se vio a sí mismo —era El Hombre, mordisqueaba un piroshki de carne y le gustó lo que vio. Pero cuando el Jesper preadolescente miraba a las chicas de su clase, era un misterio indescriptible, un reino alienígena de cuerpos. El arco de la espalda, el brazo expuesto, la más mínima parte era suficiente. Hasta el día de hoy odia la sexualidad adulta. Para él, es agotadoramente exigente. Para ser realistas, y de forma paradójica, esto le convierte en un pedófilo.

La recepcionista del lobby de Havsänglar cuelga el teléfono justo cuando entra el referente del buen gusto, con su traje de neopreno de cuerpo completo. Es plena noche y está empapado, dejando huellas llenas de arena en la alfombra. El caballero tiene un aspecto tan miserable, congelado casi hasta la muerte, que la mujer olvida su llamada telefónica y se apresura a arrojárselo con una toalla de sauna.

"No, no necesito una ambulancia", dice Jesper entre dientes, haciéndoles señas para que se alejen. "¡No quiero té, no lo quiero! Tampoco quiero té de grosella negra". Llama al ascensor e, incluso cuando ya está encendido, sigue pulsando el botón con su dedo entumecido y congelado. "No, no quiero, voy a darme un baño, un baño caliente".

"Señor de la Guardie", recuerda la mujer en el último momento. Mete la punta del zapato entre las puertas del ascensor que se cierran. "Recibió una llamada, de un tal Olle..."

"¿Durante la noche? ¿Sobre qué?" "El anuncio del periódico".

Los voluntarios fueron mandados a sus casas, y tras los grupos de búsqueda, todos los demás se fueron también. Los pinares quedaron en silencio, como solían serlo en otoño. Los chicos renqueaban a través de ellos. Los sabuesos ya no ladraban, los barcos de la guardia fronteriza ya no recorrían la bahía. Y dondequiera que fueran, era como si se hubiera desatado el espíritu del vacío mismo. Todo pendía inmóvil e inútil: los vestidos, una playa escasa y semivacia. En la parada del tranvía, los tranvías iban y venían vacíos, luego medio vacíos, las puertas chirriando al

⁵⁷ Average Joe.

abrirse y cerrarse. Los últimos en irse fueron los desafortunados buzos, tres semanas después.

Y así, los chicos vieron comenzar la larga rendición a su alrededor. Lo que significaba eso, lo sabían muy bien, aunque nunca se atrevieron a decírselo entre ellos. Juntos idearon los planes más fantásticos. Triunfos entusiasmantes, volver juntos.

El ciclo escolar ya había comenzado oficialmente hacía más de un mes, y la decisión conjunta de unos padres preocupados las envió de vuelta al colegio. Allí, las fotos de las chicas, flores y faroles les esperaban en las escaleras. El falso duelo se extendía también por los pasillos. Todos las conocían de alguna forma, todos se peleaban por llamar la atención y comparar sus pérdidas. Los chicos también desaparecieron allí. No se atrevieron a contarle a nadie lo que había sucedido en verano. Finalmente, se desahogaron con la oficial cuando visitó su escuela, y como consecuencia, Zygismunt Berg —un chico que para entonces ya era una "figura conocida" entre la policía juvenil— fue interrogado, junto con otros doscientos. Esta traición no dio ningún fruto, y cuando la oficial acudió a conversar con el director a finales de noviembre, los tres se escaparon del aula. El pasillo resonaba con el ruido de sus zapatos de interior. Ella era su única conexión con la *investigación*, esa entidad desalmada. La detuvieron en la puerta y la presionaron para obtener información hasta que a la pobre mujer se quedó sin más opciones.

"Tenemos que hacernos la idea de que las chicas están muertas", dijo.

Las fotos y los faroles fueron recogidos de las escaleras de la escuela. La pena de muerte no volvió a establecerse. Incluso Vidkun Hird sólo fue sentenciado a cadena perpetua. Un año después de su desaparición, fue detenido como sospechoso de delitos de un perfil similar, y la prensa se apresuró a relacionarlo todo con las hijas de Lund. El viejo maestro también dio algunas pistas relevantes, sobre los cachorros que se alejaron demasiado de su madre osa y otros Hirdismos semejantes. Cuando los tres se reunían, no podían hablar de otra cosa. De esto, o de otro tema, que el volátil interés de los medios daba a los chicos: si no de Hird o del registro de delincuentes sexuales recientemente liberados, entonces de la carta que se envió a Karl y Ann-Margret Lund dos años después de la desaparición de las chicas, los detalles del análisis de grafoscopia de la misma o, por ejemplo, del clarividente que afirmaba que los cuerpos de las chicas estaban enterrados bajo los cimientos del estadio de hockey sobre hielo de Ringhalle. A medida que los artículos se hacían más escasos, las reuniones se volvían tan desesperanzadoras que cada uno de los chicos intentaba evadirlas a su manera. Jesper iba en secreto a entrenar surf y hacía deporte. En décimo grado, Khan se rezagó por primera vez y luego abandonó la escuela; a principios del undécimo, Tereesz volvió a Graad.

No fue hasta quince años después cuando la prensa perdió el interés por las Lund. La investigación había terminado hacía mucho tiempo, los principales investigadores se habían jubilado. Ya no había motivo para reunirse, así que se retiraron a sus vidas personales. Jesper se buscó un modelo de lencería menor de edad y fingió no conocer a Khan cuando lo vio con una corbata azul claro en la mesa de un restaurante. Tereesz iba solo a Charlottesjäl cada año; no llamaba a los demás. Y Khan se sumergió de una vez por todas en el mundo azul grisáceo de las desapariciones, sentado y haciendo clic en las luces de una aeronave que desapareció hace siglo y medio, en el sótano de su madre. A menudo.

"Tú mismo te acostumbraste a esta puta idea insensata".

El fin del mundo. En la entrada de la ciudad se alzan los oscuros arcos de las paradas a solicitud⁵⁸. Se levantan las puertas de los pasos fronterizos. Los chalecos de los funcionarios de aduanas y las franjas de las barreras brillan en un amarillo limón. El carruaje motorizado se pone en marcha, y todo se mueve uniformemente, suavemente. En el estruendo de las ondas de radio, con aroma a asiento de cuero, se comenta sobre un arma nuclear lanzada sobre Revachol hace tres horas. Khan está calentito; la voz de la locutora es uniforme y hermosa. Las filas de luces se alzan por encima de la carretera, envueltas en halos fríos, y se deslizan bajo el cielo azul oscuro de la mañana. Él se deja llevar por ellas, en su ciudad natal, que abandonará mañana por la noche. Sólo le queda una cosa por hacer. Las linternas se apagan. Khan observa, y los espectros de los edificios surgen en el cielo blanco de la *madrugada*⁵⁹.

La habitación huele a lirios. Fuera de la ventana de la casa de campo, todo está teñido de azul, y los dedos huesudos de las ramas del castaño se mecen con delicadeza. Se levanta temprano por la mañana y deja a su marido acostado, dormido bajo su antifaz. La mujer tiene cincuenta y dos años. Su rostro tiene rasgos finos, y las arrugas de su sonrisa alrededor de los ojos se han hundido hasta convertirse en patas de gallo; sus ojos verde oscuro están impertérritos bajo los párpados. Baja las escaleras, pasa la barandilla de madera, cubierta con su bata y se prepara un café. Las luces están apagadas en todas las frescas habitaciones de la casa de madera, así como en su amplia cocina. Le gustan estas horas azuladas en las que la casa

⁵⁸ También conocido como "halt" en el argot ferroviario de la Mancomunidad de Naciones e Irlanda. Es una parada a solicitud, parada facultativa o parada discrecional es una parada de autobús o estación de tren en la que los autobuses o los trenes, respectivamente, paran solo cuando algún usuario lo pide ; es decir, solo si hay pasajeros o carga para recoger o dejar, y en la que no se venden pasajes. Normalmente no dispone de personal o éste es muy escaso, y sus instalaciones son escasas o inexistentes. "Pooljaam", "teivasjaam", estonio. "Полустанок", en ruso.

⁵⁹ Amanecer, salida del sol, mañana. Originalmente ya se utilizaba esta palabra en español en la obra original.

está en paz, cuando puede oír a los ratones del campo arañando bajo las tablas del suelo. Una mano delicada con dedos afilados empuja hacia abajo el pistón de la prensa de café. Incluso el olor a moho que se desprende de las tablas del suelo le ha ido agradando con el tiempo, aunque al principio le petrificaba —hace diecisiete años, cuando se mudó aquí. ¡Y el silencio! Todo es tan tranquilo en el campo, pero con el tiempo, incluso esa ausencia se ha convertido en un tipo de bendición. Atraviesa la sala de estar, sobre las frías tablas del suelo. En la luz tenue, los muebles brillan a su alrededor: la elegancia de los años cincuenta, la pintura desprendiéndose de la madera. En la puerta, se pone el abrigo de su marido sobre los hombros y se coloca sus zapatos. Así, con el pelo canoso recogido en un sencillo movimiento, sale al pórtico.

El frío del otoño hace que la taza de café que tiene en la mano emane un vapor muy denso. Se detiene un momento, respira y toma asiento en el mueble de jardín de madera de su preferencia. Luego, con una pierna sobre la rodilla, Ann-Margret Lund fuma su primer cigarrillo del día. Observa la luz, el sol que sale detrás de la bruma matinal. En el bien cuidado jardín que tiene delante, los detalles emergen de la niebla: el cristal del invernadero brilla, es necesario cortar el césped. Esta será su primera tarea del día. Apaga el humo en una maceta volcada que le sirve de cenicero y vuelve a entrar.

Los hijos de padres hermosos son hermosos, los hijos de padres feos son feos. Ann-Margret hidrata su todavía hermoso cuerpo en la regadera del piso inferior. No siempre fue así; al principio era tan flacucha como un espantapájaros. Por aquel entonces aún era una niña que trepaba por los tabloneros y árboles con los chicos. Entonces las hormonas de la mujer se activaron y tejieron un cuerpo nuevo y alienígena a su alrededor. Un objeto de admiración hecho de tejidos grasos y curvas. Con el tiempo aprendió a dominar sus sutilezas; se graduó en la universidad, enseñó, se enamoró, trajo tres hijas al mundo. Tres años seguidos, una cada año. Se fueron desprendiendo de ella como las perlas de un collar. Y su cuerpo se recuperó, tan joven como era. Producía envidia entre sus amigas, cómo dormía en los brazos de su marido sin avergonzarse. Pero más tarde, cuando se afilió a su partido político, vino otra, la más joven. Su marido la amaba, y por eso no se espantó cuando la última la desfiguró permanentemente. Aunque la fuerza de gravedad de la tierra prevalecía en su propio reino, su mente se elevaba a lo más alto —en el ministerio, en su carrera. Pero ahora Ann-Margret Lund se encuentra frente al espejo, y aunque su piel ha perdido elasticidad y parte de su radiante color, sus caderas vuelven estrecharse y sus muslos adelgazan. Todo se ha contraído nuevamente, pero esta vez siente un desánimo en su cuerpo en lugar de alivio. No importa que la sensación de ausencia, el silencio, la paz y el olor a moho de su nuevo refugio hayan entrado en ella, la hayan hecho suya en secreto. Ella es un

vacío. Pero cuando se mira a sí misma, Ann-Margret sigue asustándose. Como si todo eso de ser mujer no hubiera ocurrido nunca.

Intenta no pensar demasiado en ello. Se seca rápidamente, se viste con ropa beige cotidiana y se va.

La mujer rastrilla hojas secas en el jardín. Por aquel entonces, cuando iba a la escuela al final del primer semestre, los chicos la habían observado a hurtadillas. Era el primer semestre sin ellas, y Ann-Margret fue a vaciar los armarios de sus hijas. Una marabunta de respeto la rodeó; las niñas se marcharon. Sólo Tereesz, Jesper y el pequeño Inayat observaban desde la esquina cómo la mujer guardaba los objetos del último año de sus hijas en cajas de cartón. Enrolló un póster de una estrella del pop y unas estrellas doradas cayeron de entre sus dedos. Ninguno de los chicos se explicó por qué habían ido allí a espiar. Pero en secreto querían recibir palmaditas de ella, irse a casa con ella, mirar las habitaciones de las chicas. Y luego hacer planes para encontrarlas. Era un anhelo infantil. Querían ser importantes para lo que estaba aconteciendo, y si alguien tenía el poder de bendecirlos con ese rol, era la hermosa madre de las niñas. No fue así, pero más adelante todos acudieron de todos modos, por separado, aunque lo mantuvieron en secreto entre sí. Averiguaron la ubicación de su casa de campo y expresaron torpemente sus condolencias a la mujer. También intercambiaron información relacionada con la investigación, y finalmente, por fin, Ann-Margret recordó todos sus nombres. Aunque la última vez que esto ocurrió fue hace ocho años. Después, cuando Tereesz y Khan lo confesaron, Jesper seguía mintiendo diciendo que él no había hecho tal cosa.

"Cosas bastante tristes", había dicho sarcásticamente.

Ann-Margret sale de entre los deshojados arbustos de grosellas, cuelga sus guantes de jardinería en un clavo del cobertizo y manda a su marido a trabajar. "Karl Lund sigue trabajando duro como un magnate industrial apasionado, aunque la inestabilidad política y la consiguiente crisis económica internacional están destruyendo su emprendimiento; no importa que en realidad tenga dinero suficiente para irse a cualquier parte, incluso a Stella Maris, para jubilarse. El chofer viene a recogerlo a las diez y media, y su lujoso coche queda envuelto en la niebla gris de la carretera del pueblo. Ann-Margret lo ve partir desde el jardín, mientras el carmesí de las luces traseras se desvanece a la distancia.

Además de su marido y su ritual matutino de miedo, todo indicio de que alguna vez tuvo cuatro hijas rubias de ojos verdes se desvanece. Una tenía el cabello rubio oscuro y otra tenía los ojos con los colores del arco iris, pero cuando pone la música para que suene suavemente y mueve los hombros al compás, ya no puede recordar de quién eran esos rasgos. Entonces, cuando se disipa la culpa y entra la luz del día entre las blancas

cortinas de encaje, Ann-Margret Lund se siente ligera, flota. Como si toda su vida no hubiera sido vivida, y todas las impresiones, las pequeñas mellas que una persona deja en el mundo, se martillearan al ritmo de la música. Se mueve modestamente a la sombra de su árbol familiar, del que han caído todas las hojas. Ya no sabe que la forma en que pone el labio superior sobre el inferior, olvidándose de sí misma y tarareando al ritmo de la música, es exactamente como lo hacía Charlotte. Barre el suelo, endereza los manteles y da unos golpecitos a las filas de libros de las estanterías para emparejarlos. No escucha la radio, no significa nada para ella. Para Ann-Margret, el mundo se acabó hace mucho tiempo y la dejó aquí para hacer las tareas domésticas. Se sienta en la mesa de la cocina con las manos entrelazadas y observa cómo reluce la casa. Son las cuatro y media, las habitaciones están limpias y en silencio. En ocasiones duerme la siesta como un gato por la tarde, cabeceando su gris testa por encima de la mesa. Había sucedido durante la noche, como le sucedió a Dolores Dei. Hace veinte años, la mañana del veintinueve de agosto, se despertó y su pelo se había vuelto gris. Escucha música mientras duerme; la luz que entra por la ventana de la cocina inunda su cabello y, por un momento, vuelve a verse dorado. La aldaba golpea la puerta como un pájaro carpintero. Puede que Karl haya olvidado algo, o que haya vuelto a casa temprano... pero ¿por qué tocar? Es que parece improbable que alguien la visite. Prácticamente ya nadie viene por aquí, y así le gusta. Ann-Margret Lund se acomoda la ropa, endereza su falda por encima de la rodilla que se arrugó mientras estaba sentada, se dispone a sonreír y abre la puerta.

"Hola, madam".

Tres hombres permanecen de pie con sonrisas torpes en sus rostros: uno lleva ropa tremendamente cara y huele a loción para *después del afeitado* de quinientos real, incapaz de ocultar la fiebre que le está enrojeciendo la frente; el segundo está a su lado con un rompevientos naranja oscuro y una bufanda con el tricolor de Iilmaraa alrededor del cuello; y el tercero, alto y larguirucho, se apresura a apagar un cigarrillo. Aunque tarda en reconocerlos, invita a los hombres a que pasen y los observa de pie con sus ropas de exteriores. Sólo cuando ve la timidez infantil con la que se arrastran de un pie a otro y rozan el suelo con la punta de los zapatos, recuerda quiénes son. Esto le recuerda el comportamiento de un joven admirador.

"Tenemos noticias", dice Inayat Khan. "Ya sé, sí, que no debe hacerse ilusiones. Pero son buenas noticias, señora".

Cuando la señora los guía hasta la cocina, vuelve a sentir el corazón tan pesado como el plomo, y su pelo es plateado en la tenue penumbra.

"¿Café? ¿Té?"

Cinco horas atrás, Jesper se encuentra sentado en el café "Kino". A la luz del mediodía, entre las paredes acristaladas y los muebles cúbicos, se siente un poco menos *proyectado* que de costumbre. Tiene la cabeza hinchada y los párpados extrañamente pesados. Se seca una gota de sudor de la frente con un pañuelo bordado con sus iniciales. El diseñador de interiores se ve más miserable de lo habitual; se quita el suéter por encima de la cabeza. Con su camisa de vestir, empieza a refrescarse nuevamente. El frío de finales de otoño se filtra por las ventanas que van del suelo al techo; afuera pasa una multitud. Pide un té verde con limón y miel.

"Debí pescar un pequeño resfriado", dice atravesando la mesa a un hombre unos años más joven que él. Sí que lo recuerda —es el pequeño Olle. "Estaba cuatro años por debajo de ellos. Jesper se acuerda principalmente del extraordinario talento de Olle para las falsificaciones. Los chicos de los grados superiores habían empleado su mano de oro para todo tipo de firmas, y el chico ganaba buen dinero de esa manera. Tantos informes llenos de calificaciones reprobatorias y agendas llenas de avisos de mala conducta que necesitaban ser firmados. Ahora al pequeño Olle se ha dejado crecer un gran bigote castaño, y Jesper saca sus propias conclusiones de esto. Olle es un *publicista*, y los bigotes vuelven a estar de moda, en ciertos círculos. En los círculos donde la inocencia del nihilismo Saint-Miro es vista como una especie de poeta exótico. Al menos así era hasta hace dos días, cuando el país del que proceden tanto Saint-Miro como la moda del bigote a la antigua usanza aún no había utilizado un arma nuclear contra otro país.

"Esa moda del nihilismo parece que ya está pasando a mejor vida", comenta Jesper de paso.

Olle concuerda con entusiasmo. "Sí, debería quitarme el bigote, lo sé. La noticia fue una bomba para todos nosotros. "Perdón por la expresión, quizás deberíamos..."

"Sí, sí, es terrible", lo interrumpe Jesper a media oración. "Una tragedia absoluta. "¿Por qué me llamaste, Olle?

"Leí este anuncio y pensé en ello durante mucho tiempo. Sólo cuando estalló la bomba, ya sabes, finalmente me sentí arrepentido, supongo".

"¿Qué carajos, Olle? ¿Qué sucede? ¿Por qué te *lo lamentas*?"

El *publicista* bigotudo empieza a hablar; Jesper se ha puesto rojo delante de él. Se acerca más a la mesa.

Mientras Olle intenta esconder la mirada, su atención se desvía de Jesper a causa del tigre albino que hay en la esquina más alejada de la cafetería. Aunque el publicista viene a menudo a conocer gente, nunca le ha gustado ese espeluznante animal de peluche.

"Espera un momento, yo no las maté, sólo escribí esas cartas". "¿Por qué, en el nombre de Dios, harías algo así?"

"No lo sé", tartamudea Olle. "Era joven por aquel entonces, realmente no sé por qué lo hice. Todo el mundo en la escuela hablaba de ellas después de que ocurriera. A lo mejor sólo quería ver qué pasaba. Por ejemplo, si se darían cuenta de que no era realmente Målin. Este tipo, este Zigi, me trajo el viejo cuaderno de Målin y me preguntó si podía arreglármelas con la letra. Parecía bastante fácil y, bueno, pensé que debía intentarlo".

"¿Y las enviaste tú, o lo hizo otra persona?"

"Las envió Zigi, yo sólo las escribí. Sabes, siento mucho eso, tienes que entender que era joven entonces y, bueno, yo también me consideraba un poco nihilista..."

"¿Y no tienes nada más que decir al respecto? ¿No sabes nada de ellas? Incluso si, por ejemplo, yo fuera a la policía con esta historia, ¿no tendrías nada más que decir?"

"Lamentablemente sí." Parece que Olle lo siente de todo corazón. Se arregla el bigote con nerviosismo y Jesper mira por la ventana hacia Östermalm, con los ojos llorosos por la fiebre. Una muchedumbre vestida con ropa oscura pasa por delante de la ventana. Se le enrojece la boca, vuelve a ponerse el suéter y toma su abrigo del perchero.

"Imbécil", dice, y se va. Olle se queda para pagar la cuenta. Cuando la cuenta llega a la mesa, el tigre albino sigue observándolo cruelmente.

"¿Y esas son *buenas* noticias?" pregunta Ann-Margret y limpia la ceniza de su cigarrillo, seis horas después. Bocanadas de humo salen de su boca y de la de Tereesz Machejek; una fina y uniforme luz gris se filtra desde el cielo. Se sienta con los tres hombres alrededor de una mesa de madera en el pórtico de fuera, y una ráfaga de viento sopla hojas marrones oscuras por el suelo.

Jesper, habiendo terminado su historia, se siente desorientado. Pero entonces Khan interviene. "¡No, eso no es todo! Mírelo de esta manera: lo extraordinario de todo esto es que veinte años después, y tal como está el mundo ahora, siguen saliendo a la luz cosas nuevas. Es decir —todavía hay tiempo. Y tengo la sensación de que por eso es que todo está saliendo a la luz en este momento. Porque hay algo en el aire".

La ex ministra está sentada con la espalda bien recta, la pierna doblada femeninamente sobre la rodilla. Guarda un silencio expectante que enfria el entusiasmo de Khan. El hombre da un sorbo a lo que queda de su café. O mejor dicho, finge beberlo. No hay nada más que una gruesa capa de azúcar.

Khan arranca de nuevo. "Ahora bien, no sé qué estará pensando al respecto, ni cuán serio se lo está tomando".

"Por ejemplo, yo no me lo tomo muy en serio", interviene Jesper.

"De todas formas", continúa Khan, un poco molesto, "te diré de inmediato que yo sí. Tomármelo en serio, digo. Acabamos de llegar de Lemminkäise, por cierto, de una reunión con un asesor privado. Es bastante conocido, aunque mantiene un perfil bajo. *Auto...*" Tereesz le lanza una mirada preventiva y Khan cambia de táctica. "Ulv es su nombre. ¿Ha oído hablar de él?"

"Creo que no".

"Acudes a él con cosas sobre las que no puedes obtener información en ningún otro sitio. Con cosas que están atascadas. Ha estado involucrado en la investigación de al menos doce muertes. Y siempre ha ayudado de alguna manera. En general, la policía no presume de ello, pero Tereesz te puede asegurar que es verdad".

El ex agente Machejek asiente con la cabeza. Siente los ojos de la mujer encima de él e intenta comportarse como uno se comportaría en el trabajo con uno de los suyos, intenta ser frívolamente respetuoso, confiable, pero no siente que lo consiga. *Amamos a las chicas, las amamos más...* Se avergüenza de sus pensamientos previos. Al principio intenta no devolverle la mirada, pero luego levanta los ojos. Por un momento, sus ojos avellanados se encuentran con las esmeraldas fatigadas de Ann-Margret. "Sus métodos son tales que no se registran más tarde en la investigación oficial", inicia Tereesz. "Es un acuerdo tácito con la fiscalía. Mencionarlo daría a la defensa demasiado a lo que aferrarse".

"¿Es una especie de paradedective, según tengo entendido?". Bajo la presión de los medios de comunicación, la policía y el gobierno de la ciudad habían excavado finalmente toda el ala oeste de Ringhalle. El clarividente había puesto los ojos en blanco y seguía señalando, pero lo único que salió de los cimientos de cemento fue más cimientos de cemento. Y eso era sólo un caso en concreto.

"Han habido más que suficientes *nigromantes*". La mujer se permite cierta acritud.

Tereesz hace una señal a Khan para que espere. "Cuando hago mi trabajo, no lo hago por el Estado de derecho. Lo hago por el bien de la víctima". Cuando habla así, se olvida de sí mismo. Su confianza vuelve, vuelve a ser un agente de la Colaboración Policial, no la hoja en el viento que él mismo se ha hecho ver. "Así que me da igual cómo o de dónde saquemos la información, mientras dé resultados. Es cierto, no he acudido a este asesor privado en particular. Desafortunadamente, su ámbito sólo se encarga de casos en los que la víctima ya está muerta. Pero tiene un talento incuestionable para esto. Por ejemplo, el mismo Ulv ha sido sospechoso en ocho casos diferentes en los que ha asesorado. Si eso le suena autoritario

—sinceramente lo es para mí. Fueron incidentes totalmente inconexos, y nunca se han encontrado pruebas contra él. ¿Lo entiende?"

Saca un cigarrillo pensativa, y cuando Tereesz le ofrece un encendedor, Khan aprovecha la oportunidad. Se ríe al otro lado de la mesa y suelta: "¡El no sabe *nada* de las chicas!".

"¿Y eso qué quiere decir?". La mujer no logra entenderlo.

Khan la mira con una amplia sonrisa. "No puede dar ninguna información sobre ellas. Nada. Una página totalmente en blanco. No sabe dónde están, no sabe nada de sus pasados, ningún secreto. ¡Pero de eso se trata! No sabe nada porque no están muertos".

La mujer está horrorizada en secreto; su postura de dama permanece intacta. Tereesz percibe algo sospechoso en su reacción, pero, por un gran respeto, aún no puede decir lo que es. "¿Y el propio asesor dice eso?". Ann-Margret sigue observándolos de forma interrogante. Khan coloca una pila de papeles delante de ella. "Estas son mis apuntes, sobre las chicas. Este es el resumen que le di. Sus notas están al final. Verá que esas son las palabras textuales que utiliza: 'No muertas'".

Ann-Margret hojea las páginas. La calamidad que sacude al mundo se desliza de nuevo bajo su mirada, fotocopias y fechas, una cronología de los hechos. "En tal caso, es costumbre entregar también un sobre de pruebas", prosigue Khan. "Si no es posible verificar la exactitud del primero —actualmente, el de las chicas, no tendríamos nada que probar con él por sí solo—, entonces la exactitud del segundo lo prueba. Y adivine quién más no ha muerto *aún*". Khan saca el segundo sobre del bolsillo de su chaqueta y lo coloca sobre la mesa. No fue hasta que Tereesz lo vio que empezó a considerar seriamente el extraño experimento de Khan. "Zygismunt Berg" está escrito en él. Jesper aún no sabe nada al respecto. Observa, con el cuello torcido por la curiosidad.

"Le di Zigi". Khan está en la zona; se olvida de sí mismo y habla directamente con Jesper. Los arcos de conexión que traza en el aire se vuelven cada vez más fantásticos. Cómo la declaración de un paraespecialista demuestra la del otro, una bola de hilos punteados, la etiqueta que indica con orgullo "¡Axioma!". ¡Y también estas cartas! Cómo es absolutamente necesario que averigüen qué fue de aquel chico de melena desgredada con chaqueta de cuero; salta la flecha, ¡qué más puede salir de ahí!

Sólo Tereesz, que ya ha oído todo esto, sigue observando la reacción de Ann-Margret. No hay ninguna. La mujer sólo mira fijamente una página de la carpeta de las chicas. Afuera oscurece lentamente, y empieza a hacer frío. Se ha levantado el cuello del abrigo y, cuando Tereesz llama su atención, no responde. No ha estado leyendo durante mucho tiempo; sólo mira fijamente,

con el familiar verde oscuro de sus ojos inmóviles. ¿Qué es ese sentimiento que apenas se desliza en lo más hondo de su ser? Tereesz cree saberlo. Cómo baja ligeramente las comisuras de los ojos, esa irreconocibilidad. Está *recordando*. ¿Pero qué?

La tarde dibuja un crepúsculo azul, y Khan, en el centro, arde como una bombilla. Alrededor, en el tranquilo pueblo rural, el aire es frío como un cristal. El hombre se reclina en su silla plegable y se limpia los lentes con semblante triunfal. A su lado, Tereesz se decanta por la solución más sencilla y extiende la mano para agarrar el borde de la carpeta. La mujer sigue sujetándola. Aún no ha pasado la página.

"¿Me permite?"

"Sí, por supuesto", asiente Ann-Margret. Es como si despertara. "Es todo muy confuso, tengo que admitirlo...". Y mientras Khan explica cómo la madre de las niñas debería ponerse en contacto ahora mismo con la policía para hablar del tema, Tereesz observa las cuatro fotos de las hijas de Lund que hay en la carpeta. Khan las ha ordenado por edades, como las perlas de un collar.

Ann-Margret cierra la puerta del jardín cuando se van los visitantes. Saluda amablemente a través de la ventana trasera. El taxi desciende por la carretera de grava; ya no está Kenni al volante. Hace tiempo que Kenni se fue a su mundo Kenni, a hacer cosas de Kenni. Están a cuarenta kilómetros de Vaasa, y no pueden alejarse de aquella casa de campo blanca en medio de los castaños lo suficientemente rápido. Todos se sienten secretamente aliviados de marcharse. También es un poco embarazoso. Nadie puede decir nada mientras la grava cruje bajo las ruedas. Al final, Khan sigue intentándolo. "Ella, como que... no parecía muy feliz. O algo así".

Jesper resopla. "Tenías que tener esta idea tan estúpida".

"Bueno, en tu opinión, ¿qué crees que debimos haber hecho? ¿No hablar con ella en absoluto, dejar que descubriera por sí misma qué ocurría con esas cartas, por ejemplo?"

"¡si—si! No están muertas, Sra. Lund, ¡sus hijas están vivas, vivas! No podía dejarla en paz, ¿cierto? Había que resolver el misterio".

Durante un rato más permanecen sentados en silencio mirando por la ventana. Pasan las carreteras de los pueblos, el vehículo traquetea y Tereesz le pregunta al conductor si puede fumar dentro. Se enciende. El fósforo parpadea en la penumbra interior, y el papel del cigarro crepita en su llama. El amargo humo del "Astra" circula por la cabina. Después de tanto tiempo en la máquina de Kenni, parece un poco traicionero estar sentado aquí.

A Khan le remuerde la conciencia. "Quizá de verdad no debimos haberlo hecho. ¿Y si se ha resignado y la hemos molestado así sin motivo?"

¿Y si tampoco sale nada de esto...?"

"¿Tú crees?" replica Jesper con sarcasmo. "¿Quizás era nuestro deber! Entrar corriendo a casa de una desconocida y hablarle de sus hijas". Se queda pensativo un momento antes de reanudar la conversación. "Sinceramente, no lo creo, Khan. Que esté resignada o lo que sea. ¿Quizá sólo intenta seguir adelante con su vida? Desde luego, yo no soy un padre".

Tereesz saca un cenicero de la puerta. Fuma, en silencio. Evitan la red de autopistas y los congestionamientos del tráfico, y conducen por las carreteras de los pueblos, entre campos y arboledas, al atardecer. A mitad del trayecto, va por el sexto cigarro y la cabina se va llenando de humo. El ex agente baja cortésmente la ventanilla y entra aire fresco junto con algunos copos de nieve. Flotan afuera, en el borde de la zanja. Unos arbustos deshojados pasan junto a ellos y la nieve empieza a caer a lo lejos, sobre los campos.

"No se ha resignado", dice Tereesz. "Lo ha olvidado. No he visto ninguna foto de ellas en toda la casa. También las miraba en tu carpeta como si intentara recordar quiénes eran".

Khan tiembla de frío. Nadie dice nada. Eso significa que están de acuerdo. Hay otra larga pausa antes de que Jesper empiece a temblar también. Así es como se hacen saber cómo se sienten. Rara vez hablan entre ellos de lo que realmente piensan, de todo lo que está desvaneciendo. Es así porque al principio hablaban demasiado. Tanto que hablar ya no servía de nada. Ya se han dicho todo y no tienen nada con lo que consolarse. Por eso sorprende tanto cuando Jesper dice: "A veces me parece que el mundo entero las ha olvidado".

"Así es", dice Tereesz.

Y Khan dice: "Vamos a buscar la casa de este chupavergas". "Hagámoslo hoy de una vez", dice Tereesz.

Al oír esto, Khan pregunta: "¿Adónde queremos ir?". "A Graad", responde Tereesz.

Y ambos miran en dirección a Jesper.

"*Davat*", dice Jesper.

Con la oscuridad llega una ventisca. Conducen por las calles de Saalem, y la ciudad a su alrededor se encierra en la tormenta, por primera vez este año. El olor dulce y frío de la nieve penetra en la cabina con Khan cuando vuelve con una gran maleta en cada mano. Deja huellas en la nieve. Su anciana madre se queda en la puerta con el delantal puesto y grita algo, pero nadie oye lo que es. La máquina ya va a toda velocidad por la carretera y la nieve se arremolina fuera, en el túnel de la calle.

Nieva todo el tiempo que esperan a Jesper delante de su casa. Dos horas.

Parece que no alcanzarán el tren nocturno. El viento arranca listones blancos de los abetos, el carruaje motorizado negro está enterrado bajo la nieve. Finalmente, Jesper sale con una maleta blanca en la mano.

"¿Cómo ha ido?"

"Bueno, digamos que no ha ido demasiado bien", responde. "Andando".

Conducen. Rápido. Le piden al taxista que conduzca aún más rápido, pero eso sería peligroso. La ventisca traza vetas en los faros, su caos se esparce por todas partes, en los caminos, en los halos anaranjados de los faroles. Tereesz arroja el dinero al conductor y se baja el primero, echando un vistazo a su reloj. Corre atravesando la plaza nevada, dejando atrás el sonido de las puertas del taxi cerrándose de golpe. No le importa que Jesper haya olvidado sus pertenencias en su casa.

Lo único que Jesper lamenta es no haber encontrado el coletero cuando dejó a la modelo de lencería. Realmente podría haber sido más duro. También se siente mal por eso. Corre con la maleta en la mano, la nieve se le mete en los ojos, y todo tipo de ocurrencias le vienen a la cabeza: "Esto de la moda, con esto de la moda, verás, ya no es *bueno*. Esto de las *modelos*, no tiene futuro. Te llevas mi casa y ahora te vas a vivir a Vaasa. No es seguro viajar, ¿lo entiendes? Es momento de conseguir un trabajo de verdad".

Es de noche, pero aun así hay una multitud frente a los ascensores. Lanzan insultos mientras Tereesz enseña sus documentos falsos. "Colaboración Policial, ¡muévanse!" Ya no es Somerset Ulrich, ahora es Kosmo Konchalovsky. Kosmo no es un agente desaparecido, es un invento del propio Tereesz. Para cubrir sus huellas —nadie puede rastrearlo.

Sólo cuando una cabina de ascensor llena a reventar los eleva por encima de la ciudad, los tres chicos se sientan encima de sus maletas y recuperan el aliento. La ciudad está enterrada en la nieve; allá abajo, en los arcos de las autopistas, su luz se filtra en verde saturnino, en el dorado de las farolas, en el naranja... hasta que la oscuridad de la estación de trenes flotante los engulle. Las puertas del ascensor se abren y corren bajo los altos arcos de acero del edificio de la estación. Allí también les espera una multitud nocturna. Hay gente por todas partes, en el vestíbulo, frente a las taquillas, aunque los letreros indiquen que no hay asientos disponibles, y la voz como de gatito de los altavoces de caja lo confirma. Incluso el vuelo de pasado mañana a Samara, SRV, está totalmente vendido. ¡Exactamente! Una república obrera burocrática degenerada es donde quieres estar ahora mismo. Sin mencionar que en este mismo momento en Graad, la red de irrigación de panales está desapareciendo, tras lo cual una cresta de olas se elevará amenazante sobre Yekokataa. ¿Adónde corres? ¡Quédate en casa, alistate en el ejército!

Se aprietan para salir al andén. También nieva en lo alto del cielo nocturno, y cuando el encargado del vagón les corta el paso frente a los quintuples escalones del tren imán, Tereesz hace algo que nunca hace. Los destellos de autoridad de Kosmo Konchalovsky ya no surten efecto en el encargado del vagón, entumecido por el bullicio de la multitud. La chica con voz de gatita anuncia la inminente salida del vuelo y solicita a todos que se sitúen detrás de la línea amarilla. Ya pueden oír el siseo del sistema hidráulico de las puertas del tren. Tereesz mete la mano bajo la chaqueta y saca un pistolete. El bolsillo de cuero de la funda cuelga bajo su brazo. Con la empuñadura de caoba firmemente sujeta en la palma de la mano, atraviesa las puertas y se adentra en la lujosa lobrete del tren. El cañón del arma brilla y el encargado del vagón retrocede ante el arma de servicio. Detrás de Tereesz, Khan y Jesper también se cuelan. Las puertas se cierran a sus espaldas, los imanes zumban; una de las maletas de Khan se queda en el andén.

Tereesz vuelve a enfundar la pistola y se disculpa ante el horrorizado empleado. No están acostumbrados a este tipo de cosas aquí en Katla. El ex agente agradece a la mujer su cooperación, vuelve a usar la diplomacia. Afuera, en el andén, unos toques gigantes están siendo retirados del tren. Se corta el cordón umbilical y así, liberado de los puentes de conexión, todo el peso del tren con sus tablillas de vagones quintuples se hunde en los imanes. Estos aúllan a toda máquina bajo los vagones del tren. Y entonces comienza el vuelo.

El soporte magnético parte en dos el Mar del Norte bajo él. El interior está en silencio, los generadores zumban mientras el tren pasa zumbando a cincuenta metros por encima del agua. Los tres permanecen juntos, riendo. Tereesz apaga su cigarro en un cenicero de bronce y le dan la espalda a las ventanas de observación. Delante les espera La Palidez, y más allá comienza un mundo enorme. En algún lugar ahí fuera, en sus ciudades, calles o extensiones esteparias, está Zygismunt Berg, la única persona de este mundo que sabe lo que les ocurrió a las hijas de Lund. A través de las ventanas, lo único que queda de la ciudad detrás de ellos es la contaminación lumínica, un fulgor dorado en la lejana oscuridad de la tormenta de nieve.

15. MOHO

Deerek Trentmøller yace en un estado catatónico. El asilo de ancianos que le rodea está en silencio. Ya no recuerda el nombre de nada, y cualquier vínculo carece de sentido para él. Todo es olvidable. Mira el mundo entero con un dichoso signo de interrogación, como un niño. Al cabo de dos meses, la enfermera acude a su habitación y, deteniéndose en la puerta, respira aliviada. Desconectan la aguja de la muñeca del anciano. Un conjunto de ramas de árbol se deslizan por las paredes de la pabellón, y fuera, en los suburbios, pasa zumbando un carruaje motorizado.

Sus ruedas crujen sobre la nieve; dentro, en la cálida cabina, está sentado el reconocido minimalista y crítico de música sordera Åre Åkerlund, compañero de Jesper en sus tiempos de oficinista. Sus perspectivas no parecen muy buenas. Es casi imposible plagiar las reseñas de los discos de música de Occidente si no se están haciendo discos nuevos. Pero Åre Åkerlund consume mucha cocaína, y eso, como sabemos, lo vuelve a uno muy inteligente. El entorno social es diferente ahora, pero el consumo permanece tal cual. Esto significa que todavía hay espacio para la publicidad. Åre Åkerlund sienta las bases de lo que más tarde sería el mundialmente famoso Laboratorio de Ideas de Vaasa, una agencia de publicidad que se dedica a crear *ideas* de publicidad en lugar de hacer publicidad propiamente. Otra persona creará los anuncios más tarde. En unos meses, una obra maestra de la publicidad apocalíptica nacerá del Laboratorio de Ideas. La campaña interisolar del gigante del transporte ZAMM también se está poniendo en marcha en los países nórdicos, con el eslogan "¡Escapa! Aún no es demasiado tarde".

En ese momento o un poco más tarde, en torno al solsticio de invierno, el recién estrenado documental de Konrad Gessle pasa desapercibido para el público general. El invierno será largo y oscuro, y las masas, presas del pánico, exigen un entretenimiento más ligero. No importa que el director haya sido nominado ocho veces al premio Oscar Zorn. Pero entonces, el agresor ecuménico de Mesque saca su flota de La Palidez, maniobra que les hace planear por el extremo norte de la meseta boreal. Bajo la aurora boreal, el humo negro se eleva hacia el cielo desde el Oblast de Holodnaya Zemlya⁶⁰ de Graad. Arda, Vaasa y Surumaa se unen entonces a Graad, que le había declarado la guerra a Mesque dos meses atrás. Y con ello, Katla, este pedazo de tierra en el confín del mundo, es arrastrado a la gran centrifugadora.

Las cifras de espectadores de la película "Vidkun Hird: 'Vidkun Hird'" empiezan a mejorar. Sin embargo, para su desgracia, Konrad Gessle ve el

⁶⁰ Tierra Fria. Холодная Земля. en ruso.

tipo de público que él más temía en las salas de cine cuando puso en marcha su controvertido proyecto. Los malos tiempos dan al descontento un sentido nacionalista —ahí están sentados los jóvenes militares, hipnotizados, en compañía de abuelos nazis seniles. Ninguno de ellos entiende realmente el sutil manejo de los símbolos por parte del humanista Gessle, su ironía, su sentido del absurdo. Los militaristas de pocas luces admiran sinceramente las posturas de los Camisas Negras de Hird, sin la más mínima ironía. Les impresiona especialmente cómo la gran figura se desploma finalmente bajo sus propias máximas sobrehumanas. Les parece poético cómo dice cosas sin sentido en sus últimas entrevistas. La toma de un Hird vegetativo dentro de su celda los conmueve hasta las lágrimas. Finalmente, resulta ser que incluso sus ideales heroicos no podían vivir con esas antiguas verdades. Fueron muy honestos, muy genuinos. Como guerrero, Hird se esforzaba al máximo, sin ceder a las influencias culturales diluidas. Ese era su triunfo, su arrogancia, y su caída: la verdad— simplemente es muy poderosa.

Esta es solo uno de muchos absurdos del fin del mundo, pero esta es la que hace creer a Sven von Fersen que es el momento para salir del clóset. Sven se desprende lentamente de los ingeniosos artículos de Administración, reemplazándolas con “declaraciones de apoyo para el gobierno y las fuerzas armadas”. Entonces, mientras Graad y sus aliados del norte se encuentran en el bando perdedor de la guerra mundial, la única confrontación real se organiza en Iilmaraa. Sven von Fersen no quiere ayuda de las mierdas de camello: “Antes de que lo sepas, estarán apuñalando tu espalda con una cimitarra.”

Pero al final, el fascismo permanecerá al margen de la sociedad, donde siempre ha estado —entre la criptozoología y la psiónica. La inmensa mayoría de la gente no es como Sven von Fersen. El sentido de la moda nórdica está demasiado desarrollado en ellos, y los extremistas no encuentran voz”. La delicada mano del editor erradica el vocabulario racialmente insensible de tales escritos. No se limita a no publicarlos —lo que iría en contra de la libertad de expresión. De este modo, esta porción de tierra en La Palidez entra en la fase del Apocalipsis geopolítico junto con el resto del mundo, pero en lugar de derrumbarse, se dispersa —aún sigue siendo una socialdemocracia. Siguen entregando generosamente sus nóminas a los que sólo holgazanean. Los cruceros se hunden por el fuego de los misiles en el Mar del Norte, pero el Estado sigue ofreciendo al artista desempleado oportunidades de capacitarse nuevamente en su ámbito. Graad pierde la meseta boreal en el norte, Yelinka arde en la noche invernal de tres meses y nadie sobrevive, pero un desempleado Per-Jonas sigue hablando del libro que está escribiendo. Graad abandona el insignificante teatro de guerra de Katla para agrupar sus fuerzas y defender su isla natal; el camino hacia Arda ahora está abierto al agresor, y el frente se aproxima día tras día, pero sigue sin haber ninguna novedad acerca del libro de Per-Jonas. De este

modo —a pesar de las objeciones de los extremistas— la nación de Vaasa se esconde tras los telones de la historia, con su licencia de paternidad de tres años remunerada y un transporte público que funciona a la perfección.

Nada parece detener los futuros proyectos de carácter ecológico. En los últimos meses, cuando La Palidez se arrastra por el océano hacia Vaasa, los grupos de presión contra la contaminación lumínica ven cumplido su gran sueño. Los edificios industriales y comerciales apagan la iluminación artificial al final de la jornada laboral, y las farolas se recubren con filtros especiales. Como primera y última gran ciudad de la historia del mundo, Vaasa elimina por completo la contaminación lumínica. No es sólo una medida contra los bombardeos —también protege a las aves, que de otro modo podrían perderse en el laberinto de luces de la ciudad, y a las focas, cuyo ritmo de apareamiento se ve alterado cuando el día es demasiado largo. Puede que te burles de esto, pero al atardecer, cuando el gran mundo en la distancia se hincha en una vorágine sangrienta, las familias salen a la calle en Vaasa y son insignificantes juntas. cuando el día es demasiado largo. Puede que te rías de esto, pero al atardecer, cuando el gran mundo a lo lejos se hincha en una vorágine sangrienta, las familias salen a la calle en Vaasa y son insignificantes juntas. Sólo las explosiones lejanas turban la profunda paz de la noche invernal, su impoluto cielo estrellado. Todos observan, con las cabezas inclinadas hacia atrás.

La anciana madre de Khan también observa, en Saalem. Sus ojos están bellamente pintados con colores iilmaraanos. Un pañuelo dorado cubre su cabello. Hace frío, y el aliento de la mujer humea por las calles de la ciudad amaderada. Aliyah Khan había visto a su hijo por última vez aquella noche, hace cuatro años. No fue mucho después —no más de un mes— cuando llamó y se despidió de su madre. Las familias se arremolinan alrededor, entre ellas hombres en edad de servicio. Inayat había dicho que no volvería, pero siempre vienen del frente norte —soldados. Incluso la guerra se ha desatendido de algún modo. Todo esto es una especie de degeneración, una claudicación, pero incluso en esto el lema —precisamente asociado al moralismo, un movimiento cuya estirpe es la socialdemocracia —se ve reflejado. Reza lo siguiente: "Por un momento, parecía que había esperanza para la humanidad".

Luego, cuando las estrellas se doblan ante la destrucción que cae desde arriba, muchos ya no pueden tomar en serio del todo la frase "el fin del mundo". El pánico se ha enfriado. En la extraña indiferencia de la evacuación, familias enteras se quedan en Vaasa. Allí juegan a juegos de mesa, en sus casas, en sus departamentos amplios. Les encanta la comida rica en vitaminas, y cuando La Palidez está a sólo unos días, siempre es señalada por el mismo bello acontecimiento. Las frutas se enmohecen. Crece vigorosamente en ellas. Los niños escuchan el crujido de las naranjas sobre la mesa. Brotan esporas de la pulpa, las manzanas se llenan de pelusa.

Si intentas tocarlas, se resquebrajan. Nadie sabe por qué es así. Pero pocos pueden reunir la energía para tener miedo de ese momento, y es por eso que digo que es bello.

La madre de Khan es una de las que deciden quedarse en Vaasa cuando llega La Palidez. Muchos otros huyen. Se dirigen a Arda, más cerca del frente y lejos de La Palidez. Allí, en la órbita invernal, Anita Lundqvist y sus frágiles manos van a la fábrica de municiones a pulir cartuchos. En estos últimos años, sobre todo después de la evacuación, la modelo de lencería parece muy fuerte. Toda la frivolidad y sed de vida que hacían de ella un ser humano ejemplar en el mundo en funcionamiento se traducen en algo completamente distinto al llegar el fin del mundo. Son cualidades de liderazgo, y Anita Lundqvist es la reina del campamento de refugiados. Cuando Åre Åkerlund se encuentra con ella allí, ni siquiera la reconoce. ¿Quién es esta valquiria? Pero entonces Anita se acerca a él, le saluda por su nombre y revela en su mandil medicamentos para aliviar los síntomas de abstinencia de Åkerlund. El famoso minimalista y crítico musical sordo se muestra agradecido. Le habla a la chica de un tráfico internacional de drogas que ya no funciona. Y cómo se ha devaluado la moneda negra HR —el réal intersolar— y se ha hundido la economía mundial. Por último, Åkerlund le habla del *no-mundo*, de todo lo que vivió de camino al campamento de refugiados. Llegó a Arda a pie. Quedó rezagado durante la evacuación y tuvo que esforzarse durante dos meses para cruzar los fiordos helados. Atravesó pueblos fantasma abandonados, solo, con La Palidez pisándole los talones. Se arrastró a través del *permafrost*, donde los restos de las aeronaves derribadas estaban enterrados en los montículos de nieve a su alrededor. Åkerlund también le relata sobre el caballo que arrastraba su trineo, y que acabó comiéndoselo. Anita le corresponde y le habla de Jesper. Sólo le dice cosas buenas.

La fábrica donde trabaja Anita es un punto estratégico. Aunque está escondida en lo más profundo de los fiordos, el satélite de reconocimiento "Mosaico" de Mesque, recién lanzado, la encuentra allí. El agresor ecuménico hace polvo la fábrica de municiones con una lluvia de bombas, y la modelo de lencería se pierde en el vendaval de la guerra. Esto ocurre seis años después de la noche de ventisca en la que Khan, Jesper y Tereesz huyeron en su vehículo.

Abajo, sobre la costa sur de Katla, el enemigo de la materia, la gran transición, entierra la antigua isola. Vaasa y la playa de Charlottesjäl estuvieron allí alguna vez. Ahora nadie sale de allí, aunque a los que dejaron atrás —amigos y familiares— los esperan en los campamentos. Ann-Margret Lund también está sentada en algún lugar de su cocina, en medio de La Palidez; sus habitaciones están en silencio y limpias. La antigua profesora lleva una chaqueta beige y una falda por encima de la rodilla, y observa cómo se moldean los albaricoques. Probablemente sería

demasiado decir que ella no ha llamado a la policía mientras tanto. Ann-Margret suelta la mano de su marido. Como todos los demás, no puede hacer nada en esta larga estancia, en la que el sentido del presente se esfuma poco a poco. Pero mientras el resto se disuelve en sus recuerdos, ella simplemente desaparece. Pero mientras los demás se disuelven en sus recuerdos, ella simplemente desaparece. Es como si su vida nunca hubiera existido. El pasado no espera su regreso. Se limita a deambular por las habitaciones, a ajustar la mantelería de encaje y las colchas de su abuela, a colocar las cortinas en los rieles. Y así, con buen gusto, se niega a entregarse a esos éxtasis que visitan el espíritu humano cuando el mundo se está desintegrando. Nada se va de sus manos, y nada vuelve.

Cuando Katla se hunde por fin en La Palidez, Ann-Margret Lund se convierte, sin el menor placer, en una masa proteica.

16. ENTROPONAUTA

Hace seis años y muy lejos, en algún lugar al borde de una isola totalmente distinta, un hombre se despierta. Es el año 72. Está solo. Hace frío en su tienda de lona⁶¹ y la mañana está oscura. Acurrucado en su bolsa de dormir, se frota los costados para entrar en calor; su suéter de lana, muy desgastado, le raspa la piel. Esto hace que la sangre fluya, y el hombre por fin se atreve a sacar la mano del calor de su bolsa de dormir. Lleva guantes de lana sin dedos, hasta para dormir. Es un truco común en su profesión. Rebusca en el suelo, encuentra su lámpara de mano en la oscuridad y juguetea con el interruptor congelado durante medio minuto. Finalmente, la lámpara se enciende. La luz eléctrica es tan deficiente que apenas ilumina la tienda de campaña para una persona. El hombre se sienta con las piernas cruzadas en la bolsa de dormir y respira entre sus dedos para calentarse las manos, con su desdentada boca temblorosa. En el haz de luz de la lámpara, en el interior de la tienda, hay un estampado con el nombre del fabricante: "Cooperativa 'Mikrokosmos'".

El hombre apoya la mano contra la lona. Hace frío, y la tienda isotérmica se ha hundido bajo el peso de la nieve. No entra ni la más mínima luz del exterior, y ni siquiera oye el silbido del viento. La tormenta ha amainado durante la noche. Un reloj de pulsera electrónico indica que hoy es su cumpleaños —tiene treinta y nueve años. Son las 7:15 de la mañana. El hombre sale de su bolsa de dormir y, agachado en la tienda Mikrokosmos, se pone el anorak sobre el suéter y se coloca las botas de cordones. El cierre se abre con un chirrido y, así de simple, con las piernas desnudas, sale de la tienda y se dirige directamente a La Palidez.

Veinte kilómetros más allá del fin del mundo, nieva en silencio. En la tenue luz de la mañana, las ruinas de un hombre se alejan cojeando de su tienda cubierta de nieve, para situarse bajo un árbol sin hojas. A su alrededor, desde el sueño blanquinegro del paisaje de la taiga, emergen las laderas de las montañas dentadas y las frondas fantasmales de los abetos koshot⁶². A través de la nieve y la niebla, un tenue azul se cuela en el mundo incoloro, donde concluye el radio de visibilidad. Es de mañana —aquí no se puede estar más iluminado. Y en medio de ella, en dirección opuesta al árbol retorcido, se yergue un ser humano totalmente destruido. Es un entroponauta. Es un rockero envejecido. Se llama Zygismunt Berg. Viste bóxers azul oscuro con el dobladillo blanco y está meando.

El campamento está situado en la terraza de una colina rodeada de abetos. Incluso en la brumosa lejanía del valle, se oyen los estruendosos

⁶¹ Tienda de lona para acampar. Брезентовая палатка. En ruso.

⁶² "kosoti kuusepuu" en la obra original, presuntamente una variante inventada.

ecos de una pala de nieve mientras el entroponauta desentierra la parte delantera de su tienda. Y luego —los repetidos golpes de un hacha. Zygismunt Berg regresa a la tienda al otro lado de los claros con un buen puñado de ramas de un árbol infértil. En el aire flotan unos gruesos copos de nieve. El hombre se había puesto lo que quedaba de unos pantalones de mezclilla desgastados y, mientras trabajaba, se había desabotonado el anorak y se había puesto de nuevo la capucha sobre los hombros; ahora se queda quieto, sin más. Algo se había movido en La Palidez, justo delante de él.

Silencio. Es de este silencio del que se derivan todos los demás silencios. El entroponauta inhala con fuerza —el sonido de su respiración, el rugir de la sangre en sus oídos, es tan fuerte en este lugar que interfiere con su audición. La leña se agita en su regazo. Permanece inmóvil, con la espalda ligeramente encorvada, como siempre. Incluso la nevada se detiene, y La Palidez se detiene con él. Pasan los minutos. Su reloj de pulsera electrónico se congela a las "07:48".

Se oye un ruido de pezuñas pisando el granito. Justo delante de él, sobre una roca en un terreno más elevado, un íbice sale de La Palidez. Zygismunt le mira fijamente y el íbice le devuelve la mirada. Ambos tienen los ojos oscuros, húmedos por el frío. Zygismunt Berg tiene entradas en el cabello y la coleta de un rockero envejecido; el macho alfa luce una enorme corona de cuernos. En La Palidez detrás del animal, su rebaño avanza a empujones y cuesta arriba, siluetas incoloras, piernas rectas flexionándose sobre sus pezuñas. Los cuernos de los kozorogs⁶³ se envuelven en La Palidez como las puntas de lanza de un ejército en marcha; bocanadas de vapor salen de las fosas nasales de los cabritos, que resoplan. Van junto a las hembras, y el rey en persona va el último. El íbice balancea su corona de cuernos de un lado a otro y se adentra en la penumbra. Deja solo al entroponauta.

Van junto a las hembras, y el rey en persona va el último. El íbice sacude su corona de cuernos de un lado a otro y se sumerge en La Palidez. Deja al entroponauta allí solo.

"No te vayas", dice Zygismunt, con su patética voz de alcohólico. "¡Por favor, no te vayas!" Deja caer la leña y trepa por el muro de piedra cubierto de nieve. Sus guantes sin dedos se resbalan por el granito, sus pies no encuentran punto de apoyo. Jadeando, avanza a tropezones por La Palidez, entre los abetos enanos. Ya no hay nada allí, todos se han ido, ¿qué sigues buscando aquí arriba, zoquete?

"*No te vayas, por favor, no te vayas...* ¡Eres como ese anciano! Ya sabes, el que va al parque a pasar tiempo con las ardillas: '¡Pequeño Mickey, ven

⁶³ Íbice. Козорог. En ruso.

aquí Mickey! La necesidad por la cercanía es tan mortal. Él no puede soportarlo".

"Pero estoy tan solo."

"Nunca estás solo, Zigi. ¡Te tienes a ti mismo!"

Hace veintiún años, una tarde durante las vacaciones de invierno, Zigi se encuentra en la parada de carruajes de caballos. Dentro de dos días, el quincuagésimo primer año se convertirá en el quincuagésimo segundo. El suburbio vaasano dormita a su alrededor; ya es tarde y afuera está oscuro, pero él no tiene prisa por estar en alguna parte. Su madre no le espera en casa. El chico se mece de un lado a otro en el banco de madera de la parada del tranvía, con los cierres de su chaqueta de cuero tintineando. Su telón de fondo, la alta valla del solar junto a la carretera, es un recordatorio perpetuo de la propiedad privada. Eso le irrita.

Acababa de volver de vender equipo a niños ricos. Y poco antes había interpretado su famoso *sprechgesang* en la fiesta del solsticio de invierno. Los chicos de la primaria se carcajeaban, les había encantado. Algunos de los alumnos de la preparatoria lo miraban como diciendo "qué imbécil, no hay manera de que este tipo viva hasta los veinte años". Pero de todas formas a Zigi no le interesan esos estudiantes de bachillerato. Están consolidados. "Pequeños pajilleros", como los llama cariñosamente Zigi —ellos solos aún tienen esperanza.

Zigi también está borracho, y sin duda está dispuesto a buscar problemas. Pero a estas horas no hay nadie en la parada de Fahlu, así que un objeto inanimado tendrá que bastarle. Míralo desafiando al horario del transporte público —pero el horario es pusilánime. Frustrado por su falta de agresividad, el chico intenta arrancarlo del poste, pero la lámina metálica se dobla por el esfuerzo. Y como Zigi es el fenómeno más loco de Elysium —aquel que se roba los horarios del transporte público para que los demás no sepan si el último tranvía ya ha pasado o no—, aplasta la hoja con la información necesaria y la tira a la basura. La parada sigue vacía y Zigi sigue con ganas de bronca, así que la *weltanschauung*⁶⁴ del basurero ya no le resulta aceptable.

"¿Qué dijiste?!" Zigi empuja el repulsivo basurero con ambas manos, pero está demasiado lleno y satisfecho de sí mismo como para defender su

⁶⁴ "Weltanschauungen" o "cosmovisión" en español; término filosófico alemán que se refiere a la imagen o figura general de la existencia, realidad o mundo que una persona, sociedad o cultura se forman en una época determinada. Suele estar compuesta por determinadas percepciones, conceptualizaciones y valoraciones sobre dicho entorno. En este caso, se refiere al idealismo de la libertad, o idealismo subjetivo; término acuñado por Immanuel Kant en su obra "Kritik der Urteilskraft" o "Crítica del Juicio" y ampliado por otros pensadores idealistas alemanes.

honor. "Escuché lo que acabas de decir. '*Lunático desquiciado*', tan lleno de ti mismo, '*se atreve a levantar la mano contra la propiedad privada*'. Te crees un tipo genial, ¿verdad? '*Lunático*', '*se atreve a levantar la mano*'. Qué tiene de malo discutir, todos somos gente educada... ¿Pero sabes qué?"

El basurero no tiene ni idea de lo que le dice Zigi. Tiene un gorro de nieve en la cabeza, plagado de colillas de cigarro apagadas, es todo. ¿No sería aún posible llegar a un arreglo pacífico?

"Te gustaría, ¿verdad? ¿Eh? Te gustaría, ¿no? ¡Bésame el culo, burgués!" Zigi le da una patada a un contenedor de basura y casi pierde el equilibrio. Con el contenedor de basura completamente humillado, esta fuerza de la naturaleza que tropieza dirige su atención al cartel de la parada del tranvía. Revolotea al viento, con "Fahlu" escrito en él.

El cartel empieza a girar como una rueda hidráulica cuando Zigi le da una patada. Pero cuando aterriza, resbala y cae de espaldas. Una nube de nieve se alza en el aire y, por un momento, Zigi yace allí, con el polvo de la nieve cayéndole sobre la cara, y se ríe. Las farolas brillan sobre él en el cielo azul oscuro de la noche de invierno y los copos de nieve fluyen a su alrededor. En algún lugar allá arriba, en la negrura invisible, se deslizan en sus órbitas unos satélites de comunicaciones olvidados de una época pasada. Todo gira tan dulcemente: un mundo hermoso, oscuro y vertiginoso bajo ataque.

Pero Zigi aún no festejó lo suficiente. Se levanta. Como ha destrozado el horario, no sabe si el último tranvía ya ha pasado o no. Afortunadamente, el joven sigue teniendo ánimos de cambiar el mundo, y así lo vemos avanzar a pie, con las rodillas de sus pantalones de mezclilla blancas por la nieve, su chaqueta de cuero abierta por delante y su melena de ídolo pop al viento... Recorre las calles del suburbio, rumbo a su casa. Y a ambos lados de la carretera, por detrás de las vallas, dormitan las casas de madera. Las mira con desdén: la comodidad es burguesa. Está buscando la indicada, la más encantadora de todas.

Tiene un ladrillo en la mano.

Tiene una espinilla en la frente.

Karl Lund, el joven industrial papelerero, lee un periódico en la sala de estar del piso de abajo. En el encabezado del periódico, hay una silueta de un centauro con un sombrero de copa, y una tipografía grand serif en la que se lee "Kapitalist". No es el diario de un autoproclamado especulador, es un periódico que se fundó hace quinientos años en los albores de la economía de mercado, una de las más antiguas del mundo. Aquí no se publican trucos para hacerse rico de forma rápida; en "Kapitalist", toda la realidad política es considerada a través de una lente economista. Se ve como es en la realidad, en la otra cara de los sueños ilusorios de comienzos del siglo. Karl

Lund se preocupa por el mundo, así que lee con la intención de comprender, y comprende con la intención de ayudar. Genuinamente. Podrías leerlo tú mismo, con placer —y serías una persona más influyente por ello— pero, desgraciadamente, no entiendes "Kapitalist".

Zigi tampoco. Lo ha intentado, pero sigue sin hacerlo. No se esforzó en intentarlo. La mala cosecha en Yeesut, la epidemia de tzaraath en Saramiriza —estas cosas no le conciernen a Zigi. No le conmueven. Para él, no son más que reproches, negatividad. A Zigi no le preocupa el mundo, no quiere ni comprender ni ayudar. Quiere algo completamente diferente y, en un momento, va a mostrarte lo que es. El chico se aprieta las agujetas de sus tenis; no siente frío gracias a su estado de ebriedad. Se para en la puerta de una casa de madera blanca con un ladrillo en la mano, toma impulso.

El ladrillo sale volando de la mano con la que lo lanza. Zigi tiene una sonrisa bestial en la cara. El trozo de piedra se catapulta aún más en la oscuridad de la noche invernal, y en el extremo receptor, esperando a ser destruido, se encuentra una caricatura de la vida, lo que para el joven Zygismunt Berg es una persona que lleva una vida ligeramente más normal: libros con tapas de cuero, olor a caoba. La ventana se rompe en mil pedacitos y el propietario de la industria papelera se levanta de un salto de su sillón. Arriba, como un mal augurio, unos ojos verde oscuro se abren de golpe.

"¡No puedo esperar más!", grita Zigi, con los codos a los lados y la espalda arqueada por el esfuerzo. "¡Acábate, mundo, **acábate!**" De su boca salen saliva y bocanadas de vapor. Es un aliento flamígero que apesta a vodka, es un dragón.

Karl Lund es todavía un hombre joven en el 51, a mediados de la treintena. Sale disparado hacia la puerta principal como una bala de fusil y se pone allí su calzado deportivo. Desde hace un mes, encuentra bolsas de basura con las palabras "BURGUÉS" en su jardín. Cada mañana, el lugar está lleno de basura, latas mugrientas que cuelgan de los arbustos de membrillo. Sale corriendo, abre bruscamente la puerta del jardín y se detiene un momento. A apenas cincuenta metros, en medio de la calle, una figura con chaqueta de cuero negro corre por su vida. El empresario de la industria papelera arranca de donde está y se abalanza tras el chico.

El pelo negro de estrella pop de Zigi ondea al viento, ondulado, y un poco grasiento también. Los halos helados de las linternas que hay detrás de él se estrechan y se despliegan en auras a medida que Zigi pasa a toda velocidad. La nieve vuela bajo los tenis y su chaqueta abierta ondea al viento. Cargado de alcohol, Zigi atraviesa los mejores días de su vida. Pero

sus tenis no paran de resbalar en la nieve y lleva fumando desde los nueve años. Para colmo, la educación física no es su materia favorita en la escuela.

Karl Lund suele salir a correr con sus compañeros. Y, por supuesto, no fuma. Ni siquiera puros. Aunque según Zigi —que sostenía una bolsa de basura con la palabra "BOURGEOIS"— lo había visto, justo antier, metiéndose en la boca un gran puro con forma de pene. En algún lugar, detrás de las ventanas de una casa de madera de buen gusto. Por cierto, Karl Lund tampoco bebe brandy de una garrafa, ni es miembro de Les Morts. Tampoco se involucra en el turismo sexual en países en vías de desarrollo.

El hombre esprinta con su sudadera negra de cuello alto, el cuero blanco de sus tenis reluce en la nieve. La distancia se acorta. Zigi resbala en una curva y toma impulso con las manos. A treinta metros, oye a Karl Lund gritar detrás de él: "¡Quédate quieto, hijo de puta!". Le arden las palmas de las manos, le sangran los pulmones, pero la tolerancia sobrehumana al dolor que le ofrece el alcohol vuelve a hablar por Zigi. De hecho, ya ha desgarrado los músculos de las piernas; después de años de andar encorvado, los sprints súbitos suponen una gran sorpresa para ellos. Pero Zigi no siente nada. Podría correr eternamente.

Esto es, por supuesto, una fantasía. La realidad es que su cuerpo tiene sus límites y, tras ocho minutos de persecución, éstos se hacen notar. En un cruce de ferrocarril, los dos hombres corren separados por apenas diez metros. Zigi hace un giro brusco y sube volando las escaleras del andén. En el silencio de los suburbios, el golpeteo de sus pies sobre el cemento y su respiración cada vez más agitada se oyen a cierta distancia. Dos figuras oscuras se mueven por el andén bajo los haces de las lámparas, y la distancia vuelve a reducirse. Zigi mira hacia atrás y observa al caballero burgués que se acerca con movimientos enérgicos y controlados, como un *robot* enviado del futuro. El chico salta desde el extremo del andén, apuntando a los nichos ferroviarios-industriales del suburbio —allí, donde suele estar. Mantiene el equilibrio al aterrizar y se desliza sobre la nieve. En la oscuridad del terraplén, piensa, al fin podrá quitarse de encima al robot. ¿Por qué no se da por vencido de una vez? Normalmente, la gente como él ni siquiera se atreve a salir de casa. Lllaman a su adorada policía y luego pasan el rato juntos dentro.

Zigi es el primero en bajar por la zona nevada entre la valla y el terraplén del ferrocarril. La magia del alcohol empieza a desaparecer, y deja marcas en el suelo mientras corre, como una presa herida. Siente cómo su pierna derecha se acalambra. ¡Que así sea! Pero antes de eso, aún la necesita para un último esfuerzo. ¡No te rindas ahora, jode-piernas! Realmente me gustaría fumar ahora mismo.

Detrás de él, Karl Lund puede sentir el rastro de sudor del chico en sus fosas nasales. Viene de un futuro en el que después de todo no se acabó el

mundo. Allí todos los habitantes son burgueses, y la clase obrera ha sido casi aniquilada. Un vistazo rápido a los alrededores y Karl Lund ve un callejón sin salida con garajes por delante. Exprime hasta la última gota de su energía, preparándose para un choque, con la intención de embestir a Zigi con toda su fuerza e inmovilizarlo contra la pared. Con sólo echar un vistazo a la enjuta araña, sabía que podría doblegarla. El hombre extiende la mano y toca la parte trasera de su chaqueta. En ese preciso momento, sólo queda aproximadamente un metro de camino antes de llegar a la pared del garaje. Zigi se empuja directamente contra el ladrillo con la pierna derecha, pero la otra, acalambrada, no llega a conectar con la pared con la gracia que había planeado. Su plan funciona parcialmente: no corre por la pared con el aplomo de un *Seraise ensiferant*⁶⁵. Resbala, pero aún así logra agarrarse del borde del tejado con ambas manos. Zigi empieza a trepar por la pared, pero Karl Lund le agarra la pierna.

"¡Maldición, muchacho, ríndete!".

Pero encima de él, en el techo del garaje, el amigo de Zigi se yergue sobre él, animándole. El amigo de Zigi es grandioso y majestuoso, aunque lisiado por el tiempo. Ondea como una bandera gris en la oscuridad y lanza un grito.

Un ser humano completamente destrozado se envuelve en humo en la taiga del noreste de Samara, en la ecorregión de Nad—Umai, que hace poco se hundió en La Palidez. Veinte kilómetros al sur, comienza el mundo, con la República Popular de Samara. Cuatro mil kilómetros más allá, al noreste, está la isola Katla, y lo que hay entre ambas, nadie lo sabe.

"No seas ingenuo, por supuesto que no es una clase de vida después de la muerte", dice Zygismunt, poniendo fin a la absurda discusión. Saca tiras de tabaco de una lata aluminizada de pepinos y las coloca sobre el papel para enrollar. Antes de salir de Sapurmat Ulan, se había abastecido con suministros suficientes para fumar durante dos meses. Las raciones deberían ser suficientes. En el mercado central, sólo se ofrecían sobras deshidratadas en tarros a cambio de cupones para el trigo sarraceno; el papel tampoco funciona, la tira adhesiva no pega del todo bien. El papel se le pega al labio, y el tabaco ardiente cae de la punta del cigarrillo sobre su pecho. El entronauta se acaricia la chaqueta con la mano, las langostas incandescentes de chispas son el único color en el gris que lo rodea. Está sentado en la entrada triangular de su tienda, con las piernas hacia afuera y un fuego crepitando en un agujero en la nieve frente a él. Al otro lado del fuego se arrastra el fantasmagórico citoplasma agrisado de Ignus Nilsen, el profesor amigo de Kras Mazov y alcaudón apocalíptico. Este desgarrador

⁶⁵ Espadachín. *Ēnsifer* en latín (espadachín) con un toque de francés.

defecto de la cinta filmica está enmarcado por abetos de Koshot en la niebla al fondo; es blanco y negro y completamente antinatural.

"Feliz cumpleaños", dice el fantasmagórico citoplasma agrisado.

"Treinta y nueve", responde Zygismunt Berg. "Bueno, entonces, ¿cómo ha ocurrido esto?".

"Puedes continuar y redondearlo en cuarenta. Ya da igual. Prepárate, dite a ti mismo que tienes cuarenta años".

"Tengo cuarenta años".

"¿Cuarenta años! ¿Qué ha pasado? ¿No se decía que no pasarías de los veinte? Y no tenías planes para esta edad, de todos modos. ¿Por qué te arrastras por aquí?".

"Sabes, Ignus, me gustaría evaporarme...", murmura el hombre y acomoda la fogata con una vara. Una lengua de llama de color naranja oscuro cobra vida en su corazón.

"¿Otra vez? ¿No te has evaporado ya lo suficiente?".

"Siempre hay más, Ignus. Puedes dejar atrás menos: rastros de papel, dentistas...". Zigi pone una sartén sobre la fogata, con nieve fresca derritiéndose adentro.

"¿Te atraparán con este asunto de los dientes! En aquel entonces, en Graad, debiste arrancarte esas desgraciadas tú mismo con un desarmador⁶⁶".

"Lo intenté, pero era demasiado doloroso".

"¿No entiendo lo que dices, amigo, no murmures! Y además, si no es un médico, estás sobrevalorando el sistema de justicia burgués. Contratos de discreción, como el honor, sólo tienen pokazuha⁶⁷. ¿Te acuerdas de Mazov?"

Zigi saca una dentadura postiza de su abrigo anorak y se la mete en la boca. "Tú eres el que siempre murmura estupideces. ¿Qué ocurre con Mazov? Y además —¡mira dónde estoy! ¿Quién vendrá a buscarme? Ni siquiera el Instituto de Entropónautica puede encontrarme aquí".

"¿Tú crees?"

Zigi se pone un guante de cocina y espera a que hierva el agua. "Eso creo, sí. ¡Y además! Esta vez no quiero simplemente huir del país".

⁶⁶ La palabra "desarmador" originalmente estaba en finés.

⁶⁷ Pokazuha (показыха)—(coloquial, desaprobatorio) escapatismo, ostentación, pretensión, chapado, fachada. Una expresión tomada del ruso y puesta en el lenguaje coloquial estonio, el significado original del cual, en la República Socialista Soviética de Estonia, era que el país intentaba mostrar a la Europa Occidental cuán bueno era vivir en su país.

"Bueno, ¿de dónde quieres huir entonces, Zigi? Los países son enormes".

"Del mundo".

La Palidez se tiñe de azul, los campos de nieve yacen bajo ella. El agua burbujea en la sartén. "Dios me libre..." suspira Ignus Nilsen, que ha sido amputado en un muñón por el censor del tiempo. La cresta de la montaña ahueca su voz en reversa, sin eco. "Dios mío, ya he tenido más que suficiente con esta estupidez de la desaparición".

Tras un buen forcejeo, Zigi consigue liberar su pierna de las garras de Karl Lund. Pisa el hombro del padre de familia y se impulsa hacia el techo del garaje. Allí está, triunfante bajo el cielo invernal, tan joven y tan libre. El burgués se agacha ante él derrotado.

"¿Eh? ¿Qué vas a hacer ahora?". Zigi balbucea y gesticula torpemente con las manos como si estuviera "menospreciando" al imperialista. "¿Qué vas a hacer, eh? ¿Vas a intentar subir? ¡Te aplastaré los dedos!". Da un pisotón en el filo del garaje para demostrar lo que ocurrirá si subes hacia él. "**¡Vas a perder!** ¡Yo gano! ¡Has *jodidamente* perdido!"

"Bien hecho", susurra Ignus Nilsen desde las sombras. "Yo, también, noblemente se la metí a la clase media. Junto con Mazov, los matamos, comprendes, cientos de miles de ellos. Matamos a casi un millón de burgueses, habríamos matado a más, pero se nos acabó el tiempo".

"¡Te mataré!", grita Zigi. En el piso del ático, la fiilis⁶⁸ del herrero apocalíptico ha vuelto a vencerle, y nada le está prohibido. "Tú mantienes el mundo unido: te mataré. Mataré a tu familia".

"Muchacho, ve al médico". Karl Lund lo despide con un gesto con la mano y se da la vuelta para irse, pero Zigi está dando vueltas a una bola de nieve en sus manos. Cuando impacta contra la nuca del hombre, se da la vuelta furioso y arremete contra él. "¡Pequeño imbécil, me acordaré de tu cara!"

"¡Me acordaré de tu cara!" Zigi le pincha la cara burlonamente. "¡Yo también recordaré tu cara, sé dónde vives!". La nieve flota alrededor de Zigi; los copos de nieve se derriten en su pelo negro.

"¡Baja aquí, desperdicio de espacio, baja si eres un hombre tan rudo!".

"¡Aah, ya voy!" Zigi le lanza una bola de nieve, pero él la esquivo. "¡Estoy bajando con los ángeles de la muerte y llevan abrigo de cuero, tu familia está muerta! ¡Pederasta!"

⁶⁸ Modismo finés para "sensación" o "sentimiento", como el humor, la vibra.

"Muy fino", elogia Ignus Nilsen desde las sombras. "Hacer referencia a los miembros del comité especial ha sido una genialidad. Eres un poeta. ¡Pero un poeta de acciones, no de palabras!"

"¡Violaré a tu mujer!"

"¡Estás que ardes, chico, estás que ardes! ¡Sigue así!"

"¡Vas a ser llevado a Yekokataa, voy a estatalizar tus empresas!"

"Ahora se está volviendo demasiado teórico, no vayas allí, es una pendiente resbalosa. Sabes que no sabes realmente nada de esas cosas. ¡Dile que es un poofa!"

"¡Poofa!"

Enfurecido, Karl Lund intenta subir, pero Zigi patea un poco de nieve en su cara y empieza a saltar sobre sus dedos, y el hombre vuelve a caer.

"Bien, ahora es un buen momento para largarnos, ¡pero antes dile algo feroz!"

"¡Poofa!"

"Eso bastará", dice Ignus Nilsen, y la silueta con chaqueta de cuero de Zigi desaparece en la oscuridad de los garajes.

Una silueta emerge de la bruma gris azulada, junto a los grandes neumáticos de un camión de basura cubierto de nieve. El día sigue siendo crepuscular y sombrío en Nad—Umai. Zygismunt Berg baja solo por la carretera de la ladera de la montaña, cargado con una enorme mochila y con una cola de caballo de rockero envejecido oculta bajo la capucha con bordes peludos de su abrigo anorak. De la capucha sale humo como si se tratase de una chimenea. Un hombre, con dos bastones de esquí en las manos y un cigarrillo en la boca, avanza con dificultad a través de la catástrofe entropónica.

"Cuando Mazov no podía esperar más a la revolución mundial..." "¿Te refieres a cuando se pegó un tiro en la cabeza porque se había convertido en un monstruo? ¿O fue porque estaba a punto de perder?"

"No es así en absoluto". A su izquierda, Ignus Nilsen ondea como la bandera gris. "Mazov tenía un alma amable. Había reacción por todas partes, sin importar a cuántos matábamos, siempre había más. Y luego estaban los contratiempos; todo colapsó por completo en Revachol. Él sólo estaba triste. No pensaba que fuera un monstruo".

Las solitarias huellas de botas kirza de Zygismunt discurren a lo largo de la carretera, entre los abetos. A su lado hay agujeros en la nieve hechos por los bastones de esquí. "Dime: el poder que acabó en tus manos, ¿cuánto costó? ¿Cuántos camaradas costó? Dime cómo fue realmente esta vez.

¡Sabía que la idea de Mazov estaba funcionando de nuevo cuando los otros comunistas vinieron a matarme!" ¿Fue así? ¿O no lo fue?"

"Por supuesto que no. Quieres asumir lo peor de nosotros, Zygismunt, para no tener que creer más en nada. Para que puedas hacer lo que viniste a hacer. Así que dime, ¿cuándo podemos esperar los dos una ronda de limpieza? ¿Cuándo continuarás solo?"

"Sinceramente, lo he pensado, Ignus".

"Adelante, piénsalo, pero debes saber que no todo fue asesinar y matar. Y cuando me hice cargo, cuando por fin lo tuve todo en mis manos, fue una sensación embriagadora. ¿Puedes imaginarte, todo el país siendo tuyo? Estaba hecho de nada más que bondad, esa sensación. Sostuve a Graad con delicadeza, como un arquitecto sostiene distritos de viviendas prefabricadas...". Filas de cajas grises crujen en el pecho de Ignus, como una ventana a la historia. "Como cajas de fósforos en la palma de la mano. Y prometí que, ahora que se me había dado la oportunidad, haría lo mejor para el pueblo. Y sabes, no me decepcioné".

"¡Pero todo se desvaneció y sólo quedó una colonia extraisolar, una especie de mierda de cabra montés!".

"No seas tan mezquino. Sé escéptico, pero no subestimes a Samara. Mi corazón está enterrado en Samara. Cuando nos replegamos aquí..."

"¡Así es, se retiraron! ¿Por qué se retiraron de nuevo? ¿Por qué mis hombres siempre se retiran?"

"Era inevitable. Y yo no iba a tirar la toalla y convertirme en un fatalista. Lo di todo por esta colonia. ¡Mi República Revolucionaria de Samara!"

"Así es, la 'República Popular' está senil".

"Nunca los perdonaré por hacer esto. Después de mí, lo arruinaron todo. ¡La senilidad! ¡Nunca lo perdonaré!" El fantasmagórico citoplasma agrisado se siente derrotado.

El entroponauta atraviesa un puente en la montaña con las vallas de protección abiertas. Hay casetas de vigilancia vacías enterradas en la nieve en ambos lados del camino. Al final del puente, un cartel indica "Uul de Nemeng—36 kilómetros". Y luego más adelante, a través de la taiga nívea y gris de los montes Umai. Hace sólo dos semanas, las reservas más grandes del mundo de fluoruro, wolframio, zinc y la rarísima samarskita se extraían aquí de la corteza terrestre... los talleres parloteaban, los residuos industriales pintaban de espuma oxidada el cristalino mosto plateado de la ecorregión. Pero ya no, ahora se respira paz y tranquilidad. El entroponauta recorre el camino del camión de la basura hacia la oscura fisura del valle, el bosque de abetos se oscurece a su alrededor. Frente a él, sobre el camino nevado, se extiende una ráfaga de huellas de pezuñas.

"¡Fue espectacular! Fue la pérdida de uno mismo, una entrega total por el bien del pueblo. Yo era una máquina de gobernar con anfetaminas, nunca dormía. Ninguno de nosotros dormía. Construimos todo de la nada, con la ayuda de los Yikuts, fue una hermandad de naciones. Ellos respetaban nuestras armas y nosotros respetábamos sus mentes joviales y sus danzas. En seis años, un país surgió de la nada. Los obreros trabajaban hasta morir, esforzándose por quinto día consecutivo, literalmente morían en la obra, de un infarto, de fatiga..."

"¿De un culatazo en la nuca?"

"Eso crees, pero te equivocas. Ahora sería así, claro, pero entonces no era así. No te puedes imaginar lo que pasó aquí, cómo fue. Se extendió por el mundo como una intoxicación de felicidad".

"¿Intoxicación de felicidad"? La anfetamina era común en tu país entonces, y aún no estaba médicamente probada".

Pero Ignus no escucha. "¡Dije cosas terribles, sí! Me subí a un caballo blanco, en medio de una ventisca, y di discursos. En las montañas, en las obras... Blandí mi espada, con rayos de sol plateados en la empuñadura. Y a mi alrededor ondeaban banderas blancas, crestas de cuernos coronadas con hilo de plata, un pentágono entre las puntas de los cuernos, las ramas elevadas al cielo. Todos los que vinieron aquí conmigo se alegraron, ¡Zigi! ¡El comunismo es poderoso! Cree en el Comunismo, ¡es una explosión de entusiasmo! ¡Te lo prometo! ¡Es hermoso cuando crees en una persona, pero sin ella...!"

"Sin ella, no hay nada."

"Nada. Era una ventisca, pero brillaba, era de día. ¡El comunismo es blanco, brilla! El comunismo es la mañana, ¡es un júbilo!". La Palidez comienza a retroceder amenazante alrededor del entroponauta. El mundo se vuelve blanco; los rayos de luz se filtran desde el pecho de Ignus hacia los tenues abetos. La nieve que cae destella en los haces como confeti argénteo, el color se cuele en el mundo como una amenaza. Zygismunt da un pisotón. Se tapa los oídos con las manos y grita: "¡Basta! ¡Para!"

"Basta, para..." resuena por el campo como una espada cortando el aire.

"Por favor, discúlpame, Zygismunt, amigo mío", dice la voz de la distorsión. El hombre está jadeando en medio del camino forestal, que vuelve a ser tenue y crepuscular. Vuelve La Palidez y el entroponauta respira con alivio. "¿Quieres... quieres que pierda la cabeza?"

"No, sólo quería que entendieras lo bien que estaba todo por aquel entonces. Qué tiempos aquellos. ¡Qué época tan hermosa! Lo siento..."

"Ese tiempo ya pasó. Está enterrado en tus hojas de fichar y esa mierda. Ya nadie sabe lo que fue. Nadie sabe cómo era realmente. Se ha cambiado

de lugar. Lo que realmente estuvo allí se ha ido, y sólo queda La Palidez. Es una huella. Te das cuenta de eso. Me doy cuenta".

"Son esas chicas tuyas las que hablan así", susurra suavemente el citoplasma al oído de Zygismunt. Los abetos se mecen; hay poca luz en La Palidez, pero seductoramente suave. "Esas chicas tuyas, las chicas no creen en nada, todas las chicas son burguesas, Zigi".

"No eran burguesas".

"Eran burguesas, todas y cada una de ellas. Leían sus revistas para chicas. La moda y los perfumes burgueses de Revachol, historias de la pérdida de la virginidad. Todo eso es burgués. Cada chica es en realidad un arma de la burguesía."

"Tú no las conocías, no sabes en qué pensaban. Nadie sabe lo que pensaban. Yo tampoco lo sé, pero no era algo burgués, Ignus. Era otra cosa".

"Si eso es lo que quieres pensar, allá tú. Pero es mejor que creas en la gente, no en ellas. Cree en el comunismo".

"¡Ya lo he intentado, pero no puedo! No me sirve... No soy del tipo comunista".

"Entonces, ¿por qué hablas conmigo? Al fin y al cabo, yo soy el comunismo en sí, el espectro que camina por la tierra. ¿Por qué has estado conmigo todos estos años si no crees en el comunismo?"

"Por rencor hacia los que les ha ido mejor en la vida, Ignus. Y además—eres un monstruo, un esperpento. ¿A quién no le gusta la compañía de monstruos?"

"No soy un monstruo".

"Eres un monstruo, te llaman el 'Alcaudón Apocalíptico'. ¿A quién más conoces que se le diga así? ¡Nadie se llama así! Toda esa masacre de Graad fue por tu mano, tu firma está por todas partes. Y durante la retirada, cuando Mazov dejó de dar órdenes, empalaste a los soldados enemigos en los árboles. Doce mil de ellos. Mandaste a que afilaran abetos para convertirlos en lanzas, hiciste un bosque de lanzas, ¡fue obsceno, Ignus!"

"¡Fue para que me dejaran construir mi nación! Mi nación del futuro. Entiendes que nunca nos habrían dejado en paz... ¡Nos habrían fusilado como a animales salvajes!"

"Puede ser, pero aún así: exceso. Alcaudón, ¡mira en lo que te has convertido!"

El discurso humano suena fuera de lugar en el silencio de La Palidez. Resuena en la lobreguez de los árboles mientras Zygismunt camina a duras penas por la nieve. Hay un viejo truco acuñado por el gran entroponauta K. Voronikin, que dice que hay que gritar en La Palidez. De lo contrario,

empiezas a sentirte lúgubre y aflora el pasado. Pero Zygismunt no necesita tener miedo de eso. Cuando entró por primera vez en La Palidez, descubrió con gran desconsuelo que no podía volver como los demás. O mejor dicho, podía, pero no adonde él quería. Esto le convierte en algo indispensable para la idea de Mazov. La desaparición de las hijas de Lund ha dotado —literalmente— a Zigi de poderes entropónicos especiales.

La mañana ha pasado, está oscureciendo. Unas decenas de kilómetros más allá, comienza La Palidez lejana, y las horas del día del mundo ya no se captan allí en absoluto. Tiene que ahorrar energías para eso. Reflexiona, pero enciende su linterna de todos modos. La nieve resplandece bajo el haz de luz y Zygismunt la dirige hacia su desdichado amigo. El defecto de Ignus brilla a través de él.

"¡Mírate! Eres patético. Sería mejor para todos si hubieran hecho un trabajo pulcro. ¡Un puñado de amateurs! Hubiera prendido fuego a todas sus filmaciones. Es tan cruel de alguna manera, que permanezcas aquí..."

"Pero entonces nunca me habrías conocido, Zigi. Piensa en todos los momentos que hemos compartido. Después de todo, no todo ha sido malo".

"¿Y qué hay de mí? Estoy hablando de ti. ¿Una historia sin ti no habría sido mejor? No habría bosque de lanzas ni anfetaminas, ni un muñón de citoplasma, ¿quién necesita todo esto?"

"De todas formas ya no significa nada". Ignus intenta ganar tiempo. "Ya lo sabes. No importa a cuántos hayamos matado. El mundo se está acabando. Pronto nadie me recordará, ni hablar de ti, si ni siquiera los más poderosos de este mundo son recordados."

"Así está mejor. Así es como debe ser. ¿Y los más poderosos de este mundo? Tú eres una horrenda monstruosidad que arrasó este mundo".

"¡Tú también te desbocaste! ¡Mira tu mano, Zigi! No olvidemos..."

"¡Una palabra más! Dila y te vas!" arremete el entroponauta. "¡Comparado contigo, no he hecho nada! ¡Y además! ¿Quién de nosotros es el Comisario de la Revolución? ¿Eres tú?"

"¡No, no lo soy!" Ignus tiembla, asustado. "¡Lo siento, amigo, diez mil disculpas! Sólo tú eres el Comisario de la Revolución —Zygismunt Berg— la cúspide del Partido en tu mente. Yo no tengo ninguna autoridad. Todo lo que tengo es esta humilde crítica que he escrito sobre mí mismo. Tómela. Pero no me mates. No hay nada al otro lado de mí. Haré cualquier cosa para quedarme. Cualquier cosa. Soy la esperanza".

"Sabes lo que quiero. Esto es lo último. ¡Empieza a hablar!"

Pero Ignus es incapaz de hablar. No tiene boca. El defecto de la

filmación retoza en la oscuridad, en el haz de la lámpara eléctrica. Esto es el sùmmum de la crueldad; se exige lo imposible. Un silencio incómodo se extiende en el aire del bosque a su alrededor. Todos se avergüenzan. "¿Por qué, Ignus?", repite el entroponauta y se acerca más, asomándose al núcleo de la historia con la linterna. "¿Por qué lo hiciste? No había razón. Entiendo por qué vaciaste los bancos, era necesario. Incluso se llevaron una orquesta sinfónica en la retirada, a la fuerza. A la gente le gusta la música. Pero, ¿por qué eso? ¿Quién estaba satisfecho con eso? ¡Por qué 'Harnankur', esa maqueta no sirvió para nada! Dime eso y podrás quedarte".

"Pero no tengo ni idea". La voz interior suena triste, la banda sonora se ralentiza. "Yo no sé nada que tú no sepas".

Se acabaron las charlas. El entroponauta se sacude. La nieve cae de los hombros del abrigo anorak. Avanza solo. Una hora de huellas de máquinas congeladas y de pezuñas en la nieve recorren el haz de la linterna. Y cuando un rebaño de íbices emerge por fin de la oscuridad, se quedan congelados en medio del camino, como una exhibición en un museo de historia natural. Algunas de las hembras a veces se sacuden en su sitio, estornudando; es un impulso nervioso, un temblor muscular. Los lomos de los animales disecados ya están cubiertos de nieve, pero sus hocicos siguen humeantes, siguen respirando; algunos llevan unos días, otros una semana. Una figura cubierta con un anorak se mueve entre la manada con la indiferencia de un profesional hasta que el haz de su linterna proyecta la corona de cuernos del macho alfa como una sombra sobre el muro de abetos. Zygismunt mira los ojos cristalinos del animal. Su sentido del tiempo se ha roto. El primitivo fragmento del cerebro de un autómatas se desvía en La Palidez más rápido que el de un humano. Así es como los cazadores de las periferias salen a cazar en la *entrokataa*. Por supuesto, también acaban enloqueciendo por eso, y un día no volverán. Pero Zigi no, él tiene habilidades especiales. Saca una navaja de su cinturón y degolla a la masa proteica.

17. HARNANKUR

Hace ciento cincuenta años, en otra isla —la isla Graad— cae la nieve sobre la ciudad de Mirova. Es una noche de pleno invierno, pero miles de personas se han reunido en el puerto. El malecón es un bullicio. Al fondo, la Graad imperial: campanarios y chimeneas. La multitud se despidе del dirigible que se alza hacia el cielo. Un cisne de madera y níquel se eleva en medio de la ventisca, y los pasajeros del primer vuelo interisolar del mundo saludan a la multitud desde las cestas de su balcón: gente boujee bien vestida, con una aventura nunca antes vista por delante. Es La Palidez —aterradora, pero al mismo tiempo una experiencia tan animada e inolvidable. La tecnología moderna, en forma de aeronave lujosamente decorada, hace ahora posible una experiencia semejante para un ciudadano corriente, aunque quizá un poco más acomodado. Y al otro lado de La Palidez —¡oh mística Palidez!— aguarda la tierra de Katla, con su real capital, Vaasa.

Esta coyuntura histórica es monumental, los periodistas se amontonan, los flashes de las cámaras fotográficas se activan. Las pequeñas bombillas de las cámaras se queman, su luz hace que los copos de nieve se congelen en el aire. Ése es el tiempo de exposición en el que es captada Nadia Harnankur. La estrella de opereta posa para la foto agarrada por el brazo con el jefe de máquinas, tocada con un gorro de piel, con su alargado y precioso cuello estirado. Sonríe y agita su pañuelo hacia su tocaya en el cielo. Las letras "Harnankur" escritas en el antiguo alfabeto graadiense adornan la aeronave. Éste es el momento cumbre de la fama de Nadia.

Dos días después, el vuelo interisolar entra en La Palidez y, apenas seis horas más tarde, se produce una desviación en el rumbo de la aeronave. El "Harnankur" ha desaparecido con mil quinientos pasajeros a bordo. Se cree que el vuelo se ha alejado hacia una masa entropométrica inexplorada, la superprofundidad de La Palidez.

Pero, ¿quién piensa eso? Parahistoriadores. Nerds de la evaporación y un par de fanáticos locos de La Palidez de SRV. Hombres como K. Voronikin, un entroponauta demente y comunista de la República Popular de Samara; y una autoridad sin reconocimiento internacional en el campo de la historia, Inayat Khan, quien supongo ya no vive en el sótano de su madre. Sin embargo. Otras áreas de la ciencia histórica, a las que los hombres como Khan y Voronikin llaman con desprecio la corriente dominante, no reconocen la existencia de un dirigible llamado "Harnankur". El primer vuelo interisolar civil fue "Anastasia Lux", y eso ocurrió una década más tarde.

Setenta y cinco años después, cuando las revoluciones de fin de siglo

habían amainado, "Harnankur" estaba casi olvidada. La documentación que proporcionaban las hemerotecas podría haber sido destruida, por ejemplo, en los incendios de la revolución de Graad, pero aun así, el acontecimiento sería de una magnitud demasiado grande para ello. Si la memoria histórica se comprueba a posteriori incluso en el caso de un pequeño engranaje como Julius Kuznitsky, el comisario desaparecido, entonces ¿adónde fue a parar el primer vuelo interislar del mundo, con mil quinientas personas a bordo? En el siglo posterior a la revolución, "Harnankur" se hundió definitivamente en las sombras de la historia. Hasta los años cincuenta, es decir, cuando el interés por los casos de desaparición adquirió de repente las dimensiones de una subcultura en la clase media de los países desarrollados, un fenómeno que ciertamente no es inexplicable. Estos hombres, en su mayoría jóvenes e impopulares entre el sexo opuesto, fueron apodados desaparecistas por el libro más vendido de su género, "Los Desaparecidos". Se interesaron por una foto: una tal Nadia Harnankur, un caso de desaparición mínimamente interesante, de pie en el puerto. Está saludando, con un gorro de piel en la cabeza, agarrada brazo a brazo con el jefe de máquinas. En el fondo hay una multitud infernal que saluda a algo en el cielo. Pero en el cielo hay un vacío misterioso.

Este vacío es el santo grial de los fanáticos de las desapariciones. Según los desaparecistas, lo que mejor se ajusta es la prueba más convincente: una maqueta industrial a modo de presentación del dirigible del mismo nombre, que los comunistas se llevaron a la entonces República Revolucionaria—ahora República Popular— cuando se retiraron de Graad a Samara. El original está en exhibición en el Museo de Entroponética de Sapurmat Ulan y los comunistas se lo toman muy en serio. Es una pena que nadie tome en serio a los comunistas. El entroponauta de SRV K. Saronovich Voronikin argumenta en sus memorias que la nave tenía que existir porque el modelo es técnicamente factible desde el punto de vista de la ingeniería. En otras palabras, podría transportar a más de un millar de personas en un viaje comercial con todas las comodidades. La fabricación de semejante proyecto industrial debió de ser una proeza científica brillante en su época. ¿Por qué no convertir todo este trabajo en un negocio comercialmente atractivo? No sería en absoluto diamaterialista.

Los críticos dicen que más de doscientas campañas de trabajo de campo en La Palidez han dejado su huella. Según Voronikin, el proyecto que se estaba llevando a cabo —de nuevo, según él— se perdió para siempre en el primer viaje. ¿Todavía funcionaría el modelo? ¿Podría ser "Harnankur" una especie de prototipo frustrado de "Anastasia Lux"? ¿Por qué no existe documentación alguna?

K. Voronikin, no obstante, afirma que el modelo se convirtió en una nave, ésta se desvió de su trayectoria y se encontró con un fenómeno aún desconocido en La Palidez.

18. TRES PIROSHKIS DE CARNE

Ciento cuarenta y ocho años después, Mirova, la capital de Graad, resplandece tras los muros de ventanas de los rascacielos. Durante las febriles noches de la historia, toda su arquitectura imperial voló por los aires. Luego se expulsó a los amotinados, y ahora la ciudad es un espíritu resucitado por la democracia, en un fantasma resplandeciente de luces. Es un ambiente terrible, fuera de control, en constante movimiento en los reflejos de cristal de sus rascacielos. Como un terror mitológico, Mirova sólo puede observarse en un espejo. Su movimiento es el imparable crecimiento económico de Graad materializado, una afirmación de auténtica imposibilidad termodinámica. Los metros se deslizan, los ríos perlados del tráfico se arremolinan día y noche. El centro neurálgico, Noo, puede verse desde aquí, desde la sexagésima planta. Noo es el cénit de la arrogancia de una nación, la nación de Graad, una península financiera. Los científicos de aquí afirman: una vez la tierra estuvo cubierta por la geosfera, luego por la biosfera; ahora es el momento de la noosfera. Una mente cubre la tierra, y los rascacielos de Noo son el trono de esa red. El trono de la mente. Aquí realiza su aritmética en llamadas de larga distancia, en transmisiones invisibles. Sus pensamientos son instrumentos financieros intangibles. Nadie sabe lo que son ni cuánto cuestan. Las gafas espejadas son negras —obviamente el real interisolar—, pero ¿qué es una persona? Una persona es luz.

La comunidad científica de la República Popular, la tercera generación de amotinados expulsados, se ríe de esto. En Samara también han introducido un cuarto término: la entropósfera. Las ecuaciones de onda, los cálculos de Samara, son prometedores. En cualquier momento, esta hermosa cosa borrará a Graad de la faz de la tierra. En ese lugar apenas percibido donde el comunismo se convierte en nihilismo (sin duda una transición más sutil que la del amigo de los niños al acosador de niños), la crema y nata del partido político parece pensar: ¿por qué no? Nuestra idea ya no es ganarnos sus corazones —y seamos honestos— nunca lo haremos. Nos encanta la idea, pero al mundo, de alguna manera, no. Pues entonces dejemos que desaparezca, si así va a ser.

Cuando Sarjan Ambartsumjan da la espalda a la ventana de su penthouse de Noo, sólo quedan dos años para ese día. Habrá una reunión escolar, entonces colapsará el Paso del Norte y, en la concatenación de acontecimientos que se desencadene, quedará claro que lo que brilla detrás de Ambartsumjan es nada menos que la última etapa de desarrollo de la

stiihia⁶⁹.

Toda la luz procede del exterior. La nieve pasa flotando al otro lado de la ventana, evaporándose del aullido de los pensamientos de Noo mucho antes de que llegue al pie de calle, sesenta pisos más abajo. Nunca más habrá invierno en Mirova. Sólo aquí, bajo el cielo, sigue existiendo. Hace frío en el vestíbulo; los pilares resaltan en la oscuridad. Suena el teléfono. Ambartsumjan se acerca descalzo, vestido de traje. Las sombras de los copos de nieve bailan sobre las vitrinas de cristal a su alrededor, que contienen la mayor colección privada de memorabilia de desapariciones del mundo. En algún momento del pasado, antes de que Ambartsumjan se convirtiera en un multimillonario petrolífero de cincuenta años, había sido un joven sin mucho éxito con el sexo opuesto. Uno de los primeros. Sólo el timbre del teléfono rompe el solemne silencio de la sala. El hombre toma asiento en su escritorio y enciende el altavoz. Pone su mano libre sobre la calavera de Ramout Karzai que hay sobre el escritorio. Es auténtica.

"Le escucho".

"Un hombre de Katla, código de área de Vaasa", informa el fiel secretario. "Dice que el número se lo dieron en una subasta de colecciones privadas, pero creo que probablemente quiere un préstamo".

"¿Por qué?"

"Bueno, esta llamada de larga distancia corre a cargo de quien responde".

Ambartsumjan estalla en carcajadas. "¡A cargo de quien responde! De acuerdo, Conecta. Pero un préstamo..." El hombre espera, con una mano en el cráneo de Ramout Karzai y la otra en su barba gris. Es de una estatura descomunal.

"Usted no da préstamos", dice el secretario.

"Exactamente. Por principios, no lo hago. Conecta".

El altavoz cambia a una llamada de larga distancia; La Palidez se filtra en el aire del vestíbulo desde el zigurat tapizado de tela. La señal recorre como una secuencia entropónica a través del Gran Desconocido, de Katla a Graad. Las estaciones repetidoras despejan la llamada del ruido de la historia a lo largo del camino, pero siempre se cuela algo en los cables: una emisora de radio fantasma. Su voz tranquila en su lengua ininteligible nos recuerda para qué está aquí. Para acabar con la vida. "Azimuth-Boreas-Sinus..." traspasa la emisión en una frecuencia de radio oculta y desaparece. Ambartsumjan está acostumbrado. A través del ruido,

⁶⁹ стихия. En ruso. Stiihia es uno de los elementos básicos en la naturaleza en la filosofía antigua. Una fuerza de la naturaleza independiente y contundente. Fuerza elemental de la naturaleza, espontánea, desorganizada, no regulada.

y tres mil kilómetros de Palidez, se oye una voz humana distorsionada. Dice: "Hola, saludos, me llamo Inayat Khan".

"¿Quién?"

"Inayat Khan."

"Bien, Yat Khan, ¿de dónde conseguiste mi número?"

"Ina-yat Khan. Lo conseguí en la feria de Norrköping, en la subasta.

Dijeron que llamara por tu... pasatiempo. ¿Todavía es usted el señor...?" El hombre rebusca algo, "¿el señor Ambartsumjan?"

"Sí, soy yo."

"¿Y colecciona cosas de gente que ha desaparecido?"

"*Desaparecido*", susurra La Palidez por el altavoz.

"Sí, las colecciono", responde Ambartsumjan, "y no, no es mi *pasatiempo*. Pongo todo mi empeño en lo que hago. Me lo tomo en serio".

"Yo también. Puede estar seguro".

"¿Puedo estarlo? 'Cosas de gente que ha desaparecido' —¿de qué estás hablando! El término correcto aún es 'memorabilia de desapariciones'". Ambartsumjan se hunde satisfecho en su sillón, en la penumbra del salón. Bien dicho. El sillón está hecho de cuero costoso.

"Escucha, sé cuál es el término correcto, ¿de acuerdo?" Khan empieza a irritarse. Las reuniones entre desaparecistas rara vez son cordiales; tienden a pelearse. "No es como si te estuviera llamando para hacer mi primera compra. Y no, tampoco lo voy a comprar como un pisapapeles, si es eso lo que te preocupa".

"¿Así que tienes una colección profesional?"

"¿No me preguntarías eso si me dieras la oportunidad de contarte lo que acabo de comprar!"

"¿Cuán *extensa* es tu colección?"

"¿Ya ves! No me dejas que te lo cuente".

"Bueno, eventualmente lo haré. Pero antes me gustaría saber con quién estoy hablando". Ambartsumjan no levanta la voz; tras años de entrenamiento, sólo contiene una pizca apenas perceptible del quejumbroso tono de voz de un nerd. Sus espinillas también son más bien psicológicas. Su barba gris es autoritaria. Acaricia el cráneo de Ramout Karzai como si fuera una mascota.

"En fin, considero que el modelo técnico del "Harnankur" es mi joya de la corona", exclama Khan, con una nota quejumbrosa en la voz.

"¿Con quién hablas por ahí?". Una voz de mujer en el fondo arruina el

dramatismo del momento. "¡Ven a comer, la comida se enfría!". Khan tapa el auricular con la mano, pero el pasillo sigue resonando con un "¡Mamá, déjame hablar! Deja de interrumpir".

"Mamá", le responde La Palidez, "esta es mi madre". Ambartsumjan niega con la cabeza. Se acerca más a la mesa. "¿Y tú tienes 'Harnankur'?"

"Sí, lo tengo", dice Khan.

"¿Una copia?"

"No, fui a robar a Sapurmat Ulan. Por supuesto que no tengo el original. ¡Y tú tampoco lo tienes!". Khan se recompone un momento. "Tengo entendido que tienes otra copia en tu poder, ¿verdad? Por eso te llamo. Está escrito en el contrato, es responsabilidad del propietario. Tengo que pedirle un manual de servicio".

"¿Tienes idea de lo que es esto?" Ambartsumjan está muy serio. "¿Sabes lo importante que es?"

"No queda nada después de esto".

Ambartsumjan asiente lentamente. "Bien, tienes que dedicarle tiempo. Abrazarla. Tienes que pensar en ella, tal como piensas en una chica, ¿entiendes? Como una chica hermosa. ¿Alguna vez has visto una? Tienes que ser responsable, no es un juguete".

"¿Pensar en ella? ¿En qué sentido?"

"Es el manual de mantenimiento. ¿No creíste que te iba a contar lo del interruptor? Por ejemplo, ¿sabías que también había una tercera copia?"

"¿Una tercera copia?" Khan no entiende.

"Claro que no lo sabías...". Ambartsumjan cruza seriamente las manos sobre su pecho. "Ahora lo sabes, también hubo una tercera copia. Pero todo lo que quedó fue una vitrina vacía. Tienes que vigilarla, todo el tiempo. No la pierdas de vista. No la dejes sola. Y cuando lo hagas, piensa en ella. ¿Crees que es una coincidencia que guarden el original en un museo? Imagínate, cientos de personas pasan por allí todos los días. La miran. Y cuando el museo está cerrado, los vigilantes nocturnos la están observando".

Khan no dice nada. Un zumbido fantasmal resuena en el éter.

"Es un objeto imposible", remata Ambartsumjan. "El mundo ya no la sostiene".

La Palidez se congela en el fondo del valle, dos años después. Ya no queda ni un alma en el cruce del bosque. Un hilo de gotas de sangre se desliza por la nieve, a lo largo del túnel oscuro del camino, compitiendo con las huellas de las botas. Pasando los abetos gigantes, lastrados por la nieve,

hasta la intersección con la carretera principal. Allí, en la intersección, hay un charco rojo en el suelo, y junto a él una hoguera abandonada. Hay un almacén casero sobre el fuego. Dos ramas sostienen una tercera sobre la hoguera apagada. Huesos roídos yacen limpios en la nieve.

¡En marcha! Por la autopista donde ya no circulan los automóviles. Los cables eléctricos congelados serpentean en la oscuridad. Con cuentagotas a través del manto de nieve, dejando huellas con las botas. Con terrible determinación. Los restos de la maquinaria pesada con ruedas de oruga dormitan en una zanja junto a la carretera; la oscura silueta de una gasolinera de fuelóleo se asoma tras una curva.

"Oreole-Laudanum-Ultra-Tricolore-Ellips..."

Algo se levanta. Se escucha un chirrido metálico.

"¡Dime que entiendes de lo que hablo y que comenzarás a hacerlo!". ordena Ambartsumjan.

"Eso creo. Lo intentaré".

"¡No sólo lo intentes, hazlo! Al final lo entenderás. Tras la desaparición del tercero, me volví paranoico, cuando menos. Hasta el día de hoy, cuando entro en la habitación y enciendo las luces, temo que vuelva a ocurrir. Que haya una vitrina vacía en medio de la habitación. O que no haya nada en absoluto en esta habitación. Pronto tendrás la misma perspectiva. Entonces comprenderás de qué hablo".

"¿En qué sentido temes que vuelva a ocurrir?". La forma de expresarlo no pasa desapercibida para Khan. Ambartsumjan guarda silencio. Da unos golpecitos a la calavera sobre la mesa.

"¿Qué quieres decir con 'otra vez'?", repite Khan.

"La perdí. Eso es lo que pasó. También era mía, la tercera. Pero ya sabes, no era como suele ser. Cuando algo desaparece. Las llaves, por ejemplo, o algo caro. ¿Lo has sentido? ¿Te has enfrentado a semejante fenómeno? ¿Con semejante sensación?"

La arrogancia profesional en la voz de Khan se borra al instante. "Lo he hecho", dice.

"Entonces sabes de lo que hablo. Alguien sabe de lo que hablo...". La mano del hombre se resbala del cráneo de Ramout Karzaï. Los reflectores de una aeronave lejana se deslizan por la ventana de la sala y las sombras de los pilares se desplazan por el suelo. "¿Cuándo comenzó para ti?", pregunta Ambartsumjan.

"Hace dieciocho años. Esa fue la primera vez. A partir de ese momento..." Khan se calla.

"A partir de entonces, se hace cada vez más frecuente, ¿verdad?".

"Sí", responde Khan. "Y encima de otras cosas, también".

"¿Qué otras cosas?" Ahora Ambartsumjan ha colocado la oreja junto al altavoz, el pecho sobre la mesa. "¿Todas las cosas?"

"Sí. Calles alledañas, una chica en bicicleta, y la luz, o cuando un caballo observa. Sobre todo los animales..."

"¿En todo el mundo?"

"Sí. En todo el mundo".

En ambos lados de la autopista, la maquinaria pesada, reliquias de acero, se eleva hacia La Palidez. Giran, cuerpos indefensos, la nieve cae de sus armazones oxidados. Así se degrada la materia, gota por gota, como un ritmo análogo que va del rojo al mundo incoloro. El alfabeto internacional se oculta en las ondas de baja frecuencia, "... Nadir-Ellips-Gamut-Azimuth..." y así sucesivamente, hasta la frontera del asentamiento.

Nemeng Uul tiene un distrito fantasma de casas prefabricadas. Las calles están vacías; hay edificios de concreto de tres pisos que se levantan en las laderas de las colinas a ambos lados del valle. Una única bicicleta pende en el aire junto a un columpio; en cuanto al resto, todo es completamente normal. Pasan los escaparates de las tiendas de conveniencia y de un centro comunitario. Unas huellas suben las escaleras hasta la puerta del hospital, en la que han roto el candado. Se escapa... ¡se escapa! "... Tricolore-likon-Oreole-Nadir" reverbera en la oscuridad del pasillo.

Conexión finalizada.

"¿Y ha sido así para ti durante dieciocho años? Para mí han sido doce". Ambartsumjan se sumerge en su silla, hundiéndose en el cuero.

"Luego empeora aún más. Pero al final..." La voz de Khan sisea en la curva de La Palidez. "Con el tiempo, cambia de alguna manera... es buena de alguna forma, esta sensación".

"¿Buena?"

"Sí. Como si todo va a estar bien."

"Como si todo va a estar bien", suspira Ambartsumjan. "Ya no lo tengo. Y es mejor así. Vendí el mío. El modelo que me quedaba. Hace tiempo. Esta vigilancia infinita, la obligación...". El hombre se tranquiliza. "Me agotó".

"¿Lo vendiste así sin más?"

"Así de simple, y barato además, al primer postor. El hombre parecía tener razón. Él también lo quería de verdad, eso era importante. Tiene que haber alguien que cuide de algo así. Alguien que la mire mucho y no la deje

desaparecer. Como yo. Mil quinientas personas, era..."

"¡Pero el registro dice que aún está en tus manos!" "¿Qué registro?"

"El registro de subastas". La voz de Khan es cada vez más tajante. "¡Si no, no estaría hablando contigo! Hablaría con el nuevo propietario".

"No, no lo entiendo, el hombre tuvo que registrarlo por su cuenta. ¿Está seguro?" Ambartsumjan se levanta y camina alrededor de la mesa, aún sujetando la calavera. "Tal vez..."

"¿A quién se la vendiste? Si todavía te acuerdas".

"Por supuesto que sí, me acuerdo", resopla Ambartsumjan. "Berg era su nombre. Un coleccionista privado".

"¿Zygismunt Berg?", estalla el altavoz. "¿Con el cabello negro, flacucho?"

"Algo así, sí. Fue... ¿hace cuánto? Hace diez años, pero sí. Zygismunt Berg".

"¿Estás completamente seguro? ¿Era malhablado? No, de hecho, dime, ¿hablaba con acento? ¿Como si viviera en Vaasa?"

"Dios, no recuerdo esos detalles... Podría haber tenido acento. ¿Por qué es tan importante?"

"¿Y dijiste hace diez años? ¿En qué año **exactamente**?"

"'59. O '60. ¿Por qué?"

"¿En cualquier caso fue después del 57?"

"Absolutamente seguro. ¡Escucha, tengo los documentos aquí! Aquí tienes," ordena Ambartsumjan con el cráneo hacia el altavoz.

"¿Por qué es tan importante de repente?"

"Porque..." la voz en el ziggurat podría explotar de emoción en cualquier momento, "¡ese hombre murió en el 57!".

El gigante multimillonario petrolero se encorva sobre la mesa. "Por favor, repite eso, ¿**qué**?"

Pero al otro lado, Khan ya no escucha. "¡Una pista!", estalla. Y lo último que escucha Ambartsumjan es la voz distante del hombre en un siseo cada vez más intenso: "¡Mamá, mamá! Encontré una pista!"

Dos años después.

El andén de la estación de tren flotante de Mirova se ha vaciado por la noche. El resto de pasajeros hace tiempo que se han ido a sus casas. El tren imán, detenido por sus amortiguadores, descansa sobre la ciudad, junto al

andén. Las escaleras de cinco pisos de los vagones se elevan por encima, y junto a ellas, a través de la ventisca, camina un robot.

Una voz se acerca. "Tzuut-tzuut-tzuut". El robot camina, y un piloto gordo sentado en él, en la cabina, gira la cabeza del robot. "Ti-diri-dii" responde el sistema de control. La maquinaria corrige el rumbo, las solapas de su abrigo de espiga ondeando al viento.

"¡Oye, en serio! Ya es suficiente", refunfuña el hombre rubio y delgado que está junto al robot. Le palpita la cabeza. Detrás de él ha quedado un viaje en tren de seis días de borrachera, lleno de incesantes tonterías sobre desapariciones: Ambartsumjan y Zigi, el cráneo de Ramout Karzai y una aeronave desaparecida con "características" que a Khan le hacen recordar a las chicas. Pero la entropónética amateur se volvió tan mórbida que nadie quiso pensar en ello. Y entonces se encontraron en el escenario del bar "Panorama", cantando karaoke. Los tres: "¡Ahora estoy tan feliz de haberte encontrado!".

"Tzut-tzut-tzut." El robot acelera. El piloto ha tirado de la cabeza de la máquina hacia atrás, por eso. Eso significa aceleración. El robot avanza y el hombre gordo se ríe sobre sus hombros, una bufanda turquesa-naranja-violeta ondeando al viento.

"Hidráulica sprawna, rozpoczynam: diagnostyka". — "Sistema hidráulico operando, iniciando: diagnóstico", dice el robot con voz robótica y avanza.

"Sistemas de armas, ¡comprobado!", ordena el piloto, chasqueando los dedos en dirección al flacucho de abajo.

"Systemy zbrojeniowe, sprawne". — *Sistemas de armas operando*", responde el robot. El rubio flacucho entrega bruscamente una botella al piloto. Introduce el combustible en la boca de la máquina. La máquina ruge y un líquido rojo se derrama sobre la nieve: "Rezerwy paliwa: sto procent. — Reservas de combustible: cien por ciento".

"¡Adelante!" Señala el hombre gordo hacia la ventisca.

"¡Espera!", dice el robot, y ajusta su carga.

"¿Estás listo?"

"Preparado. ¡Rozpoczynam: protokół poszukiwawczy—ratunkowy!—Comenzando: ¡protocolo de búsqueda y rescate!", dice el robot. Pero sólo logra dar tres pasos —"tzuut—tzuuttzuum..."— cuando, al otro extremo del andén, alguien sale de la ventisca. El robot se sorprende; el hombre gordo cae de su espalda, el hombre rubio esquivo instintivamente. El agente buscado, Tereesz Machejek, saca una pistola del bolsillo de su abrigo, y el Hombre de Asuntos Internos, al otro lado del andén, le corresponde. Detrás de él, otros

dos agentes de la CPI aparecen de entre la tormenta, con las pistolas en posición para disparar. Apuntan, y Machejek, el agente buscado, también les apunta.

"Es triste de ver", dice el Hombre de Asuntos Internos, "lo bajo que ha caído. Imagínate, veintidós casos resueltos. Pero ahora: un desaparecedor compulsivo".

La estación flotante cuelga en el aire como un espíritu negro sobre el resplandor de Mirova. Tereesz Machejek, ex agente, está de pie en el andén, en una calle ventosa bajo el cielo. El Hombre de Asuntos Internos puede ver su barba sin afeitar, la corbata colgada del hombro y su cara de borracho. El vino con sabor a bayas se le congela en la barbilla, sus dientes manchados de tabaco se transforman en algo parecido a una sonrisa. Sus dos amigos, encorvados sobre la nieve, le hacen gestos. Tienen pánico.

El Hombre de Asuntos Internos lleva un abrigo negro apropiado y un traje negro. "¿Creías que podías desaparecer así sin más de la CPI?", grita en medio de la tormenta. "Baja el arma, entra con calma y nadie saldrá herido. Hay veinte hombres abajo. No hay escapatoria de aquí!"

El agente enloquecido grita algo, pero es inaudible en el viento que arrecia. El sabueso de asuntos internos se toca la oreja con la mano. "¿Qué?!"

"¡František el Valiente!" viene del otro lado del andén, junto con un disparo de pistolet.

"¡No!", grita Khan.

Zigi abre la puerta de una patada, en cámara lenta. Vuelan astillas; el dorso de la cerradura cede con un estruendo. La puerta se desprende de sus bisagras y cuelga miserablemente. Un chico con el pecho descubierto se para en el marco de la puerta, con una botella de vino en la mano derecha. Suda por las anfetaminas, anhela caricias y belleza. Tiene diecisiete años y le quedan tres años de vida útil. El chico se mete la mano izquierda en los pantalones.

"¿Cuál de ustedes, putas burguesas, quiere coger?"

Delante de Zigi se extiende un salón con un diseño de interior respetable. Veinte jóvenes de clase media se sientan allí, una fiesta en casa. La mitad son chicas, pero ninguna quiere acostarse con Zigi. Es la noche del día siguiente, Nochevieja. El año 51 se convertirá en el 52 dentro de dos horas, y estos jóvenes son los nuevos compañeros de clase de Zigi. Justo ahora es cuando empiezan a creer que tal vez no deberían haber invitado a Zigi.

"¡Basta!" El guapo Aleksander salta del sofá. Pero no consigue pronunciar estas palabras a tiempo: "¡Fuera, desperdicio de espacio!" No

puede traicionar a su amigo Zigi, porque, para ser sinceros, —Zigi no tiene amigos. Zigi es un monstruo sudoroso. Grita: "¡¡Zigi, ataca primero!!!".

Y entonces una botella de vino tinto vuela hacia la cara del Guapo Aleksander. El joven, hermoso como Absolom, se cubre la cara con las manos. "¡Dios mío, mi cara!" Se mira el vino en las manos y piensa que está manando sangre.

"¡Su cara!", gritó la novia de Aleksander, una de tantas, y saltó detrás del sofá.

"Le ha roto la cara a Aleks..." murmura toda la sala. El propio apuesto Aleksander está cegado por la aflicción. Su rostro empapado en vino se contorsiona mientras un grito de guerra imposiblemente bello escapa de sus labios. "Aaahhh..." Se lanza a los pies de Zigi. "¡Mi cara! ¡Te voy a matar!"

Un drogadicto sudoroso y una belleza masculina con camisa ajustada se revuelcan por el suelo. Zigi intenta levantarse, pero el Guapo Aleksander no se lo permite. Golpea tan fuerte como puede; está siendo realmente rudo. Parece que ha habido un error de cálculo: Zigi olvidó que el Guapo Aleksander va al gimnasio después de clase y presta la misma atención a todos sus grupos musculares. Zigi siente dolor. La lámpara de piso se cae, junto con la taza de alguien. Dentro del cráneo de Zigi, el joven de clase media da vueltas entre los golpes poco profundos de sus puños. Zigi puede oír voces, voces de chicas. Dicen: "¡adicto, perdedor!"

Su mano se agita, pero no consigue empuñar ni una sola arma. ¡Ah, si tan sólo hubiera una espada, una preciosa espada! Con un pentágono invertido en la empuñadura. Como los rayos del sol.

"Maldita sea, ayudemos a Aleks..." Los chicos atrevidos se acercan, y le lanzan patadas directas al estómago. Zigi se revuelca, sujetado por un duro cuerpo musculoso.

"Presa. Siempre la presa", susurra el citoplasma.

El abrigo del agente de Asuntos Internos se agita. En su tela negra hay un pequeño agujero de bala: una inútil y estúpida resistencia. Tres ráfagas de humo de pólvora vuelan en la ventisca como respuesta. La rótula del ex agente de la Colaboración Policial revienta con el impacto. El primer disparo derriba a Tereesz; el segundo impacta en su hombro. Una salpicadura de tendones y sangre se coagula en la ventisca.

"Fran... ti..." Khan oye murmurar a su amigo. Levanta la cabeza de la nieve. El pelo color papa de Tereesz, salpicado de sangre, ondea con la tormenta. Ojos avellanados, humedecidos por el viento. Así se levanta de rodillas el kojko. Su pistolet tiembla, la pólvora se vierte en el cañón. La munición sale del bolsillo de su abrigo, pero Tereesz no logra encontrarla entre el charco de sangre nevada. Su mano herida no puede soportar el

delicado trabajo de cargar con los dedos. Todo se complica.

Tres figuras con capa se acercan por el andén, cautelosas, con la espalda encorvada como chacales. Tereesz cae de espaldas, se arrastra hacia atrás. Con su ropa raída y húmeda deja un rastro de sangre sobre la nieve. Su pistola y la pólvora quedan atrás en el charco humeante frente a Khan. Con los faldones de sus abrigos revoloteando como alas, tres agentes de la Co—op pasan junto a Khan. El Hombre de Asuntos Internos se agacha y se acerca, con la pistola en la mano. Khan observa estupefacto cómo Tereesz recibe un puñetazo en la cara con la empuñadura de la pistola del Ángel de la Muerte y retrocede bruscamente.

Con todo eso, nadie se da cuenta de que Jesper está rascando el charco. No sabe por qué, pero oculta el arma de servicio de su amigo en el bolsillo del pecho. Como memorabilia.

Zigi atraviesa volando la puerta del jardín. Dos chicos lo arrojan por los brazos y las piernas, como un costal de papas. El chico aterriza en un montículo en la calle de la ciudad ajardinada. La valla blanca brilla a su lado, en la oscuridad. La puerta permanece entreabierta mientras los chicos se retiran. Antes de que la puerta de la casa se cierre de golpe, se puede oír música desde el interior. La fiesta se ha reanudado en el interior. Pero entonces, silencio.

Los copos de nieve centellean. La noche de invierno de Katla es glacialmente despejada, y Zigi, con un poco de esfuerzo, rueda sobre su espalda bajo ella. Su cuerpo no obedece sus órdenes. Sigue tumbado con el pecho al descubierto sobre la nieve. El amado y condenado mundo gira a su alrededor. Las guirnaldas de luz de las farolas brillan en sus ojos negros, en las ruedas del carro tirado por caballos. El niño empieza a reír, haciendo ladrar a los perros. Y sus ladridos hacen ladrar a todos los perros del barrio.

"Buena presa", susurra el citoplasma, "el comunismo te ama. Ahora levántate sobre tus muñones, ¡vuelve a entrar y descuartiza toda la casa!".

Zigi agarra un buen puñado de nieve fría y se la frota en la cara. La nieve se convierte en gelatina de bayas rojas en la base de su nariz. Se estampa una bola de nieve contra la hinchada cuenca del ojo. Los ladridos de los perros en la oscuridad resuenan en sus tímpanos.

"¡Al menos rompe una ventana! Diles que son burgueses".

"¡No lo entienden!", grita Zigi. "¡No saben lo que es un burgués! ¿No entiendes que no les ofende? ¡No saben lo que significa!".

"¿Cómo no van a saber lo que significa 'burgués'?".

"Así de simple", gruñe Zigi y golpea la nieve con la palma de la mano. "Es una palabra histórica aleatoria, romántica incluso. Como "cuirass" o "coquette"...". Intenta apoyarse sobre sus codos, pero no lo consigue, se cae.

La nieve cruje bajo las suelas de los zapatos de alguien en el jardín.

"¡Vienen a matarte! Corre, presa!"

"¡Cállate!" susurra Zigi.

Todos los perros se callan a la vez. En algún lugar, suena el susurro de un delicado abrigo. El olor del invierno penetra en su nariz, tan dulce que ya no se atreve a respirar. Contiene la respiración y, a lo lejos, la nieve cruje en la oscuridad. Sabe lo que significan esos pasos. Esos pasos destruyen. Su destrucción, y la de Iilmaraa. Esa es la dirección en la que la civilización original rendía culto, hace mil quinientos años, y ahí es donde desapareció de la historia, con todas sus columnas y sus antiguos instrumentos de cuerda. Así que nadie sabe realmente de dónde vinieron esas etnias. Toda esa gente. La puerta del jardín chirrió al abrirse. Suena como un recuerdo, que desaparece tan pronto como sucede. Zigi no entiende qué está causando esta terrible sensación. Debe ser la metanfetamina de Samara. El chico no lo soporta más y exhala. Un aliento plateado sale de su boca golpeada.

Doom se sitúa sobre él y respira.

Veintiún años después, un entroponauta camina por los pasillos vacíos del hospital del Uul de Nemeng. La sangre gotea sobre el linóleo procedente de dos patas de cabra recién cortadas a su espalda; lleva un bidón de fuelóleo en cada mano. Abre la puerta de una patada y sube a grandes zancadas por las escaleras de incendios hasta una gran puerta de acero. Allí se detiene y deja los bidones en el suelo. El fuelóleo que contienen los hace retumbar.

El entroponauta saca unos alicates de su mochila como si fueran una espada. El hierro hace clic. El sonido del acero reverbera por la escalera de la sala de urgencias abandonada. Y más atrás, a través de la lejana Palidez, a través del abandonado distrito fantasma de las casas prefabricadas, hasta la autopista, la gasolinera, la intersección, resuena. A lo largo del rastro de sangre, hasta la fogata. Y al bosque oscuro, al museo de historia natural, donde crece moho sobre los cuernos de los machos y ya no salen soplos de vapor de las fosas nasales de los cabritos. Siguen respirando, no oxígeno, sino Palidez pura.

La puerta se abre y el entroponauta sale al tejado del hospital. La Palidez se mueve en forma de olas. La atraviesa con su abrigo de anorak, los bidones en mano y las patas de cabra a la espalda. Suelta los bidones y los pateo hacia delante; los bidones resbalan por la nieve del tejado, con el fuelóleo chapoteando en su interior. El entroponauta se pasa una mano por las entradas de su cabello y su coleta de rockero envejecido. Frente a él, en la plataforma de aterrizaje, bajo la cubierta de lona, flota un objeto del tamaño de una casa pequeña.

Su mochila cae a la nieve. Agarra el cable que mantiene tensa la lona. El

acero aceitoso resbala entre sus guantes. Tensa el cable; el objeto se balancea en La Palidez. El mosquetón se desprende de su anclaje y Zygismunt deja que se abra. La lona oscura se eleva en La Palidez como un ave, y bajo ella aparece una pequeña aeronave. El robusto bulto de hierro flota como un hueso blindado de durazno, sujeto al suelo con cables. Una inscripción de esténcil recorre las placas de la armadura de la nave: "Roo 501", una marca de Samara de pequeñas aeronaves.

En lo alto del hospital, la cubierta de lona ondea como una bandera. Zygismunt Berg observa desde la plataforma de aterrizaje mientras ésta se retuerce hacia La Palidez. Empieza a trepar por un cable.

Apenas media hora después, la puerta hermética se abre hacia dentro, con un siseo. El oxígeno sale de la cabina; los ojos de buey y las tapas de los manómetros se empañan por el cambio de atmósfera. Un sudoroso Zygismunt Berg trepa hacia el interior por la puerta. El espacio, del tamaño de una habitación pequeña, tiembla con su esfuerzo y la nave se balancea. Tira el anorak al suelo con rabia y decide no volver a ponérselo. Es práctico, eso está claro. E incluso un uniforme para un entroponauta. Pero para él personalmente, la chaqueta está asociada a una moda que sus ojos nunca deberían haber visto: el disco. El hombre empieza a tirar de las cuerdas atadas a su cintura. Sigue sin decir nada, ni una sola palabra, a pesar de estar cubierto de moratones por la caída. Ni siquiera dice un insulto. Primero llega la mochila, luego las patas de cabra. Y por último, dos bidones de fuelóleo que golpean contra el casco de la nave.

Se desploma contra la pared, exhausto, y descansa allí un momento; enrolla un cigarro y se lo pone detrás de la oreja, saca los mapas enrollados. Con la caja de fósforos entre los dientes, alinea los mapas en la pared de dispositivos de la cabina. Las fotografías aéreas están alineadas en una fila: la taiga verde oscura de Nad-Umai, un cúmulo de cajas de concreto en Nemeng Uul. Y al lado, la antigua frontera del mundo, como dibujada con acuarela gris. Un enorme desastre vacío lleno de azimuts, elipses y sinusoides comienza donde acaba el mundo. Y aún más lejos de este laberinto geométrico, en la más magnífica de las soledades, en el ojo del círculo, allí donde ningún destino conduce, discurre una línea de pequeños puntos, una constelación lejana, una superposición. Este es el final.

La Fosa de Rodionov se encuentra en el corazón de La Palidez, a cuatro mil kilómetros del confin del mundo. Se necesitarían años para volar hasta allí. Mira hacia abajo, y en su mano, tatuados en sus blancos nudillos, hay números enhebrados como perlas en un collar: "5; 12; 13; 14".

Zygismunt Berg gira la llave de contacto. Las luces se encienden en la cabina; la niebla se ilumina, dorada, en medio de La Palidez. Un zumbido de electricidad atraviesa la aeronave como un ronroneo, las agujas saltan detrás de los cristales de los indicadores. Bienvenido, Entroponauta.

El hombre pulsa el botón del reproductor Stereo 8 de la nave, con la etiqueta START en caracteres de Samara. La etiqueta del disco dice, con la letra de una niña: "Zigi's Ride to the End of the World Mixtape". Cuando la cinta empiece a girar, el corazón estará en medio de la última "i" del nombre "Zigi". Música rock de los años cincuenta, de una banda ya consumida por borrachos suruleños, suena en la radio de transistores. Es una canción preciosa que, desgraciadamente, los burgueses no entendieron. La pista nº 1 —"Helvetti"⁷⁰— era demasiado compleja, demasiado oscura y la letra resultaba demasiado intensa para su consolidado gusto musical en forma de útero. Que se pudran en el infierno. Para cuando La Palidez invada los rincones de sus cocinas y las convierta en masas de proteína, los miembros de este conjunto que, a pesar de sus mejores esfuerzos, no han conseguido una gran audiencia, ya se habrán embriagado hasta morir frente a la tienda del pueblo de Lemminkäise.

Zigi enciende el cigarrillo. Cabecea al ritmo de la música en medio de la cabina, vistiendo un suéter karakul⁷¹. Estas melodías son la bomba. Dicen las cosas como son. Pero todavía falta algo.

"¡Olvidaste tu chaqueta, Zigi!", dice la destrucción en la oscuridad, con voz de niña. Pero Zigi no se atreve a abrir sus ojos hinchados. Sabe lo que realmente le depara allí. El olor de la nieve está por todas partes, en sus capilares rotos. ¡Oh, perfume burgués!

"¡Yujuuu!" canta la destrucción, "tu chaqueta".

"Dime... destrucción..." Zigi croa en el oscuro espacio del invierno, "¿es una chaqueta radical?".

"Una chaqueta bastante radical, sí".

Los cierres tintinean sobre él. La sangre fluye por su boca; una bola de nieve se funde en la cuenca de su ojo. Tose. "Ingeniosa destrucción... así que... ¿te gustan las chaquetas?".

"Me gustan".

"¿Y sabes quién soy?"

"¡Por supuesto!", exclama feliz la destrucción. "Eres Zigi, el el chico más malo de la escuela".

Veintiún años después, Zygismunt Berg abre la caja de herramientas de la nave. Hay una chaqueta de cuero negro encima de las llaves inglesas. Es su chaqueta. Se la pone. Los hombros ya no le quedan bien, la espalda se le ha jorobado. La cremallera tampoco cierra alrededor de la panza cervecera,

⁷⁰ "Infierno", en finés.

⁷¹ Raza de oveja.

pero que así sea. Así es radical. La deja abierta. Hay siete franjas blancas⁷² recorriendo su espalda, y siguen pareciendo totalmente malvadas. Así, el entroponauta se para en la puerta de la cabina de su aeronave y se coloca la coleta por encima del hombro.

En el exterior, el rock suruleño retumba en la helada Palidez. La armónica aúlla. Se podría decir que Zigi está *autorregulándose* allí en la puerta.

♪ *Mutta mikä on maa?*⁷³

Se on Helveti

♪ *But which is the land?*

It is Hell

...tararea, y golpea el botón de peligro con la palma de la mano. Así, el estruendo del armazón de hierro suena sobre el inicio del compás, el tren de aterrizaje de la hélice cae. La nave empieza a traquetear al ritmo de la música, sus hélices se desdobl原因 en La Palidez como lujosos pétalos de acero, las aspas cuelgan hacia abajo. Y lo que viene a continuación es el pasaje lírico más intenso de la canción:

♪ *Se ei ole mikään kauhupaikka...*

♪ *It is not a scary place...*

...canta, y el familiar eco invertido se une a él. Juntos son poderosos por última vez:

♪ *Enneminkin siellä on surullista*

♪ *Rather, it is sad there*

El fantasmagórico citoplasma agrisado de Ignus Nilsen se yergue en la plataforma de aterrizaje, entre las hojas de las hélices que se desdoblan.

Zygismunt le mira fijamente e Ignus le devuelve la mirada. La Palidez

⁷² Una imagen de siete franjas blancas sobre un fondo negro también figura al final del relato de Martin Luiga Nihilista Nihilista Radical del Estado en el antiguo blog zaum.ee.

⁷³ Letra de “Helveti” por Kauko Röyhkä y Riku Mattila. En la canción, la línea anterior, la cual se omite en el texto, le da a esta primera línea un mayor contexto: “Some flag catches a breeze, but which is the land?” Como “Hay una bandera, pero ¿a qué país le pertenece?”

entra y sale del corazón palpitante del citoplasma.

Ignus no es más que un grumo ligeramente más iluminado en la lejana Palidez ascendente. El enemigo de la materia lo atraviesa como alas.

"El comunismo te perdona", dice. "El comunismo comprende".

"Ignus", murmura el entroponauta, "perdóname".

"Ya está hecho. También tuvimos un hombre de tu talla en Graad. Ion Rodionov era su *nom de guerre*⁷⁴. También le consideraba un amigo. ¿Supongo que conoces ese nombre?"

"Por la trinchera".

"¿Pero no sabes quién era? Era el matemático de la Revolución, en lo más alto del Partido, conmigo y con Mazov. Nadie lo sabe. Ni por qué se llevó el modelo 'de Harnankur' de Graad".

"¿Pero eso yo no lo sé!". El cigarro cae de la boca de Zygismunt.

"Claro que no lo sabes. Sólo el Comisario de la Revolución y un puñado de allegados lo saben. Este hombre es una auténtica noentidad. Todo el trabajo de su vida es igual. Si ya eran incapaces de aceptar el materialismo dialéctico, ¿cómo podríamos haberles explicado el nihilmát⁷⁵?"

Zygismunt guarda silencio. La canción termina.

"Quería utilizarlo como arma de negociación masiva. En contra de la burguesía. Esa habría sido nuestra respuesta a un arma nuclear. Tú sabes que no hay uranio en Samara. Pero no pudo encontrar ese lugar".

"Lo encontramos", dice el entroponauta de la SRV. Las cuerdas que sujetan la aeronave se sueltan como látigos."

"Qué pena. Nunca he sido partidario de esa rama del materialismo. Sería terrible si tuvieran razón. Amo el mundo, hasta el último átomo de él. Pero si el mundo ya no ama nuestra idea, usted y Rodionov serán los segundos. Mi nombre también es un nombre militar", dice Ignus Nilsen, "y al menos así, ya no somos presas". El chirrido más triste del mundo comienza a sonar desde la radio de transistores, pista #2: "Grave", del compositor dodecafónico desvanecido, conde de Perouse-Mittrecie.

"Adiós, Zygismunt".

"Adiós, Ignus", dice el entroponauta, y cierra la puerta de la aeronave detrás de él. Ignus se queda solo en el techo del hospital. "Enneminkin

⁷⁴ Es un seudónimo elegido por alguien para utilizarlo cuando participa en una actividad particular, especialmente luchando en una guerra. En la Francia del antiguo régimen, sería adoptado por cada nuevo recluta al alistarse en el ejército francés.

⁷⁵ "Nihil-mat" en la traducción al inglés. El término hace referencia a "nihilism" y "materialism", que en español se podría traducir como: materialismo nihilista.

siellä on surullista. —Más bien, es triste allí", el fantasma sigue tarareando, mientras las hélices empiezan a girar a través de su citoplasma, lentamente al principio, pero sus aspas se mueven más y más deprisa.

Zygmunt Berg permanece de pie frente al ojo de buey con las manos en las palancas. Las palancas surgen de los engranajes del suelo como dos cuernos bifurcados. El hombre enciende el radar de transistores. Sintoniza una emisora de radio oculta y una computadora del tamaño de la mitad de la pared calcula el curso de la nave basándose en su transmisión. La señal procede de innumerables puntos distintos, una constelación de superposiciones, a cuatro mil kilómetros de distancia. En la radio de transistores, escucha el componente del discurso en la vibración de las cuerdas. La niña con voz de gatita repite allí, en un ciclo sin fin a través de todos los tiempos, lo que para ella —mirando desde la fosa de Rodionov— es uno y el mismo, un acontecimiento simultáneo e inconmensurablemente complejo. Un sistema cerrado perfecto: "*Azimut-Boreas-Sinus-Oreole-Laudanum-Ultra-Tricolore-Ellips-Nadir-Ellips-Gamut-Azimut-Tricolore-Ikon-Oreole-Nadir*".⁷⁶

El entroponauta jala las palancas hacia abajo y hacia delante. Tiene los ojos enrojecidos. La aeronave despegue de la plataforma de aterrizaje en el techo del hospital. Las hélices hacen que La Palidez forme espirales; las aspas separan a Ignus Nilsen.

Dos hombres saludan en medio de una tormenta de nieve que parpadea en rojo y azul por las luces intermitentes. Se pierden en la distancia lentamente, mientras la plataforma de la estación flotante queda atrás en la ventisca. Tereesz abre sus ojos en el cielo; no siente las piernas. Todo da vueltas y las hélices de la ambulancia aérea aletean ruidosamente. Un hombre de traje negro se encuentra junto a él, iluminado por la pantalla del monitor cardíaco. Este hombre es el Hombre de Asuntos Internos. Es el Ángel de la Muerte.

"No siento las piernas", tose Tereesz.

"Esto es lo que pasa cuando abres fuego contra la CPI".

"¡Tú!" Tereesz intenta levantarse, pero tiene las muñecas atadas a la camilla de primeros auxilios. "¿Cómo?".

"Por desgracia, no puedo responder esta pregunta".

"Konchalovsky..." El ex agente se vuelve a caer en la camilla. "Te concedo lo de Ulrich, pero... Konchalovsky no existe, ¿cómo pudiste..."

⁷⁶ El alfabeto fonético ha sido cambiado para coincidir con el libro de Cartilla para niños pequeños en Disco Elysium. En estonio, se utiliza un alfabeto fonético ligeramente diferente: *Aasimut-Boreas-Sektor-Oreool-Laudanum-Ultra-Ultra-Trikoloor-Nadir-Ellips-Nadir-Ellips-Gamut-Aasimut-Trikoloor-Sektor-Ikon-Oreool-Oreool-Nadir*.

quién podría...?" Empieza a arrancarse la muñeca derecha del puño.

"Eres un drogadicto, Machejek, por eso. La gente como tú siempre es descuidada. ¿Cuántos años llevabas haciendo esto antes de que ese hombre tuviera un infarto? ¿Dos, cinco?" El Hombre de Asuntos Internos empieza a enderezarse, pero la esposas de la muñeca de Tereesz se abre de golpe y la mano del hombre con la cánula lo agarra de la corbata.

"Tú", tose Tereesz en su cara, con su corbata apretada por el puño, "¡tienes que ayudarme!".

Su compañero ya se acerca con una pistola, pero el agente le hace una seña para que retroceda. "¡Espera!".

"¡He encontrado cosas! ¡En Vaasa! Sobre una investigación cerrada. Se llama Deerek Trentmöller, ha matado a niños, veinte o más, y puede que también a las hijas de Lund, por favor..."

"¡Suéltame!".

El agente derribado se suelta la corbata y se desploma. "Tengo un cuaderno, todo está ahí, ¡prométemelo! No habría huido de lo contrario, tienes que hacer un seguimiento de esas...".

El Ángel de la Muerte se pone a su lado y se limpia la sangre de la corbata. El kojko se agacha y escarba en busca de su cuaderno. "Podrían darte una medalla por esto. Un ascenso con total seguridad..." El Hombre de Asuntos Internos le da la espalda y su compañero se apresura a atar la mano de Tereesz al armazón. "Por favor", dice con una voz quebrada por encima del ruido del motor. Con la corbata ondeando con el viento de las hélices, el investigador contempla la ciudad mientras desciende del vientre de la aeronave. "Déjalo, Machejek. Deerek Trentmöller no tiene nada que ver. Estas desapariciones no han sido denunciadas". Un sutil matiz de humanidad recorre su voz. "Eso es lo único bello de esta historia".

En primer plano, las luces de la plataforma de aterrizaje del hospital centellean bajo la tormenta; al fondo, el trono de púas de los rascacielos de Noo se eleva sobre la luz de la ciudad.

Allí, un multimillonario petrolero observa cómo el diminuto punto de luz de la ambulancia aérea desaparece en el viento al otro lado del río Veera. Los pensamientos de Noo se enfrían ante él, las tarifas bajan y Graad entra en guerra. La movilización general comienza mañana. No queda mucho. Más de tres mil piezas de memorabilia de desapariciones se extienden detrás del hombre, pero ahora Sarjan Ambartsumjan considera este panorama como la joya de su colección.

Un envío postal magnético, una vitrina de cristal que llegó de Vaasa en el tren de la tarde, reposa bajo su mano. Está vacía.

19. NO SOY UN CHISTE

Cuarenta y seis horas después, y sesenta pisos más abajo. El lobby del hotel está vacío por la noche, y brilla como una tumba de mármol negro. En el mostrador de la recepción, la chica escucha ansiosamente la radio, sobre cómo los cruceros nucleares de Mesque espían desde la lejana Palidez, mientras el espionaje industrial acecha aquí mismo. Están por todas partes. Las noticias de guerra siguen resonando en el vestíbulo cuando un hombre con un rompevientos entra por las puertas automáticas. Una nube de tormenta le acompaña mientras entra a toda prisa; al fondo se leen las letras blancas y resplandecientes "HOTEL INTERGRAAD". La chica no se fija en él, y el guardia de seguridad también está paralizado por el miedo, así que el huésped pasa junto a ellos y entra en el ascensor privado de los huéspedes. Las puertas se cierran detrás suyo. Solo, a la luz dorada del elevador, se coloca la mochila sobre el pecho, con las hombreras aún en sus hombros, como le enseñaron en sexto grado.

"Hazlo así, Khan, es totalmente estiloso así".

Khan busca algo en el bolsillo lateral de su mochila. Un puñado de llaves aparece a la vista con un tintineo metálico. Entre ellas cuelga la llave de la cerradura de su casa de madera en Saalem, el martillo dentado para el pasillo y la masa de aluminio para encerrarse en el sótano, todas ellas inútiles, chatarra. Todas excepto una —una llave dorada, cuya mordedura parece sofisticada y de alta tecnología, como si al girarlas simultáneamente se activara un protocolo de autodestrucción, un tipo de defensa de Sistema Perímetro, un ataque garantizado incluso en el caso de la muerte del alto mando en un ataque nuclear preventivo.

Khan introduce su llave del Juicio Final en la cerradura y gira siguiendo las instrucciones: dos veces a la izquierda, luego a la derecha y de nuevo a la izquierda. "Ambartsumjan, Sarjan Asaturovich" está grabado en la placa de cobre, debajo de la cerradura. El siseo de un altavoz corta el silencio del ascensor: "Sr. Ambartsumjan, estaba preocupado..."

"No soy el Sr. Ambartsumjan. Soy Inayat Khan". El hombre muestra la llave, incapaz de decidir hacia dónde debe apuntar. Sólo puede verse a sí mismo en los espejos, con su gorro de pompón torcido y los hombros de su rompevientos cubiertos de nieve derretida. No se ha afeitado, tiene un aspecto espantoso. "Me dieron esto, para situaciones de emergencia. ¿Qué pasa ahora? ¿Por qué no contestas a mis llamadas?".

"Hablas como Ismael."

"Disculpa, ¿qué?"

"Hablas igual que Ismael."

"Oh... ¿te acuerdas de Ismael?"

"Soy Ismael", responde la fiel secretaria, y el ascensor se pone en movimiento.

Una sensación de aceleración recorre a Khan. "¿Estabas preocupada? ¿Por qué? ¿Por qué no contestaste?"

"Yo..." La secretaria vacila. "No he estado en contacto con el caballero desde hace dos días. La última instrucción fue suspender todas las llamadas y no dejar entrar a nadie".

"¿Y eso fue antier?"

"Sí, cuando el señor recibió tu envío, Inayat Khan".

"Entendido". Khan asiente al espejo, con el aguanieve derritiéndose en los cristales de sus lentes. Se los quita y los limpia con la manga de su rompevientos. "¿Y no ha llegado nada más? ¿Mientras tanto? ¿De la CPI?"

"Como ya he dicho, no tengo noticias del caballero".

"Cierto, sí..." El elevador se desliza silenciosamente hacia arriba, hacia el cielo. Los oídos de Khan quieren cerrarse por el cambio de presión. Traga saliva, da vueltas alrededor del ascensor y se queda de pie frente a la puerta, con la mochila aún sobre el pecho.

"Sr. Khan", cruje de repente el altavoz.

"¿Sí?"

"Por favor, compruebe que todo esté bien con el caballero. Dígale que he pedido que se pongan en contacto conmigo".

"¿Por qué no lo estaría?" El elevador se ralentiza, los brazos de Khan se levantan de sus costados como si no tuviera peso. "¿Por qué no iba a estar todo bien con el caballero?", pregunta. Pero la secretaria no responde. Las puertas del elevador se abren frente a Khan: "Ping...". Un haz de luz atraviesa la oscuridad del vestíbulo, en el sexagésimo piso. El viento aúlla, haciendo que las mantas ondeen alrededor de sus vitrinas como fantasmas. Y entra la nieve. Así es como la mayor colección privada del mundo de memorabilia de desapariciones está siendo lentamente enterrada en montículos de nieve.

Se oye el ruido de los zapatos sobre el linóleo. El Hombre de Asuntos Internos recorre de noche el pasillo del hospital, con un teléfono de maletín colgando de la mano, sujeto a la muñeca con una cadena. En su solapa brilla una pequeña nomeolvides, una insignia de esmalte azul claro. Dos policías vigilan las puertas de la unidad de cuidados intensivos. Uno está dormido.

"¿Por qué estás dormido?" El agente de Asuntos Internos se inclina hacia él. "Soy un infiltrado del Mesque y hay un explosivo de cinco

kilotones en este maletín". El agente abre los ojos y se los frota con desconcierto; su compañero le mira horrorizado. "En la forma del Hospital Central de Mirova, acabamos de perder un recurso estratégico irremplazable. Tres mil ciudadanos de Graad han perecido. Porque ustedes no han hecho su trabajo".

El oficial se pone en pie dando un salto e infla el pecho, con una expresión aún confusa por el sueño. El Hombre de Asuntos Internos es implacable. "¿Qué hace usted aquí de pie? ¿Hay alguna diferencia si duermes de pie? ¿Quién soy? ¿Dónde está mi prueba de empleo? ¿Por qué no he presentado mi etiqueta de visitante?".

Las puertas dobles de metal se cierran tras el detective mientras camina por el oscuro vestíbulo, y los agentes del pasillo respiran aliviados. Unos cubos separados por cortinas de plástico lo dejan atrás por ambos lados. El último, junto a la ventana, brilla con el equipo médico. El hombre gira sobre sus talones y abre las cortinas de plástico. "Machejek, necesito que llames a tus amigos. Necesito que les pidas que vuelvan. Ahora mismo".

Hay un gotero con morfina en la cabecera, y dentro de él, la morfina cae gota por gota. No es una buena señal, deberían haber cortado la luz hace tiempo. El agente destrozado mira por la ventana, donde está nevando intensamente. "No tienes nada que darme".

"No tengo que tener nada que darte".

"Conozco tus historias. 'No se informó...'. No sabes nada de investigación. Eres un *duch, zjawa*⁷⁷. La gente como tú sólo atormenta".

Duch, zjawa. Suelen ser ciudadanos aburridos que se entretienen tejiendo redes de mentiras contra todo tipo de fantasmas y espectros que se ciernen sobre el aparato del Estado. "Gente como nosotros, Machejek. La gente como nosotros somos agentes de la Colaboración Policial. El propósito de la Colaboración Policial no es investigar. El propósito de la Colaboración Policial es la continuidad del mundo en su forma actual".

Machejek aparta la mirada de la ventana. "Este mundo tuyo en su forma actual es un infierno de mierda".

"¡Vaya!" El Hombre de Asuntos Internos finge sorpresa. "Semejante filosofía. ¿Así que te gusta el plan de Saint-Miro para la humanidad?".

"El único nihilista aquí eres tú, *duch*".

"¿Así que no te gusta Saint-Miro y su plan para la humanidad?". Las facciones del hombre se acentúan mientras se acerca a la cama, al resplandor verde del monitor cardíaco. "¿Pero incluso cosas más anormales te convienen? ¿O es que no sabes qué compañía tiene tu amigo? Tu amigo

⁷⁷ Distintas palabras para fantasma, espectro o aparición. En polaco.

anormal. Yo tampoco lo sabía. Cuál es su afición, a qué se dedican..."

Machejek se sienta, el vendaje de su hombro se tiñe de rojo con su rebeldía. "¿Te refieres a Khan? Khan es un genio. No puedes detenerle".

"Sí". El Hombre de Asuntos Internos se encoge de hombros. "Sabe lo que hace. No como tú. Yo le llamaría y le pediría que volviera ahora mismo".

Esta concesión es suficiente para tipos como Machejek. "Creo que eso es un no, anciano. Deja de preguntar. Mejor sube la morfina. No la alcanzo". Se hunde en la almohada del hospital; afortunadamente, los espasmos de su risa le lastiman y ya no puede disfrutar del momento.

"Creo que ya has tomado suficientes drogas".

"Drogas...", se burla Machejek.

El agente de Asuntos Internos le mira con desdén. Debajo de él, en la cama del hospital, yace el cuerpo sudoroso de un hombre, con el torso descubierto, sangrando, exudando sudor. "Así que te gusta estar aquí, ¿verdad? ¿Estás satisfecho con tu suerte, Konchalovsky?".

Tereesz flota en la solución morfinica. Olas oscuras lo envuelven, copos de nieve caen al agua. Arde en frío. ¡Una oportunidad! Las manos de un niño lo mantienen a flote sujetándolo por los hombros. Manos diminutas y fuertes... es un soldado del amor. "Sí", responde y observa el punto verde rebotar en el monitor cardíaco. Con calma, con ritmo. "Está bien aquí. Dicen que ya no podré caminar con normalidad, pero ¿sabes qué? No pensaba irme a ninguna parte. Odio este país. Odio Graad. Odio la Colaboración Policial y a la Moralinern también. Es sólo una herramienta para mí, yo mismo soy sólo una herramienta. Sé... por qué estoy aquí. Quién me delató. No desperdicies tu aliento, no soy idiota. Sé que mi trabajo está hecho".

La línea verde brillante queda atrás en la oscuridad.

"¿Qué obtuvo por mí? ¿Khan? ¿Qué le diste?"

El viento aúlla y los tenis dejan huellas en la profunda nieve del piso más alto. El mayor experto mundial en evaporación camina cuidadosamente, los copos de nieve bailan enfocándose y desenfocándose. Y, más allá de ellos, sus lentes diamaterialistas. Unos ojos penetrantes y oscuros observan, los copos se pegan a sus lentes. El hombre se agacha lentamente, su rompevientos cruje. Estira la mano y recoge algo de un montón de nieve.

El viento amaina y las cubiertas de los escaparates caen exánimes. La tela oscura vuelve a tomar la forma de las vitrinas, e Inayat Khan está allí en medio de ellas, sobre una rodilla, sosteniendo un cráneo humano. Mira profundamente en la oscuridad de las cuencas de sus ojos. Sesenta mil

reales cayeron, lejos de aquí, —en el desierto de Erg, donde el héroe de la epopeya fue a solicitar una audiencia ante Dios. Se han cavado sesenta mil agujeros profundos. En vano. Khan sopla, y la nieve vuela de los ojos de Ramout Karzai, con el mentón bien cerrado y la boca muda. Lanza rota, tela de la bandera para un sudario fúnebre.

"¡Sr. Ambartsumjan!"

Khan se levanta. Una bandera desgastada por el tiempo se ondea en la pared, tensada con cuerdas. Es inmensa, con los colores de la tricolor iilmaraana.

Una ráfaga de viento se levanta, y una bufanda de los mismos colores ondea alrededor del cuello del hombre, un sombrero de los mismos colores está en su cabeza. "¡Ambartsumjan!" Khan avanza, pasando la mano por las vitrinas. El astil fragmentado de una lanza y una antigua punta de lanza oxidada sobresalen de entre la nieve. "¡Tenemos que hablar!"

La sombra siniestra del gorro con pompón se desplaza hacia el escritorio, donde vuelan papeles y un teléfono con forma de pirámide está enterrado en la nieve. La mano en la sombra alargada de la viga del ascensor se agita de repente como una aberración. Hay un gruñido de esfuerzo y luego, ¡guau! El cráneo se rompe en mil pedazos contra el altavoz.

"¿Dónde están mis cosas?! ¿Dónde están?!"

El hombre se acerca, derribando vitrinas por el camino. Los cristales de las vitrinas se hacen añicos. "¡No me gusta que se pierdan mis cosas! No me gusta nada". Se detiene, con las dos manos sobre la caoba, y de un golpe limpia la mesa de papeles y artículos de oficina. "¿Cómo voy a saber dónde lo has puesto ahora?". Se queda mirando por toda la habitación. "¿No habíamos tenido una charla sobre esto?! ¿No hubo una conversación? Tú te quedas con la nave, tú te encargas de mediar, todo el mundo recibe sus cosas. ¿Dónde están mis cosas?", grita. De reojo, ve brevemente una hilera de ventanas que van del suelo al techo. La del medio, la más grande de las ventanas, está destrozada por dentro; los fragmentos triangulares de cristal apuntan hacia fuera, y la nieve sopla hacia dentro, junto con la resplandeciente luz dorada de Mirova. Delante de la ventana, en un gran montón de nieve, brilla una vitrina patas arriba. Cables pelados, un interruptor.

Khan gira la cabeza y sale disparado del lugar, dejando tras de sí un cuadro de papel colgado en la pared del fondo, encima del escritorio. El papel, húmedo por la nieve, ondea con el viento, una acuarela de Gon-Tzu se desdibuja poco a poco sobre el material: el negro de los bigotes del dragón proyecta unos tentáculos como de medusa en las velas de las costillas, la armadura de carrizo se convierte en un arco iris. Pronto se habrá

ido, pero aún se puede ver cómo Gon-Tzu reparte los duraznos de la inmortalidad entre sus hombres: uno para ti, otro para ti y otro para ti. Pero Khan no tiene ojos para eso.

Cava, el viento silbando en sus oídos. Lleva los guantes puestos. La vitrina emerge de la nieve, y el hombre la levanta y saca papeles de ella. Papeles caros. Una carpeta con un banderín de la Colaboración Policial, una radiografía de los dientes expuestos de alguien. Una foto de identificación sale volando de la carpeta hacia el viento. Un tatuaje azulado, un recordatorio imposible en los nudillos: 5, 12, 13, 14. Khan atrapa la foto y la mete en la mochila que lleva en el pecho, junto con el resto. Con los documentos falsos de tránsito de la República Popular a Kukushkina, en el óblast samarano de Graad. Estos documentos están encima de los que lleva en la mochila, con el pentágono invertido impreso en la cubierta blanca del pasaporte.

Al fondo de la vitrina brilla el premio mayor, la Fosa de Rodionov. Khan se queda boquiabierto y extiende la mano. La lámina perforada de color azul oscuro resuena como una hoja de sierra entre sus dedos, la luz de la ciudad brillando a través de las miles de manchitas. Junto a los puntos corre la leyenda del mapa, con la letra de Voronikin. Lee, y el cielo estrellado brilla en su rostro moreno.

Machejek sonríe con tristeza. "¿Estuvo bien?"

El Hombre de Asuntos Internos no responde, abre el teléfono de su maletín sobre las rodillas de Tereesz. Las luces se encienden en el interior, y su propio cuaderno con motivos de paloma se desliza sobre las teclas, el papel fotográfico ocasionalmente centelleando. Qué extraño.

"Tuvo que ser algo muy bueno". El hombre piensa un momento. "Ahora tienes un ciudadano de Vaasa cuyas idas y venidas no puedes controlar, ¿no es así? No puedes hacerle nada, es un colaborador... pero te superó. Ni siquiera sabías qué cosas le diste".

"No eran buenas, Machejek", grita el agente de Asuntos Internos, "¡Me equivoqué! Me equivoqué más de lo que crees, y no te va a gustar. Tu propio sospechoso es la víctima". Toma el cuaderno. "¿Qué opinas de por qué no se han denunciado tus casos? ¡Tú los viste, Machejek! Hablemos de eso. ¿O ya no quieres? ¿No quieres hablar de Deerek Trentmøller? Ya no es divertido, ¿verdad?"

El investigador interno pone la mano en la frente caliente del hombre. "Estas cosas ocurrieron, las viste con tus propios ojos. Y ahora no han sucedido. ¿Cómo es posible?"

"Esas cosas no tienen nada que ver con esto". Tereesz jadea, sus pupilas

cubriendo sus iris color avellana. "Tú mismo lo has dicho. Ahora sólo importa el plan de Khan".

"El plan de Khan es el colmo de la anormalidad. ¡La Fosa de Rodionov! Comunistas mentalmente enfermos, carajo, figoneando, y todos ustedes viven en esa clase de mundo. Piensan en esas cosas, trabajan con ellas... Le gustan todo tipo de objetos, ¿no? Yo también tengo uno. Me llegó hoy, de Vaasa. Me lo han reenviado por telefax cinco veces". El hombre sacude la cabeza con rabia. "Siempre era lo mismo, siempre era exactamente lo mismo. Déjame enseñarte una foto, Machejek, porque de lo contrario no te comportarás como un adulto, y por lo visto tampoco te importan tus amigos, después de tu gran sacrificio". Saca el papel de la fotografía de su cuaderno. "Este de aquí es la única de las pruebas de Deerek Trentmøller que corrobora tu historia. Lo reveló él mismo en su laboratorio. Tú también lo viste, con tu máquina. La fecha de revelado es el 29 de agosto del 52. Dos días después, envió esto junto con el negativo al laboratorio fotográfico vaasano. 'El negativo no está dañado, la foto revelada es la misma'. Un mes más tarde, tras una solicitud de seguimiento, el laboratorio fotográfico central confirma: 'El negativo no está dañado, la imagen revelada es la misma'. Zeul confirma que no hay fallos en el objetivo y Trigat realiza trescientas tomas de prueba con el equipo fotográfico. No hay anomalías. Este hombre estudió este aparato durante seis años hasta que su memoria empezó a desvanecerse. Creo que lo habría estudiado durante toda una vida. Como tú".

Tereesz sostiene el papel fotográfico con los bordes desgastados, la fecha y los sellos en el reverso. 29 de agosto del 52.

"¡Dale la vuelta!"

Su sudor deja una mancha en el papel. Sellos del laboratorio fotográfico. "Zeul". "Trigat".

"No te atreves a mirarlo, ¿verdad? No deberías atreverte. Nadie debería, nadie debería lidiar con algo así. Deben ser olvidados. Pero Machejek —lo lamento. Necesito que llames a tus amigos para que vuelvan aquí. Tienes que hacerlo".

La luz se desliza sobre la superficie brillante de la fotografía cuando Tereesz le da la vuelta. Hay un día de verano desteñido, congelado. La lluvia cae sobre el risco, y frente al rosal están de pie ellos tres, jóvenes, con sonrisas triunfantes en los rostros. Khan explica lo de los duraznos y Gon-Tzu, y él y Jesper miran al frente con una sombrilla de playa en la mano. Tres chicos sostienen una sombrilla de playa sobre la nada.

"¿Qué es esto?" El punto del monitor cardíaco se congela.

"Aquí es donde van tus amigos. Esta es tu Fosa de Rodionov".

"La has retocado..." Tereesz le da la vuelta al papel, presa del pánico, como si los buscara en el reverso. "¿Por qué haces esto? ¿Por qué me haces esto?"

"Nosotros no hacemos nada. No hay duches y zjawas, drogadicto. Somos amigos de la humanidad. ¿Cuándo lo entenderás? No es una persona la que lo retocó. Simplemente no quieres pensar en ello. Ninguno de ustedes quiere. Y así es como debe ser. Dejémoslo así". El Hombre de Asuntos Internos descuelga el teléfono y presiona la tecla de rellamada. Suena el tono de llamada. Tereesz gira la cabeza, pero el investigador interno le agarra de la barbilla. "¡No pares ahora! No sólo has hecho cosas malas. Arreglaste ambas cosas: Hird y Trentmöller. Les has quitado ese terror de sus cabezas. Ya casi lo logramos". Una voz de mujer proviene del receptor: "Hotel 'Intergraad'..."

La foto se resbala de los dedos de Tereesz "¡Pero eso no es posible!"

"Efectivamente, no es posible", suspira el ángel de la muerte, "sólo el mundo en su estado actual es posible. No investigamos esas cosas, no las hurgamos. Nos resignamos. Olvidamos. Esperamos y estamos protegidos".

"Hotel 'Intergraad', ¿en qué puedo ayudarle?" "Por favor, comuníqueme con la suite número 4001."

"Ishmael."

"Puedes oírme?"

La voz de Khan resuena por todo el panel de control. La fiel secretaria está de pie frente a un amasijo de cables, miles de conectores metálicos que se introducen en enchufes análogos. Las luces parpadean. Una camisa rosa se asoma por el cuello de su chaqueta. Con un clic-clic, el joven conecta los cables sobre la mesa, con destreza: "Estoy escuchando".

"El caballero ha saltado a su muerte. Espero que entienda que no tenía por qué decírselo. Podía sólo haber abandonado el edificio. Espero que lo entienda y llame a las autoridades sólo cuando hayan pasado diez minutos. El caballero habría querido que fuera así. Para que no me detuvieran, para que la investigación no me hiciera perder el tiempo". Así lo decreta Khan, con el viento aullando de fondo. "Tiempo que no tengo. ¿Me entiendes? Di que lo entiendes y que harás lo que te he pedido".

Desde atrás del altavoz, se oye un ruido intermitente, como de llanto.

"¿Entiendes?", repite, y el altavoz sisea: "... diez minutos..."

"Muy bien".

Khan gira la cabeza y mira hacia abajo. La vastedad brilla bajo sus pies. Un hombre que temía que el mundo desapareciera se lanzó al vacío, pero hace tiempo que Khan ya no teme a nada. No se encuentra ante él, y los

pensamientos recorren las profundidades tras sus lentes y párpados. Organizados, estratégicos. Es una operación de rescate gigantesca, y ahora él está completamente hecho de ella, sin más pensamientos. Aún lo llaman Khan, pero de hecho es una guía táctica perfeccionada a lo largo de veinte años de guerra entre trincheras; una maniobra adaptativa, cuyo autor y ejecutor es él mismo —el tirano del amor, una perspectiva absoluta del mundo al servicio de una sola persona. Hay otros, pero no se le puede detener. Los horrores le visitan, últimamente ni siquiera recuerda sus nombres, confunde sus edades. Su acompañante le mira antes de quedarse dormido, una vaga forma de la desmemoria en lugar de un rostro. Un memotour de horrores. Y aún más feas son las llamadas nocturnas a larga distancia desde la trinchera: "Sabes quién soy. Gordo, no soy tu juguete. ¡Déjanos en paz!" Cómo lloraba al despertar, pero ya no ocurre. Las contramedidas han entrado en vigor, él sabe lo que pasó. Y lo recordará. Para siempre.

Así permanece de pie aquel hombre en la ventana rota de la sexagésima planta del edificio, con un sudario turquesa-naranja-violeta ondeando sobre sus hombros. Es un superhéroe. Chicas, viene a salvarlas.

Camina con su mochila sobrecargada a través del suelo nevado y baja por la escalera de emergencia. Allí sustituye el elevador privado de los residentes por el de los huéspedes. Desciende diecinueve pisos junto a un hombre de negocios de Vespertina y sus escoltas, esboza una sonrisa, y luego sale al piso cuarenta y se la borra de la cara. Media hora antes de que el electricista haya irrumpido en las puertas del elevador del piso inferior —y cuarenta y cinco minutos antes de que Khan salga del estacionamiento y se dirija a la calle nevada—, entra en la suite reservada a nombre de su amigo sin quitarse los zapatos.

El pasillo está oscuro. Khan no enciende las luces. Sabe lo que esto significa. En el zapatero se amontonan tres mil reales en zapatos de gamuza desgastados y un abrigo Perseus Black de color beige salpicado de sangre cuelga del perchero: se ha vuelto demasiado mórbido para Jesper.

El teléfono suena en las habitaciones vacías. El hombre lo sigue hasta el dormitorio, donde la cama está tendida, el aire es fresco y, sobre una mesa blanca y cúbica situada en el centro de la habitación, hay una oscura pirámide escalonada. Está construida con pilas de dinero negro azabache. Khan abre la mochila que lleva sobre el estómago, traslada el sudario a la mochila deportiva y empieza a cargar los montones de dinero en su mochila, acompañado de un frío tintineo. Cien, mil, diez mil, cien mil, quinientos mil real. Ochocientos mil real. El arma de servicio de Tereesz descansa debajo de todo, como si estuviera en una tumba. La moneda brilla en la luz tenue; la pone encima de todo lo demás que lleva en la mochila y, después, se levanta.

Khan mira el teléfono sobre la mesa vacía; la luz roja parpadea, junto con el tono de llamada. Se detiene un momento, pasa medio minuto y vuelve a sonar. El hombre pone la mano en el auricular, piensa. Le sudan los dedos. Levanta el auricular y lo vuelve a colgar. Luego vuelve a levantarlo, esta vez colocándolo contra su oreja. Unos dedos de color amarillo oscuro se mueven sobre los botones. Cuando termina la secuencia de dieciséis dígitos, se hace el silencio en el auricular, luego un tono de llamada intermitente, una señal a otro mundo. Y cuando por fin se levanta el auricular al otro lado, La Palidez llena toda la habitación. Conexión. Como un océano lejano. La voz apenas se oye entre el romper de las olas: "¿Hola?"

"Mamá, ya no voy a volver a casa".

Dos meses después, cuatro mil kilómetros al norte, al otro lado de la reserva de Yikutan.

La antigua taiga del noreste de Graad se extiende hasta la curva del horizonte, con una Palidez que brilla plateada en la inconmensurable distancia. Un mar de árboles de ochocientos millones de hectáreas ondea al viento frente a él. El mundo. La inmensidad nevada impregna de oxígeno la atmósfera del atardecer invernal. Incluso los indígenas tienen prohibido venir aquí. Todo Graad respira estas toneladas cúbicas heladas, son sus pulmones: los pulmones de Graad. Reserva hidrometeorológica, parque de oxígeno. Un carruaje motorizado de color gris tormenta se detiene en la senda forestal, al filo de un gran campo, las luces de la cabina se atenúan en el interior a medida que la batería de plomo y ácido se descarga lentamente. Las cúpulas de cristal de los faros se desvanecen en el crepúsculo de finales de diciembre. El cable de una bomba sale del depósito de combustible de la máquina; un hombre de treinta y cuatro años sostiene un bidón vacío en la mano. El interior blanco como la nieve que tiene delante huele a combustible, los asientos blancos gotean con él, al igual que las palancas de dirección y la estructura de cuero blanco.

Enciende un fósforo, se apaga entre sus fríos dedos rojos mientras el viento sopla a su alrededor. El hombre esconde la caja con la palma de la mano y enciende otra; la primera no hace nada. Tras encender otro, el carruaje motorizado estalla en llamas. Una sola vela cobra vida en medio de un mundo en tinieblas. La piel blanca se torna negra al crepitar, las cenizas de carbón se desprenden y se elevan. Una maleta blanca se enciende en el asiento trasero. Allí, su pasaporte se enrosca como una araña moribunda, las fundas silban; la ceniza clara de las cartas de Målin flota en el aire, junto con el resto de memorabilia que aún no ha desaparecido en ninguna otra parte. El dibujo se ilumina ante sus ojos, las marcas de nacimiento de la espalda de Anni desaparecen. El calor envuelve la cara del hombre, que

cierra los ojos. Las manchas bailan allí un instante, y el par de ojos, cuyo color exacto ya no recuerda, un rostro que ya no le viene a la mente. Un beso con la hija de la maestra, en la penumbra del bosque, del que su lengua no puede acordarse, pero sin el cual él mismo sería inconcebible. Todo se desvanece.

El antiguo diseñador de interiores aparta los labios, se frota las encías ensangrentadas con polvo y arroja el resto de los caramelos de la nariz al vehículo en llamas. Destella cuando se prende fuego. Luego toma impulso y salta por encima del arroyo helado. Abajo, un grupo de juncales sobresale del hielo, detrás del cual serpentea un sendero forestal. Delante de él hay un prado de fumarias; nieva sobre el campo. Y detrás, la pared de abetos en forma de dientes de sierra, un sueño en zigzag. Tiras de nieve se desprenden de las ramas de los árboles al viento como lazos nupciales.

Va, con un mechón de pelo rubio revoloteando en su frente, sus ojos azules brillantes y húmedos por el viento. Viste un abrigo blanco como la nieve para esta ocasión, y lleva zapatos de gamuza blanca en los pies; las esquinas del cuello de su abrigo tienen anclas plateadas, un motivo náutico. Su silueta resplandece en la luz tenue, esbelta como una tabla de surf, con botellas de agua tintineando en su bolso de mensajero. Nadie sabe adónde va. Nadie sabe dónde está: un pequeño punto brillante en un vasto campo de escarcha. Y al otro lado del campo, la linde del bosque espera, el crepúsculo bajo los árboles está lleno de oxígeno hasta rebosar, ha invitado a toda la vida consciente a su interior. Entra; la alfombra de acículas de los árboles es flexible bajo sus pies, el viento amaina y allí no suenan campanas. La voz de nadie. Es mejor así, está bien así.

Un carruaje carbonizado queda atrás al borde de la carretera.

Un mes más tarde, seis mil kilómetros al sur.

Un metro atraviesa a toda velocidad un túnel subterráneo. Los vagones están vacíos por la noche, el acero rechina. Khan se recarga contra la puerta, con la mochila a la espalda. Mira la fila de vagones que se dobla en la curva, el estómago de acero del metro. Sólo unas pocas personas se sientan allí, bajo las luces encendidas en el modo de ahorro. La nación de Graad está en guerra, y está prohibido salir de noche sin un permiso especial. Una noche, cuando los agentes vinieron a golpearle con porras de goma en la estación de tren, Khan se compró una para él. Ahora duerme en los bancos de la estación y en las mesas de los cafés nocturnos, y evita los hoteles. La gente tiene el hábito de perderse allí.

La luz amarilla de las industrias entra ventana tras ventana cuando el metro sale del túnel y sube a un puente. Abajo corre la ennegrecida corriente subterránea de Peremennaya Veera, con una capa multicolor flotando encima; más adelante, a orillas del río, se alzan los gigantes

cilindros de los tanques de almacenamiento de gas, las hileras de reflectores de la plantación de pepinos. Y allí, la planta hidroeléctrica. Esto es Polyfabricate, tyrannopol, el tipo de asentamiento humano que sigue a la metrópolis, la penúltima etapa del desarrollo. La parte que Khan había visitado una vez antes era Lenka, la capital de Zsiemsk. Allí nació Frantiček el Valiente. Y también Tereesz Machejek, pero para entonces, Lenka ya había sido engullida por el tumor desde hacía tiempo. Los investigadores graadienses predicen que, en los próximos diez años, el Polyfabricate crecerá y se fusionará con Mirova y sus suburbios para formar la última etapa del desarrollo de los asentamientos humanos, la parte inhabitable de la geosfera, la zona del desastre ecológico: la necrópolis. No llegará a eso; mucho antes de que ocurra, La Palidez habrá borrado esta parte del país.

En el horizonte, sobre la bahía, los cascos negros de los cruceros graadienses vagan hacia el noroeste, enjambres de destructores brotan de sus vientres como esporas. Son fuerzas de reserva. Esta noche, la flota de Mesque ha invadido la isola de Graad, la isola hogar. Tampoco hay buenas noticias del óblast de Holodnaya Zemlya en Katla. El enroque se aproxima sobre la meseta boreal. Treinta y cinco millones de personas están escuchando las noticias de la guerra a través de la transmisión, fuera de la ventana del tren en el Polyfabricate. Todos son kojkos. Sólo uno no escucha; ya sabe lo que va a pasar. Este hombre es un nihilista, y es la persona a la que Khan ha seguido hasta aquí.

Khan sale por la puerta de la parada y se sube el cierre de la chaqueta. El andén está vacío y silencioso, con el frío de finales del invierno austral. Los álamos crujen al viento, la ceniza industrial cae de las ramas de los árboles. El hombre descende las escaleras que traquetean hasta el nivel de la calle y atraviesa entre chozas semiderruidas. La planta de tratamiento de residuos se eleva como un monumento invencible, con sus cilindros plateados brillando bajo los reflectores de cinco mil watts. La propia calle está escasamente iluminada; las casas de madera se alinean a ambos lados de la calle y el hielo resquebraja bajo los pies en los charcos de lodo. La carretera no está pavimentada.

Khan se detiene ante una choza de dos pisos en muy mal estado. La fachada de madera del edificio cruje con una ráfaga de viento, amenazando con derrumbarse sobre él en cualquier momento. Revisa la dirección escrita en el dorso de la mano con un bolígrafo y sube las escaleras, adentrándose en la oscuridad del pasillo, perfumado de orina de gato y amoníaco. Se enciende un fósforo y dos lenguas de fuego bailan en la curvatura de los lentes de Khan mientras busca el apartamento número tres.

Allí, un anciano en ropa interior se acerca a la puerta, con la piel cayéndosele sobre el pecho como si estuviera embalsamado. Antes había sido joven y encantador con su visión radical del mundo, riéndose de todo y

de todos y aceptando con serenidad las pequeñas cosas que harían descarrilar a una persona ordinaria. Ese tipo de payasadas, junto con la culpa social característica de una mujer nórdica, le valieron a este kojko la mejor suerte de su vida: la madre de Zigi. Sin embargo, el matrimonio resultó ser una farsa para él. Además, no se dejaba disciplinar cuando el nihilista padre de Zigi lo quería. Zigi no fue disciplinado por su padre; su padre se preocupaba por él. Lo suficiente como para abandonar al niño en Vaasa. El nihilista, amante de los abusos, volvió a la Polyfabricate, levantó pesas y preservó su salud para vivir hasta los cien años, como un verdadero nihilista: saboreando cada hora repugnante, sabiendo que quedan muchas más por delante.

Todo esto lo tiene claro Khan, lo tiene en una carpeta en su mochila. Quiere saber qué pasó cuando Zigi fue a ver a su padre a Graad tres años después de la desaparición de las niñas. Qué había pasado entre Zigi y las chicas, qué había abandonado. El Kojko-runt le lleva a la cocina, entre los platos sin lavar. Khan arroja una botella de vodka y cien reales sobre la mesa cubierta con hule. El kojko-runt le quita la tapa y sujeta un vaso de shot entre los dedos medio e índice.

"No es que quiera causarle problemas con esto, no me malinterprete". Khan mira el vaso lleno que tiene delante. "Todo es tal y como dije por teléfono, pero...". Piensa un momento y se echa el vodka a la garganta.

"El chico sí sabe quién soy. Soy un nihilista". El viejo también golpea su vaso contra la mesa. "Contemplan al poderoso nihilista, mientras se enfrenta cara a cara con la muerte, esta noche a las ocho, en el centro comunitario. La muerte es grande y terrible, pero... pero un nihilista no es un... ¿cómo era?". Se lleva el dedo a la boca e intenta recordar. Pero el espíritu no vuelve, el ánimo se estropea y su cuerpo se desploma de los hombros. "Pronto se acabará, cuál es la diferencia ahora de todos modos". El anciano asiente hacia la puerta. "Todo está tal como lo dejó".

Pilas de cuadernos se alzan como torres contra las paredes. La silueta de Khan está de pie frente a la puerta, entre las pilas, con la luz de la cocina brillando detrás de él. Entonces, cuando agarra uno de los cuadernos, el resto de las pilas empiezan a derrumbarse sobre él. Mira al padre de Zigi pidiendo ayuda, su hombro sostiene la torre que se balancea contra la pared. "Déjalo ya", tose el padre de Zigi. "Todo es lo mismo. Todo la misma historia".

"¿Qué quiere decir?" Khan da un paso atrás; los cuadernos de papel cuadriculado desperdigados por el suelo, las edades de las niñas escritas en cada portada con la letra desaliñada de Zigi. Cinco, doce, trece, catorce.

"¡Una misma historia, te lo aseguro!". El kojko-runt le da la espalda a Khan y se sienta junto a la mesa de la cocina. "Un cuento raro. Un cuento

bastante raro para todos nosotros, ¿y tiene un final feliz? Ahora..." Khan empieza a guardar los cuadernos en su bolsa deportiva. Mientras está frente a la puerta con su abultada bolsa al hombro, el kojko-runt sigue mirando por la pequeña ventana de la cocina. "Quieren hundir este mundo en La Palidez, ¿sabes? Los Mesque. Dicen en la radio que vienen los pesebres. Que todos nos quedemos ahí, con la boca abierta, y que se asegurarán de que no nos atragantemos con nuestra propia lengua mientras nos dan de comer. Un fracaso, ya no es nihilismo, es una farsa, lo he visto, ¡es la cuarentena de masas proteicas de la Tierra de Lomonossov! Quiere convertir el mundo entero en la Tierra de Lomonossov".

Khan da un golpecito con la punta del zapato en el tapete. "Bueno pues, supongo que debería irme ya..."

"¿No es una decepción, este Saint-Miro. Pero, ¿sabes, muchacho?" El viejo mira a Khan, sus ojos brillantes por el vodka, negros como los de un caballo. "Creo que hay más cosas por venir de allí..."

Las luces de los vagones se apagan delante de Khan, una tras otra, mientras el túnel se traga el tren. Se sienta junto a la ventana, en un silencio vacío, con los oídos tapados por el cambio de presión. Las luces verdes marcan la salida; por lo demás, los vagones están a oscuras, el acero chirría. Saca una lámpara de mano y la llena de pilas, y el mundo en el papel cuadriculado aparece en su regazo entre la oscuridad. Khan se sienta con la pila de cuadernos a su derecha y lee.

Página tras página se despliegan ante él, en los haces de su linterna. Cada detalle queda registrado allí, con la capacidad de atención de un autista, cada palabra y cada movimiento documentados. No es tanto una historia como un dibujo técnico, una maqueta industrial de un recuerdo. Instrucciones para el poder benevolente del futuro que podría reconstruir el mundo perdido de Zygismunt Berg. Cortar, doblar, pegar. La trayectoria del bloque en la noche de invierno, las coordenadas de la ventana de la sala de estar. Un domicilio conocido, la casa de las chicas en Vaasa, en la parada de Fahlu. El laberinto suburbano aparece en un mapa desplegable, la línea punteada representa al chico que huye.

Y hay detalles meteorológicos en la esquina de la página. Presión atmosférica y humedad. Dieciocho grados bajo cero. La noche siguiente, en casa del Guapo Aleksander: sofás contra la pared, una pelea en seis tiempos representada como pasos de baile en la pista. Y a continuación, —una gran oscuridad. Una sola voz sonando por encima de él, por encima del chico de los cierres en la chaqueta. "Eres Zigi, el chico más malo de la escuela". Khan tiene un mal presentimiento; limpia sus lentes con un pañuelo, y el ácido se arremolina en su estómago. Es un inminente ataque de celos.

"Y tú, astuta destrucción, eres la chica más guapa de la escuela".

Sin embargo, al pasar la página, el nombre de la chica, que le resulta familiar con su "â" circular en medio, no le está esperando. Allí aguarda su ausencia. Él y el mundo que le rodea ya no están, las fechas bajo las páginas comienzan a partir de la víspera de Año Nuevo, una o dos veces por semana, luego cada vez menos a medida que avanzan. Hasta el veintiocho de agosto. Pero las páginas en sí están vacías. Khan toma el siguiente cuaderno del asiento y lo hojea, luego el siguiente; saca el resto de los cuadernos de su mochila, y es la misma historia con todos ellos. Una historia rara.

La luz del andén hace que los vagones luzcan como tamices. Irradia desde las filas de ventanas, una tras otra. Khan levanta la cabeza y sus gafas resplandecen. Dos ojos de buey brillantes, la última parada... no lo entiende. Un gordo idiota con una corbata azul claro; en algún lugar allá afuera está Zygismunt Berg, que sabe que sólo quedan cascarones de su historia. La cinta magnética sisea, el corazón gira solo en el disco de plástico. Y los números, él también los tiene, inseparables del mundo hasta el final. Se catapulta hacia él a través de la super profundidad de La Palidez, en su fosa de albaricoque de acero. La propia memoria de Khan, sin embargo, se está distorsionando en su cabeza. Los respaldos han sido borrados, uno por uno, dejándolo solo. No soporta seguir adelante así, pero no puede vivir sin él.

Esa noche duerme en el baño de la estación, en un cubículo con paredes de cartón. Se ha acurrucado contra la pared y ha bloqueado la puerta. Su cuerpo está cubierto por un sudario tricolor, hecho trizas por el paso del tiempo. Las faldas barren el suelo mientras el hombre se revuelve. No puede dormir, algo anda mal. Algo anda muy mal. "A propósito... siempre haces unas presentaciones impresionantes. En las clases de historia y ciencias..." El hombre abre los ojos y mira el bulto inexpresivo de un rostro, el pelo rubio y lacio cayendo sobre la loseta. El niño descansa en el suelo, justo enfrente de él. No respira, no huele.

"¿Dónde estás?" Vibración grave; el compañero invisible no responde. Khan se acurruca lo más que puede, pero el frío no abandona su cuerpo. Repite: "Estoy en el fin del mundo. Estoy en el fin del mundo".

Hace 21 años, unos piecitos descalzos bajan las escaleras de una vivienda particular en un suburbio. Es la noche del solsticio de invierno, y los vasos sanguíneos corren bajo una piel translúcida. Cada uña es una joya carmesí, sus dedos se enroscan contra el frío de los escalones. Ojos verde oscuro. El dobladillo de su camisón ondea alrededor de sus pantorrillas con la brisa.

Así es como Målin Lund baja las escaleras, y llega a la alfombra. Una ventana rota brilla en la oscuridad de la habitación. Su cortina se infla como una vela, un ladrillo yace en el suelo y la puerta de la entrada está abierta. Ella misma es un espejo, ¡un espejo! y dentro de ella hay una copia perfecta

del mundo. Pero algo anda mal. Siempre lo ha estado. Su superficie es inmaculada, preadolescente, relucientemente pulcra. Es la luz quien está equivocada. Es el mundo en sí mismo.

Dos jovencitas se acercan a la tercera en la oscuridad. En la palma de la mano de la mayor, la cuarta, una diminuta y buena hada madrina, apunta hacia la ventana con su varita. La ventana cuelga como una sonrisa agrietada sobre los marcos.

"¡Mira, mira!", dice. "Anda mal".

20. EPÍLOGO — LA LUZ BRILLA A TRAVÉS DE TODO

EPÍLOGO DE LA NOVELA "AIRE SAGRADO Y TERRIBLE"
DE ROBERT KURVITZ, 30.01.'09

NT: Este epílogo no forma parte del libro publicado. Fue escrito y publicado por Robert Kurvitz en 2014 para el blog de ZA/UM en zaum.ee. Parafraseando su propia descripción: "No aporta nada ni resta nada a la historia del libro".



Revachol, hace 75 años, dos años antes de la Revolución Finisecular.

Desde la gran sala de la Sinfónica, los aplausos resuenan hasta el fondo del escenario. Las ovaciones son mediocres para una primera actuación, y el

segundo bis no llega a suceder. El primero lo provocan los claqueurs. La sección de cuerda ya está cambiando sus vestidos de noche por ropa de calle en los sofás plateados de brazos redondos. Al otro lado de la ventana, el cielo de finales de enero se tiñe de azul. Y frente a ella se alza el *conde* Émile de Pérouse-Mittrecie con un redingote negro, un dodecaedro en la mano y el cabello despeinado por la dirección.

Émile es un personaje contradictorio. Es un aristócrata, el *conde* de Pérouse y el *conde* de Mittrecie; pero su odio a la burguesía, que ha usurpado las clases altas, le convierte en un proletario y, por tanto, en un revolucionario. A lo largo de su vida, Émile también ha llegado a considerarse un compositor. Tiene una mórbida sed de fama, pero está decidido a ganarse el corazón del pueblo con sus obras dodecafónicas. El sonido del *conde* se basa en un sistema de armonías geométrico-simbolista asombrosamente moderno que no tiene nada que ver con la música del resto del mundo civilizado. Para el oído humano, suena como un chillido inaceptable. Émile considera que la sonoridad tonal y tradicional tiene forma de útero. Un balbuceo soporífero para el alma. La música de las amebas. Dirige sus propias obras —nadie más puede ni quiere hacerlo— con un dodecaedro de cartón en lugar de la batuta tradicional. Las mejillas del hombre se sonrojan de emoción, el dodecaedro tiembla en su mano. "¿Voy a volver o qué?", exclama. "¡Lo haré!"

Atraviesa la habitación como impulsado por una fiebre. En la puerta, el director de la orquesta sinfónica detiene al *conde* a su manera discreta. "No lo sé, no creo que haya necesidad de ir..."

"¿Por qué?" El hombre no comprende. Una sonrisa viril aparece en sus labios. "¡Pero si me están llamando! Ha sido *tremendo*!"

"Tremendo..." El director se rasca la cabeza. "Bueno, fue algo, pero ya saliste allí una vez, y... No es buena idea poner a prueba la amabilidad del público". La sala se ha calmado. El viento sopla fuera de la ventana.

"No creo que haya estado mal". Un compañero gordo pone la mano en el hombro del conde. "Fue una buena idea. La ejecución podría haberse pulido un poco. Pero, ya sabes, al final todo salió bien. ¿Y qué pasa si no se vuelve a repetir? Pulirás la siguiente hasta que quede brillante, ¡y entonces sucederá!". Es lo que dice el hombre que escribe principalmente conciertos para flauta y piezas solistas para flauta.

"Sí... la próxima". El director sigue rascándose la cabeza. "Quizá sería mejor si no escribieras sobre eso...", el conde le oye susurrar al crítico. "Los Pérouse-Mittrecies han sido generosos con nuestra institución a lo largo de los años..."

La emoción en el rostro del *conde* se convierte en un temblor maligno. Su sonrisa flaquea. Sin que nadie se dé cuenta, vuelve al alféizar, más allá

de las bulliciosas mujeres. Desde allí puede oír el discurso de control de daños del director, y también está hablando el crítico. *Complicado...* Aparentemente no te haces famoso con este tipo de cosas, aparentemente es perturbador escucharlas. Más allá del cristal, en el atardecer azul oscuro, se mecen las ramas de los árboles.

"*Inquietante de escuchar...*" susurra el *conde*. Un metrónomo está colocado en el alféizar de la ventana. Empuja el péndulo para ponerlo en marcha. El tempo es grave, lo más lento posible. "No te harás famoso..."

"¡Bueno, un momento!", grita el concertino. "¡Creo que el hombre tiene un sonido completamente único!". Una mujer regordeta mira hacia el *conde*. "Espero de todo corazón que haya una próxima vez. Y entonces —tal vez no tenga que ser *tan* complicado".

Se oye una estridente carcajada. Un suspiro de alivio recorre el camerino.

"Al final... todo salió bien...", murmura el hombre. Se da la vuelta lentamente y mira a la sala llena de gente con el ceño fruncido bajo su flequillo ondulado con los dedos. "¿Así que soy el único al que le pareció tremendo, entonces?"

"Tick", responde el metrónomo. Las ramas de los árboles se mecen detrás del hombre.

"A mí me pareció peculiar", dice el concertino. "Y realmente... hubo algunos buenos momentos".

"Buenos momentos...", dice el *conde*.

"Tick", dice el metrónomo.

El hombre hace malabares con su dodecaedro en la mano. "Pero entonces... ¿qué momentos te gustaron más?"

"Bueno, el principio de la segunda parte fue precioso...". La mujer rebusca en el estuche de su violín. "Y..."

"Tick."

"Tick."

"Tick."

"¡Azimut!" alguien aplaude en el silencio. "Tick."

"¡Boreas! ¡Sinus!" Con los ojos brillantes como relámpagos, un hombre minúsculo atraviesa la sala a grandes zancadas. A cada compás, junta las palmas y, con cada paso, dice una palabra.

"¡Nadir!" El hombrecillo termina y se inclina ante el conde. "Cada parte fue absoluta, perfección matemática. No hagas una próxima, no lo arruines. Desaparece, no hace falta más". El hombre aprieta sus pequeñas manos en

puños; los codos de su traje de terciopelo tienen parches. "Regresaré a Graad", dice a la sala. "Dentro de dos años comenzará una revolución en Mirova, que arrasará la tierra como una tormenta. Y su fracaso marcará el comienzo del próximo siglo. El siglo del ocaso de la mente humana, cada año más oscuro que el anterior".

Se desliza por la sala como un rayo, amenazando con abalanzarse sobre la cara de alguien en cualquier momento. "Desde el final, allí, a través de la noche polar, esa música resonará. Sonará en los fonógrafos del futuro. En los imanes. Sin embargo —no proviene de allí. Usted será famoso, Monsieur Mitrecie, su música nos llegará desde el verdadero confin, aún más allá de allí, donde toda la materia no es más que memoria. Así suena la luz blanca que brilla en cada cuarto oscuro, convirtiendo todas las revelaciones en nada". Se pone de puntillas, bajo las narices del crítico. "¡Todas las revelaciones —dije— *se convierten en naderías!*".

"Tick".

El hombrecillo gira la cabeza como un búho. Su mirada busca un pararrayos y lo encuentra en la forma del Conde. Una gran mueca se dibuja en su rostro. El Conde jadea: "¿Así que todavía voy a ser famoso? ¿De verdad crees que va a suceder?".

"Estoy seguro de ello. Porque más allá de la luz..."

"¡Ion!", interrumpe la voz de un niño. "Ion, ya vámonos..." Un niño pequeño, vestido de etiqueta, se para junto a la puerta.

"Tiene que disculparme". El hombre estrecha la mano del *conde*. "Fue un honor conocer a un hombre cuya cabeza es el receptáculo de sonidos tan brillantes que, a su luz, la naturaleza conmemorativa del mundo se hace visible".

"¡Espere!" El autor hace un gesto de dolor. Saca un bolígrafo corriente del fondo del bolsillo interior del pecho de su redingote y lo utiliza para autografiar el dodecaedro. Lo ha practicado durante mucho tiempo. "¿A qué nombre hago esto?"

"Ion Rodionov". El hombre sonríe. Está emocionado.

"¿De casualidad no estarás redactando en ningún sitio, verdad?"

"Oh no, no soy crítico", responde el hombre, sus ojos brillan de admiración. "Soy profesor de matemáticas".

"¡Quién lo hubiera dicho!", exclama el engreído crítico junto a la puerta.

Pero el profesor no le hace caso. Toma la mano del pequeño alumno que está delante de la puerta. "¡Vamos, Ambrosius!", le dice. "¿No es un poliedro precioso?".

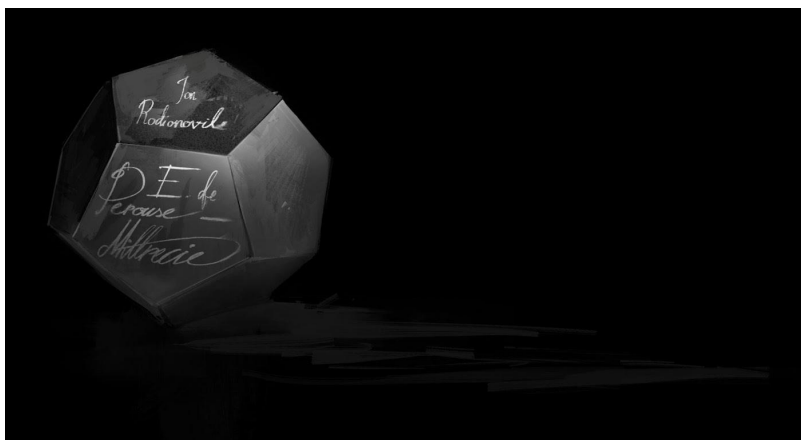


Figura 3. Dodecaedro (por Robert Kurvitz)

Un mes más tarde, a ochocientos sesenta y cuatro kilómetros⁷⁸ de Revachol, al borde de Insulindia, en les Immensités Bleues.

La vela del yate atrapa el viento con violencia. La lona se agita y el aullido del viento es ensordecedor. Es una noche de finales de febrero, durante la *madrugada* —la última hora azul oscuro antes del amanecer. El océano plateado yace bajo la inmensidad azul oscuro, un yate solitario maniobra a través de su capa de hielo resquebrajándose. Un iceberg pasa junto a la barandilla, humeante en la oscuridad. En cubierta, se encuentra el *conde* Émile de Pérouse-Mitrecie. Sigue con su redingote negro, sin lavar y gastado. El cabello del hombre ondea al viento; sus manos están rojas por el frío. Están congeladas en el timón.

"¡Mátate, Revachol! Mátate!", le ruge al viento. "¡Sé que es tremendo, y el mundo sabe que es tremendo! ¿Quién te crees que eres?"

El barco se estrella contra la capa de hielo. Un chirrido ensordecedor suena contra el casco de madera. Con los dientes, el *conde* descorcha una botella de alcohol. "¡¿Complicado?!", gruñe y da un buen trago. "¡¿Te traigo la música de las esferas y es demasiado complicado?! Tú eres complicado, vaca".

Frente a él, a través del vasto mundo andrajoso, sale el sol. Es una visión. Una luz gris brillante irradia en jirones, como guirnaldas frías. El sol nace de La Palidez. El *conde* levanta las manos hacia el cielo y el ruido

⁷⁸ Esta distancia es una discrepancia muy grande con el canon de Disco Elysium, en el que la distancia más corta de Revachol hasta las orillas de Insulindia es de 6,000 kilómetros. Siendo más reciente, Disco Elysium es probablemente "más canon".

incomparable del tiempo le envuelve. Es más fuerte aún que el viento, más fuerte que las masas de hielo friccionando entre sí. La boca del hombre chorrea baba, mientras aúlla su cadencia favorita. Está compuesta por él. Y la voz en La Palidez frente a él suena a aplausos, a ovaciones en pie, al zapateo de decenas de miles de pies, y a silbidos, silbidos ensordecedores como si fueran fuegos artificiales, un átomo que algún día se dividirá en Revachol. Lo único en este mundo más hermoso que su propia música es un aplauso.

"¡Soy famoso!", vocifera el *conde*. "¡Soy el músico más famoso de todos los tiempos! ¡Los demás músicos no son nada comparados conmigo! Nadie —¡nadie en absoluto!— los conoce, pero **todos** me conocen a mí".

Agarra la botella de licor del cuello y la azota contra el suelo. "¡¡Me aman millones!!", exclama, y delirante alza las manos en el aire, hacia La Palidez. "¡Millones y miles de millones, cientos de miles de miles de millones de jovencitas enamoradas, me aman a mí y a mi melodía de dodecafónica! ¡El amor lo es todo! ¡El amor es luz! Luz, y más allá de eso —¡nada!"

21. ESCENA ELIMINADA — LA MADRE DE KHAN

TN: Esta escena eliminada se publicó en 2013, tras la publicación del libro, y continúa con el final del capítulo 11 —este capítulo se hallaba en el antiguo blog de ZA/UM en nihilist.fm— contiene ligeros spoilers, presentando por adelantado ciertos elementos que la obra presentará a manera de sorpresa posteriormente. Probablemente ese sea el motivo por el cual se decidió eliminarla, y sugerimos darle lectura después de haber terminado de leer la novela. No obstante, añade un contexto muy interesante y una mayor profundidad al personaje de Khan y su madre.

"Por favor", brotan lágrimas abundantes bajo los lentes de Khan, "dime quién eres..."

"Sabes quién soy". La vibración emite una voz infantil; con ella dice cosas terribles. Khan empieza a temblar. Se desploma en la esquina del pasillo, con el auricular en la mano.

"¡No eres tú, no eres tú!", grita. Su cuerpo real tiembla junto con su mente. Se despierta llorando en la cama. Le palpita el oído; el sueño continúa mientras está despierto, sólo que vuelve a haber un modelo del dirigible en la vitrina, Nadia ya no sonríe y Gon-Tzu sostiene una brújula.

Cinco minutos después, Aliyah Khan se despierta con el ruido de los platos en la cocina. Agarra a tientas el cabecero de su cama y enciende una lámpara de noche con forma de borla. Va a la cocina en camisón. Allí, en la oscuridad, dándole la espalda a la puerta, su hijo treintañero se queda lloriqueando. El grandullón lava su taza de café, su espalda temblorosa.

"¿Una pesadilla?"

Khan no contesta; deja caer la taza en el lavabo y el asa se suelta.

"Siéntate, deja que lo haga yo". La madre lleva al hombre a la mesa. "¿Quieres que te prepare un té?"

"Café". El hombre se seca las mejillas. "Haz café".

La anciana enciende las luces de la cocina. El agua corre por el lavabo mientras lava la taza favorita de su hijo. En ella, el último viaje de Ramout Karzai recorre las dunas. Luego pone agua en la estufa y se sienta junto a Khan.

"Le pedí...", jadea, "que me dijera dónde están, pero no me lo dijo".

"Y ella era..."

"Mâlin". Khan traga saliva. "Ella llamó, y las demás también estaban allí. Me dijeron que las dejara en paz. Dijeron que las estaba atormentando".

En el silencio, la tetera de la cocina empieza a silbar. La madre de Khan se levanta de la mesa y busca café en polvo en la alacena. "Sabes lo que eso significa, ¿verdad?"

Khan ya no solloza. Se queda mirando fijamente sus dedos sobre la mesa. "Todos los demás habrían conseguido el suyo. Yo habría sido el único que no..."

"No, cariño." Aliyah deja la taza de café sobre el periódico delante de su hijo. "Eres tú quien se da consejos de este tipo. Tú mismo sabes lo que tienes que hacer. No tienes que perseguir a ese tal Zigi, ni acudir al hombre que habla con los muertos. Tienes que conseguir un trabajo".

"¡Pero si ya tengo trabajo!" Khan da un sorbo. "Soy un especialista líder en mi campo, ya te lo he contado antes".

"Puede que sí, pero éste no es un campo común. Me refiero a un trabajo de verdad. Si empiezas a cuidarte, las mujeres también se acercarán a ti. Tengo una idea, ¡escucha! Por la mañana, vas a la agencia de empleo..."

"Mamá, ¿no te lo acabo de decir?!"

"¡Déjame terminar! Muy temprano por la mañana, vas y les pides otra capacitación, ¡y lo aceptas! Después de todo, te lo dan de forma gratuita. Eso te dará algo de confianza en ti mismo, algo de estabilidad..."

"Claro", ríe Khan vacuamente, "*estabilidad*".

"... y el viernes sales con esta chica. Ella está dispuesta, y es muy agradable. Agne es una mujer muy agradable, no creo que su hija te engulla".

"¿Qué hija?"

"¿Por qué nunca me escuchas? Llevo un mes diciéndote que la hija de mi compañera de trabajo tiene tu edad y también está soltera. ¡Ella tiene muchas ganas de conocerte! Ponte un traje y una camisa bonita y llévala a comer a algún sitio agradable".

Khan agacha la cabeza entre las manos. "¿A dónde la llevaría, mamá... al kebab de Abu-Babu, a comer börek? El lugar donde voy a recibir otra capacitación".

"¿Sabes lo que haremos? Te daré algo de dinero para tus gastos. Un adelanto. Justo después de ir a la agencia de empleo, harás una reservación... ¡en Telefunken!". La madre de Khan le observa con cara pícara.

El hombre levanta la cabeza de las manos y se limpia la nariz con un pañuelo. "¿Cómo vas a hacer que eso ocurra?".

Su madre abre un periódico sobre la mesa. "A través de tus conocidos". Un joven con camiseta y traje cortado a la cintura está posando junto a su entrevistado en la sección de cultura del periódico. En la camiseta aparece la icónica portada de un disco de un conocido artista de dance; en el fondo brilla el diseño interior del renovado piso panorámico.

22. BONUS — NIHILISTA RADICAL DEL ESTADO

*NT: Esta obra es extraída del blog de Martin Luiga —miembro fundador de la asociación cultural ZA/UM. Editor de Disco Elysium y **worldbuilder** del mundo de Elysium. La obra original se encuentra en www.medium.com la cual fue publicada el 2 de noviembre de 2022. La traducción al inglés fue hecha por el propio Luiga. Este agregado es una obra completamente independiente de la trama de la novela Aire Sagrado y Terrible, pero vale la pena la inclusión de ésta lectura para ampliar el contenido del vasto mundo de Elysium.*

Nota de la publicación original: Les presento la primera novela publicada y ambientada en el mundo de Elysium — de hecho la primera publicación ambientada en el mundo de Elysium (12./11/2012). He de advertirles sobre su contenido, el cual contiene insultos y nihilismo, y retrata ciertos tipos de edge lords, y el propio ZA/UM se puede decir que ha consistido de una variedad de edge lords y ladies, lo que de hecho es algo poco común para dicha región geográfica para esta época.

Escrito y traducido por Martin Luiga, editado por Marcia Allass.

Estado de Mesque. La plaza principal de un pueblo de provincia. En la fachada del antiguo ayuntamiento de concreto, una gran lona blanca, en la que se proyectó un noticiero informativo nacional hace apenas una hora y media. Dos hombres de aspecto juvenil pueden verse sentados en el borde de la banqueta, peculiares tanto por su forma de hablar como por su comportamiento.

“Ver-ga,” dicen los jóvenes, poniendo algo de empeño en la pronunciación; unas cejas oscuras, pobladas como si fueran unas brochas se alzan muy alto, como mostrando preocupación. El otro —que tiene un bigote largo y colgante como el de Stepan el Terrible— sonríe ligeramente, apunta al cielo con su dedo índice y dice en un tono sabio y monótono: “Veo tu verga y te planteo la cogida de la verga, hacia el interior de dicha verga: una cogida de verga”.

La sonrisa del otro se amplía ante eso —la incomodidad y horror ante esa imagen mental es exactamente lo que estos chicos habían buscado por quién sabe cuánto tiempo ya. “Putra madre, siempre cogiéndote a tus

perras,” responde, ahora con una voz cotidiana. El otro continúa con un tono similar: “Mear en el culo de una manera durísima”.

No hay chistes por un rato. “Meados de fémica” el primero prueba su suerte. “La palabra *mecos*,” se escucha una respuesta. “*mecotard*”⁷⁹, y también *inseminalidad*⁸⁰. Deberíamos comprar unos buenos cigarrillos de fábrica y un licor maravilloso. Y mucho de comer igualmente.” Se pone de pie; debajo de su muy corta chaqueta de cuero uno puede observar un torso esbelto azulado por la tinta para tatuajes, mientras que sus pantalones están lo suficientemente bajos como para poder ver su vello púbico. Su pose dice *immer noch*: ¡vengan por mí! El otro parece ser del mismo estilo, pero en lugar de chaqueta lleva una camisa de cuadros, también desabrochada; es más bajo y robusto y tiene menos tatuajes en la piel. Tiene los ojos negros y grandes, y los labios entrecerrados como el capullo de una rosa. Ambos llevan una especie de grasa para su cabello.

Estos hombres son parte de los *faggets*; algunos dicen que es una derivación radical del movimiento homosexual underground mesquero, aunque también se podría justificar el decir: ¿eso qué tiene de radical? Es mayormente un movimiento de los jóvenes cuya imagología verdaderamente es extravagantemente muy homosexual, basado en la *contre—courant*⁸¹ y el valor del shock. Uno no necesita ser realmente un homosexual para pertenecer; uno siempre puede decir que están esperando al indicado, aunque esto también puede aumentar el riesgo en el juego de probar su valor. Los *faggets* aman probar su valor, con sus puños y tal. Queda claro desde el comienzo que no es suficiente ser repulsivo —uno también necesita ser verdaderamente aterrador. Se desconoce de dónde surgió el movimiento, pero lo más probable es que se trate de la creación artística de alguien diseminada a través de puntos estratégicos.

La alegre pareja regresa a la somnolienta y polvorienta plaza que el buen sol se ha encargado de calentar de forma tan agradable. “meapuñetas”, dice el maricón más alto y de bigote. “¿Como aquellos que necesitan jalársela para mear?”, aclara el otro. “Puede ser. Parece plausible”, responde el

⁷⁹ Cum-tard es la palabra original, que combina “cum” y “-tard”; ésta última hace referencia a la palabra “retard” o “retrasado”, que en la jerga de internet hace referencia a alguien considerado estúpido.

⁸⁰ “cumlessness” es la palabra original en inglés, en la que “-lessness” denota la impotencia o incapacidad, carencia o falta de algo; inseminalidad es lo que encontramos más próximo a su homólogo en inglés.

⁸¹ Contracorriente, en francés.

mayor. Llamémoslo Esteban, por su nombre. El otro se llama Hulio. Hulio dice: "Maricón pito chico".

"¡Maricones por todas partes, por doquier!" Grita Esteban, de forma repentina. Puedes ver auténtico enojo ahí. Las palomas aletean alarmadas. Se tranquiliza y da un sorbo a la botella. Los cigarros llevan ya un rato ardiendo. Se han llevado muchos de esos de la tienda, las cajetillas de los cigarros, como si fueran soldados.

Hulio se sobresalta un poco, pero continúa de todos modos de manera jovial: "A los homosexuales les gusta ese agujero de abajo".

"No pueden vivir sin él. Pocos pueden, a decir verdad. De esta manera parece algo pragmático desarrollar relaciones normales con él".

"Pero un nombre como Fornicator Ryley existe, ¿cierto?"

"Es un nombre muy común en algunos países", responde Esteban, con los ojos iluminados de alguna manera. Hace una pausa para pensar. Hulio exclama: "Cuntflesh."

"Come mierda de mi culo y trágate mis mecos, pinche cerda", le mira persuasivamente el más esbelto, con las cejas muy arqueadas, incluso hay algo doloroso en su voz. Los dos se ríen a carcajadas. Se detienen un momento ahí, ponen diferentes expresiones y tonalidades a la oración y, finalmente, la cantan. Como un coro, y luego como un cabaret, y luego como blues boiadeiro y luego como borrachos. Hulio no entona demasiado bien la mayoría de las veces; Esteban está mejor, pero no es perfecto. "Come mierda de mi-i cu-lo", brota de los labios de los chicos y "trágate mis mecos, pinche cerda", hace eco en los edificios circundantes a la plaza. El sol del mediodía pinta ligeramente un matiz dorado sobre ellos y sobre el concreto y las matas de pasto que salen por debajo del pavimento.

Hay poca gente en la plaza y la mayoría se mantiene alejada de ellos. En el pecho de Esteban hay un medallón en forma de corazón en el que se ve un retrato de Lita Zippora, conocida de los carretes. Debajo, entre el pelo, hay unos lemas en letras mayúsculas que anuncian: "ECONOMÍA PLANIFICADA EFICAZ", "LAS MASAS ENTRARÁN EN HUELGA" y "NO TENGO MIEDO A LA MUERTE". Debajo del pezón izquierdo de Hulio está escrito "hombre necesitado" y más abajo, junto al ombligo, aparece una verga realista diseñada por un artista mediocre, como si se

estuviera arrancando a sí misma a través de la piel. Los zapatos de alguien resuenan en el pavimento, acercándose.

Una mujer artificialmente rubia, de mediana edad y con traje azul cielo, se acerca a los jóvenes; se pone la mano en la cadera con actitud beligerante: "Así que es una guerra contra la gramática, ¿no? ¿Una guerra contra la estructura de las frases, quizás? Una guerra contra la moral; derribemos los muros que se han construido a lo largo de los eones con fines razonables? ¿De sus cabezas y de la mía y quizá de todas partes? ¿Será bueno? Pero, ¿y si se equivocan, chicos?". Su voz está bien instruida, los cambios tonales son suaves.

Esteban se pone de pie lentamente y frunce el ceño: "Tenemos dos putas explicaciones aquí, bella doncella. La primera —estás un poco rezagada, aún sigues en la era de las cavernas. La otra es —eres una *moralfaggert* en el fondo de tu corazón. En este caso harías bien en comprender que tu ideología carecería de toda legitimidad teórica sin nuestros semejantes. Se volvería vacía contemplando la eternidad mientras masticas tus croissants; miles de generaciones sorbiendo sus cafés en cafeterías al aire libre, yendo a trabajar, masticando un croissant con el pelo bien peinado y esto es todo lo que hay. De una manera o de otra... no coincidimos precisamente en la cuestión de la realidad. Y esta conversación ha terminado". Esteban saca una pistola del interior de su chaqueta y apunta a la mujer con la muñeca flácida, con la vista cruzada, la boca entreabierta y la lengua buscando la punta del bigote. Una sombra de terror pasa por el rostro de la anciana; se da la vuelta y escapa detrás de una esquina, medio corriendo. Esteban continúa con su pantomima durante un rato y luego se sienta, toma aire y escupe: "Viejas⁸²", esta vez metiendo la pistola en sus pantalones. Hulio suelta una risa incontrolable, resoplando y tratando de parar. "Oh, realmente estamos haciendo un número con esta pendejada de la realidad", dice al final, y se seca algunas lágrimas con la manga de la camisa.

"Esas putas viejas son débiles. ¿Cómo puedo tomarme en serio esa mariconada moral si su guardiana huye así del campo de batalla? ¿Qué te parece, la vieja llevará a cabo una operación de aterrizaje, volverá con refuerzos desde la vuelta de la esquina —quizá incluso desde el tejado del ayuntamiento con cuerdas—, todo para reinstaurar la superioridad de una

⁸² La palabra en la traducción al inglés es "auntie", que significa una tía, o tita. Pero su significado aquí hace referencia a un cierto estereotipo de mujer de mediana edad; similar al anglicismo "*Karen*".

realidad moral normal en un ataque contundente? ¿Imaginas que esto ocurra?", pregunta Esteban, ofendido.

Hulio se ríe: "No, no puedo, para nada. ¿No tienes miedo de dispararte en los huevos?".

Esteban sonríe a medias: "No le temo a la muerte; no le temo a dispararme en los huevos. Tampoco está cargada. Si quisiera hacer bang-bang, me uniría al ejército. Un arma es más bien un símbolo de estatus". Le da una calada al cigarro y expulsa el humo por la comisura de los labios. Las arrugas alrededor de su boca delatan una edad mayor de la que suele tener esta gente.

Hulio no lo entiende. "Símbolo de estatus, ¿cómo?"

"El Estado, verás, tiene el monopolio de la violencia. Ha decidido compartirlo con nosotros. Es un signo de confianza, una señal de que nuestros semejantes han sido invitados a participar en los asuntos del Estado. Pero la idea del Estado no es el poder porque sí, ni la violencia porque sí —son los medios para un fin. El poder es como una especie de crédito del gueto. Si no lo tienes, tienes que patear constantemente los faroles de los otros para demostrar tu valía, pero una vez que te lo has ganado es indecoroso saltar a la cara de los demás a todas horas, incluso puedes hacer lo que te dé la gana: todo el mundo sabe que no hay que meterse contigo", explica Esteban.

"¿Así que estás a favor del Estado?", pregunta Hulio.

"Un siervo de la patria convencido hasta la médula y un eterno respetuoso del sistema eclesiástico", Esteban endereza la espalda y mira a lo lejos con patetismo, y luego se vuelve hacia Hulio. "¿Acaso sientes que no eres nihilista? ¿O tal vez nuestro querido gobierno es 'demasiado nihilista' o 'no lo suficientemente nihilista' ante tus ojos?"

"No creía que el gobierno tuviera nada que ver con eso. Pensaba que la cuestión era que todo es inútil y que los hijos de su puta madre deben ser cogidos con extremo prejuicio", confiesa el joven y lubricado *hooligan*.

"Intuitivamente es correcto, y de hecho también es suficiente, pero cuando piensas así eres como una anciana: actúas instintivamente. La anciana se pone del lado del Estado porque todos lo hacen; son

incompetentes a la hora de estar en contra. Los monstruos callejeros como nosotros —de nuevo— siempre han estado "en conflicto con los poderes" y de esta manera es difícil para ellos imaginar que podría ser diferente. Pero en realidad es útil entender la política, estar al tanto de la actualidad. De lo contrario, te pueden engañar. ¿Cuánto sabes sobre ese nihilismo de todos modos?"

"Contemplad al poderoso nihilista cara a cara con la muerte..." Húlio recita. "Sí que sé algo".



"¿Pero nunca fuiste a verlo por ti mismo?". Esteban se burla a medias, pero admira a medias a su compañero. "Húlio, eres un tipo extraño. A primera vista, un idiota común y corriente, ¿no es así? Pero cuando uno profundiza, descubre que pones mucho empeño en que nada en este mundo te importe, salvo quizá la lascivia. Y cuando uno te habla durante días,

aparecen de vez en cuando destellos de ideas bastante brillantes, pero nunca te aferras a ellos. Un juego elegante. Yo no podría hacerlo así".

El *metro* deambulaba ebrio por las calles de la ciudad. Hay concreto por todas partes, tiene trescientos años; casas de tres y cuatro pisos que utilizan arcos voluminosos. La gente sigue siendo escasa: unos pocos soldados, un carruaje con un caballo, algunos perros. Calor polvoriento. Un hombre gordo y sin camiseta fuma un puro desde una ventana y les lanza una mirada insulsa por debajo de sus pesados párpados; en otro lugar hay una anciana fisgona. Hay basura tirada aquí y allá.

"Concreto", gesticula Esteban con amplitud.

"Concreto puñetero", es la evaluación crítica de Hulio.

"El concreto es chingón, güey. Cuando le pones suficientes piedras distintas y mallas de alambre, sólo la dinamita puede quebrarlo", empieza Esteban a defender el honor del lugar — de Radial Abbada, su pueblo natal.

"En Graad —Yekokataa— la lluvia ácida consume hasta diez centímetros de concreto al año. La gente utiliza abrigos y máscaras de goma, y si no lo hacen, aún se verían gomosos —su cabello se caería y su piel se tornaría de una apariencia derretida. Primero se haría rojiza y daría picazón, pero se puede comprar un bálsamo contra esto —algo así como el bálsamo de Bozer que elimina el moretón de los ojos. Esto es del discurso de Miró al pueblo 'Las siete maravillas modernas del mundo'. Las pinturas con base de aluminio harían que el concreto durara más, pero es más barato seguir haciendo otros nuevos", dice Hulio con fastidio.

"Pero esto supera con creces el '*contemplad al poderoso nihilista...*'".

"Realmente no tengo que leer la teoría nihilista para saber de qué se trata. Ni debo cruzar los dedos para que gane. La diferencia entre nosotros es que tú adoras el mundo. Para ti, ser una de las últimas generaciones convierte todo esto en algo especialmente dorado para ustedes. Para mí, no hay nada demasiado especial en un gobierno de tipejos que entiende un poco para variar", dice Hulio lenta y amargamente. Esteban no lo había visto así antes. "No obstante, es agradable ver que te diviertes. Hace que mi estado de ánimo también sea más regular", continúa.

Esteban queda impresionado, quiere explicar algo, pero se queda callado, sumido en sus pensamientos. Empieza a cantar una canción sobre madre. Madre es nihilista, no le importa nada.

Hulio y Esteban están de pie en un pasillo frío y verdoso sostenido por pilares voluminosos; parqué bajo sus pies, ecos de susurros, murmullos y estruendos. El cartel de la puerta que tienen delante dice "DIRECTOR". Esteban se levanta erguido como si se hubiera tragado una espada y tira de la manija de la puerta, entrando como un soldado. Hulio lo acompaña de mala gana.

"¡Saludos!", aúlla alegremente el hombre alto y encorvado. La oficina es larga y estrecha, los archivadores la estrechan aún más; hay un escritorio de cara a la puerta. Una señora mayor y arrugada está sentada en él y mira a los intrusos con alarmismo, con un cigarro entre los dedos. Esteban se inclina: "Esteban Dolores Cerveza, de Seguridad Interna Nacional. Parece que la nueva realidad política ve en las bibliotecas un punto de interés estratégico. Los espías extranjeros se reúnen allí para leer periódicos, ¡imagínese! O en otra ocasión podrían utilizar las uñas para remarcar algunas palabras o números y otro espía reconocería enseguida lo que se quiere decir con eso, créame. Lo que significa —hay que tomar medidas. Podría ser que la estructura de la instalación también tenga que ser modificada. Aquí crearemos un departamento para nosotros, seguramente".

La boca de la directora se convierte en una línea delgada mientras da una calada a su cigarro: "¿Podría presentar la documentación que acredite su autorización?".

"¡Documentos! ¡Santo cielo!" Esteban abre las manos. "Está prohibido cargar con documentación en una operación. Alguien podría golpearte en la cabeza con una piedra y ¡desaparecerían todos! Acabo de llegar de otra misión —como ve— infiltrándome entre jóvenes bandidos de la contracultura, estaba examinando sus perspectivas. Sus puntos de vista me parecieron normales; tal vez podrían ser un poco más educados en el terreno de la política. Me llevé a este chico conmigo, para que viera cómo funciona el Estado —parece un joven prometedor. Seguridad necesita muchas manos de obra actualmente".

Hulio se siente incómodo y no sabe qué hacer con las manos. La directora los mira con el ceño fruncido. "¡No puedo dejar que nadie de la calle empiece a reestructurar la biblioteca, esto es ridículo!", protesta.

"Tranquilícese, por favor", le dice el agente Cerveza en tono apacible. "Tiene usted razón, por supuesto. Yo mismo puedo redactar la orientación y la canalización y toda la documentación necesaria ahora mismo. Y es cierto que el sistema que tenemos actualmente funciona principalmente con los valores franconigerianos de confianza y eficacia, pero también hay espacio para la burocracia doloriana. Hay confianza, pero también control. ¿Tienen teléfono aquí en el edificio?"

"No", responde la directora con tono poco amistoso.

"Entonces debería ir a la oficina postal para utilizar uno. Debería llamar a la estación central y preguntar por Seguridad Interna. ¿No cree que esto podría acabar bien para mí si no fuera quien digo ser? Podría confiar en nuestro sistema al menos en eso".

Eso hizo pensar a la directora: "Eso sí que suena correcto. ¿Por quién debo preguntar para hablar?"

"No pida nada más que la estación central le ponga en contacto con Seguridad Interna. Usted describirá su situación al encargado de Seguridad Interna y ellos le pondrán en contacto con las personas correspondientes. Debe entender que una jerarquía de mando tradicional es ineficaz en estos tiempos. La Administración Centralizada de la Seguridad Civil requeriría mucho más tiempo que la simple formación de un montón de agentes para evaluar los riesgos de seguridad, que después se ocuparán de coordinarse con el centro post factum", explica Esteban, mientras dibuja algún esquema en el aire con el dedo, como si eso ayudara a dilucidar las cosas.

"¿Y así es como funciona?", parece sorprendida la directora.

"En gran medida, aunque hay muchos tipos de operaciones, como podrá imaginar".

"Muy bien, entonces. Lo haré yo. ¿Usted... esperará aquí?", pregunta dubitativa la mujer.

"Sí, me encantaría tomar prestado su despacho. Hay que preparar un montón de documentación".

"Bien". La directora mira a Esteban a los ojos. "Confío en usted", recalca. "¿Cómo dijo que se llamaba?", pregunta, ya en la puerta.

"Cerveza", retumba el hombre, "Esteban Dolores". Se intercambian breves despedidas y los maricones se quedan solos en la oficina, escuchando sus pasos alejarse de ellos. El ambiente es extraño. Esteban se sienta con pesadez en la silla de la directora para recuperar el aliento; Hulio posa ligeramente el culo sobre el escritorio:

"Hombre cerveza, allá es un nombre común", dice.

"Una operación mucho más mierda de lo que creía, pero aún así ha funcionado...", dice Esteban, con un suspiro de satisfacción.

"¿Qué va a pasar ahora?"

Esteban mira hacia la nada. "La Seguridad Interna —tiene por lo menos tres órganos separados, cuyos nombres desconozco; el más importante es, por supuesto, los Therriers, que están directamente controlados por el Partido Fundador o por la Innossencia, cierto— le dirá a la anciana que todo está bien y de acuerdo con el plan —que podemos hacer lo que nos plazca. Y luego deberán enviar a uno de los suyos para que nos supervise, para ver qué clase de personas somos. Si todo sale bien y tengo una idea correcta de la ideología de Zippora, entonces me convertiré en un agente de verdad. Puede ser que tú también. Por supuesto, también podríamos afrontar problemas. Fracaso total, incluso. Ahora puedes retirarte como mejor te parezca, no creo que haya nadie después de ti, realmente", explica a ritmo lento.

Hulio mira a su amigo con discernimiento. "¿Estás seguro de que no eres ya una especie de agente?".

"Me alegro de que me lo preguntes de esta manera", sonríe Esteban con picardía.

"Pero de verdad, ¿lo eres? ¿Por qué no lo dices?". Hulio sigue insistiendo.

Esteban frunce ligeramente el ceño y se sienta recto: "Nada de esto es real. Mi nombre, los nombres de las agencias, que yo sea o no agente... son ilusiones. La realidad es como un faro cuya luz no se puede enterrar ni destruir. ¿Entiendes?" Y por un momento a Hudio le pareció estar viendo el metal brillante de una coraza en lugar del pecho desnudo y velludo de Esteban y, sobre él, varias medallas de estaño con extraños símbolos en una chaqueta de uniforme.

"Vas a obtener tu espada y tus charreteras", dice, súbitamente convencido.

23. GLOSARIO

NT: Este glosario es parte de la traducción hecha por Truri. Aunque en algunos sitios no es considerado como algo confiable, el glosario sigue siendo interesante y algo que ayuda a orientar a los lectores —nuevos y conocedores de este mundo.

Término	Definición
Antecentenario	Algo que sucedió antes de la llegada del nuevo siglo.
Revolución Antecentenaria	La Revolución Antecentenaria, también conocida como la Revolución Finisecular o la Revolución Mundial, fue un conflicto que se extendió a todas las islas. Iniciada por los Comunistas por un lado (también conocidos como Comuneros) y la Moralintern y la realeza en el otro bando. Inició en Graad en el '02, en parte debido al brote de una enfermedad causada por un prion llamada “tzaraath” y el líder político Kraz Mazov (una figura comparable a la de Karl Marx en nuestro mundo).
Dolores Dei	Una “Inocencia” (ver <i>Las Inocencias</i>) que representa el humanismo y el internacionalismo. Supervisó tres revoluciones científicas y sentó las bases del Estado de bienestar. La democracia parlamentaria e instituciones esenciales como la Moralista Internacional (conocida como la Moralintern) también se fundaron durante su gobierno.

Elysium	El nombre del mundo que estamos explorando. En el año '51, alrededor de cuando la historia da inicio, la población se estimaba en 4,600 millones. Elysium se conforma de dos características geográficas: Isolas, que actúan como continentes separados uno del otro, y La Palidez rodeándolos. Hay 7 isolas conocidas: Graad, Iilmaraa, Insulinde, Katla, Mundi, Samara y Seol.
Entroponética	Es el estudio de La Palidez (ver <i>La Palidez</i>). El nombre deriva del término científico de entropía, o caos.
Entroponauta	Un científico/aventurero que estudia La Palidez.
Franconegro	La Inocencia Franconegro está vinculada a una estirpe de militarismo filosófico organizado en Elysium. Ratificó la noción del gobierno hereditario y el conflicto entre los aristócratas y la burguesía. Reinó durante el periodo equiparable a nuestra edad media.
Las Inocencias	La historia conocida de Elysium se centra en gran medida alrededor de Las Inocencias, quienes son entidades similares al Papa, pero también arquetipos que representan todo un concepto e ideología. Han habido 6 inocencias electas, aunque solo cuatro son conocidos legítimamente: Pio, la Primera Inocencia; Franconegro, la Inocencia del militarismo; Dolores Dei, la Inocencia del viaje interisolar; y Sola, la

	anti-Inocencia.
Isola	Término genérico para Continente/Isla (separadas por agua y La Palidez).
Moralintern	La Moralintern combina los términos de “Moralista” e “Internacional”, una “internacional,” una organización que se remonta a los días de Dolores Dei. Los miembros de la organización se adhieren a los principios del humanismo y el moralismo.

La Palidez	El mundo de Elysium no es una masa terrestre continua, sino más bien una variedad de vastos continentes o isolas separadas la una de la otra por una barrera o “tejido separativo” llamado La Palidez. Este tejido es la característica geográfica más prominente del mundo, abarcando el 72% de la superficie conocida y pesando el doble que la realidad, lo cual la vuelve imposible de orbitar sin el uso de equipamiento especial. Puede ser observada como una neblina gris que se extiende por el cielo, con llamaradas ocasionales y protuberancias arqueándose entre las isolas. Los experimentos científicos la han descrito como una corona gris oscura que rodea el globo (aunque no es muy claro si el planeta es aún redondo). En todo caso, la principal característica de La Palidez es que se trata de la suspensión de todas las propiedades —físicas, epistemológicas, lingüísticas— lo cual la vuelve difícil de describir o de medir. Ha sido llamada “el estado de transición del ser a la nada”, y mientras uno se adentra a La Palidez, el grado de suspensión se hace más prominente hasta que eventualmente incluso las matemáticas se vuelven poco confiables. Nadie ha sido capaz de pasar de este punto desde el descubrimiento de La Palidez, y quizás sea imposible.
--------------------------	---

Perikarnassis	Perikarnassis es considerada como la civilización más antigua conocida en el mundo de Elysium, siendo localizada en la “superisola” de Perikarnassis. El declive de esta civilización ocurrió hace 8,000 años en el pasado y es conocido como el <i>Incidente del Perikarnassis</i> . Mientras que nadie sabe lo que causó el incidente, muchos creen que La Palidez estuvo involucrada de alguna manera.
Tzaraath	Una enfermedad causada por un prion extremadamente peligroso.

Región de Elysium	Equivalente en nuestro mundo
Arda	Arda es un subcontinente en la isola de Katla.
Coalición de Naciones	Alianza militar y política entre las naciones de Graad, Sur-la-Clef, Messina y Oranjerijk, creada para luchar en contra de los comunistas en Revachol.
EPIS	Unión Europea, una coalición similar a la OTAN/UE.
Graad	La isola entera, similar al norte de Asia; también, una mezcla entre Rusia y Polonia, un país en la isola del mismo nombre.

Gottwald	Alemania.
Igaunija	Estonia (es el nombre del país en letón).
Iilmaraa	La isola entera, similar a Sudamérica.
Insulindia	La isola entera, la más azul de todas (tiene un océano), similar a Oceanía.
Katla	La isola entera, la más fría de todas, similar a Escandinavia. Quizás más apegada a Islandia. Su nombre parece ser tomado del volcán islandés.
Kendra	Turquía.
Mesque	Mezcla entre España, Portugal y México. Quizás más influenciado por América Latina, especialmente México y Brasil.
Messina	Italia.
Mundi	La isola entera, la más grande y antigua de todas, similar a Europa.
Occidente	Subcontinente en la isola de Mundi, ubicada al sur de Kedra; es el hogar de los países EPIS, de los cuales Sur-la-Clef es considerado el “corazón ejecutivo”.
Oranjerijk	Una versión de los Países Bajos fuertemente militarizada.

Ozonne	Luxemburgo/país rico y pequeño.
Revachol	Una ciudad en decadencia similar a Manhattan en la isola de Insulindia, fundada hace 380 años como una colonia de lo que hoy es Sur-la-Clef (entonces Reino de Suresne); se hizo importante durante su apogeo bajo la monarquía y se convirtió en “capital del mundo”, solo para ser devastada por la Revolución Finisecular durante la lucha entre Comunistas y la Coalición de Naciones.
Samara	La isola entera. Quizás basado en Rusia; ya que existe un oblast y ciudad con el mismo nombre.
Samara, República Popular de (SRV)	Mezcla entre India y China (Samara Rahvavabariik en estonio).
Semenese	Costa de Marfil/Congo bajo dominio francés.
Seol	Mezcla entre Corea del Sur y Japón. Quizá con mayor influencia coreana. Su nombre se asemeja a Seúl, capital surcoreana.
Sur-la-Clef	Mezcla entre Francia y Bélgica, y la sede de EPIS.
Suru	Los Suru son una minoría étnica indígena en Vaasa, en la isola de Katla; similar a los Sámi.
Tien-en	Vietnam.

Vaasa	Híbrido de Suecia y Finlandia. Quizá más influenciado por el segundo, ya que en realidad existe una ciudad con este nombre en Finlandia.
Vesper	Chequia/República Checa.
Yugo	Los Balcanes, antigua Yugoslavia.
Yekokataa	Similar a Siberia, “Yekokataa” es la abreviación del término graadiense “Zona de Catástrofe Ecológica”, un mega proyecto de agricultura en el extremo sureste de la isla de Graad. Involucrando un enfoque vanguardista a la irrigación y un tipo de fertilizante completamente nuevo.
Zsiemsk	Polonia.

**ESCRITO POR
ROBERT KURVITZ**

**EDITADO POR
MARTIN LUIGA**

**DISEÑO DE PORTADA POR
ALEKSANDER ROSTOV**

**MAQUETA/BORRADOR POR
INDRE SUUR**

**CONSTRUCCIÓN DEL MUNDO POR
ROBERT KURVITZ
MARTIN LUIGA
KASPAR KALVET
ARGO TUULIK**

**EDICIÓN EN MASA POR
TRIIN RUUBEL
MÄRT EMIL BELKIN
EGLE TANNENBERG
JÜRI FRANCISCUS LOTMAN
KASPAR KALVET
KAUR KENDER
ARGO TUULIK
HELEN HINDPERE
LILIAN MARIE MERILA
IVAR SAVIN**

**ANTIPLAGIO POR
MÄRT EMIL BELKIN**

**CORRECCIÓN DE LENGUAJE POR
MARIA TUULIK (ESTONIO)
RAFAŁ GRZENIA (POLACO)
KADRI SAMMEL (RUSO)
TAAVI EELMAA (FINÉS)
CAROLINA PIHELKAS (SUECO)**

**IMPRESO POR
PAKETT**

**PUBLICADO POR
EDITORIAL “ZA/UM”, TALLIN, 2013**

QUÉ En el penúltimo día de las
ERA vacaciones de verano, las cuatro
ESE hijas de la Ministra de Educación
OLOR Ann-Margret Lund
SAGRADO desaparecieron de una playa
Y pública. En su viaje inaugural,
TERRIBLE una nueva embarcación con mil
EN quinientos tripulantes a bordo
EL desaparece.
AIRE Los tres compañeros de clase de
AQUELLA las chicas no desisten en su
VEZ investigación incluso después de
veinte años. El mundo está
desapareciendo, pero no la
esperanza de encontrar a las
hijas de Lund.

24. PORTADAS DEL LIBRO

NT: En el interior de las portadas (tanto frontal como trasera) figuran varios nombres del mundo de Elysium. La traducción y las notas se han agregado entre paréntesis.

Interior de la portada frontal:

- Inayat Khan
- Jesper De La Guardie
- Tereesz Machejek
- Zygismunt Berg
- Sven von Fersen
- Väike Olle (El pequeño Olle)
- Sixten
- Maj Lund
- Målin Lund
- Anni-Elin Lund
- Charlotte Lund
- Åre Åkerlund
- Anita Lundqvist
- Konrad Gessle
- Oskar Zorn
- Pernilla Lundqvist
- Ulv aka Ise-Chillija (Ulv alias Autorregulador)
- Kenni Nylander
- Ann-Margret Lund
- Karl Lund
- Aliyah Khan
- Ramout Karzai
- Soul Milton
- Nadja Harnankur (Nadia Harnankur en DE)
- Gon-Tzu

- Comte Emil de Perouse-Mittrecie (Émile en el texto)
- Cornelius Gurdi
- Jean Abadanaiz
- Julia Dobрева
- Frantiček Vapper (Frantiček el Valiente)
- Julius Kuznitski
- Aram Uhotomski (Aram Ukhotomsky)
- Ignus Nilsen
- Kras Mazov
- Saron Voronikin
- Sapurmat Knežinski (Sapormat Knezhinisky —presidente Sapormat 'Sport' Knezhinisky en DE.)
- Idit Bronski
- Leon Etianovitš Zdorov (Leon Etaniovich Zdorov)
- Ion Rodionov
- K. Saronovitš Voronikin (K. Saronovich Voronikin)
- Vidkun Hird
- Deerek Trentmöller
- Linoleumimüüja (Vendedor de Linóleo)
- Kosmo Kontšalovski (Kosmo Konchalovsky)
- Somerset Ulrich
- Sarjan Asaturovitš Ambartsumjan (Sarjan Asaturovich Ambartsumjan)
- Mees Sisejuurdlyusest (El Hombre de Asuntos Internos)
- Macaab Nyflox
- Grupp “Ismael” (Grupo “Ismael”)
- Koostööpolitsei (Colaboración Policial Internacional)
- Arno van Eyck
- Rietveld
- Fakkengaff
- Theo van Kok
- Pius Perikarnassiselt (Pío of Perikarnassis)
- Polycarp Perikarnassiselt (Policarpo of Perikarnassis)
- Ernő Pasternak
- Franconegro
- Dolores Dei

- Innossents Sola (Inocencia Sola)
- Ambrosius Saint-Miro
- Vihkaja Lacanne (Hater Lacanne)
- Marat Sar
- Ehs Eli Zair
- Exilin Mar
- Ilona Vickerby
- Anastasia Lux
- Riche Le Pomme
- Hans Blau
- Irene le Navigateur (Irene la Navegante, también Irene La Navigateur en DE)
- Stepan Vastik (Stepan el Despreciable)
- Viscous di Kedra
- Zygismunt Suur (Zygismunt el Grande)
- Erlend Noor (Erlend el Joven)
- Philippe III Priiskaja (Filippe III el Derrochador)
- Mees Hjelmdallist (Hombre de Hjelmdall)
- Parun von Kikkenberg (Baron von Kikkenberg en DE)
- Pepi Popikarnassos
- Les Morts
- Lefty Fitzgerald Booho
- Seemio
- Raul van Mechelen
- Jan de Kaarp
- Marius Dijsters
- Rupert Trepkos
- Eli August Morrisson
- Aleksandra Enmark
- Meelespea (Nomeolvides, también "Un azul que no olvida" en DE)
- Vaterhosen
- Moraalintern (Moralintern)
- Grupp "Dister" (Grupo "Dister")
- Riiklik Kesksignaalagentuur (Oranje) (Agencia Central Nacional de Comunicaciones [Oranje])

- Viestikoe Haitos (Agencia de Comunicaciones)
- Les Télécommunications Spéciales (Las Telecomunicaciones Especiales)
- Epis
- Meski Vastuluure (Contraespionaje de Mesque)
- Nemad (Ellos)
- Operaator Taskukalkulaatoriga (El Operador con una Pocket Calculator)
- Grupp “Trepkos” (Grupo “Trepkos”)
- Emei
- Asutav Kogu (Congreso Constituyente)
- Innossents (Inocencias)
- Püha Erakond (el Partido Sagrado —alias el Partido Fundador)
- Leegitsev Küpress (Ciprés Ardiente)
- Lita Zippora
- Brix Vorschant
- Breach Pizarro
- Ramada Umbra
- Frank the Drunk
- Ferocious
- John Dilligent
- Deborah Antilootus (Deborah Antiesperanza)
- Exhalt Shapiro
- Schwartzporter
- Ptolemaios Pryce
- Nix Gottlieb
- Mack Torson
- Chester McLaine
- Sundance Fischer
- Elf-Boy Williams (Michel “Elfboy” Williams en DE)
- Chase “TheAce” Zidane
- John “Arhetüüp” McCoy (John “Arquetipo” McCoy)
- Milicia Gorki-Berdjajeva (Milicia Gorki-Berdyayeva en DE)
- Šokol
- Nick Feuerbach

- Kipt Mimosa
- Furioso “Voodoo” Roberts
- Joseph Mills
- Chad Tillbrook
- Emil Mollins (Émile Mollins en DE)
- Byrzelius “Golem” Bengt
- Apricot Pidieu
- Vanapoiss Pidieu (Oldboy Pidieu —Jules “Oldboy” Pidieu en DE)
- Ninel DeMettrie
- Suave Mendez
- James F. Evans
- Cedric Dtoyle
- André “Infarkt” Pidieu (André “Infarto” Pidieu)
- Nabukadanasor Pryce
- Triss McLaine
- Tessa Torson
- Hammasteta Armataur (Desdentado Armataur)
- Ahriman “Surematu” DeMettrie (Ahriman “Inmortal” DeMettrie)
- Theopold Leslie
- Carson Torson
- Krov Rozenkreutz
- Sabiat Khan
- Marut-Eli-Ilin
- Elysium Corona Mundi (Elysium: la Corona del Mundo)

Interior de la portada trasera:

- Seol
- Katla
- Graad
- Samara
- Mundi
- Insulinde (Insulindia)
- Iilmaraa
- Oktsident (Occidente)

- Vesper
- Messina
- Oranje
- Meteo
- Königstein
- Sur-la-Clef
- Saramiriza
- Sao
- Altaa RV (República Popular de Altaa)
- Meskiriik (La República de Mesque)
- Advesperascit
- Rheasilvia
- Deora
- Vredeford (Vredefort en DE)
- Cérne
- Rael
- Thylakos-Pisantiku-Ääres (tanto Thylakos-by-Pisantic como Thylakos-by Pisantique en DE)
- Stepankedra
- Istalife
- Pisanteum
- Loos
- La Parbat
- Radial Abbada
- Port Irén
- La Habitad
- Tabalt
- Major Mundi
- Pisantik (Pisántico —o Pisantique)
- Irmala
- Ubi-Sunt (Ubi Sunt? en DE)
- Villalobos
- La Clef
- Magritt (Magritte en DE)
- Suur Must (Big Black)
- Viderunt

- Corpus Mundi
- Samara Rahvavabariik (República Popular de Samara)
- Safre
- Tien-En
- Mialin
- Nagusien
- Kukuškina Interisolarsk (Kukushkina Interisolar)
- Sapurmat Ulan
- Nemengi Uul (Nemeng's Uul)
- Nad-Umai
- Dotška Zador
- Aprikoosi Suzerainty (Suzeranía del Albaricoque en DE)
- Aniisisaared (Islas Anise)
- Kokonur (Koko Nur en DE)
- Apsara
- Samarskilt
- Ultar Sar
- Graadiriik (Nación de Graad)
- Zsiemsk
- Šest (Shest)
- Jugo-Graad (Yugo-Graad en DE)
- Lomonossovimaa (Lomonossov's **Land**)
- Jikutsk
- Intergraad
- Polüfabrikaat (Polyfabricate)
- Mirova
- Noo
- Lenka
- Romangorod
- Ferdydurke
- Šestaprel
- Polit-Sofia
- Igressi Meri (Mar de Igress)
- Graadi Kopsud (Pulmones de Graad)
- Yekokataa (Zona de Catástrofe Ecológica)
- Severnaja Zemlja (Tierra del Norte)

- Vaasa
- Arda
- Surumaa (Tierra suruleña / Suruland)
- Königsmalm
- Västermalm
- Östermalm
- Saalem
- Kexholm
- Lovisa
- Charlottesjäl
- Holodnaja Zemlja (Tierra Fría)
- Jelinka (Yelinka en DE)
- Värtna
- Norrköping
- Lohdu
- Lemminkäise
- Talve Orbiit (Órbita invernál)
- Boreaalplato (Meseta Boreal)
- Vostoki Järv (Lago Vostok)
- Põhjaväil (Northern Passage —Or Northern Pass)
- Interim
- Amistad
- Yeesut
- Serber
- Kur-Kur
- Ilal-Sahrava
- Absolom
- Himiariidid (Himiarites)
- Nikomachos
- Areopagita
- Gurdi
- Sahara
- Ohm-Suri
- Ea
- Amistad Bašir
- Thylakos-Perikarnassisel (Thylakos-by-Perikarnassis)

- Ergi Kõrb (Desierto de Erg)
- Uamrao
- Punane Platoo (Meseta Roja)
- Pagev Meri (Fleeing Sea)
- Suur Sinine (Gran Azul — les Immensités Bleues en DE)
- Arkaadisaared (Arcade Islands)
- Semenine
- Perouse
- Ozonne
- Saint-Martin
- Revachol
- Vermillon
- Saint Batiste
- La Rêve du Monde (El Sueño del Mundo)
- La Delta
- Stella Maris
- Söelinn (Ciudad Carbón)
- Jamrock
- Martinez (Martinaise en DE)
- Boogie Street
- Enola
- Seol Cite
- Hall (La Palidez)
- Rodionovi Süvik (Fosa de Rodionov)
- Iisola (Isola)
- Absoluutne Negatsioon (**Absolute Negation**)
- Ainesurutis (Materia Supercomprimida)
- Seraseoliitikum (Civilización **Seraseolitic**)
- Iidne Massiühiskond (**Ancient Mass Society**)
- Polükarpeum (Polycarpeum)
- Isolate Pooldumine (Splitting of the isolas)
- Kedra Maailmavallutus (Conquista Mundial Kedrática)
- Sajandivahetuse Revolutsioonid (Revolución Finisecular)
- La Retour (Le Retour en DE)
- Geopoliitiline Maailmalõpp (Fin del Mundo Geopolítico)
- Odotus (La Espera)

- Aasimut (Azimuth)
- Iikon (Icono)
- Zenit (Zenith)
- Himmelfahren (Ascensión)
- Mosaiik (Mosaico)
- Shakermaker
- Freiweltlabor
- Entroponeetika (Entroponéutica)
- Ekstrafüüsika (Extrafísica)
- Karperism
- Funk!
- Dideridaada
- Mikro-Funktsionalism (Microfuncionalismo)
- Trepkism
- Anarkism
- Frankonegriitlus (Franconigerianismo)
- Doloriaanlus (Dolorianismo)
- Disteriaanlus (Disterianismo)
- Maazovlus (Mazovianismo)
- Interisolaarne Reaalvöönd (Cinturón Real Interisolario)
- Seoli Õnnelikud (Los Alegres de Seol)
- Therrier
- Pistolett (Pistolette)
- Banque Mondiale
- ORG-Riigid (Países ORG —Oranje-Revachol-Graad)
- Mnemoturist (Mnemoturista)
- Mootortsükkel (Motorway —A raised motorway specifically)
- Mootorkaarik (Carruaje motorizado)
- Magnetrong (Tren magnético)
- Magnees
- Ekvester
- Eendracht
- Roo
- Lum
- Perseus Black

- Zieleger
- Tew
- Zamm
- Freibank
- Trigat
- Ezra
- Tea Shop
- Zeul
- En Provence
- Meridienne
- Landsgraafmetronoom (Metronomo del Landgrave)
- Parkinson
- Vox
- Orbis
- La Revacholiere
- Granate No. 3
- Dagens (Del día)
- Kapitalist (Capitalista)
- Astra
- Radar
- Diorella
- Maskula
- Abu-Babu Kebab
- Lõpp-Peatus Viin (End Station Vodka)

QUÉ EN EL PENÚLTIMO DÍA DE LAS
ERA VACACIONES DE VERANO,
ESE LAS CUATRO HIJAS DE LA
OLOR MINISTRA DE EDUCACIÓN
SAGRADO ANN-MARGRET LUND
Y DESAPARECIERON DE UNA PLAYA
TERRIBLE PÚBLICA.
EN EN SU VIAJE INAUGURAL,
EL UNA NUEVA EMBARCACIÓN CON
AIRE MIL QUINIENTOS TRIPULANTES A
AQUELLA BORDO DESAPARECE.
VEZ LOS TRES COMPAÑEROS DE CLASE DE
LAS CHICAS NO DESISTEN
EN SU INVESTIGACIÓN INCLUSO
DESPUÉS DE VEINTE AÑOS.
EL MUNDO ESTÁ DESAPARECIENDO,
PERO NO LA ESPERANZA DE
ENCONTRAR A LAS HIJAS DE LUND.

